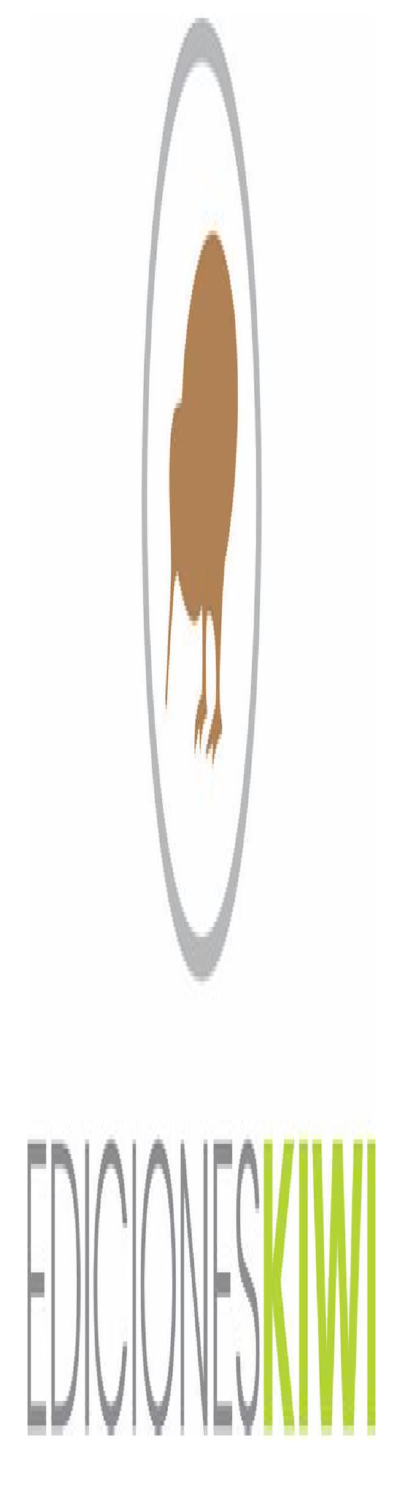

¿QUÉ TE APUESTAS?
IRENE FERB

Copyright

EDICIONES KIWI, 2022
info@grupoedicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, diciembre 2022

Corrección: Merche Diolch

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Te apuesto la Navidad

Te apuesto la Navidad

Para dos personas mportantes en mi familia hormiga que ya no van a poder vivir las Navidades con nosotros:

Juan, tu llanto de bebé y como me aplastabas la mano eran de los momentos más divertidos de mi infancia.

Santia, te nos acabas de ir, estarás contando historias allá donde hayas ido, «la bella» te llevará siempre en el corazón.

Prólogo
El deseo de Candela

—¡Vamos Candela, hija, que te duermes!

Candela se sobresalta lo suficiente para darle la razón a su madre: siempre anda por las nubes. Se distrae con una llamita bailarina de una vela o con el estruendoso ruido de una moto. Cualquier estímulo le conduce a inventar historias.

Pero tiene nueve años, ¿no dicen que lo mejor de los niños es su imaginación y que es una lástima su pérdida en la madurez? Pues ella ya sabe el porqué, por los padres, porque con sus prisas coartan cualquier ensoñación. O por lo menos su madre, Alicia, la mujer más acelerada del planeta, la maestra de decir una cosa y hacer otra. Porque le ha escuchado cientos de veces departiendo con sus amigos sobre lo importante de la creatividad y la imaginación en la infancia, pero a la que su hija se distrae, le mete un berrido como un bocinazo asesinando a sus visionarias neuronas.

Igual es que podría existir un dispositivo que se iluminara anunciando que la persona que tiene la mirada perdida y parece que está en babia, realmente se está dejando llevar por la imaginación y creando una historia memorable, como los conos naranjas que ponen en la carretera cuando hay un accidente o están re-re-rearreglando el asfalto. ¡Ja! Eso estaría bien.

—¡Candelaaa! —le reprende su madre—. ¿Quieres venir ya?

—Pero si estoy aquí ya —le responde hastiada corriendo hasta ellos.

—No, hija. No acabas de llegar, pero da igual. No me voy a poner a discutir. Nos toca pasar. ¿Estás nerviosa?

Candela sube los hombros como respuesta, intentando aparentar que no, pero la verdad es que sí. No ha podido desayunar por la mañana y ahora se alegra porque, si llega a hacerlo, estaría vomitando en este mismo momento. Su estómago baila como si estuviese grabando un tiktok de Camilo.

Jorge, su padre, estira el brazo hacia su hombro para acercarle a él y abrazarla.

—Cariño, es normal que estés nerviosa. No todos los días una visita la casa de Papá Noel —le dice él con su característica voz tranquila.

—Pues no. —Sonríe a su padre—. No todos los días… pero estoy bien.

—Espero que le digas algo, a ver si ahora, después del viaje que hemos hecho al Rovaniemi este, va y te quedas callada —le sermonea su madre.

—En ese caso hablaríamos nosotros por ella, Alicia, que para eso hemos venido. ¿No te parece? ¿O es que tú también temes hacer la del conejo frente a los faros de un coche cuando veas a Papá Noel? —le pregunta Jorge mientras guiña un ojo a Candela.

—Tú estás tonto —obtiene por respuesta.

Jorge se agacha y le dice a su hija al oído:

—Tu madre está más nerviosa que tú y que yo.

Candela y Jorge se ríen, mientras Alicia resopla y, justo en ese momento, sale el elfo de la entrada que les abre la cancela para entrar.

Los tres juntos, de la mano, acceden por un angosto pasillo a un salón con paredes de troncos de madera, decoración navideña, una chimenea enorme y un escritorio en el que está Papá Noel acompañado de varios elfos.

A Candela le tiembla hasta la última célula de su cuerpo. Va a ser que sí que estaba nerviosa.

—Bienvenidos, Alicia, Jorge y Candela. Acercaos a mí —les dice el famoso mago de los regalos en un español justito—. Vamos junto al fuego. Hace mucho frío ya y mis rodillas duelen.

El hombre se levanta de su escritorio y, asistido por una elfa muy sonriente, se sienta en un tronco frente a la chimenea.

La familia española se sitúa frente a él en otro tronco, a unos dos metros.

Candela abre mucho los ojos para no perderse detalle.

«Este sí que es Papá Noel. Se nota. Es supermayor y desprende magia en cada pestañeo», piensa para sí.

—Familia, gracias por venir a verme desde tan lejos —les dice—. Me encanta España. Os llevo esperando muchos años, pero ya estáis aquí. Bienvenidos a mi casa. Lástima que tenga muchos más invitados y no podáis quedaros mucho tiempo, pero he hablado con mis elfos y a cambio os darán un paseo con mis renos.

—Gracias, Papá Noel —le contesta Jorge. Alicia y Candela no abren boca.

—Candela, estás ya muy mayor, y muy preciosa. Sé por mis elfos que te portas muy bien y que sacas buenas notas.

El cuello de Candela responde afirmando.

—¿Me has traído la carta con lo que quieres que te lleve a tu casa este año?

La niña abre su bolso y saca la carta que escribió en Madrid. Este año no tiene dudas: quiere una cámara de fotos.

La amable elfa se acerca, toma la carta y se la da a Santa.

Él la abre y la lee. Después sonríe.

—Haré lo que pueda, Candela… Me lo has puesto muy difícil, pero lo intentaré.

—Gracias —contesta animada.

—¿Y algo más? ¿Quieres pedir algo que no sea material? ¿Algo para tus padres, o para algún familiar? Recuerda que este lugar es mágico y los deseos pueden hacerse realidad.

Candela piensa, pero enseguida lo tiene claro.

—Quiero ir a ver a mi tía Amanda que vive en Nueva York y está muy sola.

—¡Oh, qué pena! Pero seguro que ella tiene muchos amigos allí —le responde.

—No, ¡qué va! Siempre que hacemos videollamadas o está en casa o trabajando. Es actriz, ¿sabes?

—¡Uy, qué bonita profesión! —habla por primera vez la elfa.

—¿Y estás preocupada por ella? —le pregunta Papá Noel.

Candela piensa lo que va a decir antes de hablar y responde:

—¿Puedo pedirte otra cosa Papá Noel?

El anciano se ríe, con esa carcajada que ha escuchado decenas de veces en películas, pero esta vez suena a verdad.

El cuerpo de Candela se escalofría entero de la emoción.

—¡Pues claro! Estás en la casa de los deseos. Pide, Candela.

La niña mira a su madre y recibe una sonrisa un tanto asustada, pero se decide a pronunciar:

—Quiero que mi tía Amanda encuentre un novio esta Navidad y se case para que no esté sola nunca más.

—Hija, eso quizás es muy difícil… Mi hermana no está ahora mismo para novios y…

—Lo intentaremos, Candela —interrumpe Papá Noel a Alicia —. Si algo nos gusta en el Polo Norte es que nos pidan deseos de amor. Una de mis elfas se pondrá a la tarea, pero quizás tardemos un poco más de lo que tú quieres, ¿vale?

Candela sonríe entusiasmada. Está deseando llamar a su tía para contárselo.

La elfa que ayuda a Papá Noel a levantarse y a que regrese a su escritorio, sonríe también. Este deseo le ha tocado el corazón. Si ella pudiera, haría todo lo posible por cumplirlo. Si ella pudiera…

Capítulo 1
No estoy tan sola

Me levanto tiritando de frío y toco el radiador.

¡Fantástico! ¡Se ha vuelto a estropear la calefacción!

—¡Mierda de Manhattan!

Con lo que me costó el apartamento y las veces que se rompe la calefacción. Estoy más que harta. Por lo que pago de comunidad, debería haber un técnico todo el día en la sala de calderas.

Busco en el armario la chaqueta de lana que me compré en Madrid y me cubro la garganta con una bufanda. Estamos a días de terminar el musical y no me puedo permitir perder la voz. Michael me mataría.

Miro el reloj, son las siete de la mañana, me había puesto el despertador para salir a correr, pero es mejor que ese tiempo lo invierta en arreglar este desaguisado porque esta noche quiero regresar a un hogar vacío pero caldeado.

El invierno en Nueva York es tan frío que todos los años añoro regresar a España e irme al sur a la casita que tiene mi hermana en Cádiz, pero siempre me sale algún trabajo y me tengo que quedar.

Voy hacia la cocina, caliento leche en un cazo y enciendo la cafetera.

No es que sea una naturista contra los electrodomésticos, pero el microondas se rompió hace una semana y el conserje, que me prometió arreglarlo, lleva dándome largas desde entonces. Es un manitas. Siempre le pregunto a él antes de llamar a algún técnico, pero esta vez se lo está tomando con una calma tipo albañil cuando te dice «ahora te llamo». A veces pienso que todas estas nuevas modas que nacen antitecnológicas, *followers* de todo lo prehistórico, así como el ayuno intermitente, lo de no ducharse todos los días o el boicot a los congelados, realmente se originan del caos y la vagancia que da buscar un operario que te arregle el problema en cuestión sin morir en la espera o enfermar por el riñón que te cobran nada más poner el pie en tu casa.

En Manhattan es más difícil encontrar un técnico que un taxi en Nochevieja, por lo que te adaptas a vivir sin el electrodoméstico estropeado y encima lo aprovechas, le pones un nombre cuqui y te haces el moderno.

Me preparo el café y, mientras voy hacia mi teléfono, me aseguro de que hayan pasado veinte minutos desde que me desperté.

Me tengo totalmente prohibido mirar cualquier tipo de pantalla en los primeros veinte minutos de mi día. ¿Por qué? Pues porque me lo dijo una dependienta en el Soho una vez, que los expertos dicen que es malísimo hacerlo para los ojos y, además, que te puede generar mucho estrés ver todos los pendientes que tienes en ese día. A la larga, eso te altera el sueño. Y si yo tengo dos problemas son esos: estrés y problemas para dormir. Además, que si quieres parecer alguien importante en esta ciudad tienes que contar cosas así. Hay que alistarse a todo este tipo de modas para estar en la onda y, si encima eres el precursor, te ganas miles de seguidores. Eso sí, yo que creo tener la cabeza en mi sitio, te digo que la línea entre ser un yogi o padecer de TOC es muy fina, y que por eso medio Nueva York va al terapeuta, al psicólogo o al psiquiatra.

Veo en la pantalla que anoche me llamó mi hermana. Ya habrán vuelto de Finlandia. Luego la llamo, pero primero voy a despertar al vago del conserje.

Diez minutos después tocan a mi puerta.

Dejo el nuevo guion que no he empezado a leer sobre la mesa y me miro en el espejo antes de abrir. Aunque sea el de la calefacción, siempre tengo que parecer arreglada porque un mal rumor te puede desahuciar durante meses y quitarte oportunidades.

Abro y me encuentro con Peter, el buenorro de mi vecino, y su sonrisa socarrona.

—No has salido a correr y habíamos quedado.

—Piii…, error. Tú dijiste que ibas a correr y yo te dije que igual me apuntaba, pero no sé si te has dado cuenta, amigo, de que no hay calefacción.

Peter sonríe y toda esa hilera de dientes perfectos y blanquitos me provocan.

—Pues claro, dime que has llamado ya al conserje.

—Sí y me ha dicho que iba a avisar al de la caldera, pero que no cree que esta mañana esté arreglado, así que abrígate.

Peter, como suele hacer, a su antojo, empuja la puerta y entra en mi casa.

Yo reniego mientras le sigo a la cocina y le veo servirse un café, sin dudar de dónde están las tazas o el edulcorante, y después se apoya en la barra mientras bebe.

—¡Uhmm! Me encanta tu café español.

—A ti lo que te encanta es gorronearme, que ya me tienes acostumbrada y hasta, cuando hago la compra, pienso en la leche y en los cereales que te gustan.

—¿Me has comprado cereales? —me pregunta divertido.

—En el armario del centro —le respondo simulando hastío.

Peter se da la vuelta y, mientras busca, yo no puedo evitar

perderme en su espalda y en su trasero que están esculpidos por los dioses y trabajados en muchas carreras y ejercicios de *crossfit*. Es lo que tiene el real cuerpo de bomberos: unos cuerpazos de calendario. Pero es que encima de que Peter sea guapo a rabiar, con rasgos latinos, ojos oscuros, labios gruesos y mandíbula ancha, es el bombero más sexi de todo Nueva York. Y no lo digo yo, se hizo viral hace dos años en la red. Desde entonces, de vez en cuando, trabaja en moda y se lleva un dinerito; de ahí que se pueda costear un apartamento en una zona como esta.

Los dos nos vinimos a vivir casi a la vez a este edificio y nos hemos ayudado a sobrevivir en la soledad a la que te empuja a experimentar esta ciudad.

No es que él esté solo. ¡Qué va! Pocas veces duerme solo en su colchón. Las paredes son de papel. Pero una cosa es sexo y otra familia, y ambos, inmigrantes, echamos de menos a las nuestras.

¿Me he acostado con él?

Pues claro.

¿Hay algo más?

No, para nada. Es el ser más mujeriego del planeta. Jamás podría fiarme de él.

Peter echa los cereales desde la caja en su boca y después bebe café. Sus modales de puertas para adentro dejan mucho que desear, pero entre él y yo ya no hay melindres de ese tipo.

—¿Hoy tienes función? —me pregunta.

—Sí, a las cinco.

—¿Quieres venir después a la fiesta de cumpleaños de John?

—No —respondo rotunda.

Peter se ríe.

—No lo vas a olvidar nunca, ¿no?

No contesto, pero porque ya sabe la respuesta.

—Fue una chorrada, Amanda. Olvídalo…

—Lo tengo olvidado, Pet, pero sabes que John me incomoda. No me gusta cómo me mira.

—Te mira como la mitad de los hombres en esta ciudad y porque los otros son gays. Eres un bombón, Amanda.

—Gracias, pero eso no justifica que me mire como si yo fuera un producto y no una persona. Estoy harta de eso.

—Ya… lo de que te pidiéramos hacer un trío, no ayudó, ¿verdad? Pero es que, en serio, John es un hacha. Le he visto en acción, y te iba a quitar todo el estrés. Está loco por ti.

—Pet, una cosa es que tenga sexo ocasional contigo por la confianza que hay, y otra es que me acueste con todo bicho viviente.

—Amanda, no hay ningún bicho viviente. Solo te acuestas conmigo.

—Eso no es verdad.

—Eso sí es verdad, y lo sabes. Nena, eres una monada, pero estás escondida entre estas paredes y tu miedo al fracaso.

—Pet, contigo y mi satisfyer me basta y me sobra, y no es cuestión de miedos. Es que paso de tener una pareja chupasangre. Además, no quiero hablar de esto, así por la mañana.

Pet se me acerca despacio, clavando sus ojos en mí.

—No te enfades, preciosa… Sabes que te quiero.

Nos abrazamos como amigos.

Me distraigo en su olor. Aunque viene de correr, huele igual de bien que siempre.

Siento como se endurece al estar tan pegado a mí.

Aparto mi cabeza para mirarle interrogante.

—Llevo tres días. Te lo prometo —me lo dice con cara de perrito abandonado.

—¿De verdad?

Pet se acerca y me da un suave beso en los labios.

—Jamás te miento con eso. Tres días sin acostarme con nadie, lo juro. Estoy limpio para ti. Hace mucho frío en este apartamento, déjame que te caliente… —me dice con esa voz seductora pegada a mi oreja y sé que no voy a poder negarme, ni quiero. Lo que más me apetece es entrar en calor bajo su cuerpo y si él me ha prometido que no se ha acostado con nadie, le creo.

Tengo esa norma con él: sexo sí, pero siempre y cuando no comparta fluidos con otras, y tienen que pasar mínimo dos días para que lo acepte.

—Tengo un poco de prisa —le digo para sonar práctica y así darle nombre a esto que tenemos—. ¿Sofá, suelo o cama?

Pet me mira y sonríe pícaro.

—Donde tú quieras, princesa.

—No me llames princesa —le reprendo.

—Pues en ese caso, en el suelo. —Pet me agarra y caemos sobre la alfombra.

No es que haya mucho espacio, aunque creo que el justo y necesario para los planes de mi vecino, que ya me ha quitado el pantalón de estar por casa y está haciéndose un hueco entre mis braguitas para hacerme perder el sentido con su especialidad.

Pet es un maestro en el arte del sexo oral y es su ritual, como el aperitivo antes de almorzar en los restaurantes españoles; lo practica nada más empezar y así se asegura el éxito.

Cierro los ojos y me dejo llevar por su lengua, y lo que me provoca.

Tres minutos después, cuando estallo en un orgasmo y él asciende para penetrarme sin darme tregua a respirar, pienso que no

estoy tan sola y que no sé por qué todas las noches mi apartamento se me echa encima.

Capítulo 2
¿Me estaré volviendo loca?

—Tía, te lo prometo. Papá Noel nos dijo que sí, que te va a conseguir un novio.

—No dijo exactamente eso, Candela. No inventes —le reprende mi hermana.

—¡Qué sí, tía, que lo dijo! Tú estate atenta y sal siempre guapa a la calle.

Me río por las ocurrencias de mi sobrina Candela y le respondo:

—Eso intento, cariño. Suelo asearme a diario, y te juro que estaré atenta por si se me cruza el hombre de mis sueños, pero a ver si va a ser una ilusión y desaparece por Navidad…

Veo por la videollamada como los pensamientos de Candela se complican, pero enseguida lo resuelve:

—¡No, tía! Yo le dije un novio, no un elfo. Te va a durar para siempre.

—¡Ufff, «para siempre» es mucho tiempo! —le digo.

—Bueno, pues al menos hasta que vuelvas a España. Luego aquí ya estamos nosotros.

Mi hermana se ríe.

—Candela, te lo agradezco, de verdad, pero es que igual yo no quiero novios y no me siento tan sola como crees. Tengo muchos amigos.

—Pero hablan inglés, y los ingleses son raros.

Ahora la que me río soy yo.

—Aquí no son ingleses, cariño. Son americanos… —indico y miro a mi hermana que ha levantado la cabeza, y sé que está pensando lo mismo que yo—… peor. Son más raros aún.

—¡Por eso, tía! Con un novio no tienes por qué conocer a más gente rara.

—Pensándolo así… —bromeo, pero Candela, que todavía no descifra el sarcasmo, da palmaditas ilusionada.

—¡Se lo voy a contar a papá! ¡Vas a tener novio!

Candela sale corriendo y desaparece de la pantalla. Sonrío a mi hermana.

—Tu hija está para que se lo miren —le digo—. Vaya perra ha cogido con que tengo que emparejarme.

—Pues sí, bonita. Se lo vengo diciendo a su padre, que lo de

nuestra hija y sus ganas de arreglar el mundo no son normales, pero te va a tocar hacer un papelón, hermanita.

—¿Cómo?

Alicia se atusa el pelo, que como siempre luce perfecto y yo sé que significa en ella debilidad. Y si Alicia muestra debilidad, es que algo la altera.

—Se trataba de una sorpresa, Amanda, pero visto lo visto… Jorge me regaló el año pasado un viaje a Nueva York para verte, pero con el coronavirus no hemos podido. Ahora, ya se puede viajar, y el veintitrés de diciembre nos tendrás allí para celebrar la Nochebuena contigo.

—¡Qué me dices! ¡Qué sorpresa!

—Tengo muchas ganas de verte, hermanita…

—Y yo a ti.

—El caso es que a tu sobrina le queda nada para dejar de creer en la magia de la Navidad y me da tanta pena… Si vamos allí y no tienes novio, puede que ate cabos, así que más te vale decirle a un amigo que se haga pasar por tu alma gemela.

—¿¡Y a quién le digo eso!? ¡Quedan dos semanas, Alicia!

—Díselo al bombero.

—¿A Peter? Imposible. Se va estas Navidades a su casa.

—Pues a algún compañero del teatro.

—¡Qué fácil! Oye, ¿te haces pasar por mi novio la noche del veinticuatro y dejas de cenar con tus amigos o familia para que mi sobrina de nueve años siga creyendo en Papá Noel?

—Algo se te ocurrirá, hermanita… Te dejo que tengo una reunión ahora con el de recursos humanos. ¡Chao, preciosa!

Mi hermana desaparece de la pantalla y la estupefacción se instala conmigo.

Es que de verdad no lo entiendo, que tenga que pagar el pato yo de la educación de Candela no es normal. Cada dos por tres me vienen con una historia diferente. Aún recuerdo cuando con cinco años tuve que maquillar a mi hermana y a Jorge con granos y ojeras para que pensase que estaban enfermos, y así convencerla de que se quedase conmigo y ellos pudiesen escaparse un fin de semana.

¿De dónde saco yo un novio en Navidad? ¡Joder, parece un telefilm!

Camino al baño y me quito la toalla del pelo con un humor de perros. Tengo que darme prisa en arreglarme porque se me ha ido la mañana entre unas cosas y otras, y en mi espesa melena tardo mínimo media hora. Tengo pelo para exportar. Soy de esas afortunadas. Sí, lo admito.

La verdad es que tuve suerte en el sorteo y nací con un buen físico. Mido metro setenta y cinco, soy delgada —mis quince años de

ballet algo tendrán que ver—, mi melena es ondulada, fuerte y rubia oscura, los ojos son del color de los de mi padre, verde oliva, y mi cutis es suave.

No todo es perfecto.

Descubrieron que mi mordida era pésima y he llevado aparato muchos años hasta que me ha quedado una dentadura de anuncio y una mordida plus. Lo malo, es que apenas puedo comer lo que me gustaría porque en mi profesión se exige el culto al cuerpo; vamos, que estés delgada como la Kidman, y solo me permito un extra de calorías dos cenas a la semana. El resto, smoothies, sopas y pokes light. Nada de refrescos, ni entre horas.

Estoy operada del pecho, ya sé que se puede imaginar, y llevo relleno de hialurónico en los labios. Lo demás, todo es natural. Estoy orgullosa de mi físico. Sería absurdo negarlo. Ahora bien, eso no repercute en mi seguridad, porque puestos a reconocer tanto lo bueno como lo malo, tengo problemas de confianza y eso provoca que me aterre todo o casi todo.

Suelo pensar que no me gusta la gente. Muchos me aburren y otros me asustan; y eso que el abanico de gente en esta ciudad es muy amplio, pero todo es tan forzado que me aíslo.

Echo en falta la naturalidad, pero no solo en ellos, incluso en mí. Vamos tan rápido, intentando cosechar el éxito y desprendiéndonos de nuestras taradas infancias, que la pose que nos creamos ante los demás nos la subimos a casa y, de pronto, te miras un día al espejo y te das cuenta de que no tienes ni pajolera idea de a quién tienes delante.

Ser actriz no es sencillo. Que te reconozcan al principio hace ilusión, pero al mes estás agotada de fingir que eres feliz y perfecta. Cuando pierdes el anonimato tu libertad se va con él, y eso no te lo explican en la escuela de interpretación, ni tampoco que el *acting* cruza la cuarta dimensión, porque donde más actúas es fuera de escena. En el supermercado, comiendo en un restaurante, en un paseo, en cualquier sitio donde haya gente interpretas que eres una mujer exitosa, y tanto repites la escena que te la llevas a tu hogar, a tus noches, a tu día a día… ¿Por qué duran tan poco las parejas de actores? Porque nos desdibujamos con los papeles que nos dan, perdemos, en parte, nuestro ser y nos tragamos al personaje y su entorno. Cuando lo soltamos, como una cuerda de goma, volvemos poco a poco a nosotros, pero ya no somos los mismos, nos hemos dado de sí.

Llaman a la puerta y voy a abrir. Pet me tiende una bolsa de comida del restaurante japonés de abajo.

—Tu pedido está listo.

—Gracias, Pet —le digo.

—De nada, mi niña. ¿Luego nos vemos, pues?

—Ya te he dicho que no. Del teatro me vendré a casa. Tengo que leer este guion.

—Vale, vale… Tú te lo pierdes. Le daré recuerdos a John de tu parte.

—Ni se te ocurra.

Mi vecino se va y cierro.

No me gusta nada John. Es un idiota monumental. Se cree gracioso y dispara chistes como un aspersor, de los cuales igual al año uno tiene gracia. Por lo menos para mí. Porque posee un humor de esos que dividen, no que suman, de esos que solo se ríen dos y los demás se ofenden. Si a eso le añades que me mira como si fuese un jamón ibérico, pues da como resultado una compañía ingrata.

Mientras como el poke de verduras, leo en mi horóscopo lo que me puedo esperar del día y me sorprende lo que pone:

«Hoy tendrás tres propuestas y si estás atenta, puede que te cruces con el amor de tu vida».

¡Anda, mira qué bien! Se lo tengo que contar a Candela.

Sigo probando suerte y abro una de esas galletitas que contienen esos mensajes tan abstractos que valen para todos.

Se me cae el pequeño papel al suelo cuando leo:

«Tres propuestas. Di que sí al amor de tu vida».

¿Esto es en serio?

Salgo de casa un poco justa, pero creo que me da tiempo a comprarme un café en mi cafetería favorita de Manhattan. Está a dos manzanas del teatro. Depende del tráfico, pero por suerte mi conductor del Uber se conoce las calles y me deja justo en la puerta diez minutos antes de mi hora de entrada.

No es un Starbucks. Ni lo pienses. Ya he explicado que echo en falta la naturalidad y esta cafetería es de lo más normal que hay por aquí. Aunque es un pequeño bar con pocas mesas, y una barra sin adornos, sin embargo, el surtido de café y su calidad compiten a primer nivel.

—¡Buenas tardes, Amanda!

—Buenas tardes —digo mientras leo en el pin que lleva en la camisa su nombre porque nunca lo recuerdo—, Acher.

Él sonríe porque siempre se da cuenta de que le tengo que leer para saludarle; y no es que pase desapercibo, porque es un israelí más guapo que un primor. Quizás también por su sonrisa, que desconocía hasta hace unos meses, en los que nos pudimos quitar la mascarilla y le vi al completo. De los pocos casos de desconocidos que han ganado al quitarse la mascarilla.

—¿Qué vas a querer hoy? ¿Algo extrafuerte como a mí me gusta y nadie se atreve o te rindes y quieres un café normal?

Le miro divertida y le respondo:

—Sabes que fuerte. Yo nunca me rindo.

Acher sonríe y se da la vuelta para prepararme la bebida con leche de avena calentita.

Cuando me da el pedido me hace una seña. Siempre escribe tonterías a sus clientes fijos en la faja de cartón que rodea el vaso.

Lo leo y la sorpresa versus estupefacción hacen mella en mí. Nunca me había puesto nada así. Le miro interrogante y me responde:

—Tú eres la única chica que elige el fuerte —dice con su hipnótica sonrisa y me guiña un ojo—. ¡Mucha mierda para hoy!

—¡Gracias, adulador!

Acher se ríe y se apoya en la barra para despedirme mientras yo salgo con mi vaso de café calentito con un mensaje un tanto preocupante:

«Cásate conmigo».

Capítulo 3
Notting Hill

Salgo del teatro agotada. En cada musical pierdo uno o dos kilos. Lo tengo comprobado. Se gasta mucha energía en las coreos y, como el nivel de concentración es tan extremo, termino exhausta; y eso que vengo del *ballet*. Fui bailarina hasta los veintitrés en la New York City Ballet. No recuerdo nada tan duro como aquello. Las interminables clases y los ensayos hasta que todo saliera perfecto te anulaban las ganas de hacer algo después.

Viví por y para la danza hasta que una lesión me alejó de los escenarios durante unos meses, y luego no pude volver.

Me quedé compuesta y sin novio, con unos pies de hobbit que dan repulsión y un saco manías porque la danza es muy estricta.

Aunque voy por la puerta de atrás, varios fans me esperan para hacerse fotos conmigo; el nuevo autógrafo. Intento ser simpática, pero no les doy conversación. Me limito a responder con monosílabos y sonrisa programada, asintiendo como un robot que enseña dientes. Te debes al público, pero cuando lo único que deseas es una ducha y meterte en la cama, la deuda se hace muy costosa.

A los veinte minutos, logro escabullirme y, como hace buena noche y no he salido a correr hoy, decido ir a casa a pie.

Para esconderme de curiosos, me pongo un gorro de lana y unas gafas con cristales de mentira que me dan un aire intelectual. Tampoco es que sea archiconocida, pero cada vez más y se hace incómodo.

Me encanta caminar. Me despeja la mente. A veces creo que son los paseos por esta ciudad los que todavía me mantienen aquí.

Andar por Manhattan es una droga.

Ves a tantos tipos de personas que la imaginación se me dispara. Nueva York es un contraste constante: ricos, pobres, republicanos, demócratas, maniquís, hippies, locos, cuerdos, actores, cuentistas…

Ninguna ciudad en tan ambigua y a la vez tan vanguardista. Aunque, por lo que he viajado, y conozco la capital de mi país de origen, en las metrópolis viven los más modernos y arriesgados —alguien de provincias jamás llevaría el *look* de un madrileño de Lavapiés—, pero sin duda alguna la madre reina de la diversidad extrema es Manhattan. El día a día aquí es tan impersonal que, aunque te cruces con cientos de personas, puede que ninguno te mire

a los ojos, y eso igual que a veces engancha; otras son de prozac cada ocho horas.

Y vivo aquí por cobarde. Hace tiempo que lo sé. Porque esta ciudad es mi expiación. A ella le echo la culpa de mis dramas. Regresar a España me aterra porque puede que sea igual de infeliz y, entonces, el problema ya no será geográfico.

Camino hasta mi apartamento en el Upper West Side, casi al principio de Central Park, en la 109.

Me encanta mi zona. Es muy tranquila.

Llevo aquí muchos años y por primera vez puedo decir que la casa es mía. Siempre había vivido de alquiler, pero después de una serie que grabé para Netflix, decidí invertir ese capital en ladrillo y le pregunté a mi casero si me vendía el piso. Aceptó, y por eso llevo diez años en mi apartamento, pero solo dos como propietaria.

Me costó mucho dinero, pero sé que, si algún día me voy de aquí, lo que sacaría de rentarlo me daría para vivir en España de forma cómoda.

Suena mi teléfono. Me quito un guante, ganándome miles de hormiguitas con agujas en la palma de mi mano de puro frío, y descuelgo el teléfono.

Es Michael, mi agente.

—¿Amanda? ¿Me oyes? ¿Me oyes? —pregunta acelerado.

Resoplo. Somos tan distintos… Este hombre vive al borde del infarto. No puede saludar como todo el mundo.

—Si he descolgado es que es estoy. Buenas noches, Michael.

—¡Ah, sí! Oye, ¿te has leído el guion para la serie de Filmin?

—No, lo siento. No he tenido tiempo, pero me dijiste que tenía de plazo hasta la semana que viene —le expongo con voz relajada, la que suelo usar, pero con Michael la exagero para llamar a su neurona espejo y que se relaje.

En serio, me preocupa. Se acerca a los cincuenta y, aunque está en forma, ese ritmo de vida le va a pasar factura. Michael es importante para mí. Es y ha sido mi único agente. Los dos hemos crecido en nuestras profesiones juntos.

—Sí, era algo así, pero no te llamo por eso —canturrea—. Vas a alucinar, pequeña.

—¿Estás cantando? Es jueves, Michael. Hoy no es *sabbat*.

—Tú también vas a cantar cuando te cuente esto. No, vas a presentarte a La Voz, la vas a ganar y al año vas a triunfar en los putos Emmy. ¿Dónde estás?

—Pues cerca de mi casa.

—¿En Broadway?

—Bueno, sí. Cerca. ¿Qué tiene que ver?

—La noticia que te voy a dar es para que te corras delante de

todo Broadway a grito pelado, y pidiendo más y más.

—Michael ahórrate tus guarradas para tus raperos.

—Nena, esto es grande, muy grande…

—Lo que es grande, Michael, es el frío que tengo en la mano. Dime lo que sea ya.

—Nena, ¿sabes quién te quiere para él solita y ha pensado en ti para su próxima superproducción?

—Si lo supiera no estaríamos teniendo esta conversación.

—Dime que sí, nena. Dime que sí…

—¿A qué?

—Después de esto vas a casarte conmigo, porque te conozco y sé que estabas deseando trabajar en algún proyecto español.

Me quedo un poco en shock. ¿Me acaba de proponer matrimonio? Aunque sea en broma… Ya van dos hoy. En la cafetería y ahora…

—¿Amanda? ¿Me oyes?

—Sí, sí… Dime de una vez. Y no me voy a casar contigo, porque a tu mujer no le gustaría.

—Vancouver Media te quiere. Álex Pina, nena. Álex Pina te quiere solo a ti para una pedazo de producción.

Transito de shock a shock como jugador de la oca. Exhalo el aire de los pulmones en un intento de tomar tierra.

—¿En serio?

—No te he dicho nada más en serio en mi vida.

—¿Te has leído el guion?

—Todavía no tienen guion terminado, pero nos han mandado uno provisional y está escrito para ti. Directo al cielo, Amanda.

—Bueno, tranquilo, que sabes que esto es como acaba y no como empieza. Así que pásame lo que tengas.

—Ya te lo he enviado, aunque ya te advierto que les he dicho que sí.

Me río.

—Me encanta que cuentes conmigo.

—Lo hago porque te quiero. De todas formas, me han pedido que hagamos una reunión la semana que viene para que te cuenten ellos el proyecto.

—Genial, Michael. Oye, te voy a dejar, que me estoy congelando.

—Vale, tómate un buen Rioja y fóllate a tu vecino para celebrarlo, venga.

—En serio, ¡deja el hip-hop! No te pega nada —le digo antes de colgar.

Miro al cielo, suspiro y le doy gracias.

Álex Pina: *La casa de papel*, *El embarcadero*, *White lines*…

Aprieto el paso porque estoy criogenizándome y, entonces, no sé cómo, me veo arrollada por algo y cayendo contra el suelo. Siento como se golpea mi cabeza contra el bordillo de la acera y todo se pinta de negro.

—Abre los ojos, abre los ojos… —Oigo muy lejos, así como a lo celestial. Los párpados me pesan tanto que ni que me los hubieran pegado con una pistola de silicona—. Abre los ojos, venga… —Vuelvo a intentarlo porque ahora me doy cuenta de que esa voz no estaba tan retirada y que me hablaba a mí—. Eso es. Abre los ojos. Vamos, chica…

Consigo despertar y siento un pinchazo enorme en mi sien. Vuelvo a cerrarlos. Paso.

—¡Auu…! —me quejo y me llevo una mano a la cabeza.

—¡Eso es! ¿Cómo te encuentras?

—¿Dónde estoy?

—¿Española?

Me percato de que he hablado en mi lenguaje materno, al que vuelvo cuando estoy en mínimos.

—¡Menos mal! ¡Ya viene! —escucho al chico que me está intentando despertar y, por lo que empiezo a entender, me tiene apoyada en sus piernas. Estoy tirada en el suelo de la calle.

Me cuesta abrir los ojos, pero lo consigo y le miro.

Es un hombre joven, con pinta de inglés por su cabello pelirrojo. No se ha dado cuenta de que le miro porque él está atendiendo a su derecha, a la carretera.

—¡Se acaba de despertar, Dylan! —le dice a alguien.

El inglés se gira y me mira.

Al instante se da cuenta de quién soy. Se lo veo en la cara de desconcierto y le escucho:

—¡Joder, pero si eres Amanda Martín! ¿Verdad? ¡Madre mía! ¡Cásate conmigo! Soy tu fan número uno. Te llamas Amanda, ¿no?

Intento incorporarme. Me acaba de pedir matrimonio y van tres hoy. Yo con este no me caso ni medio muerta como estoy. He de huir. ¡¡Arrástrate Amanda!! ¡¡Arrástrate!! Este chico es clavado a Spike, el de *Notting Hill*. ¡Levántate ahora mismo, Amanda!

Al instante siento que otras manos me frenan —¿será Hugh Grant?

—Deja de decir chorradas, Bob —le reprende el otro.

Ahora le veo. Un médico o enfermero de Emergencias. No le distingo bien por la oscuridad, pero hay algo en su voz que me pone nerviosa y no, no es Hugh Grant.

Vuelvo a cerrar los ojos porque me estoy mareando.

—Hola, ¿me oyes? El idiota de mi amigo te ha atropellado con un patinete —me explica el médico—. Necesito que abras los ojos.

Tengo que valorarte neurológicamente y ver si es necesario llevarte a un hospital. ¿Te duele algo mucho?

Me autoexploro y lo único que me duele es la cabeza.

—La cabeza.

—Vale. Venga, abre los ojos.

—Es que me mareo un poco —le digo.

—No pasa nada. Estoy contigo.

Esta frase y con esa voz me rebota en el estómago provocándome una náusea feroz.

—Es Amanda Martín, Dylan. Estoy segurísimo… —Escucho al pelirrojo decirle al médico.

—¡Anda ya!

—¡Que sí, tío! ¡Que sí!

—¡No me jodas!

Antes de que sigan con la conversación paralela, levanto los párpados y esta vez sí que veo con total claridad al de Emergencias y a su consternación hablarme:

—Amanda…

—Dylan… —Vomito. Literal. Como un aspersor.

—¡Joder! ¡Qué asco! —escucho al inglés, aunque de lejos porque Dylan, todo cubierto de vómito, me ha levantado en volandas y me lleva rápido a la ambulancia.

Esta imagen ya la viví… hace muchos años.

Capítulo 4
Bob Dylan

Dylan me tumba en la camilla y me cubre con una manta de esas que parecen de papel aluminio. La cabeza me estalla del esfuerzo de vomitar y del cóctel de emociones que estoy viviendo: vergüenza, colapso, nervios…

Dylan se acerca a mí y me limpia con unas gasas mojadas la cara, el cuello y las manos.

Le observo trastear por la ambulancia y hablar con el conductor y con el pelirrojo que esperan fuera. Ha cambiado. Siempre fue muy guapo, pero es probable que haya ganado atractivo con la edad. Eso o el uniforme que le sienta muy bien.

Ahora leo que pone que es enfermero en la parte de atrás de la chaqueta. Enfermero.

Hace años no sabía qué hacer con su vida.

—Voy a cerrar. Hace frío. Quedaos fuera —le escucho y después de hacerlo, regresa a mí—. ¿Estás mejor, Amanda? —Afirmo con gestos—. Es necesario que hables. Tengo que explorarte.

—Estoy bien, Dylan. Solo me duele un poco la cabeza de vomitar, pero ya se me está pasando.

Su mirada complaciente no ha cambiado. Siempre fue una persona con tendencia a querer agradar y no llevar la contraria, aunque diría que ha crecido en seguridad, ¿o es rencor lo que me parece vislumbrar?

Dylan, sin decir nada más, coge una linterna pequeña y me pide que abra los ojos para analizar mi reactividad pupilar.

—¿Sabes dónde estás? —me pregunta mecánico.

—En una ambulancia.

—¿Qué día es hoy?

—Diecinueve de diciembre.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno.

—Vale. Mueve ambas manos.

Le obedezco y cuando me pide que lo haga con los pies, igual.

—¿Sientes esto? —Me acaricia la palma de la mano y vaya que lo siento, pero le digo un sí tímido—. ¿Y esto? —Cuando me sube el pantalón para tocarme el tobillo, me pongo tan nerviosa que me incorporo un poco y le contesto:

—Estoy bien, Dylan. De verdad.

Se toma una pausa en la que no dice nada, pero sus ojos azul turquesa, sí; y es rencor. Ahora ya lo tengo claro. Me guarda rencor. Claro que si recuerdo la última vez que nos vimos, no es para menos.

—¿Ibas para tu casa?

—Sí.

—Debes tomártelo con calma hoy y, si es posible, no te duermas. Que alguien te vigile.

—Pues no es posible —respondo asustada.

—¿Vives sola? —se extraña.

Me tenía que haber callado. Ahora me toca admitirle mi fracaso sentimental, pero no me queda otra.

—Sí, ahora vivo sola.

—Pues o te acompaña alguien o vamos a un hospital. Desde mi punto de vista, no tienes más que un traumatismo leve, pero estas cosas hay que vigilarlas.

—Me fio de ti y paso de hospitales. Se monta mucho circo.

Al principio no lo entiende, hasta que cae:

—La fama, ¿no?

¡Tampoco tenía que haber dicho eso! Pero ¿qué me pasa? ¿Sufro de gastroenteritis verbal? Le respondo con un tímido sí.

—Ya eres muy famosa, sí. Lo has conseguido. Estarás contenta.

—¿Y tú? ¿Enfermero? Nunca me lo dijiste.

—Tampoco es que habláramos mucho de mí.

—Eso no es verdad. Sí que lo hicimos.

—No. Hablaste tú —me corrige.

Le retiro la mirada incómoda y busco en la ambulancia algo que destense el ambiente. ¿Un duende mágico por aquí? Intento hacer memoria de aquella locura. La tenía casi olvidada. Me porté bastante mal con él, lo acepto, pero éramos tan jóvenes…

—Dylan, perdóname. Sé que no estuvo bien. Me gustaría que me perdonaras.

—¿Por qué?

—Porque sé que estás dolido conmigo y te juro que he cambiado. Ya no soy aquella chica tan ambiciosa. No quiero que me recuerdes tan mal.

Dylan se muerde los labios. Se ha dejado barba y le hace más masculino. Ha ganado también en músculos. Siempre fue de espalda ancha, pero ahora está más fuerte.

Él se me queda mirando durante unos segundos hasta resollar y sonreírme.

—Perdóname. Soy un idiota. ¿Cómo estás, Amanda?

—Ya te lo he dicho. Estoy bien. Me duele cada vez menos.

Dylan vuelve a sonreír.

—No me refiero a esto. Hablo de ti. ¿Cómo estás?

—¡Ahh! Pues contenta. Con muchos proyectos…

—Te confieso que no he visto nada tuyo.

Mi corazón se lamenta sintiendo un calambrazo de tristeza.

—Normal… No pasa nada. Hay mucha oferta.

—No, no es por eso. Es por…

—Ya. Lo entiendo —le interrumpo—. No hace falta que lo digas.

—Pero estoy seguro de que eres muy buena actriz.

—Con nuestro pasado común no sé cómo tomarme eso.

—No. Es en plan bien. —Se ríe—. No he visto ninguna peli entera, pero alguna escena, sí. Vale. Lo reconozco.

Llevo sin pensarlo una mano a su mejilla.

—Te portaste tan bien conmigo… y nunca te lo dije.

—No lo creo. Fui un idiota. De manual. —Me sostiene la mano con una suya.

—Y yo… Nos engañaron un poco y caímos como chinches.

Nos sonreímos y nuestras miradas se enganchan. Aysss…, ¡Se me había olvidado! Era inaudito lo que me hacía sentir. Mi estómago se revolucionaba. Toda mi piel se escalofriaba y le sonreía como una fan. Pues ahora igual. Igual. Irremediablemente igual.

El caso es que podría mirarle toda la noche. Así, en silencio. Él y yo tan a gustito. No sé qué me ocurre.

—Estás muy guapa, Amanda.

Levanto los hombros en señal de que me da igual ser guapa o no. Ahora mismo lo único que me apetece es saber más cosas de él, que no se vaya… Hacía tiempo que no me sentía tan real.

—¿Cómo es que vives sola?

—Pues porque estoy sola. No se me dan bien las relaciones. Deberías saberlo.

—Lo nuestro no fue una relación, propiamente hablando. Para el resto del mundo sí, pero tú y yo sabemos que no.

—Ya… Bueno… ¿Y tú? ¿Tienes pareja? —me atrevo a preguntarle.

Justo en ese momento la puerta de la ambulancia se abre y entra el tonto del patinete.

—Me estoy helando fuera, ¿cómo se encuentra mi actriz favorita?

—Está bien —le responde Dylan con voz hastiada—, y tiene nombre. Amanda, de hecho.

Le sonrío.

—Amanda, tengo que explicarte que este ser es mi amigo y compañero de piso Bob, y que me ha avisado del accidente. Acababa de verle, y por eso he tardado tan poco.

—Vale. Ahora lo entiendo.

—Yo creo que no es necesario que vayas al hospital, pero lo de que estés sola, no me convence.

—¿No puede estar sola? —pregunta Bob.

—No. Hay que vigilar su nivel de conciencia.

—Vale, como me siento responsable, me quedo yo con ella —dice el pelirrojo.

Miro a Dylan con cara de susto y él me lanza una sonrisa tranquilizadora.

—Tú y yo tenemos hoy el torneo —indica Dylan a su amigo.

—¡Ah, es verdad! ¡El torneo! ¡Pues que se venga!

—¿Cómo? —digo asustada.

—No, va, me quedo yo con ella —anuncia Dylan y yo respiro.

—¡Ni en broma! Tú eres nuestra mejor baza. Si vas tú, el equipo pierde seguro. Me matan. Me quedo yo.

—No, Bob.

—No, Dylan.

Los miro. ¿Se habrán dado cuenta de lo curioso que suenan sus nombres juntos? ¿Se lo digo o será una broma tan típica que Dylan me desahuciará en brazos de Bob? Me callo. Bueno…, les pregunto:

—¿De qué es el torneo?

Atiendo a Dylan, sé que está dudando si decírmelo o no, hasta que Bob se adelanta:

—De canasta. De máquinas de tiro. Tienes que ver a Dylan. Es un hacha.

—¿De canasta? ¡Me apunto! Si se puede… —respondo dudosa.

—¿En serio? —se atropellan los dos.

Capítulo 5
Ocho años antes

—Michael, no estoy nada segura con esto. Creo que es amoral —le digo a mi agente.

—Lo sé, Amanda, pero es la única forma.

—No, la única no.

—Bueno, pero una muy importante y rápida. La productora ha contado contigo. Ahora no les podemos decir que no.

Me siento en una butaca de terciopelo rosa frente a un espejo de pie que hay en la enorme y sofisticada *suite*. Ya me han arreglado y nos han dejado un rato a solas a mi agente Michael y a mí. Se me ve bien. Es curioso, ya me observo como una espectadora, porque si yo fuera la que está viendo esta imagen diría que la chica está guapísima, sin embargo, yo no me siento yo. ¿Será este el principio de mi locura? Me he desdoblado.

—¿Ya has conseguido saber algo de él?

—Sí, que es de tu edad.

—¿Cómo se llama? —Michael me mira preocupado—. ¿Cómo se llama, Michael?

—¿Y qué más da eso?

—Aunque te parezca tonto, quiero saberlo.

—Yo te lo digo, pero luego deberás aparentar que no sabías nada.

—Vale.

—Se llama Dylan. —Suspiro. Dylan. Es bonito. Suena a americano, pero vete a saber—. Nos quedan cinco minutos para grabar, Amanda. Venga, bebe agua, respira y haz el papel de tu vida.

Me levanto temblando como un corderillo.

Michael se da cuenta y camina hacia mí. Me toma por los codos y me mira antes de decir:

—Amanda, mi niña, esto puede abrirte muchas puertas. Te dará a conocer. Luego tendremos que reorientar tu carrera, pero para eso estoy yo. Piensa que hace tres meses no tenías nada.

—No lo sé, Michael. Dudo de todo, en serio…

—Y yo, Amanda, pero te prometo que voy a pelear por ti y me voy a dejar el culo en llevarte a la gran pantalla. Esto es un primer paso.

—¿Y él?

—¿Quién?

—El tal Dylan.
—No sé. Él tendrá sus razones.
—Y si él lo hace de verdad.
—Ese no es tu problema.
—O sí.
—No, Amanda. Nadie hace esto porque busque el amor de su vida. No seas ingenua.
—¿Y si él sí?
—Pues que se joda por idiota. La vida no funciona así.
—¿Así cómo?
—Pues como un jodido cuento de hadas. ¡Por Dios! Deja de cuestionarme todo, Amanda. Lo vas a hacer y lo sabes, porque eres una mujer valiente, porque te has dejado los cuernos bailando y ahora ya no sabes qué hacer. Porque te mereces esta oportunidad. No pienses en él. Él da igual. Él es un monigote. Tú brilla, llora, emociónate y sonríe azorada. Dale al público lo que quiere, y la productora sabrá recompensártelo, me lo han dicho.
Suenan dos toques en la puerta.
—¿Estás lista, Amanda? —escucho a la presentadora del programa al otro lado.
Michael me mira tenso.
Busco mi imagen en el espejo. ¿Cómo he llegado a esto? Yo quería bailar, amaba la danza, me entregué a ello, me alejé de mi familia, de mi país… por bailar en el *ballet* de Nueva York, por aprender del método Balanchine, y me sentía realizada hasta que una artrosis de menisco me ha impedido continuar. Estoy más perdida que un dictador en una asamblea.
Sabía que lo siguiente en mi carrera era la interpretación. Llevo queriendo ser actriz desde que tengo uso de razón, y por eso me he formado desde hace dos años, pero es tan difícil darse a conocer…
—¿Amanda?
Vuelvo a escuchar a Jessica Abbot, la famosa presentadora.
Quiero decir no, que no, que paso, pero miro a mi alrededor y la responsabilidad me cae sobre los hombros. No puedo. He de hacer lo acordado. Esto se lo debo a mi estricta educación. Ser feliz puede ser para mañana…
Me levanto, miro a Michael con rabia y en español digo:
—¡Me cago en la madre que me parió!
Abro la puerta y allí están las cámaras y una superbronceada Jessica con micro en mano, aparentando sorpresa.
—Estás maravillosa, Amanda. Eres una novia espectacular.
Sonrío.
—El novio ya está esperándote. Te aviso de que tiene a las chicas de la redacción como locas. Nena, te has llevado al más guapo.

—Se carcajea.

Yo no. Yo tengo ganas de llorar.

—Estás nerviosa, ¿verdad? —Le digo que sí—. No lo estés. Hoy, Amanda, vas a conocer al hombre de tus sueños. El programa os ha calculado un noventa y ocho por ciento de compatibilidad. Estáis hechos el uno para el otro. —Sonrío—. ¿Estás lista?

—Sí.

—¿Vienes libre y conscientemente?

—Sí.

—Pues mi preciosa novia, síguenos.

Bajamos las escaleras y espero una eternidad detrás de un escenario.

No puedo evitar sentir nervios. Esto es una locura y no tiene nada que ver con mi forma de ser, pero, cuando acepté, estaba tan perdida que un baile en una despedida de soltero me habría parecido un trabajazo.

Por fin un guionista viene hacia mí y me indica que ya me toca. Cuando suene la música tendré que avanzar por el pasillo.

Veinte minutos después, suena la banda y se abre la cortina que me separaba de todo el jaleo.

Camino con la marcha nupcial de Richard Wagner sin levantar la cabeza; en parte porque el cámara me está agobiando un montón y con no caerme tengo suficiente. Me ha parecido vislumbrar al chico, pero hasta que no llego al final del altar improvisado en esta playa y le tengo delante, no le veo.

Jessica, que es quien nos casa, se acerca a mí. Me deja el ramo en la mesa y coge mis manos para llevarlas a las de él.

—Amanda, te presento a Dylan. Dylan, te presento a Amanda.

Me quiero morir, que me parta un rayo o me dé un infarto. ¿Cómo mierdas he llegado hasta aquí?

—¿Habéis venido libres y conscientemente a este matrimonio?

—Sí —vuelvo a decir y escucho por primera vez la voz de él, lo que me empuja a mirarle.

¡Oh! ¡Este chico me suena! No sé de qué, pero le conozco… ¡Ah, sí! Juega al baloncesto frente a unas canchas que hay en mi escuela de interpretación. ¡Es él!

Sonrío.

¡Qué casualidad!

Él también me sonríe, percibo que le tiembla el labio y las manos. También a mí.

Me acerco y le digo al oído:

—Eres de Nueva York, ¿verdad?

Él asiente y vuelvo a acercarme a su oído.

—Juegas al baloncesto frente a mi escuela.

Él me estudia.

¡Uff! Es muy guapo. Sus ojos azul turquesa son especiales. Nunca le había tenido tan de cerca, pero su sonrisa… Tiene cara de buena persona.

—Yo también te he visto. Eres la de la parada del bus, siempre escuchando música.

Nos sonreímos, hasta diría que felices. Esto lo hace algo más normal. No voy a casarme con un total desconocido. Es el buenorro de las canchas, el que juega siempre entre bromas, y sus movimientos son muy definidos y enérgicos. Todas las veces que le he observado, he pensado que sería un bailarín excelente.

La ceremonia comienza y dura una eternidad porque sacan varias tomas y planos.

El director es un melindres y nos corrige cualquier gesto o postura. Así que, cuando llegamos a la parte final, cuando nos ponemos los anillos, estoy tan agotada que no le doy ni la mínima importancia.

Ahora sí se ha convertido en un plató de televisión y yo no me estoy casando de verdad.

Lo malo es que lo primero es cierto, pero lo segundo no.

El banquete y la fiesta duran otra eternidad.

El director nos hace brindar decenas de veces. Sentados, de pie, de lado, otra vez en pie, con invitados, solos… Acabo exhausta, acalorada y aburrida.

—No veo la hora de que llegue nuestra luna de miel —me habla al oído por primera vez Dylan.

Le miro un poco asustada porque no sé si se está pensando que esto de hoy va a acabar como los matrimonios de verdad.

—¡No, no! —Levanta las manos para defenderse de mi mirada iracunda—. No me refiero a eso. Hablo de irnos de aquí. Esto es una pesadilla.

—¡Ah, vale! Te había entendido mal.

—Bueno, sí, ha sonado regular. —Sonríe apocado.

Me río.

—Yo creo que solo nos queda el baile —le digo esperanzada.

—Sí, y yo, pero viendo lo visto, nos van a salir callos en los pies.

—Difícil. He sido bailarina. Mis pies son dos rocas.

—Ah…, ¡qué bien! Me va a tocar bailar con una bailarina —bromea.

Le empujo un hombro con confianza, como si le conociera de toda la vida.

—Tienes un acento extraño, ¿de dónde eres? —me pregunta.

—De Madrid.

—¿De España? ¡Qué guay! Siempre he querido ir.

—Pues yo hace mucho que no voy, como me vine a la escuela de danza…

—¿Y vives sola aquí?

—Sí. Bueno, no, con compañeras de piso y eso…

Dylan afirma y como parece que se nos ha acabado el tema de conversación, mira al director que está indicando algo de las luces a los cámaras.

—Esto es muy extraño, ¿verdad? —le pregunto en un arranque de sinceridad.

—Bastante —responde—. Yo diría que loco. Muy loco, pero ya no hay marcha atrás.

—Bueno, sí. Esto no es definitivo… —le aclaro. Yo pienso firmar el divorcio dentro de un mes. Es la condición *sine qua non* que le exigí a Michael para participar en este *reality*.

Dylan vuelve a dejar de mirarme y en sus mejillas distingo el bochorno. Igual me he pasado de impetuosa.

¡Salvados por la campana! Nos toca bailar.

El director y nuestros *coaches* nos preparan por separado, y, más o menos, nos vienen a decir que nos besemos, que han notado una química que traspasa la pantalla y que nos arriesguemos.

Solo van a hacer una toma. Por tanto, lo que salga, salió. Ahora de repente buscan la organicidad. Llevamos toda la ceremonia bajo la senda de un guion y ahora nos quieren sinceros.

Yo no entiendo nada…

Suena la música.

Jessica, micrófono en mano, nos indica que vayamos al centro de la pista.

Camino y, cuando llego, le miro.

Está nervioso, y yo.

Nos vamos a tocar, a acercarnos… Voy a oler su aroma.

Soy yo la que da el primer paso y me acerco para sujetar su mano en el aire.

Su tacto es áspero. Debe de ser de jugar al baloncesto.

Él hace lo propio y posa su otra mano en mi espalda arrimándome a él.

Soy una thermomix de emociones: la base es incomodidad, pero hay otros ingredientes como la sorpresa que me acabo de llevar al oler su aroma y darme cuenta de que es muy rico, de los más personales que he apreciado tan cerca. Otra cosa que me gusta es que, al ser tan corpulento, su cuerpo abarca al mío y eso me hace sentir protegida; asunto que, según mi estado de nervios, no es para desdeñar.

Damos pequeños pasos, y sigue el ritmo. No es un patán.

Siempre lo intuí cuando le veía jugar.

Nota a nota me relajo e intento meterme en el papel. Se supone que es una boda…

Acerco mi cabeza titubeante y la apoyo en su pecho.

Advierto un pequeño respingo de sorpresa en su cuerpo, pero lo disimula acercándome un poco más, mientras acaricia mi espalda.

Le siento mover el cuello para decirme algo al oído.

—Gracias.

No sé si es por la voz o por la cercanía, pero me recorre un calambre de gusto por todo el cuerpo.

Levanto la cabeza y con los ojos le pregunto qué ha querido decir.

Vuelve a acercarse:

—Porque eres de mi especie… Estaba acojonado esta mañana. —Le sonrío animada—. ¿Te puedo decir otra cosa? —me pregunta y el rubor vuelve a sus mejillas. Afirmo—. Te hubiera elegido a ti…

—¿Por qué? —Sonrío.

Él echa la cabeza para atrás.

—¿Tú te has visto?

—Sí, todos los días. ¿Qué tengo?

—¿Que qué tienes? Eres como un ángel, Amanda, y vestida así… Pufff.

La cámara se nos acerca. Presiento que son órdenes del director.

Me aúpo de cuclillas para decirle al oído.

—Quieren que nos besemos. ¿Qué hacemos? A mí me da igual…

Casi no termino la frase, Dylan me sujeta por la nuca y estampa su boca en la mía, con una cadena de besos cortos y suaves. Sus labios son muy carnosos. Es como estar entre algodones.

Me muerde el labio inferior y a mí se me olvidan las cámaras, el programa, la boda y toda la parafernalia. Me acabo de excitar como hacía tiempo, pero él se frena, posa sus manos en ambas mejillas y mirándome a los ojos me acaricia.

—Vámonos ya. Ha acabado la música.

Me doy cuenta de que sí, y el resto también porque de pronto suena un aplauso.

Dylan me toma de la mano y me lleva con fuerza hacia el hotel. ¿Dónde está el chico apocado de hace un rato? ¿He despertado a la bestia?

Un cámara va detrás de nosotros resollando por las prisas.

Los tres nos montamos en el ascensor. Dylan y yo de frente, apoyados cada uno en una pared y el cámara dando la espalda a la puerta grabándonos en silencio. De todo el día, ya ni le hago cuenta.

Solo miro a Dylan que respira agitado y me atraviesa con sus intenciones.

Doy un paso e inclino mi cuerpo para comentarle al oído:

—Ni sueñes que me voy a acostar contigo.

Cuando me voy a separar y volver a apoyarme en mi pared, me lo impide y me dice muy bajito:

—Eso ya lo veremos —dice lanzándome una mirada retadora.

¿En serio? ¿Tiene un hermano gemelo?

Las puertas se abren y los dos nos llevamos una divertida sorpresa al encontrar el pasillo iluminado por un camino de velas y pétalos de rosa que marcan la habitación nupcial.

Nos han dicho antes que el cámara solo grabará los primeros minutos, en los que nos desvestiremos en el baño y nos pondremos la ropa de noche. A Dios le pido que no sea un picardías porque este *machoman* me salta a la yugular.

Accedemos.

Como me venía esperando, la habitación es enorme y se ve igual de cursi que el pasillo con pétalos de rosa hasta en la cama, velas en cada mesa, una cubitera con champán y varias botellas de vino. En las dos mesillas hay preservativos adornados con lazos rojos; tan rojos como me acabo de poner yo.

Esto parece un picadero oficial. Yo no sé qué se ha pensado esta gente…

Dylan no me suelta de la mano y mira todo como yo.

—Voy a cambiarme, ¿vale? —me indica.

Afirmo y le veo coger un pijama que había depositado en una descalzadora, donde también está el mío, que, por lo que compruebo, es de raso.

El cámara graba la habitación mientras yo me intento recomponer. Estaba un poco perdida, pero creo que ya me he centrado.

¡*Oh my God*!

¡A tomar por saco la contención! Dylan acaba de salir sin camiseta, con un pantalón caído en el que vislumbro su oblicuo y me da la sensación de que mi cuerpo se ablanda y flota.

—¿Vas a dormir así? —le digo.

—Pues sí. ¿Pasa algo? —Se mira con aire preocupado.

—No, no… Nada.

Ahora soy yo la que huyo al baño agarrando mi camisón.

Entro en el enorme aseo y al ver la ducha ni lo dudo:

—¡Voy a ducharme! —grito.

—Si necesitas ayuda… —Le oigo.

—Sé encender un grifo, tranquilo.

—Lo digo por el vestido. Tenía muchos botones.

¡Anda, es verdad! ¡Serán capullos! Seguro que lo han hecho adrede para promover un momento sexi.

Abro la puerta y, sin mirar a la cámara, le ofrezco mi espalda a Dylan.

—Desabotóname, por favor.

Él se ríe, pero con cuidado me quita los botones, sin ir más allá.

Le doy las gracias y entro a mi pequeño oasis de calma: el baño.

Tras una ducha larga, en la que hasta me lavo el pelo para relajarme del todo, salgo vestida con el típico camisón blanco de raso, y como lencería un culote precioso de Victoria's Secret que es una pasada.

Ahora es Dylan el que pone cara afectada y sonrío cuando me tiende una copa de champán.

Brindamos frente al cámara y por fin se despide, y se va.

Nada más cerrarse la puerta, me escucho a mí misma relatar:

—¡Oh! ¡Menos mal! ¡Qué pesado! Estoy agotada.

Dylan, risueño como voy comprobando que es, dice:

—Por fin solos, y no quiero que te lo tomes a mal, pero es que el tema del cámara es un peñazo.

—Sí, sí… —le digo—. Te entiendo. Vamos tarde, pero te entiendo.

Dylan sonriendo se sienta en la cama, sin retirar el edredón, y cruza los brazos por delante del pecho mientras pega pequeños sorbos a la copa.

Está descalzo y sus pies son bonitos. Me fijo siempre en los pies de la gente. Lo hago por envidia, porque los míos han quedado para tirar.

—¿Sabes lo que tenemos que hacer ahora? —me pregunta pícaro.

¡Oh, oh…! Creo que ha vuelto el rompebragas del ascensor.

—Ni lo sueñes…

Dylan me interrumpe con una carcajada y dice:

—Me refiero a emborracharnos. Tenemos que emborracharnos si queremos que nuestra primera noche sea menos incómoda.

—Yo lo tengo fácil, Dylan. No suelo beber.

—Ni yo… Ves, nos parecemos.

—No te habrás creído eso de la compatibilidad, ¿no?

Dylan niega con la cabeza y dando unos golpecitos en la cama, me pide que me siente a su lado.

No tengo nada que perder.

Me tiende una copa llena.

La acepto y, cuando voy a dar un trago, me lo impide y dice:

—Primero pregunta: ¿qué es lo más raro que has hecho hoy?

—Casarme contigo —respondo rápido y los dos nos sonreímos —. ¿Y tú?

—Uhmm… —Se muerde el labio y mira hacia arriba para pensar—. Pues, aparte de casarme, conocer, por fin, a la chica de la parada del bus.

—¿En serio?

—Te lo prometo. Me he fijado en ti todos los días.

—¡Te lo estás inventando! Nunca me mirabas.

—¡Qué te crees tú eso! Vas los lunes, martes y jueves, y sueles salir sobre las ocho. Siempre escuchas música y das toquecitos con tu mano en tu mochila.

Le pongo morritos.

—¿Será casualidad? —le pregunto.

—Quiero pensar que sí… ¿Por qué te has apuntado a esto? Y quiero la verdad.

Dudo de si ser sincera, pero creo que se merece saber a quién tiene delante para que no haya equívocos.

—Porque me lo ha recomendado mi agente. Quiero actuar y esto me va a dar a conocer. Además, la productora ha prometido que, si hago un buen papel, me tendrán en cuenta.

Dylan me escucha sereno y no entreveo ni un ápice de consternación.

—Por tu sinceridad. —Brinda y los dos bebemos un trago largo.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Por pasta… Necesitaba el dinero. Un amigo de un amigo me lo ofreció y, aunque al principio dije que ni de coña, luego me animé. Ahora pienso que he hecho bien, porque ha sido genial casarme contigo.

—¿Tú crees que es verdad? ¿Estamos casados? —le cuestiono.

—Yo creo que sí.

—¿No nos dirán luego que todo era un montaje?

—No creo, Amanda. Tengo un primo abogado que echó un vistazo al contrato y me dijo que nos casábamos de verdad.

—¡Pues échame más vino, camarero! —Levanto la copa.

Dylan se ríe y se incorpora para abrir otra botella.

—¿A qué hora tenemos que estar mañana presentables? ¿Sabes algo? —le pregunto.

—No creo que pronto. Es nuestra noche de bodas.

—¡Uff…, deja de decir eso!

—¿Por qué? —Sonríe mientas llena nuestras copas.

—Porque me agobia.

—Pero es que es la verdad. Estamos casados, Amanda. Soy tu

marido y tú eres mi mujer.

—¡No vuelvas a decir eso! —Le golpeo en un hombro.

Lo cierto es que el alcohol ya está surtiendo su efecto en mí. Me siento un poco desinhibida.

—¿Lo de que eres mi mujercita? —Me guiña un ojo y se arrastra en la cama para acercarse.

—¡Vete a la mierda! ¿Quieres que te sea sincera?

—Sí, claro —Sonríe.

—Pienso divorciarme dentro de un mes, cuando acabe el programa.

Dylan finge consternación y responde:

—Y yo firmaré apenado los papeles, porque yo pensaba hacer lo mismo hasta que te he visto llegar y casi me estalla la cabeza de lo bonita que estabas. No he visto una novia más preciosa en mi vida, y ya, un poco borracho, te informo de que estoy seguro de que, aunque me vuelva a casar diez veces más, sé que nunca lo haré con una mujer tan bonita como tú.

—Gracias, Dylan. Te informo que, aunque me adules toda la noche, no vas a lograr tu objetivo, pero, para no sonar tan fría y ser un poco cortés, te digo que tú también me pareces muy guapo. ¿Bebemos?

—¿Para enfriar este momento tan romántico? Vale…

Me río. Es muy gracioso porque, cuando se suelta, gesticula mucho, contrastando con una voz ronca y sincera. Creo que Dylan es buena persona y me cae bien. Se lo digo:

—Me caes bien, Dylan.

—Y tú a mí, Amanda… Vamos a intentar llevarnos guay este mes, antes del divorcio, ¿vale?

Brindo con mi copa por ello. Estoy borracha y me está entrando sueño.

—¿Y si nos dormimos? —le pregunto.

—Yo no tengo sueño, pero tú descansa si quieres.

—Estoy agotada… y el vino y el champán…

—Tranquila.

Dylan se incorpora, retira el edredón de su lado, se levanta hacia mí y me coge en brazos rodeando la cama para depositarme sobre las sábanas.

Creo que se me escapa un gemidito de la impresión.

—*Mademoiselle* —hace una reverencia—, tiene el pelo mojado. No debería dormir así…

—Da igual —le digo cerrando los ojos del mareo.

—¿Te encuentras bien, Amanda?

—Uhmm…, ¡qué bien hueles! —le digo encaramándome a su cuello, oliéndole como si fuese un cruasán recién hecho.

—Mejor sabré…

Los brazos se me descuelgan porque estoy mareadísima.

—Amanda, ¿estás bien?

—Sí, sí… Solo es sueño… —respondo con la lengua acartonada.

—Descansa, preciosa. —Siento sus labios en mi frente y me dejo caer en los brazos de Morfeo; aunque en el último segundo pienso que los de Dylan no estaban mal.

Capítulo 6
Canastas

Llegamos a un garito en Brooklyn con un ambiente ensordecedor. Son casi todos hombres, adictos a la cerveza y a los cacahuetes. Hay música rock a prueba de insonorización y olor a humanidad —de la de que vivía en la Edad Media en castillos sin agua corriente ni perfumes —.

Menos mal que Dylan me ha dado dos analgésicos y ya no me duele la cabeza porque me hubiera estallado con el nivel de ruido y energía que desprende este lugar. Es estroboscópico para una migrañosa como yo.

Acabo de conocer al grupo de Dylan y Bob. Son cuatro hombres más, y, después de las presentaciones y de ver como todos ellos me miraban alucinados con la boca abierta por ser quién soy, me siento y Dylan lo hace a mi lado.

Es un pequeño reservado, con sillones de piel oscura, que igual algún día fueron blancos, pero creo que no. Quiero pensar que no.

—Se les pasará. Son majos —me dice Dylan al oído—. Es que nunca han tenido tan cerca a una actriz famosa.

—Eso espero, pero no pasa nada. Con que me dejes lanzar unas canastas, me conformo.

Dylan gira el cuello como la niña del exorcista y espeta:

—¿Estás de coña? Estamos en la final.

—¿Y qué? —Levanto las palmas de las manos como si de un poli se tratase.

—Pues que me imagino cómo juegas y no metes una canasta al arcoíris. Tú eras de bailes.

Me río porque lo dice tan serio que me hace gracia.

—Me lo debes, si no quieres que denuncie a tu amigo por atropellarme con el patinete y a ti por venir de extranjis con la ambulancia para salvarle el culo.

—No serás capaz —me reta y vuelvo a apreciar esos destellos de rencor en su mirada que vislumbré al principio de la noche.

Como no quiero tensar la cuerda, que viene estando ya estirada de más, le sonrío y le aclaro:

—No, por supuesto que no, pero me lo debes…

—¡Joder, Amanda! ¿Y cuántas cosas me debes tú a mí? —se enfada. Ahora recuerdo que era muy competitivo.

Llevo mis manos a su cara para relajarle.

—Shh… Vale, vale… Era broma… Da igual, Dylan. No pasa nada.

Estando tan cerca es imposible no mirarle. Sus pupilas se dilatan como siempre lo hacía cuando se cruzaban con las mías.

Había mucha química entre nosotros y la había enterrado. Totalmente olvidada por lo rápido que sucedió todo al salir del programa.

Dylan es, con mucha probabilidad, el mejor tío con el que me he cruzado en todo este tiempo y me porté como un ser vil y despreciable. Si pudiera volver atrás… a aquella playa, a nuestros ratos de risas, jóvenes e ingenuos. A cuando discutíamos como niños por cada juego y cualquier tontada nos servía para apostarnos algo.

Mirándole ahora a los ojos no entiendo cómo no me he vuelto a acordar de él en los últimos años. En todo un contexto de ficción, él fue pura verdad y lo ignoré.

—Perdona… —se disculpa.

—No, perdona tú… por todo.

Dylan sonríe.

—Igual llegas un poco tarde.

—¿Unos ocho años?

Asiente.

—Te perdono si me aseguras que valió la pena.

Le digo que sí con la cabeza porque sé que, si hablara, notaría que miento.

—Ahora eres una superactriz reconocida. Debes de ser muy feliz. —Vuelvo a gesticular—. Eso es lo que querías, ¿no? —Hace una pausa—. ¿O es lo que quería Michael?

No le respondo. Ya no lo sé.

—No estoy mal, Dylan. No soy la más feliz del mundo, pero no me puedo quejar. Y Michael sigue siendo mi agente.

—Pues ya sé entonces por qué no eres más feliz. Ese hombre te está robando tu vida.

—No, Dylan, de verdad. Ambos hemos cambiado. Él es un amigo, y se preocupa por mí.

—Él es tu representante y se preocupa por su bolsillo.

—Ahora vive en Los Ángeles. Está forradísimo. De verdad, de aquello la única culpable fui yo. Fui una egoísta. Me asusté…

—¿Te puedo preguntar qué te asustó? ¿Hice algo yo? A veces pienso que te agobié.

—No sé, Dylan. Tú… tú eras demasiado perfecto y yo estaba muy perdida. Solo me centraba al pensar en mi carrera. El programa me vino muy grande.

—Y a todos…

—Yo tenía mis planes. Siempre he sido muy cuadriculada, ya lo sabes.

Bob nos interrumpe para traernos dos cervezas sin alcohol.

Le doy las gracias y vuelvo a mirar a Dylan. Pega un largo trago y me hace evocar lo que me gustaba verle comer y beber. Era muy sexi y lo mantiene. Es que es de esas personas que prestan toda su atención a lo que tienen entre manos. No lo hacen de cualquier manera. Dylan roza lo quisquilloso, pero sus movimientos son tan concretos que me fascinan.

Me pilla babeando y sonríe.

—Ahora parece que no ha pasado el tiempo —emite antes de dar otro trago.

—Antes no me has contestado si tienes pareja —le digo al oído. Han subido la música, y parece que el torneo va a empezar.

—Oficial, no —responde sin mirarme atendiendo a un pequeño escenario en el que ha subido un hombre con un micro.

—Uys…, ¡qué ambiguo! ¿Eso qué significa?

—Pues que no y que me quería hacer el interesante.

Me río y él me remueve el pelo como si fuera una niña.

Es curioso cómo me vuelvo a sentir como aquella veinteañera de antes. Cuando dicen que el tiempo no existe van a tener razón. Han pasado ocho años y de pronto me siento que estoy igual.

La pareja de al lado, que está un poco bebida, me pide hacerme una foto y me empujan hacia ellos sin ningún tipo de reparo.

Dylan que se da cuenta y me separa usando su cuerpo.

—Gracias —le digo al oído.

Empieza el torneo y me divierto muchísimo con los comentarios de los amigos de Dylan.

En el tercer turno les llaman y me quedo sola en nuestro pequeño reservado animándolos.

De pronto, me acuerdo del horóscopo y la galletita, de que la predicción era que iba a tener tres propuestas y una sería el hombre de mi vida… No puede ser. Se me revuelve el estómago.

Busco en mi móvil la aplicación y la vuelvo a leer como si aquello fuesen mis notas de selectividad:

«Hoy tendrás tres propuestas y si estás atenta, puede que te cruces con el amor de tu vida».

¡Ahhhh! Respiro hondo. No era condición inherente que el amor de mi vida fuese un pretendiente.

¿De verdad me estoy planteando esto? Será por el golpe en la cabeza, ¿no? Me obligo a centrarme en el concurso y dejarme de inspiraciones astrológicas.

Ganan sin problemas y es cierto que el mejor, de lejos, es mi ex. Por lo menos hasta donde puedo ver, porque varias personas se me

han acercado para sacarme fotos con ellos.

Ya ha corrido la voz. Quedan pocos sin saber que Chloe, la de la serie *Intimate* de Netflix, está aquí.

El grupo vuelve a la mesa y entre bromas y brindis se beben varias cervezas, y cada vez dicen más tonterías. Yo me parto de risa. Ya me han normalizado y me tratan como a una persona estándar. Eso es gracias al alcohol. Lo tengo comprobado. Por cada trago, yo pierdo capas de glamur y me banalizo.

El presentador les vuelve a llamar.

Por puntos, han pasado a la semifinal.

Esta vez solo son tres minutos, antes fueron cinco.

Cada participante del equipo tira diez canastas, meta las que meta, y pasa al último de la fila hasta que acaban los tres minutos.

Dylan vuelve a meter todas en los dos turnos a los que le da tiempo y se hacen con un puesto para la final.

La gente está más bebida y no me dejan ni respirar de fotos y tonterías que me preguntan, pero, aun así, me lo estoy pasando bien. Sobre todo, cuando el grupo regresa al reservado.

Dylan me cuenta que sigue jugando al baloncesto, que ahora entrena a niños en su antiguo colegio y que estudió enfermería con el dinero que sacó del programa.

Hablamos lo que nos dejan, porque las interrupciones siguen llegando móvil en mano y yo me tengo que contener para no gritar que me dejen respirar.

Cuando les requieren para la final, Dylan se levanta y tira de mí.

—Te vienes conmigo.

—No, Dylan. De verdad… No pasa nada. Os espero aquí.

—Te vienes conmigo —me repite mirándome a los ojos algo molesto—. Me quedo más tranquilo, Amanda.

—Vale.

Pero cuando llegamos el presentador, nos dice que si no juego no puedo estar ahí.

Doy unos pasos para atrás.

—Pues entonces juega —le oigo pronunciar y su equipo le mira como si estuviera loco.

Levanto las manos y corro a decir:

—¡Qué no! ¡Qué no! ¡No pasa nada! Estoy acostumbrada, de verdad.

Dylan me ignora y les dice a los de su equipo.

—Chicos, no podemos dejar a Amanda sola. Están todos borrachos.

—¡Pues claro que no! —grita Bob—. Amanda es nuestra chica.

—¡Pero que vais a perder por mi culpa! —les chillo.

—Lo mismo nos da —dice uno de los amigos.

Dylan sonríe orgulloso y levanta una mano al centro del corro.

Todos le imitan y gritan:

—¡Uno para todos y todos para uno!

Me troncho de la risa, aunque no puedo evitar pensar que igual pierden por mi culpa.

Dylan se me acerca:

—Tú tranquila. El año que viene ganaremos —bromea.

Comienza.

Me han dejado la última de la fila para que no me dé tiempo a tener dos turnos.

Aunque lo están haciendo bien, hasta Dylan falla algunas, se les ha encogido el brazo en la final.

Me toca.

Nunca he jugado a esto, pero sí al baloncesto. Llevo siete años entrenando.

Cojo el balón, respiro, miro a la canasta y… encesto. Y encesto, encesto, encesto… Así hasta diez.

El público se vuelve loco. El grupo se vuelve loco.

Miro a Dylan, que le toca de nuevo, y no le da tiempo a decirme nada, pero una sonrisa infantil le delata. Se acaba de quedar para hacer estatuas.

¡Ganamos!

¡Me río como hacía años!

Bob me coge en hombros y el garito entero nos aplaude.

Suena *We are the champions*, como es normal.

Dylan llega hasta mí y me baja. Quedo atrapada entre sus brazos y sus pupilas dilatadas.

—Eres, eres… —resopla—, una mentirosa.

—No —le digo—. Ya no. Ahora solo soy actriz y entreno al baloncesto muchas tardes.

Dylan nos arrastra unos pasos hacia un pasillo que está más vacío y me apoya en la pared.

—Se me sale el corazón —dice y me pone la mano sobre su cuello para que sienta los latidos.

Yo le cojo la suya y lo llevo al mío. Quizás hasta el mío lata más acelerado.

—¿Por qué cojones me pasa esto contigo, tía? Solo pierdo la cabeza así…

—Dylan… —le imploro. ¡Por dios! Nunca había tenido tantas ganas de que alguien me besara.

—Dylan, Dylan… —Escucho y no es mi voz. Me giro y veo a una chica embarazadísima, llamándole—. ¿Qué haces?

Mi ex da un respingo y se separa de mí.

—¿Y tú qué haces aquí, Rachel? ¿Estás loca?

—Quería ver cómo ganabais la final —le responde y yo no sé muy bien cómo tomar esto.

Toso.

Dylan me mira estresado y dice:

—Amanda, esta es Rachel.

—¡Hola! —le digo—. Encantada. Estás a punto de ser mamá, ¿no? —le pregunto aludiendo a su embarazo.

—Sí. —Me sonríe dulce—. Nos quedan unos días para ser papás, ¿verdad, Dylan?

Le miro estupefacta.

—¿Vas a ser padre?

Como un niño viendo bajar a Papá Noel por la chimenea, me mira aquí mi primo, el de que se me sale el corazón. No hace falta que responda.

Me separo de él.

—Mucha suerte, pareja. Tengo que irme.

Y salgo como una exhalación del bar.

Capítulo 7
¡Pillada!

No recuerdo haber llorado tanto en años, y no me preguntes por qué.

Es una mezcla de rabia, pena y engaño, interlineado con incredulidad por habérmelo tomado tan mal.

Creo que estaba en deuda, que hace ocho años no sufrí lo suficiente y ahora lo he devuelto con creces, como en los duelos patológicos. Creo que las penas si no las lloras a tiempo las debes y más tarde o más temprano se buscan el hueco para tomarse la revancha. Nadie sale indemne.

Sé que no tiene sentido, que tengo una vida maravillosa, un apartamento de mi propiedad en Manhattan, muchas ofertas de trabajo, conozco a gente superinteresante a diario y, sin embargo, una noche en un garito de mala muerte en Brooklyn me ha hecho replantearme todo.

Porque me dejé llevar. Fue muy real. Todo. Desde el principio, hasta esa incomodidad que a veces nos silenciaba.

Eso me sucedía con Dylan, que es como cuando usan en los restaurantes potenciadores de sabor para que los platos destaquen. Pues, con él, mis sentimientos se engrandecen, me revuelven, para bien o para mal, porque me amplía, como si de una caja de resonancia se tratase y dilatara los sonidos y, por ende, las emociones.

A la contra, pierdo seguridad, porque me hace ser más volátil y, en la distancia, asusta.

En las relaciones soy fiel seguidora de la ecuación cómoda, la de que en una historia de dos siempre gana el que quiere menos.

Tampoco me ha surgido.

Por supuesto que me he enganchado a alguna relación, pero ahora que lo pienso, con ninguno he sentido tal nivel de conexión y complicidad.

Ahora él va a ser padre.

No me lo quiso decir, lo que me da mucha pena, porque me hace ver que nuestra historia se quedó abierta, que podría haber sido, pero no será. Si yo le hubiera dado igual, me lo habría contado, pero se lo calló.

Me puso la mano en el cuello, latía acelerado, como yo, pero llegamos tarde.

Lloro también porque hasta mi sobrina pequeña se dio cuenta de que estaba muy sola y le pidió a Papá Noel por mí, y yo lo negaba.

Me siento fatal… No debería haberme ido del bar así. Dylan ha rehecho su vida y va a ser muy feliz, porque es una de las mejores personas que conozco.

Miro el reloj. Son las diez de la mañana. Hoy no tengo teatro. Solo me queda una función mañana y termino, así que ni me muevo de la cama. He dormido fatal estos días y necesito recuperar, aunque sea a ratitos.

Suena el timbre de la puerta.

No me lo puedo creer.

Lo ignoro.

Insisten de nuevo.

—¡Abre! ¡Sé que estás ahí, traidora!

Es Peter.

Me levanto como zombi y abro la puerta.

—¡Madre mía! ¡Pero que no estamos en Halloween, chica! —bromea—. ¡Vaya pintas!

—No estoy de humor, Pet. En serio, ¿qué quieres?

—Hombre, pues venía a echarte la bronca por traidora y no salir a correr ningún día, pero acabo de ver unas fotos tuyas en el móvil que son muy sugerentes, amiga…

Eso último llama mi atención poderosamente y me despierta de mi desolada realidad.

—¿Qué fotos? Si no he salido, ni he ido a ningún evento.

—¡Mentirosa! Has salido y te has besado con un machote.

Me relajo, porque debe de tratarse de un error.

—Pet, en serio, no he salido. No tengo el cuerpo para fiestas.

—¿Y por qué? ¿Qué te pasa? —pegunta y así, sin que le inviten, entra en mi casa, en mi intimidad.

Sube las persianas del salón, abre las ventanas y se pone a recoger el desorden, que, aunque no es mucho, la verdad es que no me viene mal este ejemplo de caridad para con tus vecinos deprimidos.

Me siento en el sillón y le contemplo.

—Si me llenas la nevera te hago un guiño en mi próxima función.

Peter se ríe.

Suena mi móvil y mi nueva y barata asistenta me lo acerca.

—Es Michael. Lo coges, pero luego a la ducha. Estás que pareces del Bronx—me regaña.

Descuelgo y no me da tiempo a decir nada:

—¿Se puede saber en qué pelotas estabas pensando?

—¿Michael? ¿De qué hablas? —intento subir el tono para que me oiga.

—¡Por favor, Amanda! ¿Cómo se te ocurre remover el pasado de esa forma?

—Michael sigo sin saber de qué estás…

Una lucecita se me enciende. ¿Será posible?

—¡Peter, enséñame las fotos que me has dicho antes! —le pido con ansias y abriendo las compuertas a un terror incipiente.

—Voy, mira. —Peter saca su móvil del bolsillo y me muestra la pantalla.

Me llevo las manos a la cabeza. Somos Dylan y yo a punto de besarnos, con la mano en sendos cuellos, justo antes de que llegara su mujer embarazada. ¿Cómo ha podido pasar? ¡Cómo he sido tan estúpida! Parezco una principiante.

Vuelvo a mi móvil y, cuando Michael deja de soltar improperios, respondo:

—Michael, sufrí un accidente. Dylan me atendió porque ahora es enfermero. Me fui con ellos a un bar porque querían tenerme vigilada por el golpe en la cabeza y esa foto no es lo que parece. Dylan está casado y va a tener un bebé.

—Dylan no está casado —me dice muy seguro.

—¿Y tú por qué lo sabes?

—Porque lo he buscado en los registros de todo Nueva York, ¡no te jode! Pues porque le he llamado y se lo he preguntado.

—¿Has llamado a Dylan? —le pregunto preocupada. Su relación siempre se cortó con cuchillo. Me temo lo peor.

—Mujer, ¡qué esperabas! Es mi trabajo: adelantarme a todas las tragedias.

—No lo llames tragedia. Solo nos vimos, hablamos y ya. Y me lo pasé muy bien.

—Sí, claro. Se te ve superfeliz. Solo te faltan unas mechas para ser la Barbie corazones.

—Estoy bien, Michael. Estoy un poco constipada. Solo es eso.

—¡No me mientas! Estoy lejos, pero te conozco más que a mi caprichosa mujer. Estás despechada.

—¿Despechada? —aparece Pet en mi pantalla—. ¿Quién ha osado dejar a la mujer más fantástica de Nueva York?

—Pues su ex, Pet. Su ex. Para ser más concretos: su exmarido.

—¡¿Cómo?! ¿Has estado casada?

—Ya te lo he contado, Pet. Lo del programa —respondo con pereza.

—¡Ahhh…! —resuella mi vecino—. ¿Y le viste la otra noche?

—Sí, me atropelló un amigo suyo con un patinete. Ya os lo he contado —digo mientras me siento en el sillón—. Entonces, él vino, me atendió, y al ver que me había dado un golpe en la cabeza, me dijo que no podía estar sola y…

—Bla, bla, bla, bla, bla, bla… —me interrumpe mi agente—. ¿Qué pasó en el bar?

—Nada. Ganamos un torneo de baloncesto. Fue genial… Conocí a su mujer y me vine a casa.

—¡Qué no está casado, pesada! —reitera Michael.

—¡Pues su novia! ¡Yo qué sé! Con la que va a tener un hijo —al decir esto, no puedo evitar disimular mi consternación. Mi voz tiembla como en las primeras audiciones.

—¿Va a tener un hijo? —cuestiona Pet y se sienta a mi lado para abrazarme—. ¡Hija, qué puntería! ¡Vais a petar las revistas! Parece una novela turca.

—¡Vete a la mierda! —le digo en español.

Pet se ríe ignorándome y le pregunta a mi agente:

—¿Y qué te ha dicho el futuro papá?

—¡Pues qué me va a decir!

Peter y yo nos miramos algo cómplices e intrigados porque no sabemos la aparente verdad universal.

—¿El qué? —le pregunta mi vecino.

—¡Pues que quiere hablar con ella! ¡Joder!

—¡Ahhhh! —decimos los dos al unísono.

—¡Joder, Amanda! ¡Que esto es Nueva York!

—O estoy muy espesa o no te pillo hoy, Michael —me sincero —. ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Pues qué estás en la puta ciudad más cosmopolita del planeta! En la ciudad donde nadie es quien dice ser. Donde el disfraz del éxito se pone desde por la mañana; donde los tríos, cuartetos, hijos de hombre y de cabras, vampiros, putos hombres lobos… ¡Qué sé yo! Todo tiene cabida en esa acelerada isla. ¡Y vas tú y te crees que tiene pareja por qué va a tener un hijo!

—Perdona que te corte —le interrumpe mi vecino—, pero es que es lo más normal —dice y me mira—. Tampoco era muy loco, ¿no? Yo habría pensado en lo mismo, ¡vaya!

—Le tenías que haber dejado explicarse —me dice Michael.

—Ya sé cómo se hacen los niños, Michael. No hace falta que me lo expliquen.

—¿Y qué tiene que contarle? —le cuestiona Pet— ¿Lo del XY o XX o si va a elegir un colegio Montessori?

—La marca de los pañales, ¡no te jode! —resuella—. No sé qué quiere explicarle, pero algo importante porque me ha insistido mucho. Me ha dado hasta pena.

—Uys… No te creo —le dice Peter—. Tú lo que quieres es que se vuelvan a ver para que no parezca que han dejado a tu chica, que ya nos vamos conociendo.

—¿Por qué no te callas? ¿No tienes casa? —le grita mi representante.

—Michael, relaja… ¿No le habrás dado mi teléfono? —le

pregunto yo ahora.

—¿Por quién me tomas? No, pero te acabo de enviar el suyo para que le llames.

—¿Y por qué tengo que hacerlo?

—¡Ah, yo no sé! Lo dejo en tus manos. Pero hagas lo que hagas que no te vean. No podemos volver al *reality*. Has trabajado mucho para ser quién eres. ¿Me explico, cariño?

—Claro, Michael.

—No me quiero meter en tu vida, de escenarios para fuera, tu vida es tuya, pero te quiero y lo sabes.

—Lo sé, Michael, y yo a ti.

—Algo me dice, mi niña, que le tienes que llamar… Aunque no tenga sentido, aunque creo que profesionalmente no te favorece, pero te veo tan contenta en esas fotos, con un brillo que pocas veces irradias, que no lo puedo dejar pasar. Y nunca, ¿me oyes? Nunca me vas a pillar con las defensas tan bajas. Es la puta Navidad esta que me tiene agilipollado.

Nos despedimos.

Peter se queda un rato conmigo, intentando animarme, hasta que me llama mi hermana y se marcha.

Entonces, todo se complica mucho más.

Mi sobrina Candela ha visto mis fotos y está superfeliz porque Papá Noel me ha conseguido el novio que le pidió, y se lo ha contado a todas sus amiguitas. Y, aunque mi hermana le reconoció como mi ex, me ha obligado a que cuando me visiten, Dylan venga, porque a mi sobrina le queda como máximo un invierno para dejar de creer en la magia de la Navidad y, a pesar de que mis respuestas eran todas de este tipo:

«Alicia, hermana, de verdad, no me hagas esto. No puedo volver a verle».

Ella me respondía de esta otra:

«Dos pepinos me importa. Búscate la vida».

¿Y ahora qué hago?

¿Cómo voy a convencer a un hombre que está a punto de ser padre de que se haga pasar por mi novio delante de mi familia? Un hombre que me odia desde hace ocho años.

Capítulo 8

Ocho años antes

Nunca imaginé que se podía trabajar tanto en un programa de este tipo. Estamos agotados.

Cuando llegamos a la habitación, caigo rendida en la cama y ni hago cuentas a la cena, a la tele o al pobre de Dylan.

Nos hacen repetir tomas, esperar y esperar a que todas las luces estén preparadas, los cámaras, el sonido y, cuando crees que Dylan y yo podemos empezar a interactuar como los recién casados que somos, el director grita «¡corten!» porque se ha escuchado el piar de un pájaro y vuelta a empezar.

No puedo explicar lo ridículo que ha sido hoy estar en la playa.

Nos miraba todo el mundo.

Dylan me habrá echado crema como siete veces y yo a él otras tantas. Y el brindis… Hemos brindado con un mojito hasta que se nos han derretido los hielos —anótese lo difícil que es eso— y nos han tenido que traer otro.

Los curiosos al principio nos miraban, pero se cansaban al tercer «corten».

Ya ni intentamos hablar cuando hay cámaras porque nos interrumpen de continuo.

A veces tenemos comida libre, pero como se viene Michael con nosotros para contarnos las sensaciones del director y las ofertas que me está moviendo, puedo informar que mi matrimonio está abocado al fracaso.

Y no me cae mal. Todo lo contrario. Me parece el más normal de todos. Hasta diría que en estos cinco días hemos ganado en complicidad. Nos hacen reír las mismas cosas y solemos apostar por cualquier tontería para hacerlo más llevadero.

«¿Cuántas veces te voy a echar crema? Si son más de diez, gano yo».

«Si la próxima vez el director grita algún improperio, te doblo la apuesta».

«Si esta toma vale, a la primera te apuesto mi coche».

Vale, vale… y es muy, pero que muy guapo. Mi tipo. Es alto, corpulento, castaño y con esos ojos azules tan claros que las dilataciones y contracciones de su pupila se delatan constantemente.

Ahora estamos en una cena con otra pareja de recién casados

del programa. Nora y Jason. Son algo más mayores que nosotros, sobre los treinta. Son los dos americanos, pero uno de Washington y la otra de la América profunda. Ambos tienen sobrepeso y visten a su estilo propio… Él con camiseta de Marvel y ella con rollo Sissi Emperatriz, hasta con lazos y tirabuzones en el pelo.

Nada más verlos me ha dado un pequeño ataque de risa y, si no es porque Dylan ha estado muy fino y ha simulado que me hacía cosquillas, se hubieran ofendido.

Durante la cena, Jason no ha parado de contarnos lo feliz que está con Nora y que está seguro de que el método acierta porque les va muy bien y están disfrutando mucho.

Nos ha enunciado todas las colecciones que hace a todo lujo de detalles, que no se cuentan con los dedos de las manos, y lo sorprendente es que ella le miraba admirada, como si se supiera la lista de los presidentes americanos o fuese capaz de deletrear Tallahassee al revés; cuando a mí me parecía un pelmazo y un grosero, todo hay que decirlo, porque a esa verborrea patológica hay que añadirle un apetito de lobo feroz y modales de cromañón.

He podido visualizar toda la comida que se le iba quedando en las muelas y se sacaba con los dedos. Hasta una de las veces, que el cámara se ha despistado, nos han chivado que están teniendo mucho sexo.

Yo no me lo creo, pero tampoco me va la vida en ello. Si quieren vender esa felicidad, adelante. No me suelo inmiscuir en la vida de los demás y menos en la de dos desconocidos con los que no tengo nada en común.

Por fin nos dicen que podemos marcharnos y yo me despido sin más preámbulos.

Dylan me mira raro. Yo diría que incluso molesto, pero se levanta también.

Caminamos en silencio por los jardines del hotel hasta nuestra *suite* nupcial.

En la entrada nos encontramos con Michael.

—El que faltaba… —resuella Dylan.

Opto por ignorarle, ya que estamos todos muy cansados, y le pregunto a Michael si necesita algo.

—¿Puedes dejarme a solas con mi representada? —le pregunta a Dylan a lo que él le mira con desdén y cierra la puerta de un portazo.

—¿Qué bicho le ha picado a este? —me dice.

—¡Ni idea! ¿Qué quieres, Michael? Necesito dormir.

—Quiero contarte que lo estás haciendo muy bien y que los productores están muy contentos con tu trabajo. Dicen que la cámara te adora. Así que sigue así, aunque un poco más cariñosa… Se supone

que es tu marido.

—¡Venga ya!

Entro en mi habitación.

Dylan está tirado en la cama, vestido solo con los pantalones y zapeando en la tele. No me mira. Se me hace raro, porque suele ser muy cordial, y en su cara lo único que veo es malestar.

—¿Te pasa algo? —le pregunto recostándome en mi lado del colchón. Estoy tan cansada que puede que no me ponga pijama.

Dylan no me contesta.

—¡Hola! ¿Me respondes?

—No me apetece discutir, Amanda.

—A mí tampoco, pero me gustaría saber qué te pasa y si es algo que he hecho yo.—Es más bien qué no has hecho.

Un pensamiento me viene a la mente. ¿No estará así porque los otros nos han desvelado que están teniendo mucho sexo y nosotros no? Porque le mando a la mierda en patinete.

—Espero que no te refieras a lo que estoy pensando…

—¿A qué?

—Pues… —Le indico la cama con los ojos.

—¡Anda ya! ¿Cómo me voy a referir al sexo?

—¡Pues tú me dirás! —le digo y me cruzo de brazos.

Dylan se inclina de lado y me contempla.

—No has participado nada en la cena. Vale que eran muy raros, pero no me he sentido cómodo, Amanda.

No me esperaba para nada esta opción.

—Dylan, yo soy así cuando no tengo nada que decir y mi sensación es que tampoco les importaba nuestra opinión. No nos daban tregua.

—Me he sentido muy incómodo, Amanda. Solo. Tú estabas a lo tuyo.

—¿A lo mío? ¿Y qué se supone que es lo mío?

—Pues Michael y sus propuestas.

—Recuerdas que te dije que vine a aquí para ser actriz, ¿verdad? Creo acordarme de que no te sentó mal en su momento.

—Y no lo hizo, pero que no hables ni una palabra en una cena, me incomoda.

—Dylan, es que estoy agotada, y tengo varias taras. Una es que cuando la gente es muy rara, no me nace relacionarme. Yo no les aporto nada y ellos a mí tampoco. Y no lo veas como algo elitista. Es más bien timidez.

Advierto que Dylan se relaja y ya no me mira enfadado.

—Eran raritos, sí… —admite risueño.

—Dylan —le digo y me apoyo en su hombro—, por favor, no discutamos. Eres lo único normal que hay aquí.

—¿Entro dentro de tus cánones? —Afirmo poniéndole morritos—. Perdona… Me he puesto un poco bruto. Yo también estoy muerto.

—Bueno, pensemos en todo lo que nos van a pagar. —Le toco la nariz.

—No hago otra cosa —bromea mirando hacia arriba.

Después de ducharnos, nos metemos en la cama y hago un esfuerzo por no dormirme y conversar con él.

Me pregunta por mi familia en España y por el *ballet*, hasta que dejo de hablar con sentido y me quedo profundamente dormida apoyada en su regazo.

Capítulo 9

Si la montaña no va a Mahoma

Se cierra el telón y se crea uno de esos momentos bonitos que me llevaré siempre.

Todo el equipo, hasta maquillaje y músicos, suben y nos abrazamos en un gran círculo.

Han sido unos meses muy intensos, muchos ensayos, compartir nervios, anécdotas, risas, broncas del director y, con todo, sé que los voy a echar de menos.

Es la primera experiencia tan larga de teatro en mi vida.

Desde que salí del *reality*, he actuado frente a cámara en series y películas.

Me apetecía sentir el escenario, lo que es crear un personaje y actuarlo con sentido cronológico; lo que lo hace mucho más real y a la vez más complicado por el miedo a equivocarte. Sin embargo, es más sencillo meterse en el papel.

En el cine, más de la mitad de tu jornada te la pasas esperando o repitiendo las escenas. Tienes más posibilidades de hacer una buena toma, pero menos de disfrutarlas.

Me apasiona ser actriz. Creo que no lo había dicho. Este trabajo te hace vivir un montón de vidas y eso, inevitablemente, es enriquecedor. Conoces diferentes culturas, viajas por la historia y transitas por las emociones de tu personaje que puede que no tenga nada que ver contigo. Ser actriz es un reto constante.

A mí lo que más me gusta es prepararme el papel, conocer a mi nuevo yo. Observar, ensayar y empatizar con tu protagonista me parece adictivo, porque juegas, y jugar es importantísimo.

El director nos despide con unas palabras bonitas y, cuando ya el grupo se empieza a dispersar y bajo del escenario para irme a mi camerino, se acerca a mí y me dice que le ha encantado trabajar conmigo, que le he sorprendido mucho y que cuenta conmigo para nuevas producciones.

Ahora sí me marcho muy emocionada y reconozco que, mientras me cambio en el camerino y me despido de las chicas, tengo que ocultarme porque se me caen algunas lágrimas.

Menos mal que el frío de la calle me pega una torta de realidad que se me quitan todas las ñoñerías.

Hace un frío que pela.

Estamos ya casi en Navidad y puede que se cumpla el sueño

de muchos niños, y esta noche nieve. Desde luego, las temperaturas se prestan a ello. Pasado mañana viene mi hermana, y estoy convencida de que a Candela le encantaría que nevara.

Menos mal que hoy no hay nadie esperando.

Nos hemos entretenido mucho y los fans han desistido.

Me alegro. No está la noche para explayarse.

Mientras busco el gorro, guantes y las gafas en mi bolso, escucho que alguien me llama y mis ilusiones de salir pitando se esfuman.

Me giro y, al ver quien me ha llamado, me quedo sin aire.

Es Dylan… o lo que queda de él, porque su nariz está tan roja que podría parecer un reno de Papá Noel.

—Pero ¿qué haces aquí? —le digo con voz de lástima porque salta a la vista que está helado.

—He ve-ni-do a ver-te —habla tartamudeando de la tiritona que tiene.

—¡Te vas a poner malo!

—Es que ha cam-bia-do mu-mu-mucho el tiem-po.

Le miro bien. Lleva una cazadora vaquera con borreguillo, tipo leñador, que todos sabemos ya que no abrigan nada por mucho que se pongan de moda una y otra vez.

—¿Has venido a verme? ¡Qué ilusión! —No puedo evitar acercarme para abrazarle e intentar infundirle calor.

—Me has a-lu-ci-ci-nado. E-e-res muy buena.

—¡Anda! Vamos a algún sitio a que entres en calor, que de esta te pillas una pulmonía.

Como está cerca, se me ocurre ir a mi cafetería favorita y, aunque está muy llena, encuentro una mesa al final.

Acher, el camarero que me escribió en el vaso que me casase con él, viene a saludarme y se sorprende al verme acompañada.

—Acher, mi amigo está helado. Tráele algo para que entre en calor y a mí lo de siempre, aunque hoy no tan fuerte.

—¡Pero chico, qué cara traes! —le dice y Dylan intenta sonreírle, pero tiene la cara tan tiesa que no puede—. Ahora mismo vengo.

Y eso hace. En dos segundos trae una manta de esas con pelo suave y se la echa por el cuerpo.

Dylan hace un amago por quitársela y el camarero le insiste que se la quede porque no quiere tener que llamar a una ambulancia.

Me tengo que reír. Es surrealista.

Después, le trae un chocolate y voy viendo cómo se templa con cada sorbo.

—Es mi cafetería favorita —le confieso.

—No me extraña. Se nota que saben cuidar de sus clientes —

dice apuntando con sus ojos a la manta—. Parezco la abuelita de caperucita.

Me vuelvo a reír.

—Muchas gracias por venir. Me ha hecho mucha ilusión, Dylan.

—Te confieso que no pensaba que eras tan buena… y cómo cantas. Eres increíble.

—No sé cómo tomarme esto… ¿No confiabas en mis dotes de actriz?

Dylan niega con la cabeza.

—No es eso, pero tampoco he pensado en ti de esa forma… Es que me has tenido con la boca abierta toda la función. Estoy deseando llegar a casa para ver todas tus pelis.

Me río, y de pronto me acuerdo de cómo nos despedimos y se me corta el buen rollo de golpe.

Él, que siempre supo leer en mí, se me adelanta:

—No es mi novia, Amanda… Somos compañeros de piso. Bob también lo es.

—¿El hijo es de Bob? —le pregunto y creo que se me escapa el entusiasmo en el tono esperanzado que he emitido.

Dylan resuella, y entonces sé lo que me va a decir antes de que lo haga:

—No, es mío.

—¿Y no es tu novia?

—No…

—¿Habéis cortado antes de que nazca el bebé?

—No. —Sonríe de medio lado—. Nunca hemos estado juntos.

—Hombre, por lo menos una vez sí. No es que yo sea un premio Nobel, pero a eso llego.

—Rachel es mi amiga, Amanda. Solo eso, y le gustas más tú que yo. De hecho, la cara que puso el otro día es porque siempre me ha pedido que te presentase.

—¿Es gay?

—Sí, y le encantas. Bob le contó por encima que te conocía y siempre me ha dicho que tú eras de las suyas. Ella quería tener un hijo y me lo pidió. Yo también quería. Fue por… inseminación —admite y me sonríe con orgullo.

De verdad, la vida te da unas vueltas que es normal que todos acabemos demenciados.

—¿En serio?

—No bromearía con algo así. Voy a ser padre, Amanda, y eso me hace mucha ilusión, pero Rachel y yo no somos novios.

—¡Qué valiente! Si ya es duro con tu propia pareja, no me puedo imaginar si no hay amor de por medio…

—Yo quiero mucho a Rachel, y nos conocemos desde hace muchos años. No vamos a tener problemas. Es una mujer muy conciliadora. Me encantaría que la conocieras. Es imposible enfadarse con ella. Siempre está feliz.

Me quedo callada. Ahora siento tanta vergüenza por mi comportamiento del otro día…

—Perdona que me fuera así el otro día.

—No, tranquila. Te entendí. Por eso he insistido tanto en verte —me dice y a mí me salen chiribitas de la sonrisa.

Nos miramos en silencio un rato. Bebemos y nos observamos.

Estoy tranquila. Es un poco como volver a la Amanda de antes, la que no era famosa y aparentaba ser perfecta a todas horas.

—Casi mueres en el teatro —bromeo—. Me has llegado a asustar.

—Veo el titular: Un pringado fallece congelado al esperar a Amanda Martín.

Nos reímos.

—¿Y cuál es tu plan de vida ahora? Porque ser padre te va a quitar mucho tiempo —le pregunto.

—Pues desde luego cuidar de mi hijo todo lo que pueda y de Rachel lo que me deje. Ya te contaré…

—Claro.

—Pero… Amanda creo que, no sé, después de volver a verte… —Duda—. Sabes que soy muy sincero, ¿verdad? —Le digo que sí—. Me encantó verte el otro día y no he podido parar de pensar en que no puede ser casualidad.

¿Dónde está ese chico tímido de hace ocho años que no hablaba apenas de sus sentimientos?

—A mí también me ha pasado —afirmo—. Perdona por no haberte llamado, pero estoy metida en varios proyectos y… bueno, te vi con ella… Pensé que era mejor quedarme quietecita.

—No pasa nada. Era comprensible.

—Entonces, ¿estás soltero?

—Sí —responde firme—. Hace dos años que no tengo una relación seria. Llevo todo este tiempo volcado en mi trabajo y en los entrenamientos. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

Dylan me coge una mano… Ya ha entrado en calor y su contacto me sube desde los dedos hasta la boca del estómago.

—Sé que vivimos en mundos distintos, que no tenemos nada que ver, pero me gustaría tener una cita contigo y ver qué pasa.

Me río de pura vergüenza.

En teoría hemos estado casados. No deberíamos andar como en la Edad Media.

—Me encantaría. Aunque seas mi exmarido, nunca hemos tenido una cita.

Él también se ríe.

—No me puedo morir sin intentarlo, Amanda… Te quiero en mi vida, como amiga, como algo más, como mi ex… Me da igual, pero lo que no deseo es perderte de nuevo.

Estoy totalmente de acuerdo.

Me ha hecho mucha ilusión volver a verle. Fue una casualidad tan grande que te hace pensar.

Le miro, y pienso que va a ser padre. ¿Dónde me dejaría eso a mí si tuviésemos una relación? De pronto, me acuerdo de mi sobrina Candela y que pasado mañana llegan a la ciudad.

—Dime que mañana estás libre.

—¿Mañana? No, pero puedo cambiar el turno.

—Es que pasado mañana vienen mi hermana y su familia, y estaré con ellos. Estás invitado, pero sería mejor que nuestra primera cita fuese sin una niña de nueve años mirándonos, ¿no crees?

—¡Claro! Yo cambio el turno y mañana nos vemos.

—¡Ah… y otra cosita!

—Dime.

—Vas a tener que fingir que estás superenamorado de mí —Dylan frunce el ceño intrigado—, y cenar con nosotros en Nochebuena.

—Y yo pensaba que iba rápido…

—Ahora te explico…

Dylan me acompaña a casa. El camino más corto de mi vida. Lo prometo.

He observado que ha ganado en conversación. Hace años era más callado. También es verdad que siempre teníamos una cámara detrás, y eso no ayudaba.

Me gusta su forma de ver la vida.

Es deportista, amable, le encanta la música en directo, leer ficción y pasear sin rumbo, como a mí. Se conforma con poco. No es nada ambicioso y es muy familiar. Cuida de sus padres y se ve con ellos casi todos los domingos. Tiene un gato que está viejito y le adora, pero ya lo tenía cuando le conocí.

El asunto de venir a cenar en Nochebuena no lo ve claro, porque sus padres se quedarían solos, pero me promete que se acercará un rato por la tarde.

Se lo agradezco infinito. Es un encanto.

De todas formas, es que no soy neutral. O Dylan me ha pillado inmunodeprimida en lo que a amor se refiere, o es que hay algún tipo de conexión que no alcanzo a entender, pero me cuente lo que me cuente, me parece interesante. Todo en él lo es.

Cuando llegamos a mi portal y se presenta el momento de la despedida, nos miramos.

No le voy a decir que suba, porque quiero tomármelo con calma, pero me moriría por un beso.

Él parece que piensa lo mismo que yo porque se me acerca.

—¡Hip! —hipo con todas mis fuerzas y le asusto.

—¿Y eso?

—Hipo, perdona… ¡Hip! Me pasa con el frío o con los nervios, y se me tarda mucho en quitar.

—¡Pues vaya! Yo que te pensaba dar un beso tornillo… —Me guiña un ojo.

—Hip —respondo—. Me voy a subir a casa. —Hipo—. Es del frío y, como se me instaure, es muy difícil que se me quite. A veces me dura horas. ¿Nos vemos mañana?

—Vale. —Dylan se me acerca y me abraza con fuerza—. ¡Hasta mañana!

—¡Hip! —le respondo y me meto en el portal.

Antes de que se cierre la puerta, siento que se vuelve a abrir y me doy la vuelta.

Es él.

Dylan camina hacia mí con paso decidido.

—No respires —dice mientras me desabrocha el abrigo y me aprieta en la boca del estómago. Claro que no respiro. Con que me lata el corazón me conformo. Dylan me oprime y masajea a la vez que indica—: te estoy reseteando el diafragma para que deje de contraerse. Aguanta todo lo que puedas y cuando necesites tomar aire, suéltalo despacito.

Como magia. Se me quita el hipo, y le sonrío.

Dylan aprovecha que estaba cerca para empujarme a la pared y saltarse la distancia de seguridad.

—No pensarías que me iba a ir sin besarte, ¿no? No creerás que soy aquel chiquillo atontado de hace ocho años, ¿no?

—No eras atontado.

—Sí lo fui, y me he fustigado muchos años por ello. Por mí no va a ser.

—¿El qué?

—Lo sabes. De momento quiero mi beso de despedida. Me lo he ganado.

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no?

—He estado al borde de la hipotermia, Amanda —susurra pegando su nariz a la mía—, y todavía me queda mucho frío en el cuerpo, pero si me besas, igual…

Él acaricia mis labios con los suyos y un calambre me sacude. ¡Madre mía! ¿Qué ha sido eso?

Ahora soy yo la que se inclina y le besa. La sensación es tan diferente a cualquier otra que no sé describirla. Es mágico, y más cuando Dylan se salta el protocolo y me abre la boca con sus besos para que nuestras lenguas se toquen, y estalle la pasión desenfrenada.

Nos besamos durante más de diez minutos y creo que podría estar toda la noche.

Es maravilloso, pero siempre hay un aguafiestas y esta vez le conozco.

Peter entra y tose al pillarnos sofocados.

Nos separamos y, como mi vecino el indiscreto no se va, les presento.

El enfermero y el bombero tienen más en común de lo que pensaba, y escucho como Peter le invita a subir a su casa para que cenemos los tres.

Dylan me mira pidiendo permiso y yo levanto los hombros para indicarle que haga lo que quiera.

Cena tailandesa, vino español y risas. Muchas risas.

No me siento nada incómoda. Todo lo contrario. Hacía años que no me lo pasaba tan bien en un plan improvisado.

Me daba apuro que Dylan supiese que me he acostado a veces con Peter, pero aquí, mi vecino, se lo ha dicho de una manera tan práctica que no ha dejado espacio a la incomodidad.

Ha sido algo como: me caes muy bien tío. Desde hoy quito las manos de mi vecina.

Dylan, que se lo ha tomado de lo más normal, nos ha preguntado si nos acostábamos, y Peter le ha explicado que hace muchas cosas conmigo y entre esas tener sexo, pero como entretenimiento mutuo, sin más.

Y a otra cosa mariposa.

Cuando las cosas fluyen, no hay obstáculo que no se pueda sortear.

Durante la velada, Dylan y yo nos abrazamos, nos besamos y acariciamos con cierta naturalidad.

Ya no puedo dejar de tocarle. Ni él a mí.

A las tres de la mañana, nos despedimos de Peter un poco borrachos y entramos en mi casa.

—Me lo he pasado genial, preciosa —susurra apretujándome contra la pared de nuevo y, dicho sea de paso, metiéndome mano por debajo del jersey.

—Y yo —le digo amasando su maravilloso trasero para acercarle más a mí.

Nos besamos con calentura, pero tanta calentura no viene siendo normal…

—Dylan, ¿tú estás bien?

—Uhmm…, muy bien —susurra mientras cuela sus ardientes manos bajo mi jersey.

—Dylan, tú tienes fiebre. Fijo. Es imposible que estés tan caliente.

Mi ex se me separa y observándole bien, le aprecio mala cara. Está un poco ojeroso.

Él se autoexplora tocándose la frente.

—¡Joder, estoy ardiendo! Ahora que lo pienso, me duele la cabeza, pero creía que era por el vino, como no suelo beber…

—Claro. ¿Quieres que mire qué tengo por aquí para darte?

—No, Amanda. Mejor me voy que me conozco y cuando me sube la fiebre, no puedo con mi alma. Me voy a casa antes de que me ponga peor.

—¿Te pido un Uber?

—Vale…

Saco mi móvil y me avisa que en cinco minutos llega.

—He debido coger frío cuando te esperaba.

—¡Jo, ahora me siento culpable! —le digo apenada.

—Tranquila, esto se me pasa mañana. Me lo he pasado genial, Amanda. Mañana hablamos.

Cuando me va a ir a besar para despedirse se arrepiente a la mitad y me comenta:

—No vaya a ser que te pegue algo… Mañana te llamo.

Le abro la puerta y se marcha.

Al cerrar pienso que ya es mala suerte. Nos prometíamos una noche ardiente, pero no de fiebre.

Capítulo 10
Mi nexo con la tierra

Mi hermana Alicia, mi cuñado y una enorme Candela entran en mi casa. ¿Cómo ha podido crecer tanto mi pequeña? Ya ha perdido la cara de niñita. Con cosas así es cuando me doy cuenta de que no debo vivir tan lejos. Me da una pena terrible.

Siempre nuestra conexión ha sido especial.

Mi hermana me pide a veces que hable con ella porque solo me hace caso a mí y es que creo que es una mini yo total. Es creativa, fantasiosa, respondona, tímida y, cuando algo o alguien no le cuadra, es aniquiladora. No violentamente hablando, pero no se acerca al foco en cuestión.

Tanto ella como yo somos de grupos pequeños. Nos sentimos más seguras así.

Se lo llevo intentando explicar a mi hermana desde que nació; que no es autista, que no tiene Asperger… Solo es que se siente cómoda con pocos. Cuando la energía y los gritos se desbordan, como sucede en una fiesta o en un parque de bolas, Candela se abruma, como me pasaba a mí.

A mi hermana y a Jorge les encanta la reforma que le hice a la casa después de comprarla. Aunque no es muy grande, tiene una terraza fabulosa y tres habitaciones. Soy consciente de que, con lo que me ha costado, podría comprarme una casa enorme en el barrio de mi hermana en Madrid, pero estoy ahora aquí y me es suficiente.

Tengo un vestidor como el de Carrie Bradshaw en *Sexo en Nueva York*, que me hace sonreír todas las mañanas.

Mientras Candela y mi cuñado descansan un rato, Alicia y yo nos ponemos al día.

Ella es mi hermana mayor, y, como cualquier hermana mayor, hemos pasado por muchas fases en nuestra relación. De pequeñas nos matábamos y ahora la adoro. Por muy diferente que seamos, ella y mis padres, son mi punto de unión con la tierra.

Los necesito para no perder la cabeza.

En este mundo, cuando todos dicen admirarte, cuando se ponen nerviosos al verte y hasta a un policía le tiembla la voz si te tiene delante, lo más lógico es perder la perspectiva y creerse un ser especial.

La contrapartida es que tú sabes que no eres un elegido, que solo es que tu trabajo lo es, y tienes días malos, como todos, y eso te

hace sentir fatal porque alguien con éxito no debería frustrarse por chorradas, sin embargo, se frustra y es entonces cuando te sientes un fiasco, un farsante y crees que el mundo está equivocado contigo.

La línea de la cordura presume de ser más delgada para los famosos.

Por eso, hay que evitar endiosarse y yo he descubierto que la mejor forma es rodearse de gente que te mira como a una persona. No como a alguien popular.

Mi familia. Ellos son mi conexión con la Tierra y así evito los antidepresivos.

Alicia es subdirectora en una multinacional y trabaja a destajo, a todas horas, y encima se encarga de todos los asuntos de Candela. Es un terremoto de mujer. Es admirable. Debería quejarse menos, es el único «pero» que le encuentro, que muchas veces ve lo malo y no se fija en lo bueno, y se echa el mundo sobre los hombros cuando es imposible poder con todo.

Al ir tan acelerada, le cuesta fijarse en su presente y eso le hace derrapar a veces y frenar a trompicones para no saltarse ni un semáforo más.

Alicia se queja, como siempre, por todo el trabajo que tiene, pero esta vez me dice algo que nunca le había escuchado y es que le ha pedido a su jefe una reducción de jornada o se irá.

—He estado a punto de perder a Jorge, Amanda —reconoce dando un trago a una copa de vino blanco que han traído ellos. Un albariño espectacular, Mar de Frades.

—¿Qué me dices?

Amanda se descalza y sube las piernas al sillón, y se abraza por las rodillas.

—Se ha cansado de mí, de mis prisas, de que esté todo el día al teléfono, de que actúe como que le escucho y, sin embargo, no le haga ni caso porque estoy escribiendo en el ordenador un informe que me importa una mierda, pero tengo que entregar porque mucho dinero está en juego. En definitiva, se ha hartado de vivir solo.

La veo que se quita un peso de encima y apoya la cabeza en el sillón. Conociendo a mi hermana, no se lo había contado a nadie.

—Alicia, ¿eres feliz en tu trabajo?

—Yo qué sé… Me gusta a veces, pero la mayoría del tiempo no me da tiempo ni a pensarlo.

—Alicia, ¿quieres a Jorge?

—¡Pues claro! —Se gira con los ojos llorosos—. Le adoro, de verdad. Es el mejor padre que puede tener mi niña…

—No me refiero como padre. Me refiero como pareja.

—Sí, le quiero muchísimo. Es mi compañero de vida. Era mi amigo íntimo, mi cómplice… No confío tanto en nadie como en él. No

le puedo perder.

—Pues no le pierdas.

—Espero que estas vacaciones volvamos a conectar, pero con Candela anhelamos la intimidad, y mira que ahora ella se porta fenomenal, que ya es más mayor, pero, aun así, es complicado.

La miro y se me ocurre una idea.

—Ahora mismo os vais a un hotel y os tomáis esta semana de vacaciones. Podéis hacer lo que os dé la gana. Yo me quedo con Candela. Ya he terminado el teatro y tengo todo el tiempo para ella.

Me cuesta convencerla. De hecho, solo consigo que se vaya después de pasado mañana, del día veinticinco de diciembre al treinta, pero lo logro, y, cuando se lo cuenta a Jorge, él me abraza con fuerza y sé que estoy haciendo bien.

Dylan hoy sigue enfermo. Tiene anginas y no se puede mover de la cama, por lo que los planes de anteayer se cancelaron, y hoy también.

Mañana, en Nochebuena, no podía venir, así que tengo todo el tiempo para mi pequeña niña mayor, para mi Candela.

Todos vamos al museo americano de historia natural por la tarde. Y por la noche, cuando llegamos a Times Square, Candela permanece callada, mirando de un lado para otro más de veinte minutos.

Me alegra infinito haber presenciado su primera vez en Times Square.

Cenamos en The Counter unas hamburguesas y patatas fritas, y nos lo pasamos en grande brindando por todo lo que se nos ocurre de la Navidad.

Ha sido una tarde maravillosa.

Nadie me ha reconocido y me he sentido muy tranquila y relajada.

Candela me ha puesto al día con todo lo que hace en el colegio, quienes son sus mejores amigos, sus profesores favoritos y las actividades extraescolares que más le gustan. Y sí, mi sobrina va a danza y le apasiona tanto como a mí.

Durante la cena, le explicamos que va a pasar unos días conmigo y que a sus padres no les verá todo el rato; quedaremos para hacer alguna actividad, pero nada más.

Se lo toma tan bien que hasta bromeamos con ello.

Cuando llegamos a casa, escribo a Dylan para preguntarle si está mejor y al tiempo me responde que un compañero médico le ha recetado antibióticos. Espera que le surtan efecto pronto.

Decido llamarle y hablamos un rato, y eso me hace sonreír como una boba.

Al colgar, mi hermana Alicia que no se corta ni con un

cuchillo jamonero, me confiesa que me ha escuchado y que se nota que estoy ilusionada.

No se lo niego.

Le hablo de Dylan; de todo lo que me separa de él y de lo que me une.

—Amanda, esta vez déjate llevar por la intuición. No pienses tanto. Yo vi el programa y Dylan te miraba especial. Siempre pensé que le gustabas mucho.

—Me sigue mirando igual. Es lo que me ha enganchado Alicia, que con él es como si el tiempo no hubiera pasado. Me derrito. Te lo prometo.

—¿Te mira tipo Oscar Isaac a Jessica Chastain en el Festival de Venecia? Chica, no me canso de ver ese vídeo.

Nos reímos y lo buscamos para sacarle todo el jugo a la expresión de él en la cámara lenta.

Me voy a la cama feliz.

Sé que hoy voy a dormir como un bebé.

Capítulo 11
Ninja por Navidad

Después de subir al Empire State Building y dar un paseo por mis zonas favoritas de Central Park, compramos en un Whole Foods Market cercano a mi casa y nos pasamos toda la tarde cocinando, cantando villancicos y, cuando está la comida en el horno, bajamos las persianas y ponemos *Solo en casa*.

Después hacemos una videollamada a los abuelos, que estuvieron el año pasado, pero este no podían venir porque a mi padre le acaban de diagnosticar una arritmia y le están ajustando el tratamiento.

Les echamos de menos, y hablamos casi una hora con ellos.

Mis padres me soltaron muy joven. Me vine de adolescente a estudiar, becada por la escuela de danza, aunque eso no significa que no se preocupasen por mí y no me cuidasen.

Ellos respetaron mi decisión de ser bailarina y me apoyaron siempre. Cuando podían, se venían por temporadas y, de todas formas, hablaba con ellos tres veces al día.

Están muy acostumbrados a venir a Nueva York. Me visitan dos o tres veces al año. Son unos enamorados de esta ciudad.

A las ocho, ayudamos a mi hermana a preparar la mesa con los villancicos de fondo.

A Alicia se le da fenomenal la decoración y se saca unos centros de mesa con bolas de Navidad y velas que parece una cena de revista.

Mi hermana me hace fotos vestida con un modelo plateado de Zara que he escogido para esta noche y así subirla a redes. Sí, Zara, marca España por Navidad.

Suena la puerta.

Candela va corriendo a abrir y mi cuñado le sigue.

No sé quién puede ser, porque Pet se iba de vacaciones.

—¡Tía! —me grita Candela—. ¡Ven!

—¡Voy! —respondo—. Sube esta foto y pon algo de feliz Navidad para todos o cosas así. A ti se te da mejor que a mí. —Delego mi red social a mi hermana—. ¿Quién es? —digo cuando estoy casi llegando.

—¡Feliz Navidad, Amanda! —me dice Dylan, vestido de traje negro y camisa blanca, con dos pequeñas flores de Pascua en la mano y un aspecto increíblemente sano y sexi.

—¡Dylan! ¡Has podido venir! —le digo saltando a sus brazos —. ¿Estás mejor?

Mi cuñado, que está atento, le quita las plantas y así le deja las manos libres para dejarse llevar por mi efusividad.

Nos abrazamos, y Dylan me besa en la mejilla. Yo muevo mi cara para convertirlo en un beso en los labios en toda regla.

—¡Mamá, ha venido el novio de la tía! —Escuchamos gritar entusiasmada a mi sobrina.

—Espero que siempre me recibas así —bromea Dylan.

—No lo dudes. Jorge, este es Dylan. —Me giro para presentarlos y al segundo hago lo mismo con Candela y Alicia.

Mi hermana se lleva a su familia al salón para prestarnos unos minutos de intimidad.

—Te he echado de menos —susurra en mi oído—. Al borde de la muerte y solo podía pensar en ti.

Me río.

—¿Vas a quedarte a cenar? —le pregunto entre cientos de besos que no le puedo dejar de dar en su cara recién afeitada y en sus carnosos labios. Me gustaba con barbita, pero así también está muy atractivo.

—¿Tú crees que tengo alguna opción de decirte que no? —Le pongo morritos—. ¿Ves? Ninguna —habla para él—. ¿Cómo puedes estar tan guapísima para cenar en casa? No me puedo imaginar tus pijamas…

—Estaba haciéndome fotos, pero, de todas formas, es Nochebuena —le digo en español esto último.

—¿*Nozebuena*? —intenta repetirme.

—Así se llama en España. Las familias se reúnen, cantan villancicos y van a la misa del gallo.

—Nosotros cenamos pavo normalmente y ponemos los calcetines a Santa.

—Lo sé. Llevo viviendo aquí muchos años —me burlo.

Dylan me besa para silenciarme y lo logra a la que su lengua roza la mía.

La descarga de placer me recorre entera.

—Quiero vivir esta «nozebuena» contigo. ¿Me invitas?

—¡Pues claro! ¿Y tus padres?

—¿Mi madre? Bob… le ha contado que tú y yo… Total, que me ha dado la noche libre.

—¿Tu madre no me odia?

—¡No! Mi madre es muy de horóscopos y cartas astrales, y siempre me ha dicho que tú y yo teníamos la combinación perfecta, que tú eras mi chica. En cuanto Bob ha pronunciado tu nombre se ha puesto como loca.

—¿Y qué opina tu madre de lo del bebé?

—Está feliz. Adoran a Rachel, y están deseando ser abuelos. Son muy modernos.

Le abrazo con fuerza como si quisiera fundirme con él.

—Muchas gracias por venir. Recuerda que tenemos que fingir que somos novios para que Candela siga creyendo en Papá Noel.

—¿Fingir? —Me aprieta contra él y siento precisamente que no está simulando nada. Le miro con los ojos muy abiertos, bastante sorprendida por su tono calenturiento. Hace años Dylan era algo más paradito para este tema —. Dime que tu recibimiento no ha sido una interpretación porque me caigo fulminado del bochorno ahora mismo.

Como respuesta, coloco su mano en mi cuello, como hizo él el primer día, y le invito a sentir mi pulso.

—Nada es actuado contigo, Dylan. Créeme.

—Soy un tío con suerte. —Me hace un guiño.

—Solo te pido que con Candela lo exageremos, que digas que soy tu novia y esas cosas.

—Será un placer exagerarlo todo —dice y me besa con dulzura.

Hacemos un esfuerzo por enfriarnos y de la mano entramos al salón.

Ya han servido la comida y puesto el cubierto para Dylan, que se sienta entre Candela y yo.

Me siento feliz y a la vez ansiosa porque vaya todo bien y fluya el buen ambiente. Vamos a tener que hablar inglés y eso supone un esfuerzo para mi familia y para la niña, pero nada más verle interactuar con ella, respiro tranquila. Dylan sabe hacerse querer.

¿Hacerse querer?

¡Eso no es nada!

Candela está extasiada con él. Mi hermana y Jorge, por ende, también.

Alicia me ha llegado a decir que se quedaba más tranquila sabiendo que estos días iba a estar Dylan por aquí, porque saltaba a la vista que ha nacido para los niños.

Pero con mi cuñado y Alicia también ha conectado. Han estado hablando de las tradiciones navideñas americanas y en concreto de las de aquí. Les ha recomendado un montón de sitios para hacer estos días libres.

El resultado es que hemos pasado una noche muy divertida y navideña, y que Dylan le ha sumado alegría.

Colgamos calcetines de mi chimenea eléctrica y minutos después Candela se queda dormida en los brazos de su padre mientras suena *Blanca Navidad*.

Cuando nos aseguramos de que la niña está profundamente

dormida, preparamos los regalos para el día siguiente, improvisamos un regalo para Dylan porque no teníamos nada y nos tomamos una copa los cuatro adultos.

Al final acabamos jugando al Black Stories y mi cuñado nos sorprende presentándose como un audaz detective.

Nos reímos hasta doler y cerca de las tres de la mañana damos por culminada la velada, a sabiendas de que Candela se va a despertar muy pronto.

Cada pareja se va a su habitación.

Me siento un poco nerviosa al entrar en la mía con Dylan, aunque no es la primera vez que dormimos juntos. Durante el programa lo hicimos cada noche, pero ahora es diferente, porque ahora es real y me gustaría que pasase algo y a la vez me aterra. ¿Y si no sale bien?

Dylan me abraza por la espalda al cerrar la puerta y caminamos juntos a pasos cortos hasta la cama.

—Ha sido una noche genial —me dice bajito.

—Sí… —afirmo y me callo. Me ha temblado la voz.

Dylan me gira para mirarme a los ojos.

—Shh…, no estés nerviosa. No es nuestra primera vez en una habitación.

—Ya, pero aquello era por contrato y ahora es otra cosa.

—Y, aun así, ¿no te acuerdas?

Bajo la cabeza, porque claro que lo recuerdo.

—Te he de advertir que ya no soy aquel chaval.

—Ni yo aquella chica… ¿Y si ahora?

—¿El qué?

—No sé. Da igual.

—Amanda, habla conmigo. ¿Qué pasa?

—Que ha pasado mucho tiempo e igual tienes idealizada a aquella chica. Ya no soy la misma.

—¿Idealizada? Amanda, me hiciste polvo, ¿recuerdas?

—Me refiero al sexo, Dylan. Nunca me he vuelto a acostar con alguien ocho años después.

Dylan se ríe bajito para no despertar a la casa.

—Solo vamos a dormir hoy, ¿no? —me pregunta con sarcasmo.

—Sabes que eso es imposible —enuncio con seguridad.

—Por mi parte sí, pero si tú prefieres esperar, haré de tripas corazón.

—Yo no tengo nada que esperar. Solo me da un poco de miedo que nos comparemos a aquellos niños de entonces.

—Amanda, yo solo recuerdo lo que me provocaba el contacto con tu piel y eso sigue existiendo. Incluso se ha acrecentado con los

años. Me vuelves loco solo con darme la mano. Olvídate del Dylan y Amanda de entonces, y siente el aquí y ahora.

—Vale —le respondo tímida—, pero hay que ser muy silenciosos. Algo me dice que tenemos espías.

—Voy a ser un ninja, te lo prometo, pero, por favor, regálame un cepillo de dientes.

Capítulo 12
Ocho años antes

Hoy debo tener el día tonto porque cada vez que Dylan me toca, las cosquillas me asaltan la piel. No debe ayudar que llevemos toda la jornada en un parque acuático temático y vayamos en bañador desde primera hora.

Además, todas las actividades las hemos hecho juntos y hay posturas un poco delicadas para ir con tan poca ropa. Incluso he notado que él también se ha excitado varias veces y resoplaba de bochorno.

El director nos pide que nos recostemos en unas tumbonas y charlemos un rato mientras ellos nos graban de lejos.

Hoy no ha venido Michael, y Dylan ha estado más relajado. En cierto sentido, yo también.

Un camarero nos trae unas bebidas con muchos colores y una pajita, y brindamos con ellas antes de beber.

Le hablo de por qué nunca bebo alcohol y de que para la profesión que he escogido, es mejor alejarse de todo tipo de drogas, aunque sean legales.

Dylan me escucha atento. Siempre lo hace y asiente.

El director se acerca y le pide que me vuelva a echar crema, pero esta vez Dylan se planta y le espeta que estamos agotados, que llevamos más de diez horas grabando y que solo me echa crema una vez, y nos vamos para el hotel.

El director le mira sorprendido y le promete que así será, siempre y cuando grabemos una toma en la que se evidencie la química que hay entre nosotros.

—Has estado bien —le digo aplaudiéndole su imposición.

—Prepárate porque estoy harto. No puedo grabar diez escenas de crema hoy. Voy a darlo todo.

Me río, aunque la risa se me corta cuando empiezan a grabar.

Me tumbo de espaldas y Dylan me desabrocha el bikini, y siento un beso justo donde estaba el cierre.

Oigo como abre el bote y siento la fría crema en mi piel, pero enseguida sus manos me calientan, y de qué manera.

Dylan me acaricia toda la espalda con una delicadeza irritante y me roza el pecho por los lados con toda la intención, porque lo hace varias veces.

Yo estoy boca abajo y no me pueden ver. Menos mal.

Cuando llega a mi baja espalda, mete la mano por debajo del biquini y me echa crema en la parte superior de mi trasero. Mi pelvis se quiere mover, aunque la bloqueo a costa de algún suspiro excitado.

Dylan echa crema también en mis muslos y en la cara interna de ellos se detiene con alevosía.

—¡Corten! —grita el director—. ¡Hemos terminado!

El equipo nos trae unas toallas y nos cubrimos con ellas. Lo agradezco, porque estaba tan excitada que me lo hubieran notado.

En el coche que nos lleva al hotel no hablamos nada. Ni nos miramos.

Yo intento relajarme, pero no lo consigo.

Cuando llegamos por fin al hotel, Dylan se baja rápido y cuál es mi sorpresa que lo hace para abrirme la puerta, y tenderme la mano.

—Vamos a nuestra habitación.

Caminamos un poco rápido hasta allí y al entrar Dylan cierra la puerta. No me suelta hasta conducirme a la cama.

Me siento y él se agacha en el suelo frente a mí.

—Amanda, soy de pocas palabras…

—Ya lo sé —le interrumpo para intentar suavizar el clima. Algo me dice que me va a proponer algo y no sé muy bien qué hacer.

—Pero te voy a ser sincero: me gustas mucho.

—Gracias —respondo.

—¿Y yo? ¿Te gusto a ti?

Me lo pienso, aunque creo que mi cabeza habla antes que yo porque se mueve indicándole que sí.

—Amanda, todo esto es mentira. Todo lo que nos rodea es falso. Son escenas y escenas en las que aparentamos lo que ellos quieren.

—Ya, yo pensaba que iba a ser más real.

—Pero ¿y si de puertas para adentro somos sinceros?

—¿A qué te refieres?

—¡Joder, Amanda! ¿Tú, qué crees? A que quiero hacer lo que me lleva pidiendo el cuerpo todo el día. Quiero acostarme contigo, quiero hacer el amor contigo y que lo que hagamos sea real. Solos tú y yo, porque de tanto fingir, ya no sé ni quién soy. Pero hay una cosa que tengo clara, y es que tú me miras y yo me excito. Tú me tocas y me excito. Tú dices mi nombre y me pongo a cien.

Dylan echa su cuerpo hacia delante para acercarse a mi boca. Su aroma me envuelve.

—¿Qué me dices? —me pregunta. Sus ojos azules me miran atentos esperando mi respuesta—. Dime que sí, dime que sí… —me ruega—. No hay nada que desee más que hacer el amor contigo, Amanda.

—Dylan, yo me voy a divorciar. Esto lo he hecho porque…

—Lo sé, lo sé… pero a quién le importa lo que suceda en nuestra habitación.

—¿Y si nos hacemos daño?

—Estoy dispuesto a arriesgarme. —Se incorpora y con su cuerpo me tumba sobre la cama. Puedo sentir su piel sobre la mía y gimo de la impresión.

—Y yo —le digo asaltando su boca para aceptar su propuesta.

En menos de un minuto estamos totalmente desnudos; tampoco era difícil al ir cubiertos únicamente por los bañadores. Nuestras manos recorren con ansias el cuerpo del otro. No quiero preliminares, llevo todo el día mojada, y se lo hago saber empujándole hacia mí.

Dylan me muerde el lóbulo de la oreja y me dice:

—Estoy de acuerdo. Al siguiente nos lo tomamos con más calma… —Estiro mis brazos para coger un preservativo y se lo doy.

Dylan no tarda nada en ponérselo y muy despacio, rabiosamente despacio, se introduce en mí.

Grito cuando me llena por completo.

Jamás había sentido algo igual.

Capítulo 13
Te apuesto la Navidad

Llevo despierta un rato mirando a Dylan dormir. ¿Cómo puedo sentir tanto por este chico si apenas nos conocemos? Normalmente soy una caja de seguridad. A todas mis parejas les impido acceder a mi verdadera yo. Soy muy desconfiada y nunca arriesgo. Y, sin embargo, aquí estoy, desnuda, fijo que despeinada, y deseosa de que él se despierte, abra sus ojitos azules y me vea tal cual soy por la mañana.

Me es inevitable pensar en qué habría pasado si nos hubiéramos dado una verdadera oportunidad hace ocho años. Quizás todas las veces que me he sentido secretamente desdichada, no hubieran existido, o sí. Nadie lo puede saber, y sé que es absurdo boicotear este despertar con recuerdos del pasado.

Suenan voces por la casa y entiendo que Candela ya se ha despertado, y está abriendo los regalos.

Sonrío.

Un impulso que no me esperaba me eleva y me veo subida sobre el cuerpo de Dylan. Por lo que puedo percibir, se ha despertado del todo.

—Buenos días, mi dulce Amanda —dice con voz ronca de recién despertado, aunque sus manos acarician mis nalgas con crudeza.

Anoche pude apreciar que Dylan ha perdido suavidad y ganado fiereza en el sexo. Me puso a mil; al igual que ahora.

Abro las piernas para encaramarme a él y le beso el cuello.

—¡Buenos días! ¡Creo que ha venido Santa Claus! —le saludo y muerdo su labio inferior.

—Si te refieres a este —coge mi mano y la lleva a su entrepierna—, sí ha venido y puedes llamarle cómo desees, pero quiere estar dentro de ti, ya.

Tapándole la boca para ser silenciosos como ninjas —aunque sé que mi sobrina jamás entraría sin permiso a mi habitación—, me recoloco para montarle.

Anoche hablamos de que estamos sanos y de que yo llevo un diafragma. Así que, sin barreras, le introduzco dentro de mí y tengo que contener el grito que siempre me nace desde las entrañas cuando esto ocurre.

Ayer fue él el que tomó las riendas y me llevó varias veces a estallar de placer. Esta vez soy yo la capitana de este viaje y me

deslizo sobre él como me viene en gana contrayendo mis carnes para que me sienta entera.

El orgasmo nos llega casi a la vez y caigo desmadejada en la cama.

Cuando podemos respirar me dice:

—Eres increíble, Amanda.

—Y tú, Dylan. Tú sí que eres increíble.

—¿Yo? Yo soy de lo más normal.

—No, tú no eres normal. Nada de eso. Me has perdonado, me cuidaste la otra noche, ayer viniste a la cena y te has ganado a mi familia. En dos días siento más por ti que por cualquiera de mis exparejas. Eso te hace increíble para mí y me acojona a partes iguales.

—A mí me sucede igual contigo. Es todo muy bestia. Y no había nada que perdonar. Siempre me dijiste la verdad. Fuiste sincera conmigo desde el principio. Fui yo el que me confundí.

Le abrazo y me apoyo en su tórax desnudo.

—Tenemos muy pocos días, Dylan. Me voy el treinta uno por la mañana.

—Lo sé. Ya me lo has dicho.

—Y encima tengo que cuidar de Candela estos días.

—Haremos planes los tres y pondremos un pestillo en la puerta.

—Jajaja… No vamos a tener casi nada de intimidad —le digo.

—Ya nos apañaremos. Lo del pestillo va en serio, ¿eh? Quiero que sepas que voy a taladrar tu puerta en un rato.

—Vale, vale… —Me río.

—Amanda, volverás a Nueva York, ¿no? Porque yo no podré salir de Manhattan durante un tiempo. El bebé, Rachel… Tengo que…

—Claro —respondo—. No te preocupes. Lo entiendo. Nueva York es mi casa, Dylan, pero no sé cuándo regresaré. Según Michael ha corrido la voz de que voy a trabajar con Vancouver y varios directores españoles que me encantan, le han llamado interesados… No puedo evitar sentirme emocionada. Siempre he querido trabajar en español, y que se me reconozca en mi país.

—Yo también te entiendo.

—Concretando —le digo—, de momento solo nos podemos asegurar esta Navidad.

—Amanda, se me acaba de ocurrir una cosa… Puesto que solo tenemos una Navidad, hagamos que esta sea increíble, con todos los planes navideños que pueden surgir en esta ciudad. Apostémonos una escapada de reencuentro al mejor plan navideño.

—¿El que gane viaja al país del otro?

Dylan afirma.

—Me gusta —pienso en alto—, pero ¿quién lo juzgará?

—Hombre, pues nuestra testigo, Candela… Todos los días llevaremos a cabo tu plan y el mío, y tu sobrina decidirá cuál le ha gustado más. El que gane más días, se hace con la victoria.

—Te lo compro.

Dylan me mira travieso.

—Te apuesto la Navidad a que vas a pasar mucho sueño en el vuelo de vuelta a España, porque pienso aplastarte.

Le tiendo la mano y firmamos la apuesta. Este no sabe que me he visto todas las películas más ñoñas de Navidad y que voy a ganarle sin sudar.

—Y ahora pongámonos presentables para salir a abrir regalos —me dice.

Dos horas después, mientras bebo mi segundo café, miro a mi alrededor y me siento feliz.

El salón está hecho un asco, hay papel de regalo por todo el suelo, Dylan y Jorge están enfrascados con una cámara de fotos que le ha regalado mi hermana, Candela juega con otra cámara de fotos nueva, y mi hermana y yo comemos turrón y nos tronchamos de risa viendo un capítulo de *Sexo en Nueva York*.

Hace mucho tiempo que no me sentía tan tranquila.

Bienvenida sea la Navidad.

Capítulo 14
Nuestro álbum

Mientras coloco las fotos que ha ido haciendo Candela y las ordeno por días, me emociono y pienso que tengo que hacer un álbum de recuerdos, pero con texto para que no se me olvide nada.

Miro el reloj. Aún tengo tiempo.

Decido grabar audios y ya lo escribiré en mis ratos libres en España. Lo hago como si le hablara a Dylan que, en definitiva, es para él el álbum.

Día veintiséis.

El primer día de nuestra apuesta.

Empiezas tú. La mañana es tuya.

Desayunamos en Clinton St. Baking Company, que es famoso por sus tortitas.

Jugaste sucio porque sabes que a los niños les encantan.

Candela se puso las botas, más feliz que una perdiz, y con ese empacho de azúcar nos fuimos a patinar sobre hielo al Rockefeller Center.

Entonces comienza lo gracioso, porque te descubres como el peor patinador de la Navidad y tienen que dejarte uno de esos muñecos para niños que parecen andadores.

Candela y yo, que nos defendemos bastante bien, nos hartamos de reír y más cuando, incluso con el andador, te caes y te vemos desparramado por el suelo.

Aquí me gustó algo mucho de ti: que, a pesar de ser competitivo, de ser don apuestas y de romperte el culo contra el hielo varias veces, te lo tomaste con humor y no cesaste de hacer bromas.

Por la tarde mi plan: comimos en American Girl Place Cafe, la cafetería de la tienda de las famosas muñecas Americans, donde a Candela le regalé una personalizada, y almorzamos un menú bastante saludable con varias muñecas más.

Nada más entrar, alucinamos con el olor a azúcar tostado y tuvimos que dar cuenta de ello en los postres.

No pintabas nada, y eso también nos hizo mucha gracia, pero entraste al trapo y jugaste con tu muñeca como el que más.

Y después, fuimos, como no podía ser de otra forma, aprovechando que ya lo tenía preparado y había sacado entradas para mi hermana y Candela, al Lincoln Center a ver a mi antigua compañía de *ballet*, al New York City Ballet, representando *El cascanueces* con

música de Tchaikovski y coreografía de Balanchine.

Es un clásico para los amantes de la danza, con más de noventa bailarines y sesenta músicos. Está considerado el mejor espectáculo navideño de todos los espectáculos navideños y, aunque ya lo he visto en varias ocasiones, me emociona siempre, pero esta vez superó con creces mis expectativas.

Mi sobrina y yo acabamos llorando cuando Clara y el príncipe se deslizan por un trineo tirado por renos. ¿Y tú? Tú no abriste la boca durante los dos actos y, solo cuando terminó y salíamos, me dijiste al oído:

«Hoy has ganado, diga lo que diga Candela. Nunca había visto un espectáculo de danza, y no puedo entender cómo».

Lástima que te tuviste que irte pronto porque tenías guardia, pero Candela y yo hicimos noche de chicas y volvimos a ver *El cascanueces* en la tele.

Día veintisiete.

Esta vez la mañana me la encargaste a mí y, como tenías que dormir, planeé mi jornada a partir del mediodía.

Ahora que observo las fotos me vuelvo a reír, porque te veo tan pálido en todas y con una sonrisa forzada que me recuerdo temblando de la risa, pero disimulando para no ofenderte. Estabas tan gracioso mareado… Y la cara que pusiste cuando viste el helicóptero, no la olvidaré jamás.

Candela dando saltos de alegría y tú blanco como la leche diciendo: «¡Un helicóptero! ¡Anda qué chulo!».

Las vistas son increíbles. Te lo prometo. Sé que no abriste los ojos, pero a Candela le encantó.

Por la tarde, mucho más tranquila y navideña, tú nos llevaste a Macy’s, a Santaland, y Candela volvió a hablar con Papá Noel.

Lo mejor fue cuando le dio las gracias porque le había conseguido el regalo que le pidió en Finlandia.

Esa tarde estuvo genial.

A mí se me ocurrió hacer una especie de amigo invisible y con veinte dólares para cada uno comprar un regalo, y dárnoslo el treinta por la noche, en nuestra despedida.

Ahora veréis qué os compré.

Intuyo lo de Candela porque la acompañé, aunque mi sobrina es más lista que una rata y puede haberme engañado.

El caso es que, con esto de los regalos, la tarde se envolvió de misterio y risas. Te viniste a casa a dormir, pedimos sushi para cenar y vimos *Los Goonies*.

Y después… pues eso, estuviste genial. Varias veces.

Día veintiocho.

Fuimos al mercadillo de Grand Central y paseamos por la

preciosa estación. Nos tomamos chocolate caliente en un puestito, porque hacía un frío de mil demonios, y visitamos también una exposición de trenes en miniatura.

Como tu mañana versaba sobre mercadillos, luego fuimos al de Union Square y comimos en Lillie's, teletransportándonos al siglo pasado.

Fue muy divertido. Hubo un momento tenso, cuando un grupo de gente me reconoció y me tuve que hacer fotos con todos ellos, pero tú y Candela fuisteis comprensivos e incluso me hicisteis burla.

Y esa tarde te derroté.

El veintisiete lo ganaste tú, por cierto, que no lo he dicho, pero ese día me alcé con la victoria yo porque nos fuimos a ver las decoraciones de Navidad en Dyker Heights en Brooklyn, y alucinamos con las fachadas de las casas a las que no les falta un detalle.

Pero es que fue muy divertido, porque en varias viviendas aparentamos ser los dueños y luego hicimos un concurso de escoger qué casa le pegaba a cada uno y por qué.

Ahora estoy viendo la que me otorgasteis a mí y creo que tuve suerte. Era la menos recargada, porque la de Candela era fantasía pura y la tuya, como tenía un muñeco de nieve vestido de enfermero, no hubo duda, pero era un sinsentido de fachada.

Fuimos a tu casa a cenar con Rachel y Bob.

Rachel es… Me encanta, de verdad. Se la ve tan ilusionada con su bebé…

Aprovecho para decir que vais a ser unos padres estupendos.

Día veintinueve.

Ayer fue el último día de planes navideños y menos mal porque se nos acababan las opciones.

Por la mañana mi estrategia fue pasear viendo escaparates y hacernos fotos en todos los árboles de Navidad que viésemos.

Como era la primera vez de Candela, más tarde, escogí un crucero con villancicos en directo donde te sirven chocolate caliente y galletas, y ves el maravilloso Skyline de esta ciudad, la Estatua de la Libertad y Ellis Island.

Lo pasamos muy bien.

Por la tarde, tú nos llevaste a ver a Las Rockettes al Radio City; un espectáculo lleno de baile, música y efectos especiales que es icónico en Nueva York, y que supusiste que a dos amantes de la danza nos encantaría.

Acertaste. Tanto que Candela te dio la victoria y con ello igualó el marcador.

Así que, hemos empatado y nuestra apuesta no se ha resuelto, pero es verdad que ha sido la Navidad más bonita de mi vida. Nos queda esta noche.

Hoy vamos a adelantar la Nochevieja un día para cenar todos juntos. Todos. Mi familia y la tuya, es decir con Bob y Rachel.

Mañana volaremos a España por la mañana, pero esta tarde-noche haremos como que es treinta y uno de diciembre.

Dylan… termino este audio diciéndote que estoy muy feliz de que hayas vuelto a mi vida y que no pienso dejarte escapar porque eres auténtico, divertido, muy buena persona y contigo me pasa algo que nunca me había sucedido: que cuando me miras, todo mi alrededor se detiene y tengo que besarte. Ya puestos, el sexo contigo es de nota.

Te voy a echar de menos. Mucho.

Capítulo 15
Ocho años antes

Nos quedaba una semana de programa, pero todo se ha acabado y he vuelto a mi piso compartido.

Mientras deshago la maleta, intento encontrarle sentido a todo esto y al por qué estoy llorando sin darme cuenta, como si mis lágrimas no me perteneciesen y fuesen por libre.

Me siento en la cama a respirar y centrarme.

He de estar contenta. La productora ha hablado con Michael y me están buscando papeles para series ahora que soy algo conocida, porque se ha comenzado a emitir el programa, y la pareja que formábamos Dylan y yo está gustando mucho.

Yo no lo he visto. Ni pienso verlo.

«¿En serio te crees esta bazofia?».

Aunque intento bloquear este recuerdo, vislumbro con total claridad su cara de desconsuelo cuando le he dicho que se acababa.

Llevábamos dos semanas compartiendo piso en un estudio que nos había preparado el programa con cámaras por todos lados.

Michael me estaba presionando para que le dejara, porque ya era demasiado íntimo y para mi carrera no le convenía, pero yo no encontraba el momento adecuado hasta que hoy ha salido una noticia en una página sensacionalista de internet donde una chica decía ser la novia real de Dylan, y que estaba alucinada por los cuernos que le habían puesto en directo.

La excusa perfecta.

Desde primera hora, Michael me ha llamado para avisarme y darme las pautas.

Ya no podía retrasarlo más.

Si seguía con Dylan, después de algo así, aunque saltaba a la vista que era mentira, iba a quedar para la imagen pública como la mala de Estados Unidos, y tenía que romper.

Dylan había salido a correr y, cuando ha entrado por la puerta y me ha visto preparando la maleta, su consternación le ha hecho ofrecerse a ayudarme a meter las cosas.

Yo le he mirado con pena, le he dicho que no hacía falta y he seguido a la tarea.

Entonces, se ha dado cuenta de que me iba de verdad:

—¿He hecho algo mal? ¿Por qué?

—Se acabó, Dylan… Ya no confío en ti —le he dicho lo que

me ha indicado Michael que podía responder.

—¿Y por qué me he ganado tu desconfianza?

Entonces, le he enseñado el reportaje en el móvil y, por cómo le conozco, sé que su cara era de sorpresa absoluta. No ha tardado en defenderse diciendo que era mentira y que si me creía esa bazofia. Me ha reconocido que esa chica fue con él al instituto y punto.

Le he creído, pero tenía que marcharme.

Le he dicho que daba igual, que la confianza estaba truncada y que me iba.

Me he estado peleando con la *trolley*, porque no podía cerrarla, y Dylan, dejándome sin palabras, me ha ayudado.

He aprovechado para susurrarle en el oído, sin que las cámaras me escuchasen:

—Lo siento. Sé que es mentira, pero tengo que irme.

Dylan me ha sonreído frustrado y, al acercarse para darme un beso en la mejilla, me ha dicho:

—Amanda, quédate, por favor… o llámame.

—No puedo. —Creo que, a partir de aquí, hemos dejado de susurrar y va a salir en el programa.

—¿Por qué? Me estás rompiendo en dos. Lo sabes, ¿no?

—Has perdido mi confianza y tengo que seguir con mi vida. Te lo dije.

—Pero eso fue antes de… Amanda, ¿sientes algo por mí? —me ha preguntado clavándome su consternación.

No le he respondido. No podía.

He salido por la puerta sin más explicaciones, aparentado que huía porque él me había engañado; dejándole ver como el malo mientras que la villana, la egoísta y manipuladora, soy yo.

No me enorgullece. Si algo soy, es sincera conmigo misma y esto me va a costar perdonármelo porque me puede convertir en algo que no quiero ser.

Me limpio las lágrimas.

No sé si he hecho bien, pero me consta que acabo de rompernos el corazón a los dos. Voy a echar de menos sus besos, sus abrazos, la forma en la que me escuchaba… Él apenas hablaba. Me preguntaba todo el rato, porque quería conocerme. Me decía que nunca había tenido tantas ganas de saber de alguien como de mí.

Yo nunca había tenido tantas ganas de que me conocieran.

Pero ¿por qué lo he hecho? Pues porque Michael me tenía la cabeza loca…

Yo no estoy ahora para eso. Tiene razón.

Dylan no puede ser mi pareja. Si quiero tener porvenir en mi carrera como actriz, no puedo estar casada con veintipocos años y menos con un concursante de un *reality*.

Obvio, pero ahora duele, porque Dylan se ha convertido en alguien muy especial para mí. No me lo puedo negar a mí misma y sé que le voy a echar de menos.

Michael me llama a media tarde. Me acaba de salir un casting y quiere que lo celebremos esta noche.

Le digo que no, que no me encuentro bien.

—Mi niña, has hecho bien. Hazme caso.

—Vale…

—Es tu carrera, Amanda. Lo sabías y se lo avisaste.

—¿Tienes su teléfono?

—No, y no te lo voy a dar. Tienes que olvidarte de toda esta historia. Mañana te llevaré los papeles del divorcio. No vas a conceder entrevistas sobre el tema. Ni una jodida pregunta, ¿me oyes? Esto ya es otra etapa. Ahora comienza tu futuro y vas a ser muy feliz. Te lo prometo. Van a lloverte las ofertas. Así que llórale hoy si quieres, pero mañana te quiero ver con la cara más jodidamente radiante que te haya visto jamás. Se supone que eres actriz y sabes cómo hacerlo.

—Michael, es muy buen tío y me gustaría explicárselo.

—No, Amanda. No lo alargues. Eso no te va a servir de nada. Olvídale. Es él o tú, tenlo claro. Olvídale. Dylan no es nadie. Hay cientos de Dylan por ahí…

Capítulo 16
La última cena

Ayudo a mi hermana con los detalles de la mesa y, mientras vamos y venimos, me cuenta que estos días han funcionado, y que Jorge y ella han vuelto a conectar.

Han tomado una decisión importante: ella se va a coger una reducción de jornada y, si no se lo permiten, que es lo más probable, se marchará y con el dinero de la liquidación, montarán un negocio. Algo que siempre le ha apasionado a Jorge, el vino. Quieren lanzar algo relacionado con él: exportación de vino español, visitas a bodegas… pero lo que sea, lo quieren hacer juntos porque saben que siempre han formado muy buen equipo.

No me puedo alegrar más por ellos. De verdad que sí. Y se los ve tan relajados y a Candela tan contenta, contándoles todo lo que hemos hecho estos días, que los miro y pienso que yo también quiero tener mi propia familia, que estoy gastando mi vida en rodajes.

Yo le hablo también de Dylan, de lo bien que lo hemos pasado juntos, de que estoy más enganchada a él de lo que me puedo imaginar y que sé que le voy a echar de menos. Le explico que es que con él todo fluye, que no hay complicaciones, y es como si juntos no existiese obstáculo que no pudiera sortear.

Mi hermana me mira con asentimiento y me dice:

—Hermanita, eso es el amor.

Mientras vamos a la habitación a arreglarnos, ella me pregunta por lo que me puede suponer que él tenga un hijo con otra, pero no me preocupa en absoluto.

Sé que eso va a impedir que nos veamos durante los primeros meses, y es que él va a tener que dedicarle mucho tiempo a su hijo. Su vida va a cambiar, su responsabilidad, su escala de valores…, todo. Aunque eso no significa que yo no pueda estar, que no pueda compartirlo con él. No voy a ser su madre, claro está, pero sí me convertiré en ayuda y en alguien importante para el pequeño o pequeña.

Mi hermana me abraza y me dice que está orgullosa de mí, de mi madurez y mi buena disposición.

—Alicia, hace ocho años Michael me dijo algo que no he dejado de pensar en estos días.

—¿El qué?

—Que había muchos Dylan.

—Ahh… ¿Y?

—Que puede que sea verdad, pero para mí solo existe un Dylan. En todos estos años, nadie me ha hecho sentir lo que él y estoy harta de estar sola por el mundo.

—Estabais predestinados… y teníais que volveros a encontrar. Papá Noel ha trabajado duro —bromea.

Suena el timbre y escuchamos a Candela correr a abrir. Lleva todo el día sin Dylan y no ha parado de preguntar por él.

Mi hermana y yo salimos a recibir a los invitados:

Una sonriente Rachel, con un traje negro ajustado con lentejuelas en el pecho que le marcan su preciosa y enorme barriga. Esta chica irradia alegría, tiene una energía preciosa. Por lo que la conocí en la cena de antes de ayer, es muy dicharachera y lee el mundo con una sencillez envidiable. Es de esas personas que quieres tener cerca porque no te contagia de problemas. Todo lo contrario, te da soluciones.

Bob… Bob es un personaje para estudiar. Es el típico al que se le ha ido, pero mucho, y de repente comenta algo que te deja la boca abierta. Él viene vestido de Gandalf y nos dice que es su costumbre pasar de año vestido de la persona más importante de su vida, su ejemplo a seguir. Es algo verborreico y precipitado, pero Dylan, que me ha contado muchas cosas de él, me ha confesado que es un gran amigo y muy buena persona, que se preocupa por todos y siempre sabes que él está ahí y, aunque sus consejos se escapan de los límites de la cordura, siempre te da otro punto de vista.

Y Dylan, con traje y pajarita. Con un traje ajustado y una camisa blanca que no veo la hora de quitar. Es que se me hace la boca agua de lo guapo que está, como si fuera uno de esos manolitos que me trajo el otro día mi hermana de España.

Dylan les presenta a Jorge y Alicia; Candela les da su cotillón de Nochevieja y, entre risas por los gorritos y las gafas que vienen en la bolsa, accedemos al salón.

Ponemos villancicos de fondo y servimos la cena de una vez. Todo para picar, para que podamos centrarnos en los invitados y no andar yendo de acá para allá.

Me siento al lado de Dylan y mi hermana.

Al principio, como es normal, porque apenas nos conocemos, se palpa un poco forzado el ambiente, pero según pasan los minutos se va normalizando y las conversaciones fluyen. Sobre todo, el tema del gran apagón que da mucho juego por los posibles problemas y las soluciones que inventa cada uno.

Descubrimos que Bob y Dylan se lo creen con convencimiento y ya se han hecho con un generador. El resto somos más positivos o quizás pasotas, y puede que nos pille sin papel higiénico como en la

pandemia, pero yo prefiero vivir así, arriesgando, que en una angustia continua.

Después hablamos, como no podía ser de otra forma, del bebé, de qué tienen preparado y de por qué no han querido saber su sexo.

Alicia y Jorge nos cuentan el nacimiento de Candela y la locura de los primeros meses. A Candela le apasiona saber detalles del día en que nació.

Dylan y yo no podemos evitar tocarnos por debajo de la mesa y de vez en cuando tenemos que besarnos y acariciarnos. Es nuestro último día y, aunque intentamos fingir que no pasa nada, hay muchos sentimientos encontrados.

Él me susurra varias veces al oído que estoy preciosa, que me quiere comer entera, que soy su sueño… Dylan se me ha descubierto como todo un romántico al que no le importa mostrar sus sentimientos y escoger frases inolvidables para hacerte temblar de la cabeza a los pies.

Brindamos varias veces.

Cuando terminamos los salados, nos damos un tiempo para los postres y decidimos darnos los regalos que nos compramos en Macy´s.

Dylan abre los dos suyos, sin saber de quién es cada cual.

Nos reímos con el primero, que es una bolita de Navidad con una pista de patinaje de base, y con el segundo suena un «¡ohhhhh!» generalizado porque es una camiseta de bebé que pone: Soy superhéroe como papá.

Dylan no sabe descifrar cuál hemos comprado cada una, y mi sobrina y yo juramos mantener el secreto.

Me toca el turno y abro unos pendientes de Papá Noel muy graciosos, que sé que me ha comprado mi sobrina, más que nada porque el segundo descubro que es de Dylan. Me ha regalado una crema solar con un mensaje que solo yo puedo leer:

Siempre que veía cremas solares me acordaba de ti, de que en aquellos momentos llegué a renegar de echarte y echarte botes, y más tarde los añoré y me ardían las manos por volver a sentir tu piel bajo mis dedos.

Esta crema guárdala para mí. Siempre, a cualquier hora, estaré disponible para untártela porque mis manos se han creado para tocarte.

Hemos perdido mucho tiempo y malgastado muchas cremas en otras espaldas.

Amanda, ¿quieres que a partir de ahora solo nos podamos echar crema el uno al otro?

Termino de leer la carta y le miro emocionada.

Escucho a los demás quejarse porque no es justo y que no se enteran, pero los oigo de fondo.

Dylan me observa nervioso. Está un poco sonrojado. Es normal. Creo que yo también lo estoy.

Hago que me pienso la respuesta, pero en tres segundos le digo:

—Claro que sí.

Dylan exhala el aire que tenía guardado con fuerza y me abraza fuerte.

—¡Ha dicho que sí a algo! —chilla Bob.

—¡Yo también lo he escuchado! —dice Candela.

—¿Le has pedido matrimonio? —le pregunta Rachel a Dylan.

—¡Aysss, mi madre! —escucho a mi hermana emocionada.

Dylan y yo no les respondemos, sobre todo porque no podemos parar de reír, mitad por el subidón y mitad por lo graciosos que son suponiendo que nos acabamos de prometer.

Dylan levanta una copa y todos se callan porque sus ansias curiosas les demandan silencio sepulcral:

—Brindo porque esta Navidad ha sido la mejor en mucho tiempo y estas dos bellas mujeres me ha hecho ser el hombre más feliz de Nueva York. Y brindo también porque, cuando uno ya ha dejado escapar a la mujer de su vida una vez, sería de tontos repetirlo. Por eso, Amanda y yo hemos prometido que no dejaremos que nadie más nos eche crema —dice y no puede evitar carcajearse de la cara que tenían todos y su más que evidente chasco.

Yo me apoyo en su pecho, cogiendo la crema como si fuese un anillo y mientras los demás nos abuchean, Dylan y yo nos reímos por dentro.

Después de este fracaso de pedida de mano, Candela que no puede ocultar su estado de nervios, abre sus dos regalos. Son una impresora de fotos, que vale más que los diez dólares que pactamos y que le he regalado yo, y después descubre el de Dylan: una foto enmarcada de mi sobrina y yo, de perfil, emocionadas, absorbidas por *El cascanueces*.

Es preciosa. Sobre todo porque representa ese momento tan mágico, y se nos ve como dos gotas de agua.

Mi hermana, que ya he dicho que es una supermujer, y no sé de dónde saca el tiempo y las ideas, viene con una bolsa al salón llena de regalos, y aclara que es para hacer un amigo invisible muy típico que realiza con sus amigos en Navidad.

Explica las normas: pondremos en un saquito todos los nombres y se irán sacando uno a uno. Al que le toque su turno, puede escoger abrir un regalo o elegir uno que ya le haya tocado a algún participante, y le encante. Al que se lo quitan, se queda con el nuevo paquete sin abrir o también puede robar otro regalo que esté en la mesa.

Aunque parece un poco lío, en cuanto empezamos, lo entendemos y averiguamos que, igual que hay regalos chulos como una gorra de los New York Knicks, hay chorradas como un elfo cantarín.

A mí me toca la quinta. Escojo un paquete y opto por no abrirlo, y robarle a mi cuñado Jorge unos posavasos del Moma que me han encantado.

Jorge le quita a Bob la gorra de los Knicks y este abre el paquete porque los regalos que quedan en la mesa ya no le convencen.

Lo que se encuentra hace que todos nos tronchemos de la risa: un paquete de pañales.

Al final yo me quedo con los posavasos, Dylan escoge el último y elige los pañales, Candela se hace con el elfo, mi hermana con un llavero de un taxi de Nueva York, Jorge con una guía de Madrid escrita en inglés, Bob con macarrones con forma de Empire y Rachel con unos calcetines de borreguito.

El juego ha sido un éxito y ha cumplido su cometido: divertir y aumentar el clima festivo.

Todos nos ayudan a recoger la mesa para servir los postres y, entre el flan casero de Jorge, un panetone y una tarta de manzana que ha traído Rachel, engordo dos kilos, seguro.

Ponemos música y bailamos haciendo el tonto en el salón.

Jorge saca un muérdago y nos obliga a Dylan y a mí a besarnos, costándole menos que nada el convencernos.

Varios nos hacen fotos y, aunque estoy acostumbrada, sé que me he ruborizado.

En un momento que voy a la cocina a por agua, Rachel me sigue y me dice que quiere hablarme de una cosa.

Cierro la puerta y me dispongo a escucharla algo nerviosa porque no sé muy bien qué me va a contar, y por su cara sé que está intranquila.

—Nada, es que quería decirte una cosa… pero ahora no sé cómo empezar.

—Dime. Tranquila. —Le agarro de la mano.

—Venga… Lo primero es que por favor no juegues con Dylan. De verdad que es un amor, y está loco por ti.

—Y yo por él.

—Nunca le había visto así de feliz. Siempre va taciturno, pensativo y estos días irradia felicidad por dónde pisa. Tú le haces bien, Amanda, e igual que te lo agradezco, te pido que te lo pienses por si no estás al mismo nivel que él.

—Vale, gracias… Quedo avisada. —Le guiño un ojo.

—Y otra cosa… esto es más difícil, pero creo que debes saberlo y sé que él no te lo ha contado. Tengo cáncer de mama, me lo

diagnosticaron en la semana veinte y he decidido esperar a que mi bebé nazca para tratarme.

La consternación me dobla las rodillas y me veo ayudada por Rachel para sentarme en una silla.

—¿Qué me dices? Pero ¿cómo?

—Tengo muchos antecedentes y me hormonaron para quedarme embarazada… Supongo que no ayudó…

—Madre mía —resuello.

—Pero voy a estar bien. Me lo están controlando y, en cuanto nazca el bebé y me reponga del postparto, me pondré en tratamiento. Parece ser que está muy localizado y, aunque no me han hecho TAC, porque no pueden, por la ecografía no se ven metástasis.

—¿Cuál es el tratamiento?

—Creen que primero me operarán y luego quimioterapia, pero hasta que no me puedan hacer todas las pruebas, no lo saben con certeza.

—Lo siento mucho Rachel y si puedo ayudarte en algo…

—Necesito que ayudes a Dylan. A él no le va a quedar más remedio que encargarse de casi todo.

—Ya, en cuanto pueda volveré.

—No, tranquila, hasta por teléfono sé que puedes ayudarle, pero anímale, porque sé que, aunque finge lo contrario, está nervioso.

—Ya…

—Por eso me alegra tanto que hayas aparecido en su vida. Tú se lo vas a hacer más llevadero.

—Gracias —le digo, pero una vez que lo medio digiero le pregunto—: ¿Cómo estás, Rachel?

Ella me mira, se toma un tiempo para respirar porque se nota que quería soltarme esto cuanto antes, y se sienta a mi lado.

—Si te soy sincera no sé muy bien qué responderte. No estoy bien. Eso sí lo sé. Hace tiempo que he dejado de ser yo para ser un manojo de nervios que lucha por aparentar tener todo controlado.

—Y eso es imposible.

—Y eso es imposible, efectivamente, pero esto funciona así, ¿no? Nadie quiere dar pena y sin embargo necesitamos el consuelo para que duela menos. Si te preguntan, dices que estás bien, y tanto uno como otro saben que no es verdad, pero ninguno sabe qué decir y prefieren no profundizar. Es curioso, escogería un silencio o una mirada serena, a que se conformen con mi «bien» y respiren porque, ¿sabes? Nadie se cree tan importante para ti como ser tu paño de lágrimas.

—¿Hablas de Dylan?

—No, de él no, porque aquí está la paradoja que complica todo. Él sí es importante. Él quiere ser mi paño de lágrimas, pero yo

no soporto que sufra por mí. Es a él y a mis padres a los que miento continuamente porque la enfermedad no viene sola. Trae varios boletos con ella y uno es el de mártir. Antes me inmolo que verlos padecer por mí.

—¿Y te llegas a sentir sola?

—Mucho. Incluso conmigo misma, porque a veces pienso que ando tan desnortada que me voy a chocar con el muro que yo misma he construido en torno a mí… A ver, que estoy contenta porque el embarazo ha ido bien y estoy a minutos de conocer a mi bebé, pero si te soy sincera, como no supere la enfermedad y mi bebé se quede sin su madre… —Se calla porque las lágrimas la asaltan.

—Eso no va a pasar —le digo usando el tópico que todos queremos oír.

—Pero puede que pase… y habré traído al mundo a un niño huérfano de madre.

—Será un niño feliz porque tendrá a un papá maravilloso. Pero no pienses eso, Rachel. Eres muy joven. Vas a superarlo como tanta gente que lo hace.

—Si sigues con Dylan y yo, yo… Pues eso, cuida de mi pequeño, por favor, y actúa como una madre con él.

No puedo hablar. Un nudo enorme en la garganta me lo impide.

Ella me abraza y lloro sin que me vea. ¡Qué injusta es la vida!

—Sé que es un marrón y que es muy pronto para vosotros, pero por favor me quedaría más tranquila…

—Claro que sí, Rachel. No hace falta ni que me lo digas, pero estoy segura de que no va a hacer falta. Vas a estar bien.

Rachel se levanta y sonriente cruza los dedos.

—La vida es muy bonita, Amanda, pero lo es mucho más acompañada.

—Lo sé…

—Disfrútale mucho. Es maravilloso.

Le sonrío y cuando se va, abro la nevera y bebo agua fría para que me ayude a digerir este trago.

Cuando me recupero, salgo y me cruzo por el pasillo con Dylan que venía en mi busca. Aprovecha para aplastarme contra la pared y besarme.

—¿Qué hacías? —me pregunta—. Te echaba de menos.

—He estado hablando con Rachel.

—¿De qué? —Noto como mi respuesta se le ha hecho bola y le cuesta tragar.

—Pues tú me dirás…

—Te lo iba a contar, pero no sabía cómo introducir el tema.

—No, tranquilo. No te culpo, pero me he quedado colapsada.

¿Cómo estás tú?

—Sigo en colapso y van meses, pero preparado para lo que venga.

—Por eso me decías que no ibas a poder venir…

—Claro, tendré que ocuparme del bebé yo. Bueno, mis padres y los suyos me ayudarán. Estaremos bien.

—Intentaré venir en cuánto pueda.

—Amanda, tú céntrate en tu trabajo. De verdad que estaré bien. Es una gran oportunidad para ti. Algo temporal. Volverás y ya la tormenta habrá pasado.

—Pues eso es lo que me da rabia, que no voy a ayudarte cuando más me necesites.

—Cariño, solo saber que piensas en mí, me dará fuerzas. Eso me ayudará.

—De verdad, qué injusto todo… y encima me voy mañana.

—¿Injusto? Voy a ser papá y a ti te parece bien. Nos hemos vuelto a encontrar y yo no sé tú, pero yo floto. Vas a trabajar con el de *La casa de papel*, y hemos tenido la mejor Navidad que se pueda desear. Encima, tengo esta noche para despedirme. No nos podemos quejar. De verdad que no.

—¡Ey… tortolitos, que van a ser las doce! Venid al salón —Escucho a mi cuñado.

Dylan y yo nos sonreímos y, cuando el reloj de la tele da las doce, nos besamos con pasión.

No es Nochevieja, pero sé que este beso me va a traer buena suerte.

Mi hermana se nos acerca silenciosa:

—Chicos, os hemos regalado una noche en el hotel en el que hemos estado nosotros. Salid ahora que nadie os mira.

Los dos cogemos el abrigo y, sin despedirnos, huimos como si mi hermana fuese la famosa muñequita del juego del calamar y el premio, en vez de dinero, se transformara en horas de intimidad.

Llegamos muertos de ganas y de expectación al hotel. La subida en el ascensor la hacemos a lo *Cincuenta sombras*, pero a mi Grey no le van los látigos… o eso creo.

Nos cuesta meter la tarjeta de la habitación porque no podemos parar de besarnos por la pura ansia que nos ha dado al sabernos libres y cuando se abre la puerta, casi me caigo.

—Amanda, vamos a poder gritar, ¿te das cuenta? Hoy no hay niños en casa —me dice entre risas.

—No pienso en otra cosa. Te voy a dejar sordo.

—Tú y yo nos saltamos el orden desde el principio, tenemos niños y recuerda que fuiste mi mujer.

Ese «mi mujer» ahora mismo me enloquece y arraso sus

labios.

Dylan se quita el jersey y con él sale una camiseta dejándome descubrir lo bien que le han sentado los años.

Desabrocha el botón de mi pantalón vaquero y, con una fuerza destacable, me lo baja hasta las rodillas; con él viaja mi tanga.

Gimo al sentirme tan expuesta.

—Tienes un culo perfecto —me ronea al oído mientras lo aprieta sin remilgos. Le siento descender y al segundo morderme la cintura—. Quiero hacerte el amor hasta que nos duela todo el cuerpo. Te apuesto una cena que en dos minutos vas a gritar mi nombre.

—Vale —respondo.

Dylan se acerca y me muerde con fuerza el labio.

—Dime sí, no «vale».

Me río. Siempre me gustó lo en serio que se toma sus apuestas.

—Sí…

Su rostro cambia. Su pupila se dilata y una sonrisa picante se instaura en su rostro. Es lo último que veo antes de que me dé la vuelta y me enfrente a la pared.

—En dos minutos —me dice con voz caliente—, vas a gritar mi nombre.

—¿Y si no?

—Aprenderé a patinar.

—Aja…

Un pequeño grito se me escapa al sentir sus dientes en mi trasero. No me lo esperaba, pero me ha encantado.

Dylan tira de mi cintura para que me ponga en pompa y con rudeza me abre las piernas.

—Voy a probarte, Amanda.

Solo con oír eso y estar en la postura que estoy, creo que ardo en pedazos, pero, cuando sus dedos me acarician con suavidad el clítoris y su lengua me lame desde ahí hasta mi vagina succionándome, abriéndose paso hasta meterse dentro de mí, grito… Grito su nombre como si fuese el final del musical.

No sé si son las ganas, la desinhibición, su apuesta o el sabor a despedida, que estallo en menos de dos minutos. Y prometo que nunca me había pasado tan salvaje, le he debido empapar.

Había tenido orgasmos, pero nunca a este nivel. Todo con este hombre lo siento a otro nivel.

Dylan me sujeta porque se me doblan las rodillas y a pasitos cortos, y aún con mi pantalón por las rodillas, me transporta en sus brazos a la cama.

Todavía con la respiración acelerada, llegamos y me tumba en el colchón.

Intento serenarme, pero me quedan destellos del orgasmo abrasador que me hacen retorcerme.

Le observo desnudarse. Es perfecto. Tiene un físico que nada tiene que envidiar a los actores de Hollywood con los que me he acostado en estos últimos años.

Dylan se deshace de mi pantalón, mi tanga y los calcetines mientras yo sigo concentrada en respirar.

Después se tumba sobre mí.

Sentir su piel sobre la mía me vuelve a acelerar. Creo que esto que siento por él se me va de las manos. Quiero más y me incorporo un poco para quitarme la parte de arriba, y así solo quedarme con el sujetador de encaje negro.

—No vas a tener que aprender a patinar —le digo cuando le pillo mirándome el pecho atontado.

Él sonríe ladino.

—Amanda, creo que ha sido el mejor momento de mi vida —dice mientras me besa—. Te he comido entera y eres lo más delicioso que he probado nunca.

—¡Venga ya! Con lo rica que estaba la cena de hoy…

Dylan abre los ojos mucho, pero con tono afligido me responde:

—Te aseguro que estás mucho más rica tú.

—¡Anda ya! —le increpo y me cubro con la almohada para no escucharle más.

—¡Ey! No te escondas y no son guarradas. Son efectos del sexo entre dos personas, y el sexo es lo más natural que hay, Amanda… Quiero que me hables, que me digas qué te gusta y qué no, porque yo te lo voy a decir a ti. Quiero que nos disfrutemos como nos merecemos desde hace años. Además, que pienso tener sexo contigo, aunque nos separe un océano, y va a tener que ser por teléfono.

—¡Vas listo! Con la de piratas informáticos que hay por la red. ¡No te lo crees ni tú!

—Ahora mismo busco viajes a España —contesta con preocupación y me río a carcajadas—. ¿O te apetece repetir el postre? —me pregunta y después comienza a lamerme el cuello y acariciarme un pecho.

Me muerdo el labio…

Le empujo para subirme a él y le digo:

—Ahora la camarera soy yo y te va a encantar la novedad que tenemos en la carta. Te apuesto que vas a gritar mi nombre en dos minutos o…

Capítulo 17
Nochevieja especial

Llego a mi casa a las doce y media. Tengo solo una hora para recoger mis cosas, pero no había forma humana de despedirnos. Éramos como dos críos.

La noche ha sido la más brutal de mi vida en cuanto a sexo y a conversaciones.

Nos hemos hecho de todo y nos hemos dicho de todo. Sin maquillaje, sin filtros, muy real, muy puro y bonito, y también muy divertido.

En estos días me he reído tanto que creo que me han salido arruguitas alrededor de la boca.

Estoy enamorada de Dylan como no lo he estado nunca de nadie y solo me ha hecho falta una Navidad para darme cuenta. Es que es de esas cosas que no puedes evitar ni aunque te empeñes. Cuando me mira con esos ojos azules, yo me entrego. Es una respuesta mecánica de mi cuerpo, como esas programaciones que traen todos los aparatos por defecto. Yo no hago nada, es él.

Nada más entrar por la puerta, mi hermana viene corriendo y por su cara sé que ha sucedido algo.

—¡Te dejaste el móvil!

—Bueno, sí, fue todo muy apresurado. ¿Ha pasado algo?

—Pues que Rachel se ha puesto de parto, Amanda…

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, no os localizaban y llamaron a tu móvil para poder dar con Dylan.

—¿Y cómo tenían mi teléfono?

—Pues porque Dylan también se lo dejó anoche, te han llamado desde el suyo. Les di el nombre del hotel, pero habrás venido antes de que llamaran.

—¿Y cómo está? ¿Qué sabes?

—Poco, porque entre las maletas y los nervios porque no daba contigo, sé poco. ¡Salimos en una hora y tú tienes mucho que recoger!

La miro. Mi sobrina viene corriendo y me abraza:

—¡Tía! Te vas a sentar conmigo en el avión, ¿verdad?

Me tomo una pausa para pensar.

—Cariño —le digo agachándome—, no voy a ir. Por lo visto, el bebé de Dylan quiere nacer hoy.

—¿Se puede nacer en Nochevieja? —nos pregunta y Alicia y

yo no podemos evitar reírnos.

—¡Pues claro!

—Pero, y si nace a las doce, ¿en qué año ha nacido?

—Uff…, ¿qué preguntas, Candela? —responde su madre—. Dependerá del minuto o de lo que quieran los padres.

—¿Y yo no me puedo quedar, mamá? Quiero conocer al hijo de Dylan y ver si tiene sus ojitos.

—No, cariño. Nuestro vuelo sale hoy y ya no se puede retrasar. ¿Cuándo vendrás, Amanda?

—Llamaré ahora a Michael. En uno o dos días. En cuanto sepa que todo ha ido bien.

—Te va a matar.

—Lo sé, pero me da igual.

—¿Y si no te dejan entrar en el hospital y estás sola en Nochevieja?

—Bueno, Alicia, lo íbamos a pasar en un avión, tampoco es que la diferencia sea mucha. Vosotros tenedme la habitación preparada que en unos días estaré allí.

Me alejo de Bob con lástima porque le dejo solo.

Varios de seguridad me salvaguardan de la sala de espera que se ha convertido en una alfombra roja improvisada a la que un grupo de adolescentes coreanas, que esperaban noticias de un familiar, se han dado cuenta de quién era yo. No es que haya temido por mi vida, pero sí por uno de mis brazos porque entre ellas me zarandeaban para salir en sus móviles y, con tan pocas horas de sueño y mi preocupación por el estado de Rachel, no he estado rápida y no he sabido actuar.

Lo único bueno es que he cruzado la puerta de Urgencias, pero me da lástima dejar a Bob porque el pobre estaba muy asustado. Según pasaban los minutos, se iba poniendo en lo peor y, como no tiene filtro, se le ocurrían muchas opciones a cuáles más dantescas. Las escenas que describía las escucha Mike Flanagan —el de *Misa de medianoche* o *La maldición de Hill House*— y se marca una serie en un paritorio que ni Álex de la Iglesia.

Espero en una sala a que el gerente del hospital venga a hablar conmigo.

De verdad, que yo no entiendo tanta expectación, pero muestro mi mejor sonrisa al verle entrar y le explico que mi amigo íntimo, casi mi hermano, va a ser papá y que por eso estaba en la sala de espera.

El hombre, de edad avanzada, y dicción culta, me explica que, aunque por la COVID ya no puede haber más de un acompañante, en mi caso harán una excepción y me llevarán en cuanto puedan con Dylan porque ha peguntado y le han informado que estaba en el

quirófano.

En algo más de media hora, un hombre entra en la sala y me pide que le acompañe.

Le pregunto si sabe algo, pero él me dice que no, que solo es celador y le han pedido que me trajera a neonatos.

Cuando llegamos, veo frente a una cristalera, donde hay muchas cunitas vacías, a Dylan pegado al cristal con rostro extasiado.

Al escuchar los pasos se gira y me ve:

—Qué…, ¿qué haces aquí?

Voy en su búsqueda y le abrazo. Solo con olerle, mi cuerpo se siente bien.

—No podía irme sin conocer a tu hijo.

Dylan me abraza mucho más fuerte y siento que su cuerpo tiembla porque llora.

Me asusto. Mucho.

—¿Ha pasado algo?

—Tengo una niña, es una niña… —balbucea entre hipidos—, pero no respiraba bien y la están examinando. Ha sufrido mucho en el parto.

—¿Y Rachel?

—No lo sé. Sangraba un montón y me han sacado de allí sin decirme nada. Solo que espere aquí. Estoy muy asustado, Amanda.

—Shh…, tranquilo, tranquilo… —Le acaricio la espalda y me alegro infinito de haberme quedado—. Estas cosas pasan, pero todo va a ir bien.

Nos sentamos en el suelo frente a la cristalera porque a Dylan no le sostienen las piernas y le escucho relatarme lo acontecido, pero de una forma atropellada por su estado de nervios.

Le dejo explayarse y que se desahogue. Es lo que necesita.

Por lo que entiendo, han tardado mucho en dilatar y se la han llevado corriendo cuando en los monitores dejaban de registrar el pulso de la niña.

Se escuchan voces a lo lejos, como un ambiente festivo.

Miro el reloj. Se acercan las doce de la noche. No me puedo creer que haya pasado tanto tiempo desde que me vine.

Me acuerdo de Bob, y le pido a Dylan que me deje el teléfono para llamarle.

Suavizo la información y le cuento que estamos aguardando para ver a la niña.

Dylan se apoya en mi hombro agotado y me da la mano con fuerza.

La puerta del nido se abre y entran varios sanitarios con una cunita.

Dylan y yo nos levantamos de golpe, y él pega toques al cristal

hasta que una enfermera le reconoce y le dice que sí sonriendo.

—¡Es mi hija! —me dice emocionado y en ese momento se abre un hueco entre los sanitarios que han terminado de preparar a la bebita y le han puesto oxígeno. Puedo verle la carita y cómo mueve sus diminutas manos como si quisiera saludar.

Exhalo todo el aire atrapado en mis pulmones que se ha ido nebulizando de angustia durante la tarde y me relajo.

La niña parece estar bien, y la enfermera, que le ha reconocido, le dice con el pulgar que está todo *OK*.

Nos quedamos los dos atontados viendo a la criaturita hacer más gestos por segundo que Joaquin Phoenix en el Joker, y comentamos cada uno de ellos.

La enfermera simpática sale a hablar con Dylan y le explica que la niña está bien, que le han tenido que aspirar muchas secreciones, pero que todo lo demás estaba bien y, que, en un rato, cuando sature un poco mejor, ya podrá pasar a verla e incluso cogerla para hacer el método canguro con ella.

Los dos le preguntamos por Rachel a la vez y ella nos dice que cree que está bien, que la han llevado a reanimación, pero que buscará a la ginecóloga para que nos cuente.

Dylan y yo nos abrazamos y advierto como su tensión se disipa y su rostro recupera el rictus normal.

Escuchamos una cuenta atrás entre risas.

Le miro mientras toco el cristal, él hace lo mismo y antes de que lleguen a cero, él busca a su hija y después se gira con fuerza para besarme.

—¡Feliz Año Nuevo, Amanda!

—¡Feliz Año Nuevo, Dylan!

Capítulo 18
Dylan y Amanda

Cuelgo a Michael que me ha llamado tres veces esta tarde para asegurarme que cogía el vuelo. Me asesina si le vuelvo a retrasar mi reunión a Álex Pina.

Acabamos de llegar al aeropuerto, Dylan insiste en cogerme la maleta y llevarla él.

Me cubro con un gorro y gafas de sol, y Dylan gesticula divertido una mueca.

—Sí, ríete. Tú no sabes la que se lio en la sala de espera del hospital. Pensaba que me desmembraban. En los aeropuertos la gente está más atenta, a la caza de famosos.

—Pues yo no sé si tus gafas de sol te delatan en un día tan oscuro como hoy.

—De eso nadie se da cuenta.

—No sé. Yo te miraría.

—Pero porque te gusto mucho —le digo mientras me abrazo a su cuello y le beso.

—Eso también —responde cuando libero sus labios.

Dylan mira al cielo y frunce el ceño:

—Ya podía nevar para que tu avión no despegara o, mejor, que llegara el gran apagón de una vez y así nos encerramos en casita con un montón de velas de por vida.

—Me estás preocupando con tu afán apocalíptico —bromeo, pero es cierto que cada dos por tres entra en bucle con el tema del gran apagón; y Rachel me confirmó, la noche que cenamos todos en casa, que les había llegado un mega pedido que habían comprado él y Bob, donde las pilas, linternas, latas de conserva y pañales se contaban por decenas. Por no hablar del dineral que les ha costado el generador.

—Tú ríete, pero yo pienso sobrevivir. Me he hecho con un botiquín que alucinas.

Le miro indulgente y le empujo en broma.

Accedemos al aeropuerto.

Hemos venido con el tiempo medido. No me gusta estar mucho rato en los aeropuertos porque me han reconocido demasiadas veces y se monta mucho revuelo. Es una de las razones por las que siempre escojo zona vip; otra es que me lo puedo permitir, pero no el motivo principal.

Cuando llegamos al control nos vemos en la tesitura que llevamos queriendo obviar desde que nos hemos despertado y es que nos toca despedirnos, y ninguno sabemos qué decir.

—Me tengo que ir ya…

—Lo sé —dice apenado—. Te voy a echar de menos en cuanto me dé la vuelta.

—Y yo a ti.

—Estos días, esta Navidad… Te quiero en mi vida, Amanda. Ha sido tan breve que me da miedo que te olvides de mí, que en unos días se te borre de la memoria hasta mi nombre.

—No digas eso. Esta semana ha sido maravillosa. Ninguno la podremos olvidar, pase lo que pase.

—¿Pase lo que pase? ¿Estás derrotista y aún no te has ido?

—Dylan, los dos sabemos que no será sencillo. Cuando salga a la luz lo nuestro, vas a perder tu intimidad, tu libertad… Desconfiarás de cualquier extraño que te pregunte algo.

—Me da igual si estoy contigo.

—Eso dices ahora…

—Y mañana y pasado…, me importas más tú que lo que digan los demás. Si me tengo que hacer mil fotos, pues sonrío. En peores me he visto.

—Verás escenas de sexo mías en series o películas, desapareceré durante semanas para rodar, te dirán que estoy con este actor o con el otro… Si eres celoso, vas a enloquecer. Les ha pasado a muchas parejas del cine.

—¿Estás queriendo romper conmigo? —me pregunta asustado.

—¡No! Es solo que me he puesto en lo peor, aunque sé que esto nos va a suceder y que en la distancia nos lo vamos a plantear, ambos. Quería ver tu reacción.

—Tendremos que hablar mucho, Amanda. Ser muy sinceros.

—Sí, eso está claro.

—Pero merece la pena, ¿no crees? Extendamos la Navidad al resto del año.

Le sonrío entre triste y feliz.

—Te quiero, Dylan.

—¡Ey! —me dice—. Yo soy el romántico de los dos. Tenía que haberlo dicho antes yo.

Me río y después nos besamos olvidándonos de todo, confiando en que es Navidad en un aeropuerto y de que estas escenas se repiten a cada rato. Como en la película navideña contemporánea más bonita hasta la fecha, *Love actually*.

—¿Amanda Martín, puedes desvelarnos quién es tu nuevo amor? —escucho y advierto como Dylan pega un respingo.

Me separo un poco de él y le acaricio el rostro. Después le guiño un ojo y me giro ante la cámara.

—Es Dylan, mi pareja. Espero que le respetéis porque no pertenece a este mundillo.

—Te quiero —me dice él ahora al oído.

Varios fotógrafos salen de la nada y disparan sus *flashes*. Uno de ellos pregunta a Dylan, si es el Dylan que estuvo casado conmigo en el *reality*.

Él me busca sin saber muy bien qué decir y respondo yo en su lugar:

—Ni él es ese Dylan, ni yo soy esa Amanda…

—¿Os volveréis a casar? —nos pregunta otro *paparazzi*.

Dylan se ríe y yo le golpeo en broma.

—Van más rápido que nosotros —me dice al oído—, pero te apuesto la siguiente Navidad a que sí.

Me sorprende con su respuesta, pero le indico:

—Vale.

—No me digas vale… Dime que sí.

—¿A qué? —Me río, cojo la maleta y dándole un suave beso en los labios, atravieso el control de seguridad por un mostrador que me han abierto para despejar el jaleo.

Cuando lo cruzo, me doy la vuelta y le veo rodeado de periodistas sin contestar a ninguno porque toda su atención me la presta a mí.

—¡Veo tu apuesta y la doblo! —le grito.

—¿La doblas? ¿Con qué? —se muestra intrigado.

Elevo los brazos en señal de que no se lo voy a decir y me marcho rápido porque al final pierdo el vuelo.

Justo antes de embarcar me da tiempo a enviarle un mensaje:

«Te doblo la apuesta a que todas las Navidades que vivamos, las pasaremos juntos».

Epílogo

Cuatro meses después

Salgo del set cubierta con un albornoz con una sensación extraña.

El director ha dado por válida la toma y ya no habrá más desnudos ni escenas de sexo en lo que queda de temporada.

Me meto en mi camerino y respiro tranquila mientras me contemplo al espejo.

Me acaricio los labios… ¿ha sido de verdad? Ya no sé qué pensar.

Entre Alex y yo hay mucha química. No sé de qué me extraño, y por eso nos escogieron. Los directores de casting tienen más ojo que muchas agencias de parejas.

Alex me ha sorprendido como una de las personas con más inteligencia emocional de este mundillo. Además, es divertido y muy buen compañero. Aprendo con él en cada escena. Es muy metódico, de entender los diálogos y desengranarlos para sacarle el máximo provecho. Llevamos dos meses juntos, casi todos los días, y eso, o te une o le odias a muerte.

Intento hacer memoria porque ha sido muy intenso.

En la escena acabábamos de lograr escapar en una persecución en coche. Estábamos en un garaje oscuro y, en teoría, con toda esa adrenalina, nos los montábamos, quedándonos desnudos de cintura para arriba.

He sentido cada uno de sus besos y sus caricias.

Él estaba excitado. No lo podía ocultar, y yo… Yo también.

Me desmaquillo y después me lavo la cara con agua fría.

Es normal, me repito a mí misma. Alex es un chico muy atractivo y llevo casi cuatro meses sin ver a Dylan…

Miro el reloj, en Estados Unidos son la diez de la mañana.

Le llamo.

—¿Sí? —Escucho bajito.

Resoplo al darme cuenta de que ha respondido Luisa, la fabulosa niñera interna que han escogido y que se toma las licencias para descolgar el móvil de mi novio…

—¿Se puede poner Dylan, Luisa? Soy Amanda.

—Hola, Amanda —dice con voz baja—. Es que está dormido. Acaba de llegar de trabajar.

—¿De trabajar?

—Sí, Dylan trabajó ayer.

¡Esto es el colmo! Le llama por su nombre de pila y encima sabe más que yo. No tenía ni idea de que ya iba a empezar a trabajar. Claro que no hemos hablado casi nada en estos últimos días porque no coincidimos en horarios.

Cuando él puede, porque es de día en Estados Unidos, yo entro a rodar y cuando termino, estoy tan agotada que no puedo ni marcar.

Nos enviamos mensajes, pero cada vez más escuetos.

—¿Qué tal está la pequeña? —pregunto por cortesía.

—Parece que mejor. Hace dos días tuvo otro episodio de broncoespasmo… Dylan estuvo muy asustado, pero al final pudo evitar llevarla al hospital. Es muy buen enfermero y papi —Se ríe.

Yo no.

—Vale, ¿le puedes decir que le he llamado?

—Claro, pero se despertará tarde.

Me muerdo los labios para no soltar una fresca y me despido.

Llaman a la puerta de mi camerino.

Abro, y es Alex que me mira con cierto pudor.

—¿Quieres que hablemos de lo que ha pasado en el rodaje? —Me sonríe mientras me tiende un *chai te latte* que huele de vicio.

—Pasa —resoplo.

Continuará…

Agradecimientos

Antes de nada, LO SIENTO, querido lector. Siento la jugarreta que acabas de leer en la última página. Te prometo que me sienta fatal dejarlo así, pero todos sabíamos que no iba a ser sencillo.

No soy de segundas partes. Suelo concluir mis libros, pero este necesita unos meses más. Por las vidas de Amanda y Dylan van a transcurrir unos mesecitos y también por mí, para ver qué sucede.

Todos necesitamos un poco de tiempo.

Esta historia ha surgido prácticamente en directo y ahora me tomo una pausa para tomar distancia, pero volverán.

Amanda y Dylan segunda temporada a tiempo real.

Soy una fan confesa de las pelis de Navidad, como bien habréis notado, y todos los años, cuando se acercan estas fechas, me propongo escribir un libro, pero siempre voy muy tarde. Este año dije que se acabó, que iba a quitarme horas de sueño, tardes libres y despertarme muy pronto, pero lo iba a lograr.

Y aquí la tenéis.

Por eso, es una historia corta, pero el anzuelo está echado en mí y desde ya pienso plantearme qué les deparará la próxima Navidad a estos dos porque así, tan lejos, no les voy a dejar. O juntos y revueltos o cada uno a lo suyo, pero en tierra de nadie, me niego.

¿Os apetece saber qué va a ser de ellos?

¿Tenéis alguna idea?

Escribidme y veremos qué les podemos hacer vivir.

Y ahora sí:

Gracias querido lector por apostar por mí, y si se te ha hecho corto, el resto de mis libros no lo son. Te animo a descubrirlos.

Gracias a Teresa de Ediciones Kiwi que a veinte de octubre me compró esta locura.

Gracias a Dimas por haberme dejado escapar durante estos días desbordando esa paciencia envidiable que tienes. Eres el mejor.

Gracias a mi pequeña Eire por hacer que todos los días sean un poco Navidad —algún Halloween también te marcas, cuquita, pero los menos—.

Os quiero, a los dos.

Y gracias a todos los que me ayudáis en mi día a día:

¡Lorena, por Dios! ¡Cómo he podido vivir sin ti tantos años! Eres de las personas más listas que conozco. Ya ni miro en Google, teniéndote a ti.

Gracias a Carmen y a Luis por ayudarnos tanto con Eire.

Gracias a los Buenaventura Durruti por lo mismo, y espero que disfrutemos mucho de la nueva casita con vistas al barranco.

Gracias a mis padres por todo y en especial, gracias, mamá, por tu repollo rehogado y tus *tupper* de cocido. Aunque últimamente nos falta el de tortilla…

Gracias a mis lectores amigos porque, aunque estáis hartos de oírme, todavía os quedan ganas para leerme: mis compis de la UCI más molona de Madrid —con monitorización central inminente—, mis vecinos —los dicharacheros de Buenavista—, los papis del cole —aprenderán a leer, ¿sí?, ¿no? ¿Nos apostamos la Navidad?—, a mis amigas desde pequeñas, Carol, Susi, Marta, Pili que me consta que me leen… A mis amigos de Buenavista Vip —por muchas más fiestas en el garaje de Natalia y Miguel—, y a las Soles…

Gracias a Amanda y a Iván, mis compis en La última butaca por alegrarme los jueves y dejarme aprender con vosotros.

Y gracias a mis lectores fieles, que, aunque no os conozca en persona, estoy deseando hacerlo.

Y sin más:

¡Feliz Navidad a todos!

PD: Os aconsejo ver *Qué bello es vivir*, que sí, que es en blanco y negro ¿y qué? Las radiografías también lo son y mira qué importantes.

La tarta de Candela

—Tía, quiero que mi tarta sea redonda, ¿vale?

—Vale, cariño, pero ponte las zapatillas, que no llegamos, por Dios.

—Hazme caso, por favor, tía —rebufa Candela.

—Y tú a mí, cariño, no llegamos, ¡no llegamos! —La subida de tono exponencial de Amanda crece paralela a sus nervios. Como no se den prisa, no llegan al autobús en ruta del colegio. Y no es la primera vez, la semana pasada le tocó tener que llevarla en su coche a toda prisa, sin café y, lo que es peor, a cara lavada. Que se puede ir sin maquillar, faltaría más que hubiera un protocolo de vestimenta para llevar a los niños al colegio, pero para el mundo ella es Amanda Martín, la famosa y fotografiable Amanda Martín. Es como si el archinombrado algoritmo ese de los móviles empujara a sus dueños a abrir sus cámaras y disparar fotos al toparse con alguien popular, como de forma impulsiva, sin disimular.

—¡Tía, pero es que es muy importante que mi tarta sea redonda!

—¡Y que te pongas las zapatillas de una pu… vez, también! —En el último momento, logra contener su ira deslenguada y recuerda aquello de respirar hondo para mermar el estrés; que cree que está sobrevalorado y que el truco reside en que cierras la boca y punto, pero esta mañana cualquier cosa le sirve.

—¡Vale! —acepta la niña mientras se calza refunfuña—: ¡qué prisas!

La incredulidad de Amanda vence al hipido de rabia que le nace desde el estómago y se calla. Con la boca, se calla. El resto del cuerpo entra en erupción, pero a su sobrina no parece importarle. Cuando, por fin, salen de casa y corren hacia la parada de la ruta, Amanda piensa que mañana se pone las mallas y sus zapatillas de *running* para aprovechar la coyuntura y, de paso, deja la cafeína y la cambia por valerianas, pues con estos despertares tiene adrenalina para todo el día y almacenar para el fin de semana.

—¡Ves! Hemos llegado bien —dice Candela a su tía al ver que todavía no está el autobús.

—Es que lo normal es llegar bien, cariño, no vamos a hacer una fiesta tampoco, ¿no?

Candela resopla y pone los ojos en blanco, asunto que a su tía la hace temer que su sobrina tiene el pavo por todo lo alto y no llega ni a los diez años. La adolescencia se va adelantando en los niños, a

este paso fuman con dientes de leche…

—¿Ahora sí me puedes escuchar? Es que es prioritario.

—¿Prioritario? —repite Amanda en su primera sonrisa del día. El vocabulario de Candela a veces la sorprende, suena a política—. Sí te puedo escuchar, pero antes también lo he hecho, que quieres una tarta redonda.

—¡Eso! —la aplaude—, es que los cumpleaños se llevan celebrando desde los egipcios, y los griegos empezaron a hacer unas tortas con una base redonda en homenaje a la luna, que ellos pensaban que era la que más influencia tenía en sus vidas.

—Desde luego, lo que aprendo contigo no está pagado —responde Amanda mientras se agacha para abrocharle la chaqueta a Candela.

—Y sí quiero velas, pero no voy a soplarlas.

—Porque… —pide que continúe a sabiendas de que su sobrina tiene una explicación para eso también.

—Porque fueron los griegos los que pusieron unos cirios, pero no se soplaban, cuanto más durasen, significaba más prosperidad.

—¡Anda, qué bien! ¿Y tú sabes lo que es prosperidad?

Candela eleva los hombros y mira a su tía como si de una extraterrestre se tratase antes de responder:

—Tengo casi diez años, tía…, sé que es prosperidad.

—No, desde luego, tu colegio está bien pagado, se lo voy a decir a tu madre cuando reniegue.

—¿Y sabes otra curiosidad?

—¡Uy, cuenta, cuenta! —bromea, fingiendo entusiasmo a la vez que mira en su reloj y no entiende cómo no ha llegado el bus de la ruta todavía.

—Pues que lo de los tirones de oreja proviene del antiguo Oriente, porque para ellos cuanto más grandes tengas las orejas, más sabio eres, por eso tiran de ellas en los cumpleaños, para que cada año que cumplen sean más listos.

Amanda sonríe de nuevo y le aparta el pelo a Candela.

—Ahora entiendo por qué tienes esas orejazas —bromea—, eres carne de oposición, mi niña. Te voy a poner por las noches la Constitución, para que te la vayas aprendiendo…

Un padre que hay a su lado se ríe. Amanda lo mira y resopla, cómplice. Ya lo ha visto varias veces, son muchas mañanas ya las que su hermana y su cuñado no están y es ella la encargada de llevar a la niña a la ruta. Propósito que, *a priori*, parecía cómodo y se ha convertido en un verdadero infierno. Por eso, ya le van sonando las caras del resto de mártires, porque, cuando no es uno, es otro el que aparece con la lengua fuera y peleando con su o sus vástagos.

—Son totales —admite él—. ¡Hola, Candela! —la saluda—,

qué bien que estés tan ilusionada con tu cumpleaños.

—Es que es muy importante, Ricardo. Voy a tener dos dígitos —le contesta ella como la marisabidilla que se empieza a perfilar.

—Y ya no los vas a soltar nunca —le dice Amanda.

—Hasta que tenga tres. A los cien —la corrige Candela.

—Sí, claro a los cien, sí.

Amanda y el tal Ricardo se ríen y Candela los ignora, yéndose a hablar con una amiga que acaba de llegar.

—Candela siempre nos ameniza las esperas, tiene una curiosidad increíble por todo, desde pequeña —admite él.

—Sí, les ha salido una Marie Curie. No es que trate yo con muchos niños, pero yo creo que esta es lista como ella sola, eso sí, se despista con una mosca. Y lenta… de lenta es desesperante.

Ricardo se ríe.

—Todos son desesperantes, sacan lo peor de cada uno. Mi hijo mayor hoy va sin desayunar y la pequeña no lleva calcetines, pero era eso o morir en el intento. Ayer iba sin peinar… En fin, un gozo.

—¿Tienes dos? ¡Madre mía! Es para que os pongan estatuas en las glorietas y no esas cosas feas que no hay quien entienda.

—Soy Ricardo, por cierto. Soy amigo de tu hermana. —Le tiende la mano.

—¡Ah, genial! —le dice ella, apretándola un momento—. Yo, Amanda.

Él se permite una mueca divertida antes de decir:

—Lo sé.

—Ya…, pero por si acaso.

Los dos ríen. Le cae simpático el hombre este, que por cierto no está nada mal. Debe tener unos cuarenta años, en su pelo alborotado se intuyen canas. Es alto, moreno, con barba de moda y ojos castaños. Viste de traje, por lo que Amanda entiende que marchará ahora a la oficina. Irse a trabajar después de dejar a los niños en el colegio debería ser desgravable porque no está pagado. Ahora entiende por qué hay gente que aparece desde por la mañana con un humor de perros. Son padres, fijo.

El autobús asoma por fin y Candela se acerca a Amanda para darle un beso, recordarle por vigesimoquinta vez lo de la tarta y subirse con su amiga.

Cuando el vehículo arranca, Amanda aprieta los puños disimuladamente en señal de victoria, le resulta más ardua esta misión que aprenderse un texto con lenguaje de época.

—Bueno, hasta otra, a ver si mañana logras los calcetines —se despide de Ricardo.

—¡Dios te oiga! Pero te confío que estoy perdiendo la fe, siempre hay que prescindir de algo por mucho que madrugue: si se

viste al completo, no se peina; si se peina, no se viste del todo y, si por un milagro logramos las dos cosas, pues los dientes sin lavar. Mi hija sufre una especie de condena y nunca irá perfecta.

—Debe de ser un hechizo —sospecha Amanda en alto.

—Yo también lo creo, por eso no hay agujas en mi casa, por si se pincha y duerme cien años.

—Hombre, encontrarías a un príncipe antes, aunque sea en el Tinder.

—¡Uy, no sé yo! A mí por lo menos no me funcionan.

—¡Ah! ¿No…? —Amanda se calla porque no sabe cómo seguir y es totalmente indiscreto, pero la ha pillado por sorpresa que él dijese que usa aplicaciones, a ciertas edades suena *raruno*.

—No, tu hermana sí lo sabe, soy viudo —explica él con una naturalidad tipo «dame una barra tostadita».

—¡Ayssss, lo siento!

—Tranquila, lo vamos superando, hace cuatro años ya. ¿Te importa que vayamos andando? Voy justo —dice, mirando la pantalla del móvil.

—Sí, claro.

—Vivimos casi al lado —le explica él.

Entonces Amanda cae en la cuenta y recuerda que una amiga de su hermana se mató en un accidente de coche hace varios años y que tenía dos niños pequeños. Aquello le causó un trauma a Alicia y estuvo varios meses reubicando su escala de prioridades, se lo contaba por las videollamadas. Amanda llegó a preocuparse porque lo que su hermana definía como reubicar su vida era reorganizar los armarios una y otra vez, tirando de todo y dejarse de teñir porque había que admitir la cruda realidad de las canas.

—Mi hermana me lo contó —admite—, lo recuerdo. Lo siento mucho, de verdad.

—Gracias, y sí, Elena y Alicia eran muy amigas… Nos conocimos al comprar la casa y desde entonces. Fue un trauma para todos.

—Me lo imagino, bueno, me lo puedo imaginar.

—Seguro que sí, eres actriz y vosotros usáis la empatía como herramienta de trabajo. No quiero ni acordarme del primer año…, pero es verdad que el tiempo te cura, aunque es cruel porque te separa cada vez más de los recuerdos. Muchas veces pienso que gracias a mi mala cabeza voy tirando.

Amanda intenta tragar el nudo que se le ha formado en la garganta, Ricardo habla con tanta llaneza que te transmite lo que quiere decir sin artefactos.

—¿Y cómo te apañas con los dos? —le pregunta para cambiar de tema.

—Pues como puedo, de todas formas, tengo mucha ayuda. La hermana de Elena vive al lado. Para ellos es como su madre, aunque suene triste decirlo.

—Está bien que tengan una figura femenina cerca, claro.

—Sí, es un alivio. Bueno, Amanda, me voy por aquí —le dice al llegar a un desvío del camino—. Mi casa es esa.

Amanda solo puede vislumbrar por el muro que la resguarda la segunda planta y, posiblemente, una tercera, abohardillada.

—Genial. ¡Que tengas buen día, Ricardo!

—Y tú —le sonríe él tímidamente—. Un placer.

Cuando se va, Amanda no puede evitar observarlo; hay verdaderos supervivientes y gente con unos dramas descomunales que encima son amables y vitales. Ricardo es uno de ellos. Alguien con problemas de verdad, alguien al que la vida le ha dado un tortazo de esos que te fracturan la mandíbula para siempre y, sin embargo, aunque duela, pelea para volver a sonreír.

«Y no como Álex», solventa su cerebro. No, para nada como Álex, «su compañero», el que al principio le parecía un hombre con una inteligencia emocional fascinante y ahora que lo conoce mejor sabe que es todo fachada y frases huecas de Mr. Wonderful.

También es cierto que no es el mejor día para pensar en él, se acaban de filtrar unas imágenes suyas que dejan poco a la imaginación. Y lo peor es que son mentira, es decir, mentira no, son ficción. Se suponía que se habían acabado las escenas de sexo, pero tuvieron que filmar otra en una playa de Cádiz hace unos días y algún *paparazzi* bien informado ha preferido obviar de dónde ha sacado las capturas. Así que parece que Amanda Martín y Álex Chol se lo montan a lo grande en una playa desierta.

¿Y ahora cómo se lo explica a Dylan?

Y lo que es más triste: ¿realmente se lo tiene que explicar? Porque hace dos semanas que no sabe nada de él, desde que…

Amanda gira la cabeza con vigor, es mejor no recordar cosas desagradables.

Capítulo 1
Empatía

Quince días antes.

No es lo común, pero estoy desbordado, necesito sentarme y respirar. Salgo de la habitación hacia un angosto pasillo, un poco mareado, percibiendo ahora un olor a quemado al que antes no he echado cuentas. Miro de soslayo una de las habitaciones en las que un bebé, unos meses mayor que mi hija, descansa, ignorando que su vida acaba de cambiar para siempre y que es muy probable que a peor.

Accedo a un pequeño salón por el que hubimos de pasar antes, pero con las prisas ni me fijé. No me gustan los avisos domiciliarios y menos de madrugada, cuando alguien llama por la noche para que vayas a su casa, es porque algo muy malo le sucede, no por un uñero. No sé si es que me estoy haciendo muy especialito por la edad o por cansancio, pero cada casa desprende una esencia y pocas me agradan, más cuando soy un intruso al que no se le espera y en el hogar en cuestión emergen todas las esencias que se suelen ventilar cuando hay visitas. Es algo como que de forma abrupta te cuelas en un ambiente que no es el tuyo y puedes encontrarte cualquier cosa, y yo soy de todo menos curioso.

Tomo asiento en un vetusto sillón, que debe contar más historias que Woody Allen, y apoyo la cabeza en mis codos para masajearme la sien. Tengo los músculos de los brazos agotados. He dado casi veinte minutos de masaje cardiaco solo yo y sé que me va a dejar huella con unas preciosas agujetas que no han servido para nada.

Desde aquí puedo escucharla. A ella, a esa mujer que acaba de perder al padre de su hijo, a su pareja, y lo que es peor aún, mientras tenían sexo. Alucina.

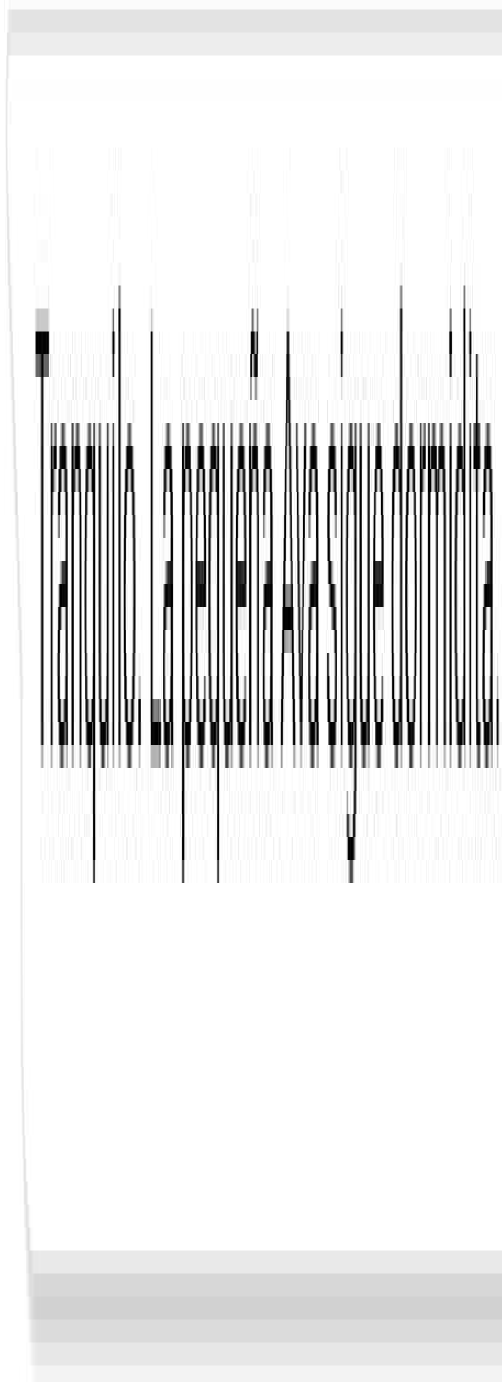
Hemos tardado seis minutos en llegar al domicilio, pero habría dado igual, creo yo. Eso, cuando llevas ya cierto tiempo trabajando en emergencias, lo intuyes, siempre hay algún caso que te sorprende, pero normalmente acertamos. No le ha hecho falta decirme nada Robin, el médico con el que he atendido esta parada, los dos sabíamos que el paciente había pasado a mejor vida, pero… Siempre sobrevuela el pero, un «pero» que algunos tachan de encarnizamiento, otros, de inútil y otros, de iluso, aunque cuando es tu familiar al que ese «pero», al que esa mínima esperanza puede salvarle la vida, ya no te parece tan innecesario; o cuando eres tú el que decides si reanimas

o no a una persona, optas por ceñirte al protocolo y si hay que escoger, que sea pasarse que no llegar. Claro que por ese «pero» los hospitales de crónicos no dan abasto con pacientes en coma irreversible por encefalopatía hipoxémica, que viene a resultar que cuanto más tiempo tardes en reanimar al corazón, más se dañará el cerebro.

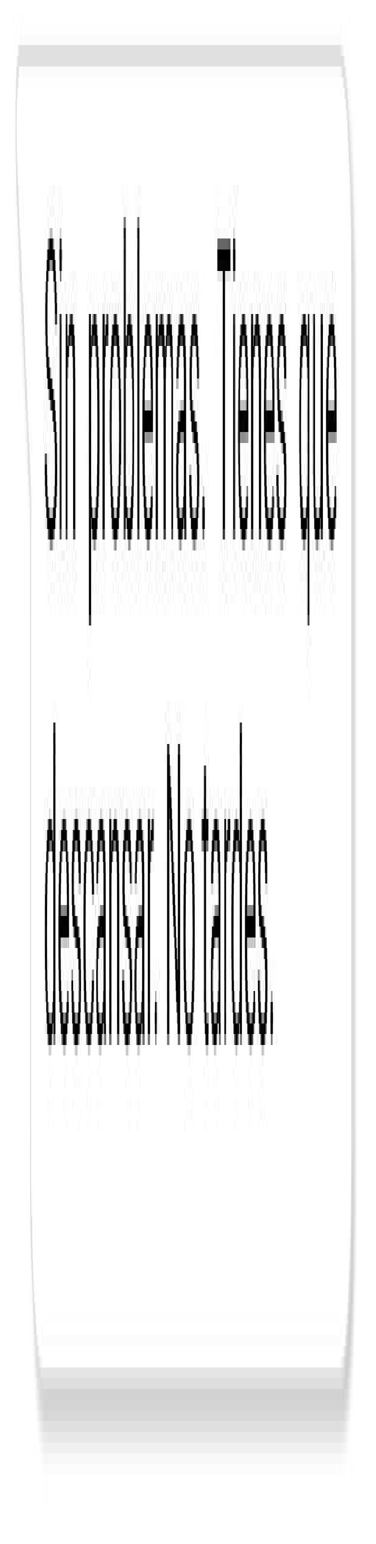
Tenemos conciencia. Los sanitarios damos el último adiós a diario a maridos, a padres, a hijos, a tías, a compañeros, qué menos que pensar que lo hemos intentado todo y que ya no se podía hacer más para no cargar con tantas muertes sobre los hombros. Hasta el momento no han inventado la bola mágica que prevea si la persona va a salir o no indemne de la RCP, porque luego todos somos muy listos y tendemos a criticar las actuaciones de los equipos sanitarios: «no tendrían que haberlo reanimado», «ha estado mucho tiempo en anoxia», «se va a quedar vegetal por su culpa»… Y van pesando, por mucho que lo intente justificar, las críticas ajenas y propias me están encogiendo. Advertir tantas veces lo delgada y fortuita que es la línea entre la vida y la muerte me quita puntos en mi carnet de iluso (que es como mejor se vive).

Orlando, este buen hombre de cuarenta y cinco años, ha fallecido mientras hacía el amor con su mujer, no es mala forma de morir para el que se va, pero aterradora para el que se queda. Uno, porque volver a tener sexo queda descartado durante unos años y dos, porque a ver cómo lo cuentas.

Robin entra en el salón con el teléfono en mano. Nos miramos. Estamos exhaustos y encima derrotados, esta vez la muerte nos ha vencido. Habla con la teleoperadora para que venga el juez a levantar el cadáver. Yo ya tengo poco más que hacer, de hecho, mi turno ha acabado hace más de una hora, aunque por compañerismo no me quiero ir hasta que no se vaya él. Miro mi teléfono y veo una llamada perdida de Amanda hace una hora, luego la llamo. Envío un mensaje a Luisa advirtiéndola de que voy a llegar algo justo, si no fuera por ella… Nos ha caído del cielo. Esta chica es servilismo y amabilidad en estado puro. Me habló de ella un compañero, que su sobrina italiana se venía a aprender inglés y a probar suerte como cantante en Nueva York y necesitaba un trabajo, y si fuera posible, una casa. Fue Rachel la que la entrevistó y le encantó. Yo, al principio, me equivoqué al prejuzgarla por ser muy joven, pero Luisa ha demostrado con creces su valía y ha encajado en nuestra casa desde el primer momento.

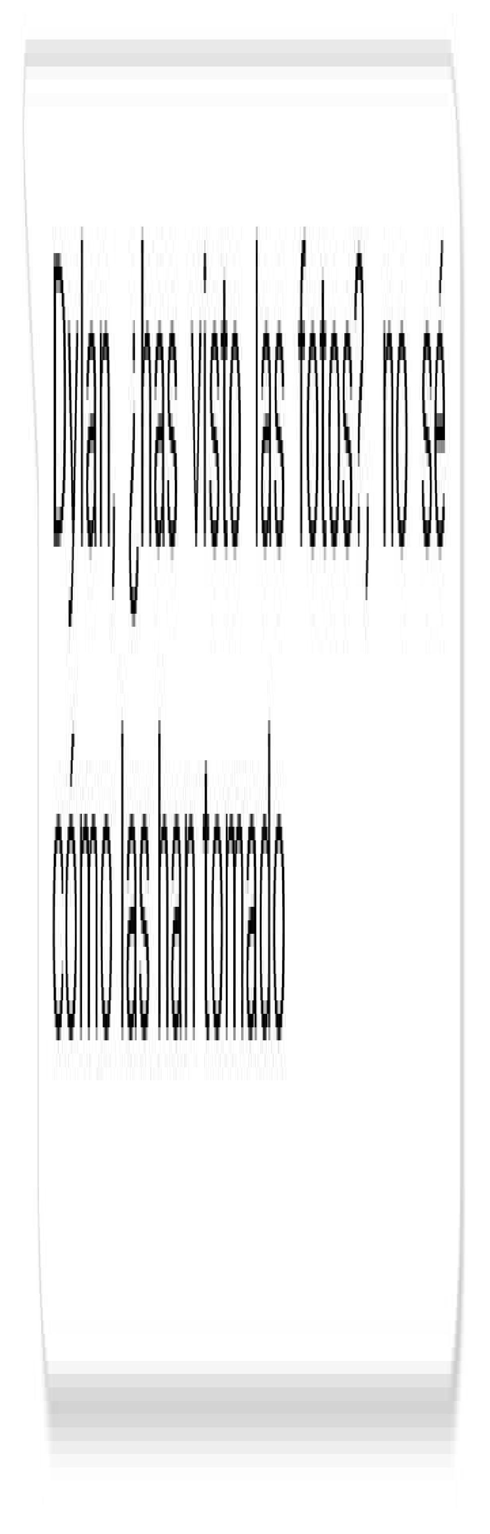


Genial, gracias. Me gustaría pasar a ver a Rachel y luego voy, ¿OK?

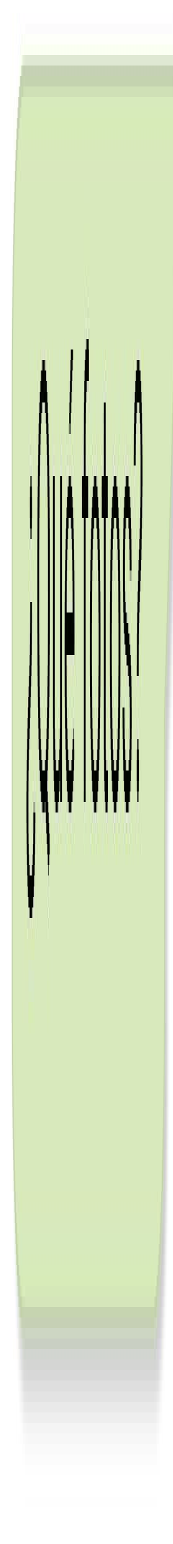


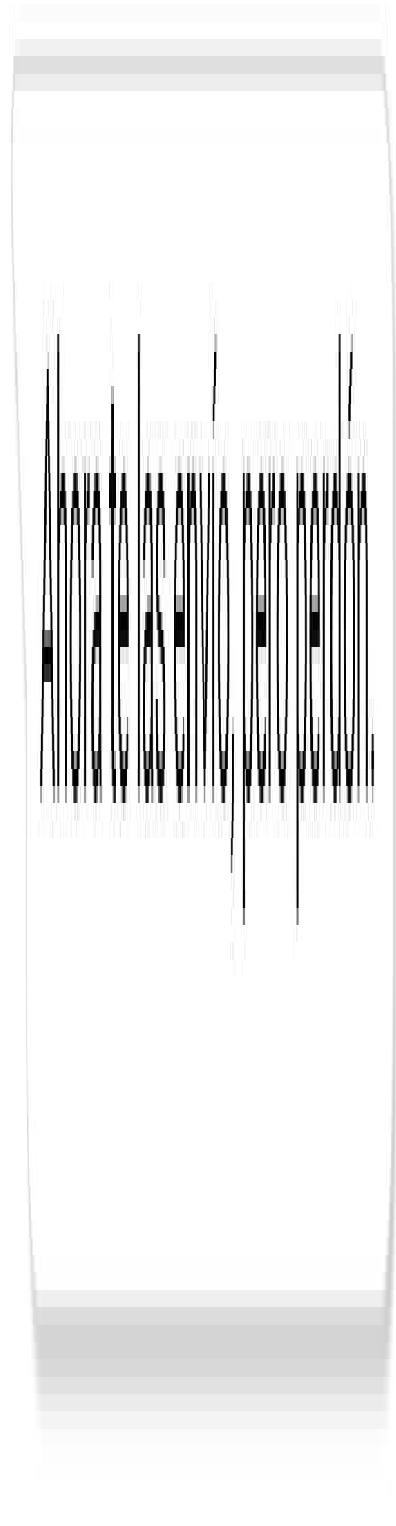
Sonrío. Es toda una *mamma*, aunque solo tenga veintidós años. De esas

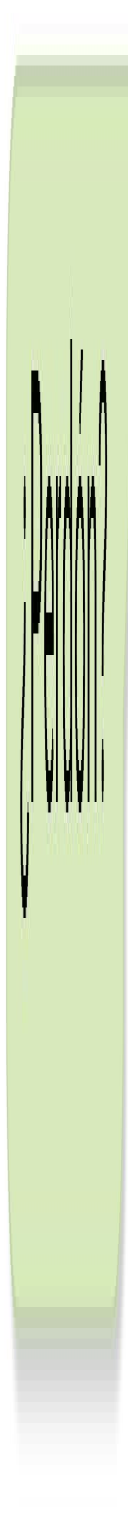
a las que el tiempo les cunde más que al resto. Luisa es capaz de cocinar, recoger, leer y tener a Ava sequita, comida y feliz, mientras que yo voy por las vocales. Cuando yo empiezo, ella ha vuelto cinco veces y se ha hecho la manicura. Literal, cada vez que me percato, lleva las uñas de un color distinto con dibujitos y adornos, esa chorrada me hace siempre pensar que no aprovecho las horas. Por cierto, que no me gustan los abalorios en las uñas, me dan una dentera que me muero. Se habrán puesto de moda, pero pocos hombres sabrán decir de qué color llevaba las uñas la mujer con la que se acaban de acostar… Estoy desvariando, cuando duermo poco, de todo saco una opinión y me enfrasco en unos debates yo solo que, si Freud levantara la cabeza, me ingresaba para freírme a psicoanálisis.

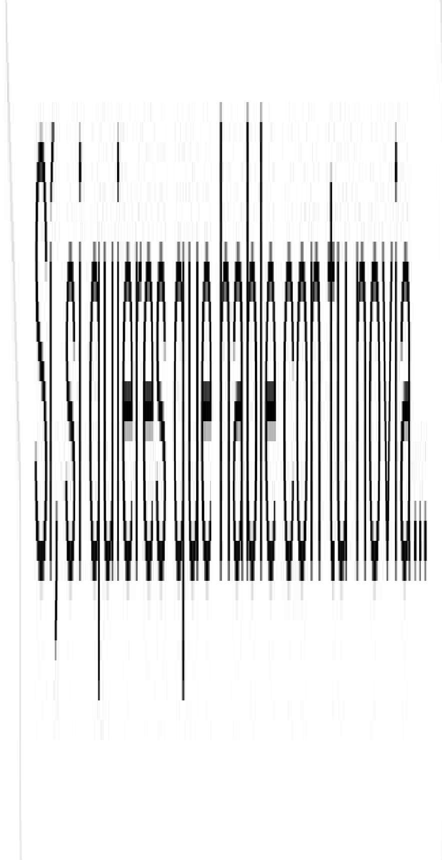


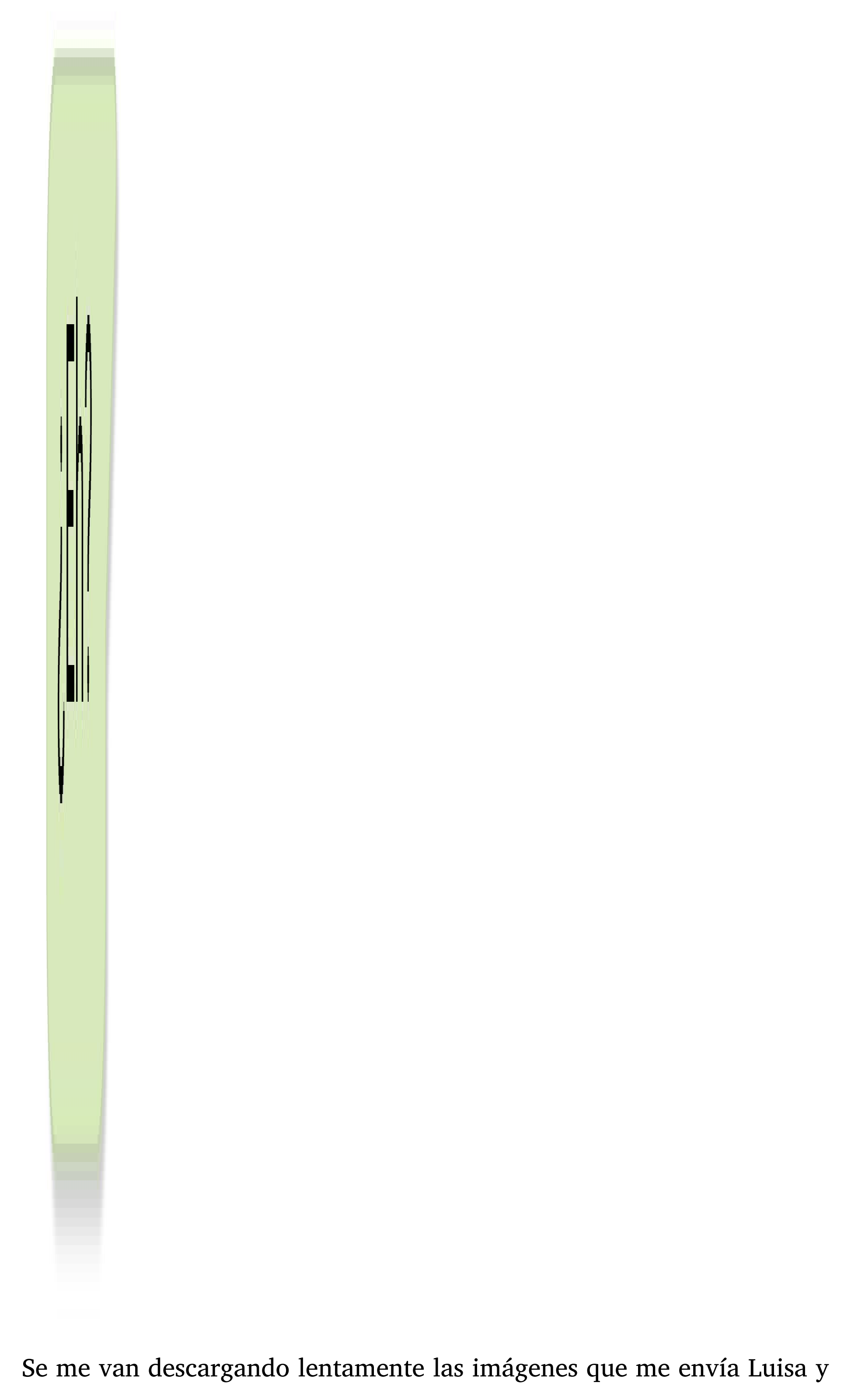
Leo el nuevo mensaje de Luisa y no entiendo de qué habla.


Questions?





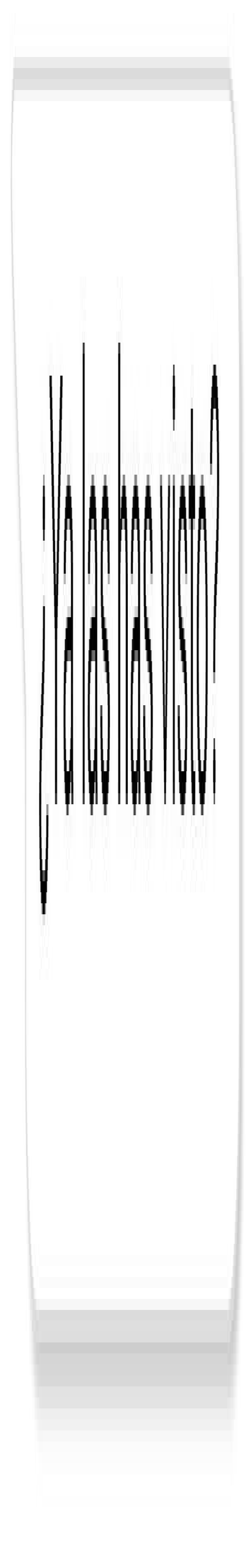




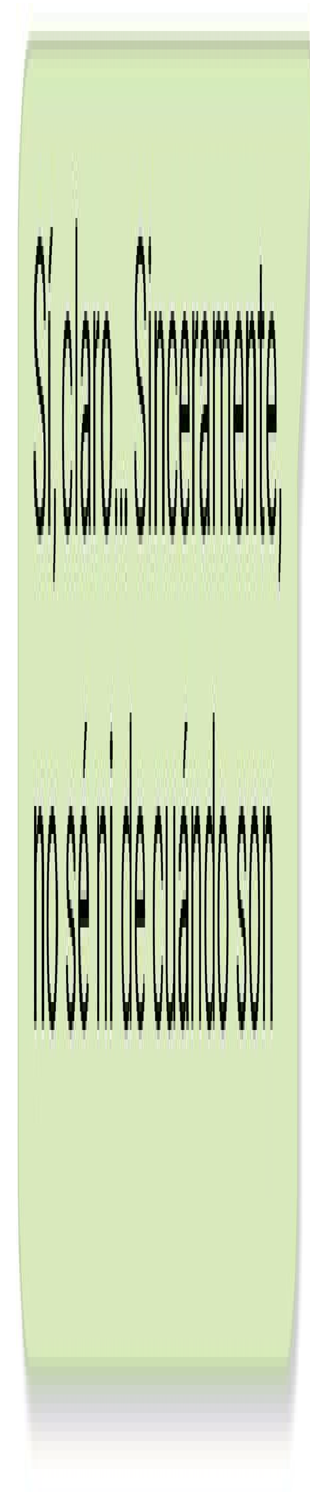
Se me van descargando lentamente las imágenes que me envía Luisa y

antes de abrirlas voy dándome cuenta de por dónde pueden ir los tiros; efectivamente, en cuanto veo la primera, acierto en que son tiros, pero a matar. Luisa y yo, uno frente al otro, yo, tocándole la cara más acaramelado que un flan. ¿Esto qué es? ¿Cuándo ha sucedido? ¿Tendré un hermano gemelo? A cada foto que veo, más cerca estoy de ella, como en una animación, y en la última, que es un pantallazo de la portada, leo: «El novio de Amanda Martín se relaja con una joven desconocida».

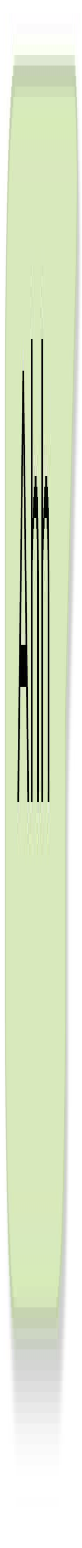
¿Se relaja? ¿Se puede ser más jodidamente ambiguo? Que me relajo, ¡vete a la mierda y vuelve sin duchar, idiota! Si supieran que hace meses que no estoy relajado, que vivo acelerado de un lado para otro y que no tengo tiempo ni para sonarme los mocos, iban a escribir que me relajo…



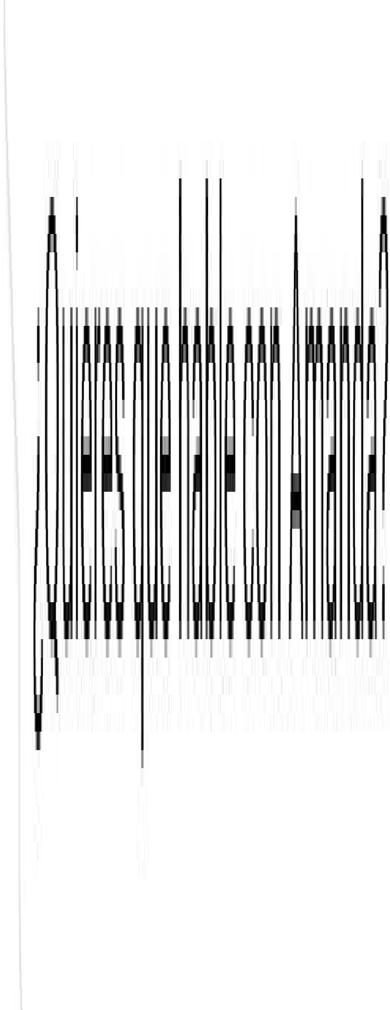
Me pregunta Luisa.

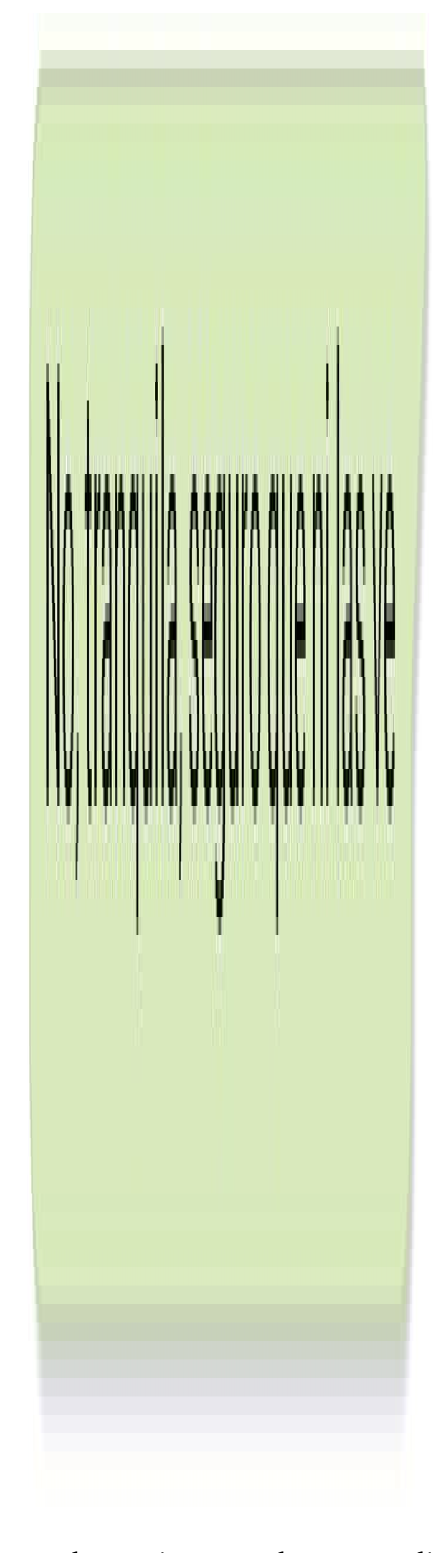

Sí, claro... Sinceramente,
no sé ni de cuándo son

Del otro día, cuando salimos juntos y te acompañamos Ava y yo a la boca de metro. Me dijiste que tenía algo en la nariz y me lo quitaste



Le digo, pero no me acuerdo.


¿Quieres que hable con Armando?



—Podemos irnos, Dylan —me dice Robin, y juro que es lo mejor que

he escuchado hoy.

Antes de marcharnos, damos, de nuevo, el pésame a la mujer y con un humor de perros termino mi turno. Ahora, a ver a Rachel para terminar de alegrarme la mañana.

Al salir a la calle, me suena el móvil, es Michael, el cansino del representante de Amanda, entonces me acuerdo de su llamada perdida, ¡estoy jodido!

Capítulo 2
Montajes

Quince días antes.

—¿Quieres que hablemos? —me vuelve a repetir Álex.

Hincho los carrillos y suelto el aire a pleno pulmón, a sabiendas de que la PCR de hoy ha salido negativa; esto lo haces en el metro sin mascarilla y te ves arrestada en el corredor de la muerte por terrorista.

—¿De qué? —respondo con una sonrisa que solo se podría creer un ciego.

—De lo que ha pasado antes.

—¿Y qué se supone que ha pasado antes? —imito su aparente preocupación.

—Amanda… —me replica, mostrándome sus carillas dentales y elevando las cejas todo lo que el bótox le permite.

—¿Álex?

En mi vida he tenido un compañero más pesado, de verdad. Al principio me cayó fenomenal, me pareció un tipo muy comprensivo y amable. Conectamos, no lo puedo negar, pero ahora no lo soporto. Gracias al director y sus guionistas, que se lo van a cargar al final de la temporada, porque tengo que grabar una segunda con él y me bajo de la producción.

Es uno de los actores de moda en España y es guapo, guapísimo, como un turcazo de novela. Presume de poseer dos millones de seguidores y los directores se lo rifan. Como actor se defiende muy bien, eso no lo niego, pero es que se lo han comido los personajes y es una mezcla de todos ellos, como una ensalada petada de ingredientes sin sentido ninguno y sin aliñar. No pisa el suelo, levita, se cree mejor persona que tú, un gurú de la psicología, con frases de marca blanca que aportan menos que el surimi, pero que las cuela en cada conversación. Usa palabras de moda como resiliencia, empoderamiento, asertividad…, y te dan ganas de descargarte una aplicación que haga sonar un «tachááán» cada vez que las pronuncia.

Lo más curioso es que la prensa rosa está obsesionada con que él y yo estamos liados. Cuán lejos de la realidad. Hubo unos días que dudé, cuando nos tocó grabar todas las escenas *hot* y lo conocía menos; hasta me atrajo, he de admitir. Estaba falta de mimos y besar, besa muy bien, pero no. Me di cuenta de que era un espejismo, de que Álex no me aportaba nada y lo único es que de tanto roce pensé en

cariño, pero era solo roce.

Nada que ver con Dylan, el novio que dejé en Nueva York y con el que apenas hablo porque no hay forma humana de pillarlo libre. Y no soy una ilusa, compartí pocos días con él, pero sé que no me aburrí ni un segundo, que él es todo verdad, no aparenta ser lo que no es y yo con él tampoco, que no es menos importante. Porque, si yo me subiera al carro que me propone Álex, seríamos la Barbie y el Ken de Instagram, una relación de plástico del malo, contaminada y contaminante.

Álex me dice al oído:

—De la escena que acabamos de rodar, me refiero a eso.

Me separo y lo miro.

—Ya hemos hablado de todas las escenas, Álex, creo que esta es como las otras diez.

—¿Sí? Yo te he notado mucho más…, cómo decirlo —se toca la barbilla como si pensaran—, ¿proactiva? —«Tacháááán», suena en mi imaginaria aplicación.

—No sé a qué te refieres, Álex, he estado actuando desde el «prevenidos» hasta el «corten», ya lo sabes, te lo he dicho varias veces ya.

—No es lo que dices, es lo que haces.

Lo cojo del brazo y lo alejo del resto del equipo. Estamos en el *catering* y, aunque de sobra sé que aquí se firma confidencialidad, no me apetece que crean que me lo monto con Álex.

—Álex, de verdad, son escenas y punto, estoy actuando y con esto que dices cada vez me lo pones más difícil. Te dije que he empezado algo con alguien y es bastante importante para mí, ¿vale? No quiero líos, no quiero que pienses algo que no es.

—Siento que te excitas, digas lo que digas —enuncia con una arrogancia disfrazada de comprensión.

—Y también con mi Satisfayer y no por eso le tengo que dar explicaciones.

—¿Me estás reduciendo a un consolador?

Me pienso el decirle que ya quisiera él, pero le respondo:

—No te reduzco a nada, hemos grabado una escena calentita sin artificios y no soy de piedra, ni tú, pero en cuanto escucho «corten», vuelvo en mí y escojo a Dylan.

—¿A Dylan? ¿El enfermero de Nueva York? —me pregunta con una mirada condescendiente; he aquí al verdadero Álex Chol, el que se cree superior a los demás.

—Sabes bien de quién hablo, ¿qué pasa?

—Jo, es que no sé cómo decirte esto, mi chica…

Se me escama el cuerpo, pero intento aparentar confianza, levantando los hombros, instigándolo a continuar.

—Es que, casualmente, me han llegado unas fotos que le han hecho a tu enfermero y se lo ve con una chica bastante cerca.

No me lo creo. De primeras no me lo creo y lo digo en alto, pero la serpiente venenosa de Álex saca su móvil y tarda dos segundos en tendérmelo. Lo cojo y lo miro. Es él, Dylan, con una mujer muy joven, creo que por el perfil es Luisa, la cuidadora italiana, están uno frente al otro y él le toca la nariz. No se besan. Respiro.

—Es la cuidadora de la bebita, no hay nada entre ellos —le digo con firmeza.

—Cualquiera lo diría…

—Ese comentario es mezquino y no ayuda en nada, Álex, lo digo para cuando hagas tu repaso mental del día.

Su resquemor entra en escena e inunda todos sus gestos (en la medida de lo posible), pero el bótox no puede pixelar ni su mirada ni su voz.

—No hay más ciego que el que no quiere ver, pero tú misma. Descárgate conmigo, para eso estamos los amigos —enfatiza esta última palabra.

Nos miramos. No me compensa discutir, en peores plazas he toreado. Si cierto actor archifamoso americano no me sacó de mis casillas, este no lo va a lograr. Cuando acabemos de rodar, ya le especificaré lo que pienso de él, de momento, le digo que voy a tomar aire y me salgo de la carpa.

Mejor, mucho mejor. Nos hemos venido a una cala en Cádiz a grabar y ahora me pregunto por qué no he salido antes de allí. Camino a la orilla y me siento en unas rocas frente al mar. Las olas.

¿Romperse será su fin o su desgracia? Es una de las cosas que me suelo preguntar. Viajar desde tan lejos para acabar en nada, como casi todo…

Echo de menos la Navidad. A él. A él y yo. Lo que fuimos. Lo relajada y segura que me sentía. Yo fui su mundo y él, el mío. Pero ahora hasta me parece que lo he soñado, queda tan lejos. Decido llamarlo y, aunque parezco convencida de que no hay nada entre él y la niñera, una pizca de miedo sí me nace.

No me lo coge.

Me enfado. Estoy harta de la distancia.

Una de las ayudantes, Graciela, se me acerca con una bandejita de comida. Esta chica es de lo mejor, estamos entablando una verdadera amistad.

—No has comido nada —me dice, ofreciéndome el plato.

—He huido de Álex y sus chorradas.

—Ya te he visto.

—El muy mamón me ha enseñado unas fotos de Dylan con una tipa que se han filtrado en la prensa rosa.

Graciela resopla, se sienta a mi lado y yo le cojo la bandeja y me como un minisándwich vegetal que me sabe riquísimo, y aquí, frente al mar, mucho más (como los bocadillos de cinta de lomo adobada que nos preparaba mi madre cuando íbamos a la piscina); no existe mejor condimento que el entorno.

—¿Es un montaje? —me pregunta.

—No creo, está con su niñera, no se besan, pero sí están muy cerca, ya sabes, probablemente no sea nada.

—¿Has hablado con él?

—No me lo coge… Estará trabajando.

—Seguro. Luego te llamará. Oye, hoy es el cumple de César y va a montar una fiestecilla en el hotel, te apuntas, ¿no? Solo nos queda una secuencia y tenemos la tarde libre para descansar.

—Ah, vale…

—Aunque podemos ir de compras, no me he traído nada chulo —me guiña un ojo.

No le puedo decir no a una tarde de compras con amigas y menos un día como hoy. Necesito escabullirme entre burros de ropa para tomar perspectiva.

Capítulo 3
Una miserable pelusa

Quince días antes.

Ni la mampara de cristal que nos separa impide que escuche las risas escandalosas de Rachel. Esta mujer de todo hace una fiesta. Yo venía con un cabreo monumental por la bronca que me había echado Michael por teléfono y ahora hasta se me desliza una sonrisa al ver a mi amiga tronchada.

Michael me ha venido a decir que no se quiere meter en mi vida, pero no ha hecho otra cosa en la llamada más que darme instrucciones: que he de hacer esto, que lo otro… Y yo lo único que quiero es hablar con Amanda y explicarle que Luisa tenía una pelusa en la nariz. Una maldita pelusa la que ha liado, si alguien malcree que no hay nada más insignificante que una pelusa, que sepa que esta ha provocado un tsunami intercontinental, ahí lo dejo.

El pulsioxímetro de Rachel pita porque no está captando bien debido a todos los movimientos espasmódicos de sus carcajadas y enciendo el interfono para rogarle que se calme o van a venir a intubarla. En el fondo, estoy feliz de verla así, si mi hipotético escarceo con la niñera hace sonreír así a Rachel, ha merecido la pena. La pobre lleva ya una semana aislada por una bajada de defensas típica del tratamiento y, entre eso y que cada día se la ve más delgada, me suelo ir con mal cuerpo, pero hoy parece mejor. Su oncólogo me ha dicho que sus defensas ya están mejorando y que en uno o dos días la desaislarán para que en breve pueda recibir el penúltimo ciclo.

Se me está haciendo tan largo este 2022 (dicen que el mejor de la trilogía) que parece que lo empecé en 2019. Cada ciclo es una carrera de fondo, el miedo, los primeros síntomas y, después, los tardíos. Rachel los pilla todos, vomita sin parar a las horas, y a la semana, normalmente, sus defensas huyen en estampida y surge la fiebre. Apenas ve a Ava y sé que es lo que peor lleva, que su hija no la conozca.

—¿Vas a hablar con Amanda? —me pregunta todavía con algo de sorna en la voz.

—¡Qué remedio! Se lo explicaré.

—No te preocupes, ella está acostumbrada a este tipo de montajes, será comprensiva…

—¿Comprensiva? Yo qué sé, Rachel, estamos muy lejos y no me refiero solo a la distancia.

—¿Y a qué te refieres?

—No sé, da igual…

—¡Ey, no te cierres!, ahora que has empezado a hablar.

—¿Qué dices?

—Pues que se nota que algo te pasa con ella desde hace semanas y cuando te pregunto, eres como una palomitera lanzando excusas.

—No, no —me defiendo—, no me pasa nada y ese es justamente el problema. Aquello parece un recuerdo superlejano…

—Pero no olvides que feliz, y esos momentos no son recuerdos, son direcciones a las que esforzarse por volver. Yo nunca te había visto tan feliz, Dylan.

—Sí, fue guay…

—¿Guay? ¿Tenemos quince años?

—Bueno, yo qué sé, tampoco es que yo sea Nicholas Sparks.

—Hombre, pero guay es más simple que la tabla del uno. Puedes hacerlo mejor, Dylan. Algo como: esa mujer ha regresado a mi vida para pintármela de muchos más colores.

—Y cagar confeti, no te digo… Creo que tus nuevos neutrófilos son osos amorosos. Solo fueron cuatro días, Rachel, ¿y si nos venimos un poco arriba y ahora el tiempo nos está poniendo a cada uno en nuestro lugar? Yo no tengo nada que ver con la vida que lleva ella y ella tampoco con la mía.

—¿Te estás acobardando? —me dice con los ojos como platos.

—No es eso… Es que ya no sé qué es verdad y qué he idealizado.

—Fue todo verdad, Dylan, lo que es falso es lo de ahora, el miedo te está encogiendo.

—¿Qué miedo?

—A perderla de verdad, eso… A sufrir por no verla y admitir que estás acojonado.

—Hace días que sé que no la tengo.

—¿Y quién puede asegurar que tiene al cien por cien a su pareja? Solos los soñadores, Dylan, el resto del mundo miente. Mentimos por nuestro bien, por nuestra salud mental, usamos vendas paras las dudas, nos ponemos decenas de tiritas impregnadas de cautela y tragamos jarabe de confianza a mansalva, porque, si nos paramos a pensar, sabemos que no podemos dar nada por sentado, ya que las relaciones cambian constantemente, con cada latido. Es cuestión de fe.

—La fe implica esfuerzo y yo necesito estímulos.

—Es que está lejos, pero ella te quiere.

—¿Lo sabes porque eres maga?

—Lo sé porque la vi, lo sé porque hablo con ella y con su

hermana y lo sé porque es imposible no hacerlo, eres el mejor.

—¡Ostras! Tus nuevos neutrófilos, definitivamente, te han salido romanticones, ya no hay duda.

—Pues tú tienes que cambiar los tuyos, le voy a decir a mi médico que te prepare un cóctel mágico.

Sonrío. Solo ella puede hacer bromas con la quimioterapia.

—Te veo mucho mejor, pequeña.

—Lo estoy —dobla el brazo para mostrarme su inexistente bíceps—, deseando salir de aquí y estar con Ava. ¿Qué tal nuestra bebita?

—Pregúntale a Luisa, pero dice que muy grande y que pregunta por sus padres. Le ha encontrado un paquete de tabaco en la mochila del cole —bromeo.

Rachel no se conforma con mi peregrina respuesta y hablamos de nuestra niña durante el resto de la visita. Es cierto que me he tenido que poner más turnos para poder con todos los gastos. No todo el tratamiento de Rachel lo cubre el seguro y, aunque sé que me lo va a devolver, ahora no contaba con ese capital. Los medicamentos son carísimos. Luisa tampoco es gratis y Bob, que se nos ha ido de casa para emanciparse, huyendo de las malas noches que da Ava, ha sumado puntos a nuestra bancarrota, porque he perdido su parte de alquiler. Total, que voy raspado y necesito las guardias extras. Y puedo darme con un canto en los dientes porque por fin cobro como entrenador de baloncesto, puesto que he obtenido el título profesional y, aunque no es mucho, algo ayuda.

Rachel hace lo que puede, ella es *freelance* y ahora no está para muchos encargos. Es diseñadora gráfica. Se dedica, sobre todo, al diseño de portadas y carteles.

Todo eso conlleva que apenas pase tiempo con Ava, porque en algún momento he de dormir.

Es cuestión de tiempo, lo sé, pero no le veo el fin a esta mala racha. Y, además, me sucede una cosa que me tiene algo confuso: Ava, mi hija. Es mi hija y se supone que a los hijos se los adora desde el primer día y, joder, no es eso, la quiero, sí, pero pensaba que iba a ser más algo como extrasensorial; sin embargo, solo pienso cuando la veo en que esté bien, que respire bien, que haya cogido peso, que esté creciendo. En resumen, más preocupaciones que gozos. Eso me hace dudar de si soy buen padre o si mi precipité al decir que sí a Rachel y no estaba preparado. Si me preguntan, finjo que la estoy disfrutando a tope, pero no es el caso. Nada que ver. Me da susto quedarme solo con ella, por si me monta el berrinche padre y yo no puedo solventarlo. Cuando Ava lo da todo llorando, no sé muy bien qué hacer y mi ansiedad se hace pionera tomando el mando, convirtiéndome en un inútil al timón.

Pienso que, poco a poco, cuando ella interaccione más con nosotros, la comprenderé mejor y el amor irá creciendo. De momento es muy pequeña y por eso no me derrito. Joder, a mí se me dan genial los niños, a ver si ahora, con mi propia hija, voy y derrapo, capaz…

Me despido de Rachel y parto hacia casa. Llego una hora después porque me he dormido en el metro y me he saltado tres paradas. Lo curioso es que me he dormido de pie; he debido dar un espectáculo lamentable, me habré hecho viral, pero como no tengo redes, no me voy a enterar. Bastante con copar las revistas del corazón con mi supuesto romance con Luisa.

Nada más entrar en casa, oigo llorar a Ava y por el tono ya sé que vuelve a estar malita. Tiende a hacer broncoespasmos y la tengo que tratar con inhaladores para lograr que en sus pequeños pulmones circule bien el aire.

Luisa, con gesto indulgente, viene con ella en brazos y me cuenta lo que yo ya imaginaba, que se han encerrado en el baño con agua caliente para hacer vapor y parece que ha soltado algunos mocos, pero que todavía se la oye algo cerrada. Esto comienza a ser tan cotidiano que lo inusual es que me diga que Ava se encuentra bien. El clima en Nueva York es frío y tan seco, con su contaminación añadida, que no favorece los pulmones pequeños, bueno, ni a nadie. Aunque era una de las opciones con las que contaba cuando pensé en ser padre, en el día a día no le resta tormento.

Ava es reticente a venirse conmigo y le tiende los bracitos a Luisa para regresar con ella; es normal, Luisa se ha convertido en su mamá a sueldo y yo solo le debo evocar lavados nasales y torturas varias. Mi hija y yo no hemos comenzado con buen pie.

—Dylan…, lamento mucho lo de las fotos —me dice con cara avergonzada Luisa.

—Tranquila, tú no has hecho nada. Hablaré con Amanda…

—Es que, Dylan…

—¿Qué?

—Tengo que contarte algo y… —la duda se ve desde lejos— no sé por dónde empezar.

Capítulo 4
Pretty Woman

Quince días antes.

Entramos en una de mis tiendas favoritas, Hoss Intropia. He descubierto hace un rato que la han inaugurado el mes pasado en Cádiz y, aunque no es para todos los bolsillos, tampoco es para desmayarse cuando ves el precio. Tiene diseños muy originales y frescos.

Nos hemos venido en uno de los coches del rodaje y vestimos tal cual estábamos allí, Graciela va en plan cómoda, quizás demasiado, y yo llevo unas pintas de putón verbenero de los noventa que clama al cielo. En la serie hago de una poli infiltrada en una red de trata de blancas y me paso las horas tan fresquita que de esta me salen sabañones.

Nos hemos tomado dos vinos antes de entrar y, como no estoy acostumbrada, voy con la risa floja por delante. Necesitaba algo así para olvidarme del día de hoy.

—Buenas tardes, ¿las puedo ayudar en algo? —nos dice una dependienta muy joven.

—No, gracias, estamos mirando —contesta Graciela—. ¡Uy, Amanda, mira qué cuqui esto! —Mi amiga saca un vestido rosa fucsia asimétrico con la espalda descubierta.

—Un poco de más, ¿no? —opino en alto—. ¿Y este? —Le enseño uno midi, estilo bohemio con estampado de flores.

—Odio esos vestidos, los odio —me dice—, parecemos toda salidas de una fiesta granjera.

—¿Qué tienes tú contra los granjeros?

—Uys, ¿yo? Nada, eso díselo al ministro ese, o ¿dimitió?

—¿Cuál?

—El de las macrogranjas, Garzón.

—Ni idea, de políticos españoles ando más verde que este top, que por cierto me lo llevo, me encanta.

—¿No te lo pruebas? —me pregunta, preocupada.

—Bueno, es que no estoy acostumbrada a probarme la ropa.

—¿Y eso?

—Porque me suelen parar —le digo en bajito.

—¿Por ladrona? ¿Eres cleptómana?

—No, idiota, por famosa, que huyo de tiendas en los que hay muchos probadores y mucha gente.

—¡Ahhh! —se da toquecitos en la frente—, como eres de Hollywood y todos tienen alguna tara, pensaba que la tuya era robar.

La miro entre dudosa y divertida.

—Nada, que los vinitos me han sentado un poco malamente —se excusa.

Me río. Comparto opinión, voy un poco alegre de más.

Elegimos varias prendas y cuando nos dirigimos al probador, escuchamos:

—¿A dónde van, señoritas?

Las dos nos giramos y nos encontramos con una dependienta más mayor que la otra, poniéndose las gafas que le colgaban a modo collar y mirándonos como a dos andrajos.

—Pues al probador —le digo, resuelta.

—No creo que les valgan —dispara a matar.

—¿Ah, no? Pues yo creo que sí que es nuestra talla —responde Graciela sin enterarse de qué va la vaina.

—No me está entendiendo, señorita, no es solo por la talla. Además, ya no se pueden probar la ropa, es el nuevo protocolo COVID.

Justo en ese momento se corre la cortina de uno de los probadores y sale una mujer con varias prendas en la mano, y juro que leo zasca en el aire.

—¡Uysss!, pues si parece que están abiertos —uso el sarcasmo.

—Es que justo los acabo de cerrar.

Graciela me mira con la boca abierta y, antes de que hable ella, me adelanto:

—¿Se está marcando usted un *Pretty Woman* con nosotras?, ¿en serio?

—No sé a qué te refieres, maja —me dice con cara escurrida.

—¡Señora, por Dios! —le habla Graciela con voz de profesora—, la película, cuando no quieren atender a Julia Roberts por puta.

La dependienta pone los ojos en blanco y los brazos en jarra.

Yo ya no puedo evitar reírme y mi amiga, tampoco.

—Perdona, eres Amanda Martín, ¿verdad? —me dice la mujer que había salido del vestuario—. Me ha encantado la serie de Netflix y había leído que estabas rodando ahora en España. Eres muy buena actriz.

—Gracias —le digo. Puedo admitir que esta es una de las primeras veces que me alegra que me reconozcan. Miro a la desconsiderada dependienta y su estupor.

La otra dependienta más joven asume el mando y aparta a la «señoritas», corriendo las cortinas de dos vestuarios.

—Ya pueden pasar, y disculpen.

—¿Qué hacemos? —me pregunta Graciela.

—Pues probárnoslo y contarlo, porque es de *sketch*. —Le guiño un ojo.

—Perdonad a mi compañera —se disculpa la dependienta—. Casi me meo de la risa cuando le has dicho lo de *Pretty Woman*.

—Era «por poco me meo de gusto en las bragas» —le respondo yo aludiendo a la película.

—¿Que la música de *La Traviata* la embraga? —me secunda Graciela, parafraseando a Richard Gere, y las tres nos reímos.

—No te preocupes, ha estado bien y hemos encontrado modelito, que era de lo que se trataba —le digo.

—Yo también soy tu fan…, te sigo de siempre. Nada más entrar, te conocí, pero la encargada, bueno, pues eso.

—No te preocupes, de verdad.

—¡Y me encanta tu nuevo novio! Es superguapo.

—Gracias.

—Espero que os vaya bien, hacéis muy buena pareja.

Esta chica se está empezando a liar, les ocurre a muchos, que cuando ven a un famoso, no saben qué decir y van de charco en charco. Le cojo las bolsas de ropa antes de que se acelere más y se acuerde toda la vida del pantano en el que se metió.

—Gracias de nuevo.

Graciela y yo no encaminamos a la puerta.

—Y espero que lo de las fotos esas sea mentira… ¡Uy! Bueno, ¿las habrás visto? —Ya está de lleno chapoteando en todo el barro. Me doy la vuelta para contestarle:

—Tranquila, las he visto y no pasa nada, es la niñera —sonrío —. Muchas gracias por todo.

Salimos de la tienda y respiro hondo.

—¡Hay que ver la gente…! —enuncia mi amiga.

—¿Entiendes por qué no me gusta pararme mucho en los probadores?

—Pues mira, sí… Luego dicen que los famosos sois unos estirados, pero es que lo que tenéis que aguantar es de traca. «Espero que tu novio el buenorro no te esté poniendo los cuernos» —imita a la dependienta—, y tú de compras, intentando olvidar.

—Bueno, es que se ponen nerviosos, no hay que darle más importancia. No todo el mundo es como tú, Graciela, que desde el principio me trataste normal.

—Ya, igual es que yo estoy acostumbrada desde pequeña. Mi padre era un director muy conocido.

—Lo sé.
—Y por mi casa pasaron muchos actores.
—¿Quieres seguir sus pasos? —le pregunto.
—En ello estoy, pero él era puro talento. No le llego ni a la altura de…
—¡Ey! ¡No te subestimes! Ahora hay mucha más competencia y ya estás metida en la industria. Trabajas con Álex Pina, ¿qué más quieres?
—Que mi padre volviese y me diese consejos —me reconoce con poca voz.
La abrazo fuerte.
—¡Venga, no estemos tristes! —dice, alejándose.
—¿Por qué? ¿Las prostitutas no tenemos derecho? —Me pongo en jarras, como la buena señora de la tienda.
Graciela se ríe.
—Deja el papel, que como se entere Álex, esta noche se cree Richard Gere.
La empujo en el hombro entre risas y nos montamos en el coche.
Mientras Graciela conduce, veo que en mi móvil hay cinco llamadas perdidas: cuatro de Michael y una de Dylan. Luego los llamo.

Capítulo 5
¿Será posible dormir?

Quince días antes.

Después de dos lavados nasales y varias series de inhaladores, consigo que Ava respire con algo más de normalidad. El paracetamol está surtiendo efecto y le ha bajado la fiebre. Mi niña descansa en mis brazos y yo, de mirarla, caigo de sueño.

—Vete a la cama, Dylan. —Oigo a lo lejos a Luisa.

La pequeña Ava se estira y yo me espabilo de sopetón, la miro, asustado por si se ha despertado (ya he explicado que temo los berrinches de Ava más que un nublado en plena selva tropical). Pero no, mi hija solo se ha movido y continúa durmiendo.

Luisa se me acerca y me toca en el hombro.

—Dylan, vete a la cama. Yo me quedo con Ava, no te preocupes.

—¿Qué día es? —le pregunto con la voz entumecida.

—Es viernes.

—¿Hoy no tenías una fiesta?

—Sí —me dice mientras recoge su espesa melena rizada en un moño alto—, pero da igual, no iba a ir de todas formas.

Me levanto del sillón cuando Luisa me quita a la niña. Siento que estoy abusando de la buena voluntad de esta pobre cría; ya ni quiere salir de fiesta. Hago un esfuerzo sobrehumano por intentar parecer despejado y le digo:

—¿Cómo que no ibas a ir? Es viernes, Luisa, llevas toda la semana aquí encerrada, te prometí que te daría la tarde libre y vas a salir.

—Pero es que… se me han quitado las ganas de ir, en serio, no pasa nada.

—¿Por qué? Hace unos días te vi muy ilusionada, era algo de tu familia, ¿no?

—Sí, el cumple de mi primo Fabián —explica.

—¿Y no vas a ir al cumple de tu primo por una bebé y su *daddy cascao*?

—Tú no estás *cascao* —me reprocha.

—Lo que tú digas. Pero me niego a que esta tarde te quedes con nosotros, vete con tus amigos y tu familia.

Luisa hace un gesto muy raro, como si tuviese ganas de llorar, y con voz queda me pregunta:

—¿Quieres que me vaya? ¿Te estoy agobiando?

No me esperaba esa respuesta y corro a decirle:

—¡No, por favor, Luisa! No me malinterpretes, lo digo por tu bien, nada me gustaría a mí más que te quedaras.

—Pues es que yo prefiero estar aquí, no quiero encontrarme con varios personajes, que es lo que te quería contar antes.

—¿El qué? —le digo mientras se me escapa un bostezo de esos maleducados pero necesarios.

Luisa tumba a la niña en el cuco, en el que yo nunca he conseguido que se duerma porque es como si tuviese pinchos, pero su cuidadora, en un alarde de confianza, la deja y mi hija ni se inmuta. Después, se acerca a mí con el rostro preocupado.

—Es lo que te iba a decir antes… y espero que no te lo tomes a mal, lo hice sin pensar.

—¿El qué? —Ando más perdido que buscando sal en los múltiples pasillos de un supermercado.

—Pues que me parece que sé quién nos ha hecho las fotos esas del parque.

—¿Ah, sí? —Acaba de despertar algo mi curiosidad.

—Pero no es lo que crees.

—No creo nada, sinceramente —digo mientras me rasco la nuca—, y no sé si se supone que debo sospechar algo, debo de estar muy espeso.

—Me refiero a que creas que es una exclusiva y que me han pagado.

—¡Ahhh! Ufff, ni lo había pensado, Luisa —la interrumpo, sincero, aunque en ese mismo instante me nacen las dudas—, ¿no, verdad?

—¡Claro que no! —sube decibelios—. Yo nunca haría algo así —exclama, y se echa a llorar muy afectada, asunto que me viene grande porque no me considero hábil en esto del consuelo, pero me viene aún más enorme que se tire a mis brazos como si yo fuera su padre… Sí, su padre o algún familiar, no es un abrazo con ningún tipo de intención. ¿Es eso que está haciendo con su mano derecha sobre mi lumbar una caricia? No, lo parece, pero es del mismo berrinche.

No sé por qué, pero miro el reloj de la cocina y me distraigo viendo cómo los segundos van pasando y yo sigo apretado a Luisa, incómodo, como si me hubiese puesto un traje con gusanos. La verdad sea dicha que no sé muy bien cómo controlar esta situación y darle finiquito. No tengo reflejos ni cuerpo para dar apoyo a nadie, yo lo único que quiero es dormir, dormir, dormir… Le doy unos toquecitos en la espalda como máxima muestra de apoyo. Sé que puedo parecer más frío que un tanatopraxista, pero es que a estas alturas me importa poco quién ha hecho esas fotos.

Tiro de codos y, tocando estrictamente lo necesario, la empujo hacia atrás, sonriendo de forma un poco exagerada.

—Sea lo que sea que me quieras contar, confío en ti, Luisa.

—¡Aysss, no me digas eso, que me pongo peor! —Hace pucheros.

—Pues estamos apañados, entonces no sé muy bien qué decirte. Si estás preparada para contarme lo que sea, hazlo y si no, ya me lo cuentas otro día y aprovecho y descanso —me ahorro el «de una puta vez» porque está tiernita y ya parece que va mejorando el melodrama.

—¡Nooo! —chilla, y me deja tan perplejo que creo que he dado un pequeño saltito del susto!—. ¡Hoy! Te lo digo hoy.

—Pues si puede ser ahora, te lo agradezco.

—Hace unos días salí con mi primo Fabián y un amigo suyo. Al principio me cayó muy bien y estuvimos bailando y bebiendo super a gusto. Me contó que era periodista y te juro que fue mi primo el que le dijo que yo trabajaba para ti, a mí no se me hubiese ocurrido decírselo nunca.

—Entiendo que yo salí a colación en vuestra conversación por Amanda, ¿no?

—Sí, claro, pero fue el idiota de mi primo, que es un bocazas. Esa noche creo que nos liamos porque…

—¿Crees?

—Sí, es que bebí un poco de más.

—Pues tienes que controlar un poco más, porque no daríamos abasto con dos bebés aquí.

—El caso es que me desperté en su apartamento.

—Pues sí, te liaste.

—Tengo como ráfagas. Me fui de allí sin quedar ni nada, se puso un poco pesado y lo mandé a la mierda. Pero el tío ha estado venga a llamar y a darme la brasa mediante mi primo y, como no le hice caso, se ve que me ha seguido y nos ha hecho las fotos.

—Un poco cogido con pinzas, ¿no?

—¿Qué?

—Bueno, mujer, que igual no ha sido él.

—Es que ayer me escribió un mensaje en el que ponía que me iba a enseñar algo y que, si no quedábamos, la perjudicada iba a ser yo, y lo ignoré.

—Pues muy bien ignorado, Luisa. Y prométeme que no vuelves a verte con un gilipollas de tal calibre. Todo solucionado. Gracias por contármelo —le digo, haciendo el primer amago de irme.

—¿De verdad? —me pregunta con cierta duda en sus ojos.

—Sí, Luisa. No pasa nada. Hablaré luego con Amanda.

¡Vaya por Dios! He vuelto a invocar el abrazo, vuelvo a

tenerla apretujándome. ¡Arjjj! ¿Por qué me sentiré tan incómodo? Ni que fuera Donald Trump, sudoroso y en bañador. Tampoco es para tanto, es Luisa, la chica que cuida a mi hija desde hace meses. Cuando el segundero sobrepasa el cuarto del reloj, tomo aire profundo, ejecuto la misma maniobra de antes y la separo, tirando de codos.

—Luisa, estoy agotado. Me voy a la cama. Tú márchate, habla con tu primo y explícale qué clase de amigos tiene, pero antes asegúrate de que tu hipótesis sea cierta. Hoy Ava y yo estaremos solos.

—Gracias, Dylan, eres el mejor.

Sonrío y toso a la vez, porque no es lo que ha dicho, es cómo lo ha dicho; si estuviera aquí Bob, lo estaría escuchando decirme: «te ha puesto ojitos, te ha puesto ojitos», y soy bastante torpón o más bien distraído para estos juegos de conquista, pero con las pestañas que gasta Luisa se nota cuando pestañea de más. Parto raudo mientras le digo:

—Intento serlo. Cuando te vayas, deja mi puerta abierta para que escuche a Ava despierta.

Al entrar en mi habitación, me cierro y me tiro, literal, sobre mi colchón, tapándome la cabeza con la almohada. Me siento un poco embarullado, no me ha emocionado esto último de Luisa, que igual es que estoy cansado y veo señales en el más absoluto vacío, pero voy teniendo una edad y… No lo quiero pensar, no la puedo perder. Hablando de perder, me viene a la cabeza lo bien que me sentía con Amanda. Con ella sí, con ella no había subterfugios ni escenas forzadas, con ella fluye todo, encaja en mí sin tener que usar ninguna herramienta.

Casi en el último suspiro antes de dormirme, agarro el teléfono y le envío un mensaje:

Amanda, estás hecha para mí, por favor, no me olvides. Luego hablamos, te echo de menos, pero tengo que dormir porque ya no sé si estoy despierto o soñando. ¡Ahhh! No hagas ni caso a esas fotos ridículas. Me duermo. Te quiero, preciossaaa...

Capítulo 6
No es no

Quince días antes.

—¿Qué te ha puesto? ¿Qué te ha puesto? —me repite Graciela con la voz bailona por todas las copas que lleva su cuerpo serrano.

Se me juntan un poco las letras y lo leo, no sin esfuerzo, porque yo también ando un poco cargada de grados etílicos. No suelo beber, pero hoy no era mi mejor día y he probado unos *gin-tonic* rosa con algo llamado Puerto de Indias que entra solito.

Nuestro querido Carlos, de sonido, se ha autoproclamado el DJ del cumpleaños y se le ha ocurrido poner el *Ay, mamá,* de Rigoberta Bandini, así, sin avisar, de las primeras canciones. Un principiante. Ese tema ha nacido para culminar las fiestas por todo lo alto, para que te vayas a casa con el tarareo, pero al inicio no, porque hemos entrado en bucle y no podemos parar de brindar por nuestras tetas y tararear como enfermas mentales «ma ma ma ma ma ma ma ma ma…» suene lo que suene de fondo, o nos desintoxican con metadona o lo que se use en estos casos de invasión mental, o no podremos mantener una conversación normal.

—Muy cuqui… —le digo, y sonrío sin ser muy dueña de mis gestos, confirmo mi estado de embriaguez.

—¿Sí? ¿Te pide perdón?

Vuelvo a leer el mensaje; el alcohol le está haciendo un torniquete a mi capacidad de compresión.

—Exactamente no.

—¿Nooo? ¡Pues vaya!

Nos miramos en silencio y lo rompo cantando.

—Ma ma ma ma ma ma ma ma mamá —o lo decía, o me estallaba la cabeza. Llevaba ya dos minutos conteniéndome—. Pero me ha escrito algo muy bonito, mira —le leo—: Amanda, estás hecha para mí, por favor, no me olvides. Luego hablamos, te echo de menos, pero tengo que dormir porque ya no sé si estoy despierto o soñando. ¡Ahhh! No hagas ni caso a esas fotos ridículas. Me duermo. Te quiero, preciossaaa…

—¡Ohhh! Me encanta ese hombre.

—¡Y a mí! Si lo conocieras en directo, es tan tan… normal.

—¿Normal? ¡Joder, pensaba que ibas a decir otra cosa! ¡Qué bajón!

—¡Que no! La normalidad está infravalorada, ser normal es

muy complicado, comienza a ser una especie en extinción. Dylan dice lo que piensa, sin segundas intenciones, sin que tengas que leer entre líneas, no oculta nada.

—Pensaba que te referías a su físico, porque de normal no tiene nada.

—No, en eso no, es superguapo. —Se me cae la baba al decirlo—. Oye, esto de estar borrachilla como que te quita años, ¿no? Parecemos dos crías de instituto.

Justo en ese momento se nos acercan varios compañeros de rodaje, incluido Álex. Estamos en la piscina del hotel y se ha quedado una tarde-noche increíble, el sur de España es lo que tiene. Acostumbrada a las estaciones tan marcadas de Nueva York, estos climas suaves me enamoran. En Cádiz puede hacer cuarenta grados a la sombra, pero hay una brisita que refresca, con razón mi hermana se compró hace años una casa aquí.

—¿De quién hablan nuestras chicas? —nos pregunta César, el cumpleañero, un ayudante de dirección con una de esas caras despistadas en las que justo en eso reside su encanto, puesto que te generan simpatía. Y sé, aunque no me lo ha confirmado, que a Graciela le genera algo más que eso.

—Cosas nuestras —le digo.

—Ya, ya… —Oigo a Álex.

Probablemente, por la repetición, mi amiga y yo tarareamos a la vez el repiqueteo «ma ma ma ma ma ma mamamamama».

—¡Madre mía, vaya noche lleváis! —nos reprende Lucas, un cámara.

—La culpa es de Carlos, nos ha puesto la canción y ya no hay forma —se excusa Graciela, y yo asiento.

Me acerco a César y le digo:

—Lo estoy pasando genial, muchas felicidades.

—Gracias, bella. Es un honor que vengas a mi fiesta de cumpleaños.

Me río. Y en ese momento siento que alguien me toma del brazo y me aleja del grupo. Sé quién es, su abrumador aroma es inconfundible.

—Te has pasado de copas, ¿no? Luego dices que no bebes…

—¿Acaso eres mi padre, Álex? Suéltame, anda. —Veo como algunos del grupo nos miran, pero hacen caso omiso. Nadie quiere interferir entre los dos protagonistas. El rumor de que entre nosotros hay algo ha calado también en el equipo y muy poca gente se anima a meterse en la discusión de una supuesta pareja.

—No te hagas la chulita.

—Pero… ¡Arjjj! —estallo—. ¿Quién te crees que eres para hablarme así?

—Tu amigo, entre otras cosas.

Nos miramos desafiantes. Por muy bebida que esté, no he nacido yo para dar numeritos, pero como siga teniendo delante a este mamarracho, es posible que modifique mis pautas de conducta y copie la de los *haters*.

—¿Entre otras cosas? —le pregunto—. Mira, Álex, eres mi compañero de rodaje. Punto. Punto final. No te cuelgues más etiquetas conmigo porque te sobrarán todas. Más sincera ya no puedo ser, de verdad.

—Excepto cuando me besas.

—Cuando te beso, siempre se escucha antes «prevenidos» y después, «corten». No sé si es que no te has dado cuenta.

—Ja, ja, ja… Mira, Amanda, no eres la primera actriz a la que beso y contigo sé que es distinto.

—Madre mía, Álex, pero ¿tú sabes en el charco que te estás metiendo tú solito? ¿De verdad eres tan idiota? Lo que estás haciendo roza el acoso, si no lo ha traspasado ya. No soy mala persona y si dejas de decir estas cosas de una vez, optaré por ignorarlo, pero como sigas, voy a tener que hablar con mis abogados.

—¿Me estás amenazando?

—Tómatelo como te dé la gana. Yo estaba haciendo mi trabajo, por el que me pagan, si tú te has pensado algo más, es tu puto problema.

—¿Eres de esas?

—Pues no sé y casi que prefiero no saberlo, pero si sirve para que me dejes en paz, sí, soy de esas. ¿Y tú? ¿Tú eres de los que acosan? Porque desde ya te digo que voy a estar pendiente y como me entere de que esto que me estás haciendo a mí se lo haces a otras, nos veremos en los tribunales. Lo dejo pasar por ahora, pero te pido por favor que te lo hagas mirar.

—Nunca he tenido ningún problema con ninguna de mis compañeras de rodaje. Todas son mis amigas. Estás tergiversando nuestra relación para salir ahora de rositas y poder volver con el enfermero ese americano con la conciencia tranquila.

—¿Qué relación, Álex? Al principio nos llevamos bien, yo diría que conectamos, pero me imagino que en las últimas semanas te habrás dado cuenta de que me he distanciado de ti porque me agobias.

—¿Te agobio? Ya… Lo que te asfixia es lo que sientes por mí.

—Pereza, siento pereza y después de hoy, preocupación.

—Eso no te lo crees ni tú, no ha nacido mujer que no se sienta atraída por mí, soy Álex Chol.

—¿Te entrenas para machista o para gallito del corral? No puedo entender cómo alguien que va del palo que vas tú…

—¿De qué palo voy?

—De maestro budista mínimo, pero del todo a cien, también te lo digo…, eres un verdadero fraude, Álex Chol. En serio, háztelo mirar.

Nos vemos interrumpidos por Graciela y César, que entre risas nos han llevado a la zona de baile y lo agradezco infinito. El resto de la noche no me vuelvo a acercar a ese idiota con mayúsculas y los demás del equipo consiguen que se me esfume el mal humor que me ha puesto.

Aunque la fiesta sigue, me encuentro bastante cansada y decido marcharme, pero uno de los productores, Rafael, un hombre de más de sesenta años que impone bastante respeto y con el que apenas he hablado dos frases, se me cruza y me detiene para decirme que están muy contentos con mi trabajo y que están pesando en mí para otras producciones. Como no tengo el ánimo para adulaciones, le doy las gracias y cuando ya casi me giro para marcharme, me dice que, si tuviera algún problema con un compañero, sería una pena porque daría mala prensa y que buenos actores hay muchos, por lo que cada vez se elige a los menos conflictivos.

Me entran ganas de decirle de todo y también noto como se me humedecen los ojos de la misma rabia. Agacho las orejas y me voy, queriendo haberle replicado, pero sin haber encontrado las fuerzas para hacerlo. Una cosa tengo clara, soy yo la que no va a trabajar más con él.

Cuando entro en mi habitación, permito liberar mi frustración tirando el bolso al suelo con rabia y siento como las lágrimas afloran sin control. Ahora es cuando te vienen mil frases a la mente que tenías que haberle dicho, pero en su momento no te salieron y encima te sientes una cría estúpida.

Son las tres de la mañana, aun así, necesito darme una ducha y despejarme. Tras salir, me doy cuenta de que tengo una llamada de Pet, mi vecino y amigo bombero, y como necesito desahogarme, lo llamo para contarle todo.

Lo echo de menos tanto… Era raro el día que no veía a Pet para hacer ejercicio, comer, dar un paseo, incluso para tener sexo. Acostarme con Pet era liberador, tenía el éxito garantizado y nada de preguntas a cambio.

Le relato todo y él se enfada tanto como yo; me dice que no me calle, que hable con los jefes y exponga la situación, pero ya no sé qué pensar. No creo que todos sean tan idiotas como Rafael. Con Álex me quedan un par de escenas y terminamos de rodar. No quiero remover basura nada más llegar a España y, en parte, de eso se nutren esos sinvergüenzas, de la pereza y el miedo. Quiero que pasen unos días y pensarme las cosas con más claridad. Hablaré con mi familia.

Cuando parece que el sueño quiere vencer la ansiedad, me suena un mensaje. Apuesto que debe de ser Pet, que me envía alguna chorrada para animarme, ya lo voy conociendo.

Pero no, para mi sorpresa es Dylan…

Necesito hablar contigo.

¿Estás despierta?

Capítulo 7
Bochorno

Quince días antes.

Me despierto con los canturreos de Ava. Ignoro cuánto tiempo llevará, he caído en coma. Miro el reloj. ¡Son las ocho de la tarde! Creo que me dormí sobre las cuatro, ¿he dejado sola a Ava cuatro horas? ¿O Luisa no se ha ido? Intento agudizar mi oído y escucho una voz de adulto canturreando. Aunque es de hombre… Me levanto *ipso facto*, pero antes de que se me salga el corazón por la boca, me doy cuenta de que es Bob. Sonrío.

Paso antes por mi baño a adecentarme y mojarme la cara con agua fría para lograr espabilarme del todo.

La estampa que me encuentro al entrar en el salón es de chiste. Bob, de pie, con la niña en brazos, con varios cojines por dentro de su camiseta a modo de pechos, arrullando a Ava, y ella llevando su manita a la barba, tan divertida como si estuviera con la mismísima Conchita Wurst.

—¿Ehhh? ¿Hay algo que quieras decirme? ¿Voy a tener que llamarte señorita a partir de ahora?

—¡Buenas tardes, bello durmiente!

—Buenas tardes, antiguo amigo Bob —bromeo—. ¿Qué haces con mis cojines?

—Me hago pasar por Luisa —dice, y con una de sus manos simula tener curvas allá donde apoya la cabeza mi hija.

Me doblo de la risa. De estas veces que hasta te tienes que agachar porque no te quedan fuerzas. Bob y su ingenio infravalorado.

Hacía semanas que no lo veía. Aunque Bob es todo un personaje, lo quiero a rabiar. Es muy buen tío, un espíritu libre al que se le vino grande todo el estrés de la casa, pero de sobra sé que no se siente bien por habernos dejado. Me cuenta que está pensando en alquilar algo más cerca de nuestra casa porque nos echa de menos. También que ha estado trabajando en un videojuego que le ha alucinado y le han pagado mucho por testarlo. Le van a enviar nuevos proyectos.

Mientras esperamos que vengan las *pizzas*, Bob le da su biberón a Ava con todos los aspavientos y cucamonas posibles. Hablo con mis padres y quedo en dejarles a Ava mañana por la mañana para poder descansar hasta que entre de guardia. Los abuelos están encantados con la niña, pero no puedo obviar que son mayores y que

Ava da mucho trabajo, por muy pequeña que sea.

Cenamos entre risas, con Ava en su balancín viendo unos dibujos para bebés en la tele, hasta que me llama el médico de Rachel para informarme de que nuestra amiga tiene una infección importante y que ha estado a punto de sufrir un *shock* séptico, pero que está estabilizada y permanecerá cuarenta y ocho horas ingresada en la UCI para una mejor vigilancia.

Me desespero.

No puede ser. Ya estaba mejor, a punto de tener el alta y volver a casa, de ver a la niña, de estar con su pequeña. No me puedo imaginar cómo estará de ánimo. Rachel es un ser positivo, siempre ve el lado bueno de las cosas, el vaso medio lleno… Nunca la había visto renegando tanto como en estos últimos días por estar tan lejos de su niña, por lo que sé que esta recaída la ha debido machacar.

Le pregunto a Bob si tiene algún día libre la semana que viene. Me tengo que volver a organizar, ya me había hecho a la idea de que la semana que viene iba a estar más liberado con Rachel en casa y ahora no sé cómo encajar tantas guardias sin ella aquí.

—¿Por qué no la llevas a una guardería por las mañanas y Luisa que se encargue de ella por las tardes?

—Porque son muy caras, Bob, y yo ya no puedo pagar más.

—Te puedo ayudar yo, tío, no tienes más que decírmelo.

—No, y aparte, Ava es muy pequeña, cogería todo tipo de bichos y entonces Rachel apenas podría acercarse a ella. Por eso evito que esté con mucha gente, para que no infecte a Rachel.

Bob me ve tan hecho polvo que me asegura que las dos mañanas que Luisa libre esta semana se quedará con Ava y sé que se lo agradeceré eternamente. Los amigos son los que están en los malos momentos, no en los buenos. Un tópico que no por serlo es menos cierto.

Después de dormir a la pequeña en su cuco, por primera vez me siento un poco mejor. Miro el reloj, en España deben de ser las tantas de la madrugada, no he podido llamar a Amanda en todo el día y la necesito.

Me animo a mandarle un mensaje a ver si hay suerte y está despierta.

Al minuto veo su cara en mi pantalla. Me está haciendo una videollamada.

—Hola… —le digo con voz pausada, ya que el resto de mi conciencia se ocupa de babear por lo preciosa que es.

—Dylan, ¿me oyes? —me pregunta.

—Sí, te oigo superbién, y ¿tú a mí?

—Sí… —dice sonriéndome—, vaya horas para hablar, esto se nos está dando fatal.

—Ya lo sé, pequeña. Lo siento mucho, pero es que no paro, te prometo que no me da la vida, Amanda.

—Tranquilo, Dylan, lo sé, ¿estás bien? Te noto angustiado.

—Será porque he tenido un día de mierda y me acaban de llamar para decirme que Rachel está en la UCI.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —La veo llevarse la mano a la boca, asustada.

Le explico que es normal y que habrá cogido una infección al tener las defensas tan bajas. Sé que Amanda, Rachel y Alicia se han hecho muy amigas y tienen un chat por el que hablan mucho.

Ella me pide que le enseñe a la pequeña Ava y alucina con lo grande que la ve. Han pasado ya dos semanas desde que no hablamos por videollamada.

—¿Cómo que estás despierta tan tarde? ¿Has salido? —le pregunto.

Amanda me sonríe.

—¿Es en plan «moro»?, porque te advierto que llevo un día…

—Sabes que no, disfruta tú que puedes, dime qué has hecho, anda, boba.

—Rodaje hasta después de comer, discutir con Álex, irme de compras con Graciela, luego, a una fiesta de cumpleaños de un compañero aquí en el hotel, volver a discutir con Álex porque ya empieza a rozar el acoso y escuchar a uno de los productores decirme que es mejor que me esté calladita y no monte barullo.

—¿Más despacio puede ser? —le digo—. ¿Qué es eso de que Álex te acosa, Amanda?

La veo resoplar.

—No puedo hablar de él a estas horas, cariño, de verdad. Es un gilipollas y no se merece que el poco tiempo que tenemos tú y yo lo malgastemos hablando de un idiota de tal calibre.

—El problema es que yo no conozco a ese idiota y me acabas de decir que te acosa, entiende que me preocupe.

—Ya, Dylan, confía en mí, me quedan dos escenas con él y a la mierda.

—Pequeña, yo confío en ti, no es eso, yo lo que quiero es que estés bien.

—Y ahora así contigo, viendo lo *sexy* que eres, lo estoy, de verdad, Dylan. No es el primer necio que se cruza en mi camino.

Apago las luces del salón y voy para la habitación sin cerrar la puerta para poder oír a Ava. Debía de haber llevado el cuco antes de que se durmiera en el salón, pero ya no quiero despertarla. Me tumbo en la cama, tomando la misma postura que ella. La observo, admiro a esta mujer con todo mi ser, solo ella puede hacer que mis males pesen menos solo con mirarme a los ojos.

—Te echo de menos —le digo, y ella me sonríe—. ¡Ahhh! Lo de las fotos con Luisa…

—Da igual, no hace falta que me lo expliques, conozco el tema.

—Ya, pero es que tiene miga. Cree que es un pretendiente de ella que la ha seguido y chantajeado para que quedase con él… Yo te prometo que estaba quitándole una cosa de la nariz y que a mí solo me gustas tú.

Amanda se ríe.

—Alguna más te gustará, ¿no? Y Luisa es todo un mujerón.

—¡Es una niña, por Dios! Y no, solo me gustas tú, aunque solo haya pasado contigo una semana, ya no te cambio por nadie y si tú me quieres devolver, pues me planto y me hago monje.

—Eres muy tonto…

—Un tonto que está loco por ti, deseando verte y poder demostrarte lo que dice.

—¿Y cómo?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo me demostrarías que estás loco por mí? —me habla con voz sensual y yo creo entender que acaba de derogar la prohibición de sexo telefónico.

—Llevaría las manos a tu pelo y lo olería… Nadie huele tan bien como tú, seguiría oliéndote el cuello y seguro que tendría que lamerlo, porque tampoco nada sabe tan rico como tú, y si me permites seguir, ya te advierto que esa camiseta iría fuera y te besaría con todas las ganas que tengo acumuladas.

—Aysss, Dylan…, te necesito tanto ahora mismo. Entre que he bebido un poco y que hacía tanto que no te veía, me salto la norma esa que te dije y quiero que me sigas contando qué te provocaría hacerme.

—Brindo por ello.

Nos sonreímos los dos con picardía.

—Sigue… —me aclama.

—Te he quitado la camiseta hace un rato y, sin embargo, la sigo viendo.

Amanda se ríe, me abandona unos segundos y luego su imagen me deja perplejo: ella tumbada solo con su ropa interior a juego, un conjunto blanco de encaje que le eleva el pecho para dejar sin habla mi voz.

—¿No te gusta lo que ves? —me pregunta con voz *sexy* mientras se enfoca—. Estás muy callado y muy vestido.

—Es que solo se me ocurren cosas sucias —le digo mientras arrojo mi camiseta al suelo.

—Quiero eso, no te cortes, Dylan, tú siempre me dices lo que

piensas. Eso me encanta de ti.

—Eres una jodida diosa, pequeña… ¿Sabes qué me muero por hacerte y quiero que te hagas tú?

—Dime…

—Llevo mis manos a tu espalda y te desabrocho el sostén, pero lo dejo, me da libertad. —Veo como Amanda lo hace porque ha apoyado el móvil en la mesilla y sus manos están libres—. Ahora te acaricio los pechos, suave al principio, sintiendo como tu piel se eriza, hasta que toco tu aureola y tu espalda se curva. —La escucho gemir mientras interpreta todo lo que mi voz le cuenta.

—Te quiero desnudo para mí —dice entre gemidos—. Quítatelo todo ya.

Le hago caso y en dos segundos me deshago del pantalón y el bóxer. Se lo enseño y ella me dice que le encanto.

—Tienes unas tetas preciosas, sigue acariciándolas, hazlo por mí…, pequeña. Eso es, eso es… Ahora hazme caso, tira del pezón fuerte, como si fueran mis dientes, me muero por morderte.

Amanda gime mucho más alto al obedecerme y le hago tirar del otro seno. Juro que parece que la huelo, que está aquí conmigo. Le digo que descienda su mano hasta colarse dentro de su braguita, pero que se quede rodeando el clítoris. Amanda coloca el móvil más lejos para poder enfocarse mejor y le ordeno que cambio de planes y que se arranque las bragas. Ella se ríe y se las baja, pero el resultado es el mismo. Ella desnuda con el sujetador desabrochado. Puedo morir e irme al cielo… como…

Amanda me pide que me toque mientras la oigo gemir cada vez más alto al masturbarse. A mí se me acaba de ir el calentón porque me acabo de acordar del hombre que murió esta mañana en su cama. ¡Joder, no había otra cosa que recordar!

Intento volver a la situación y me esfuerzo en indicar a Amanda que se masturbe penetrando dos dedos, ella lo hace a la vez que me dice que yo haga lo mismo y como está con los ojos casi cerrados, finjo que estoy a su nivel y en poco tiempo la escucho estallar. Yo he perdido todo el fuelle con la lastimosa imagen del paciente muerto que me ha venido con todo detalle, y hago como que me corro para que no me pille en fuera de juego.

—Oh, nena —le digo.

—¿Qué ha sido eso, Dylan? —La escucho seria.

¡Mierda!

—¿A qué te refieres, pequeña? Espera, que voy a limpiarme —miento.

—No tienes nada que limpiarte, Dylan, ¡no me jodas!

—¿Eh? —me hago el tonto.

—¿Acabas de fingir un orgasmo conmigo, Dylan?

—No…

—¿Estás de coña o te crees que soy idiota?

—Que no, Amanda.

—Dylan, ¡joder! Que no soy ciega, que aquello estaba más muerto que el *slime* de mi sobrina.

—No sé qué has creído ver, pero te equivocas.

—¡Me estás mintiendo a la cara! —se altera—. Y eso me sienta aún peor que mi novio no se excite conmigo.

—¿Desde cuándo no me excito contigo? ¿Estás tonta?

—Desde hace un rato. Mira, te voy a dejar porque la voy a pagar con el móvil y él no tiene la culpa de que seas un mentiroso.

—Amanda, escúchame, eres preciosa, pero es que…

—¿Pero es que qué? ¡Ves! ¡No me he sentido más ridícula en mi vida! Muchas gracias, Dylan, acabas de ponerle la guinda perfecta a un día de mierda.

—Amanda…

Me cuelga.

¡Joder! ¡Joder, qué cagada! Me visto mientras intento pensar en qué decirle, pero es que es difícil cuando no lo sé ni yo. Estoy agotado, me he acordado de lo de ese pobre hombre y se me ha ido la cabeza. Se lo voy a explicar, ¿la llamo? No, casi mejor por mensaje.

¡Ostras! ¡No puedo escribirle! ¿Qué le sucede a mi teléfono?

Espera… ¡No me fastidies!

¿Me ha bloqueado?

Capítulo 8
Sorpresas te da la vida

En la actualidad.

Entro en casa y acto seguido me preparo un café. Necesito a mi cómplice de vida, la cafeína, para darle la vuelta al día. Mi sobrina y su lentitud me roban la energía y el buen humor, nada que un café no pueda revertir. Aunque menos mal que sus padres vienen en un rato y ya podré delegarles los madrugones mañaneros.

Se fueron hace dos días a ver bodegas para lanzar su negocio de exportación y turismo enológico a nivel internacional y nunca pensé que diría esto, pero se me ha hecho largo. Adoro a mi sobrina, de verdad que sí, y estos meses cerca de ella me están sirviendo para conocerla más, cosa que agradezco, pero lo poco gusta y lo mucho cansa.

Es alucinante cómo la realidad es mucho menos idílica que las expectativas. Por lo menos a mí me pasa, pocas veces cuando estoy de pleno en un momento que añoraba y esperaba magnífico, me veo pensando que quizás no era para tanto… Apostaba que estar cerca de mi sobrina iba a ser fantástico, iba a poder conocerla más, nos íbamos a reír mucho, a ver películas, dar paseos, salir de compras y sí, algo he hecho y ha habido momentos divinos, pero la rutina es menos de excitar y más de asfixiar, y como estoy sumergida en ella, no puedo disfrutar tanto de esa conexión de la que antes presumía y sacarle el provecho de la novedad.

Si soy sincera, solo hay alguien que siempre me pilla por sorpresa y los ratos con él me saben infinitamente mejor que los sueños… ¡Joder!

Miro por la ventana. Por fin parece que deja de llover, abril nos ha traído agua, tormentas y tardes oscuras, espero que mayo se nos dé, lumínicamente, mejor. Doy un sorbo a mi prometedor y ardiente café. Muy calentito, me gusta que me queme los labios. Recuerdo que a él también le gusta así… ¡Madre mía, cómo estamos hoy!

Le pido a Alexa que me ponga una *playlist* de John Legend y la primera canción que me sale es *Wild*. Permanezco callada, escuchándola. Hablamos de ir a un concierto juntos… Abro la puerta del salón, salgo a la terraza para respirar aire fresco y miro hacia arriba. Veo algunas nubes, pero de esas que no le plantan cara al sol. Este cielo es tan parecido al de Nueva York… Allí será de noche

todavía. Un pedido (que no he encargado) de añoranza me asalta. En Manhattan me sentía muy sola, pero muy yo. Estaba ubicada. Ahora no. Ahora no sé muy bien cuál es mi sitio, como la primera vez que entras en un gimnasio. Los últimos días allí fueron mágicos, pensaba que estaba construyendo mi propio futuro. Y se me ha esfumado, se me ha fundido en las manos y ya no sé si puedo resucitarlo. Pensar en hacer algo para calmar esta agonía me da más miedo que quedarme quieta.

Y sí.

Lo echo de menos.

Por supuesto.

Pero ahora me da vergüenza, porque creo que se nos ha ido de las manos a los dos. Parecíamos dos críos a los que se les mueven los dientes y se las ven muy felices, augurando el regalo que les va a traer el ratoncito Pérez. Creímos que por una semana fantástica en Navidad teníamos una relación consolidada a prueba de bulos, rumores y kilómetros. En resumen: unos auténticos gilipollas. Porque nada es tan sencillo, nada va sobre ruedas y más si hay un océano de por medio.

Resoplo para no llorar.

Y vuelvo a resoplar.

Es que me siento tan idiota por sentirme idiota. Fue una aventura de unos días, sin más, pero adornado con todo el brilli brilli romántico de la Navidad por dos idealistas emborrachados de pasión y de ganas de formar algo que te lleve a algún sitio.

Cómo duele… fingir que todo está perfecto mientras sientes que te duele, gastar la vida… Me viene esa canción de Arjona a la cabeza.

Un impulso me hace atender mi móvil. Lo bloqueé. Vuelvo a resoplar y busco su contacto para desbloquearlo. Cuento hasta tres y lo hago.

Móvil desbloqueado. ¿Y ahora qué hago? Pienso en escribir algo. «¿Cómo estás?», «tenemos que hablar», se me encoge el estómago al imaginármelo como si me lo hubiesen golpeado. No, todavía no estoy preparada para afrontar las curvas cuesta abajo.

Mejor me voy a duchar y ya veré luego.

Después de hablar con Michael sobre varias ofertas de trabajo y colgar al idiota de Álex en varias ocasiones, escucho abrirse la puerta y veo entrar a mi hermana y a Jorge.

Tras los saludos oportunos y de que me cuenten lo bien que les está yendo el proyecto, sobre todo en Alemania, nos sentamos a comer. Los veo algo cansados, más a mi hermana Alicia, pero felices. Ella se ha tomado un año de excedencia para apostar por su negocio común y, aunque estresados, los veo enchufados. Se compenetran bien, ella es como una abeja reina y él, su acólito perfecto. Aunque

Jorge es mucho más que eso, es un fenómeno en redes y *marketing*; un saco de ideas.

Los contemplo mientras discuten sobre un tema suyo y me dan envidia. Llevan casi quince años juntos y se los ve tan acoplados… Hoy he amanecido ñoña, ya está.

Mi hermana se levanta como si le electrocutase la silla y se va directa al baño. Yo miro a Jorge, extrañada.

—Prueba la ensaladilla, es de Mercadona y está increíble.

—¿Y mi hermana?

—Debe ir a vomitar.

—Ah… ¿y eso es normal? —le pregunto, confusa por su aparente calma.

—No, no, pero es que esta mañana le ha pasado, por eso lo sé. Alguna salchicha alemana le habrá sentado mal —dice mientras se levanta para recoger la mesa—. Tenemos heladitos pequeños de Mercadona, ¿quieres uno?

Lo ignoro y voy en búsqueda de mi hermana. Llamo a la puerta y justo en ese momento se abre y sale con la cara más pálida que un noruego anémico.

—¡Qué mala, chica!

—¿Estás bien? —le pregunto un tanto preocupada. La lividez va acompañada de unas marcadas ojeras que le confieren un aspecto más cadavérico que saludable.

—He estado mejor, pero sí… No sé a qué viene tanto vómito, me encontraba bien.

—Dice Jorge que te habrá sentado mal alguna salchicha alemana.

Mi hermana hace aspavientos con la cabeza mientras refunfuña:

—En todo caso, será a él, porque yo no he comido ninguna y él se ha cebado.

—Bueno, mujer, será un decir.

Alicia sube las escaleras y me pide que la acompañe a deshacer la maleta mientras se alivia porque se va encontrando mejor. Al menos no parece la típica gastroenteritis que te deja hecha un harapo, en la que tu podómetro solo contabiliza los pasos del retrete a tu cama y de tu cama al retrete y todo el mundo te huye porque se contagia con la misma facilidad que un bostezo.

Me pregunta si sé algo de Dylan desde «aquello» (sí, lo sabe), y le confío que el único avance es que esta mañana lo he desbloqueado, pero que ya doy la relación por terminada.

—¿Terminada? Así, sin más…, por un gatillazo, hija, qué estricta.

—Y tú, qué graciosa.

—Nos viene bien un poco de humor según está el mundo… Pero, en serio, no puedes acabar con lo que teníais por un momento tan tonto.

—¿Y qué teníamos? Fue solo una semana, Alicia.

—Es que no os veíais la cara, ese es el problema. Mira, Amanda, yo no te voy a echar sermones sobre el amor, porque no soy ni cantautora ni poeta, pero sí sé que estabas feliz con él y que por no sé qué razón estás reculando.

—No estoy reculando, es que se ha enfriado todo.

—Pues vuélvelo a calentar. Vete.

—¿A dónde?

—A Nueva York. Ahora se puede volar solo con el pasaporte COVID. No esperes más…

—¿Quieres que me presente allí sin más?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—¿Entrevistas?, ¿prepararme para la película con Dani de la Orden que empiezo en dos semanas?

—¿Y follar no está en tus planes?

—¿Y en los tuyos hablar bien?

Mi hermana se ríe.

—Un poco de sexo te vendría de vicio para alejar fantasmas y, citando tus palabras: «Dylan es lo mejor en la cama».

—Ahí te doy la razón, era increíble…

—Pues, chica, tú que te lo puedes permitir, pilla un vuelo y date un buen revolcón con el americano antes de que Putin nos abrase a toda Europa con una bomba nuclear.

Miro como se lleva una mano al pecho con gesto de dolor…

—¿Te está dando un infarto por bruta?

—No, es que me duele el pecho a rabiar, debe de estar mi menstruación llamando a la puerta.

—¿No tendrás ningún bulto? —Desde lo de Rachel, estoy muy sensible con el tema.

—No, no, esto es hormonal, pero hacía años que no me dolían así, yo creo que desde el embarazo de Candela.

Bomba de vacío… Las dos nos miramos, ojipláticas.

—¿No tendrás un retraso? —me atrevo a preguntarle.

—Yo siempre tengo un retraso, soy más irregular que los protocolos COVID en los colegios, pero si me pongo a pensar, igual hasta me asusto un poco…

—¿Podrías estar embarazada?

—Hombre, por poder, y tú…

—No, yo sé que no. ¿Hace cuánto no te viene la regla?

Mi hermana se sienta en la cama y piensa.

—Pues debe de hacer más de mes y medio…

—¡En serio! —le grito.

—O más… pero que no, Amanda, no te flipes. Somos casi estériles. Después de tener a Candela lo intentamos dos años y nada. No me voy a quedar embarazada a estas alturas.

—Vamos a ver, ¿tú has tenido sexo sin protección?

—Ehmm, aunque empieza a ser un poco íntimo esto, sí, hermana, sí, pero otras veces también y no me he quedado embarazada, a menos que… ¡Ostras!

La cara de mi hermana se torna a blanco fantasma.

—¿Qué?

Alicia se tumba a plomo en la cama y dice en voz baja:

—A menos que Jorge no sea el padre.

Capítulo 9
Parado

En la actualidad.

Cierro la puerta de la habitación donde descansan mi hija y su madre juntitas. He llegado hace un rato de un partido de baloncesto con mis chicos y las he pillado desayunando tarde porque Ava ha dado muy mala noche. Rachel, ahora que puede, no se despega de Ava y va a su ritmo; cuando la niña duerme, ella también.

Me voy a la cocina a prepararme un café. Necesito la cafeína para afrontar mi día libre con ganas. Lo caliento en exceso, como me gusta, que me queme los labios, y pongo música al azar en una *playlist* de Amazon Music. Suena *Wild*, de John Legend. No puedo evitar acordarme de ella, sé que le encanta, hablamos de ir a algún concierto… Abro la puerta y salgo a mi pequeño balcón en la escalera de emergencia, necesito respirar. Pensar en Amanda es como un peso en mi diafragma que me impide la entrada de aire. Miro al cielo, hay nubes, pero no ocultan el sol, ¿ella estará mirando el cielo también? ¿Qué andará haciendo? Podría llamarla desde el teléfono de Rachel, pero es que no sé qué decirle. Han pasado quince días de aquello y sigo sintiendo una vergüenza horrible, por lo que entiendo que su enfado irá a la par. Si estuviera aquí, sería diferente. La habría besado tanto que no le cabría ninguna duda de cuánto me gusta.

Porque es que me gusta más que nadie. Encima estos días he sufrido como una rebelión en mi cuerpo por mi impotencia de aquel día y estoy al rojo vivo. Cada vez que me acuerdo de ella, me pongo en modo ataque, como si supiera que ya es inalcanzable y fuese un deseo prohibido. Lo que ya no puedes tener se vuelve más apetitoso. Amanda y yo encajábamos tan bien… Su cuerpo y el mío se fusionaban sin poder evitarlo, con cada caricia suya me ardía la piel y tenía una necesidad de tocarla constantemente, como con sed. Penetrarla era el mejor momento de mi vida, el dejar de pensar, el dejarse llevar por el cuerpo, el sentirme tan satisfecho que sé que la he jodido pero bien, porque no voy a encontrar nada así.

El maldito océano nos ha enfriado, pero no me cabe duda de que, si la volviera a tener delante, esa atracción renacería. Su cuerpo y el mío están en la misma sintonía y vencerían a nuestras estúpidas cabezas.

Ahora bien, ¿y si es solo sexo?, no, ¿y si ese magnífico sexo no es suficiente? A ver, que de ella me gusta todo, su risa, su sentido

común, su apariencia de niña y sus momentos infantiles, pero ahora lo que más añoro es a ella desnuda toda para mí. Busco su contacto en el teléfono.

Miro en el WhatsApp y escribo un tímido «hola», me sorprendo al ver que me deja la opción de enviar… No lo hago, pero esto quiere decir que me ha desbloqueado. ¿Será posible?

Un pájaro se apoya en la escalera del edificio de al lado y, aunque no me mira, sé que me estudia y a cualquier movimiento saldría volando… Añoro esa libertad, esa independencia de todo menos de ti mismo; si solo dependiera de mí, cogería un vuelo ahora mismo a España y buscaría a Amanda hasta hacerla entender que mi necesidad de ella no se me ha apagado y que lo del otro día fue por recordar escenas de mi trabajo.

Justo suena el móvil. Al principio me asusto, pero no, me llaman de la centralita, debe de ser del trabajo. Y como sea lo que me temo, estoy muy jodido.

—Saldremos de esta, Dylan…

—¿Cómo, Rachel, cómo? —le pregunto. Rachel ha salido a la escalera y le he contado que me acaban de despedir.

—No te pongas melodramático.

—Joder, me acaban de echar.

—Pero vas a seguir haciendo guardias extras, eso te lo han prometido.

—Tengo que buscar algo, yo paso de mendigar… Y justo ahora, cuando peor nos viene.

—Ya he acabado el tratamiento, Dylan, ya puedo trabajar, tengo muchos encargos atrasados, voy a devolverte todo lo que te debo, tú relájate. Quizás sea el mejor momento para que te vayas a España y soluciones lo que sí que es importante.

—¡Perfecto! Estamos sin blanca y yo me marco un vuelo a Madrid, que está tirado de precio. Si antes no podía, ahora menos.

—Dylan, no estamos sin blanca…, y tú menos, te debo un montón, y te va a salir trabajo en cuanto te pongas.

—El problema es que ahora no sé qué hacer, Rachel, estaba cansado de la extrahospitalaria, y meterme en un hospital me va a quitar aún más tiempo libre, además de que se gana un carajo.

—Te acaban de llamar, date un tiempo, no seas prisas, papi. Ve a verla…

—Verla… y luego está eso, ella es rica, yo soy un indigente a su lado —exagero.

—Creo que conozco lo suficiente a Amanda para asegurar que eso a ella le da igual.

—¿Igual estar con un tío sin oficio ni beneficio?

—¡Madre mía, qué trágico te has vuelto! Llevas una hora en

paro y ya eres un pobre hombre que se compadece de sí mismo. Dylan, por favor, para. Dile a esa cabecita tuya, acostumbrada a tener el control, que se relaje. —Rachel me da varios toquecitos en la frente y le sonrío. Sé que he sonado bastante cutre.

—Hoy me ha desbloqueado —le confío.

—¡Ves! Es una señal. Llámala.

—Ufff… no es el mejor día, ¿no crees? Estoy con el ánimo por los suelos, como encima ella me deje, me entrego a la comida basura de por vida hasta morir.

Rachel se ríe a carcajadas y al final me lo contagia.

Debemos montar escándalo porque nuestra pequeña se despierta llorando, pero sentimos que Luisa, que acaba de llegar, va hacia su habitación.

—Y otra cosa… —me dice mi amiga mientras se mete para adentro—, Luisa ya no nos hace tanta falta, ¿no crees?

—Sí, pero no tengo huevos para despedirla, díselo tú. —Le guiño un ojo.

—¡Qué gallina!

—Esa chica se ha desvivido por Ava, dejarla en la estacada no me sale. Además, deberíamos esperar a tus resultados…

—Sé que voy a estar bien, Dylan, lo presiento. Le podemos decir que viva aquí gratis durante un tiempo y que, a cambio nos ayude de vez en cuando, yo todavía estoy un poco floja.

—Vale, me parece lo correcto. Luisa es una maravilla.

—Luisa te come con los ojos, por si no te has dado cuenta, bonito.

—Ehh… —decido ser sincero—, pues un poco, pero yo no la miro de esa forma, supongo que se cansará.

Rachel hace aspavientos con las manos, como si yo fuera su tormento.

—¿Qué pasa?

—Que me molesta lo bien que llevas que le gustes a todas, es que te da igual… Tú vas rompiendo corazones y ni te enteras.

—No exageres.

—¡Que no exagere! Te conozco desde hace años y ya ni puedo contar la de chicas que se me han acercado para saber de ti.

—¿Y qué quieres que haga yo? A mí solo me interesa una, ya lo sabes.

—Quiero que no lo ignores y que le dejes claro a esa pobre cría que no tiene nada que hacer contigo para que continúe con su vida.

—Vale, vale…, pero tú le dices lo de despedirla.

—Que sí, cobarde.

Rachel se mete en casa y yo decido esperar un poco más. Miro

el teléfono, no sé si llamarla…

Capítulo 10
Cosa de tres

En la actualidad.

—No es lo que crees.

—¡Madre mía! —Me llevo una mano a la boca para no soltar todo lo que me quiere salir por la boca al oír la manida expresión.

—¿Cariño, estás bien? —Escuchamos a Jorge desde el salón.

—Sí, cari, ya se me ha pasado, estoy recogiendo la maleta con Amanda. Tú aprovecha para mandar el *email* a los de Fráncfort —le grita.

Se me sale el corazón de lo rápido que me late. Que mi hermana haya engañado a Jorge es algo que nunca me habría podido imaginar. No conozco a nadie tan juicioso y correcto. Desde pequeñas su lema era cumplir lo que tocase, sin salirse nunca del plan establecido y jamás improvisar. Eso la ayudó a ganarse la fama de sensata y que mis padres siempre se fiaran de ella. Mis padres y todo el mundo, Alicia siempre hace lo que dice, cumple sus promesas, propias y a terceros. Parece una militar.

—Estoy en *shock*… —logro enunciar.

—Pues déjate de *shock* y te repito que no es lo que parece.

—Alicia, me acabas de decir que igual estás embarazada, pero no es de Jorge, ¿o he escuchado mal? —susurro.

—Eso es lo que he dicho, sí.

—¿Le has sido infiel?

—Igual no estoy embarazada y es todo un error. —Se levanta de la cama y coge ropa de la maleta para colocarla. La observo ejercer los movimientos perfectamente, a mí me temblarían hasta los poros, pero Alicia cuelga sus vestidos como una dependienta del Zara con muchos trienios.

—Ya —le digo—, pero es que eso ahora es menos importante, por lo menos para mí. Has engañado a Jorge.

—Amanda, no me presiones. —Chasquea la lengua.

—No, si yo no te presiono —digo, y levanto las manos—. Pero es que… ¿Y cuándo? Si siempre estáis juntos.

Mi hermana hace que no me oye y con el color totalmente recuperado la veo decidirse a decirme:

—Mira, ve a la farmacia, compra un test de embarazo y salimos de dudas. Se ruega discreción —bromea.

—A la orden, mi capitán. —Me levanto—. No entiendo cómo

puedes tomártelo así de bien, a mí se me va a salir el corazón.

—Porque te repito que estás resolviendo esto de manera equivocada.

—Pues explícamelo.

—Tú ve a la farmacia y si estoy embarazada, te lo aclaro.

No tardo ni tres minutos en presentarme en la farmacia y pedir un predictor, sin caer en la cuenta de que soy totalmente reconocible y que la farmacéutica se me ha quedado mirando con los ojos tan abiertos que, si no fuera porque se atañen a un código deontológico, ya estaba llamando a los periodistas.

Diez minutos después, mi hermana y yo vemos las dos rayitas que indican que es positivo y no estamos hablando de COVID (me he hartado de la bromita en Instagram).

Yo no sé qué decir y ahora sí que distingo algo de estupefacción en su rostro. Se masca la tensión y yo ya he hablado demasiado, por tanto, opto por contener toda la cascada de interjecciones que resuenan en mi cerebro y que no aportarían nada más que una melodía molesta y vacía.

Entonces mi hermana sale corriendo al baño y por el ruido sé a lo que ha ido. Voy hacia ella.

Alicia está embarazada y lo primero que hace al saberlo es volver a vomitar. Síntoma de caos, me diga lo que me diga.

Le recojo el pelo y después la ayudo a incorporarse y a lavarse la cara.

—Tengo treinta y seis años, ya me vale…

—Eres superjoven, no te preocupes, bueno, si decides tenerlo.

—Si decido tenerlo —me repite, y regresa a la habitación para sentarse en la orilla de la cama, yo me coloco a su lado—. Suena muy loco, cómo podemos estar hablando de esto…

—Pues tú me dirás —refunfuño—. ¿Se lo vas a contar a Jorge?

—Hombre, pues claro. —Me mira como si le hubiera preguntado que, si después de los brazos, le cuelgan dos manos.

—Pero ¿incluidas las dudas de paternidad?

Alicia me mira hastiada y no obtengo respuesta.

Permanecemos un rato en silencio hasta que ella lo rompe hablando para sí misma.

—Otro hijo —dice, y se toca la barriga—, no es buen momento, pero… yo no puedo abortar, no. Después de tener a Candela yo no puedo abortar.

—Como tú veas, hermana, nadie te juzgaría. Es un poco pronto para hablar de…

—Yo lo haría… Si está creciendo un ser dentro de mí y quiere vivir, yo no puedo hacer nada por detenerlo, no sé si me explico, es

que no sería capaz de perdonármelo.

—¿Y si por traerlo al mundo te amargas la vida?

—No, Amanda, él no sería el culpable, sería yo. Él no tiene la culpa, que yo entiendo que haya otras mujeres que puedan detener sus embarazos, pero yo no.

—Pues si lo tienes tan claro… Aunque insisto, acabas de ver la prueba, no sé, es muy pronto para…

—El problema es lo que te he contado antes, y no sé cómo se lo va a tomar Jorge.

—Hombre, pues fenomenal —ironizo—, va a estar más feliz que Will Smith mirando su estatuilla. Su mujer está embarazada y puede que no sea suyo porque le ha puesto los cuernos.

—¡Que no le he puesto los cuernos, pesada!

—¡Pues tú me dirás! Te informo que de un vibrador no te puedes preñar —me enfado.

—¡Joder, que es consentido! Que de todo te tienes que enterar, cansina.

Si no estuviera sentada, me habría caído de culo. Doy gracias.

—¿Tenéis una relación abierta?

—Qué abierta, ni qué leches. Tenemos una relación de muchos años y a veces hay que ponerle picante al asunto.

—No comprender —respondo, robótica—, pero si no quieres contármelo, da igual, entiendo que es muy privado.

Alicia me mira y resopla hasta con algo de burla.

—De vez en cuando, muy de vez en cuando, contadas con las manos, ya te lo digo, Jorge y yo nos venimos arriba y metemos a alguien más en nuestra cama.

Ahora mismo soy el emoticono que tiene la boca en forma de O.

—¿Hacéis tríos?

—Sí, y es muy vigorizante, si no lo has probado, deberías —responde como si me estuviera recomendando comer cinco pistachos al día.

—¿Vigorizante? Eso lo has leído en una revista, jamás has usado esa palabra.

—Tú estás tonta.

—Alucinada, más bien. No te puedo creer.

—Ni yo a ti que seas tan antigua.

—No es cuestión de antigua, es que nunca pensé que tú fueras tan abierta.

—Pues si supieras que lo propuse yo… Es sexo, Amanda, sin más. Jorge y yo llevamos desde adolescentes y la vida te va tentando, llega un momento que puedes caer. Por eso lo propuse, para tener más experiencias, alicientes, y no caer en engaños. Queríamos probar cosas

nuevas y mejor juntos. Jorge también estuvo de acuerdo. Fue hace unos años, quizás la muerte de mi amiga me hizo pensar que vivimos bajo un paraguas de normas estrechas y no disfrutamos todo lo que deberíamos por ajustarnos a ellas. No digo que todas las parejas tengan que hacerlo, solo que a nosotros nos va bien. Para ambos el sexo es muy importante, somos bastante activos y al final se pierde el detenerse, vamos a toda prisa, buscando el éxtasis para continuar la jornada y es sota, caballo, rey. Cuando organizamos algo así, es distinto, nos tomamos una noche entera de placer, sentimos mariposas de excitación, le damos un toque y nos dura muchos meses.

—¿Y siempre es con hombres? Te repito que si no me quieres responder…

—Eres mi hermana y te presupongo de mente liberal, yo no tengo nada que esconder, es más, cada vez conozco a más gente, a más matrimonios con relaciones sexuales abiertas, llámese tríos, intercambios… Hemos probado con ambos. Nos suele gustar más con mujeres, pero la última vez para mí fue la mejor de todas y fue con un hombre. Hubo mucha química y el tío, Jack, era un fiera.

—¿Y puede que estés embarazada de Jack? ¿No usasteis preservativo?

—Las veces que lo hemos hecho siempre pedimos serologías, por si hay un fallo. Usamos preservativos, pero estuvimos en un *jacuzzi* y puede que ahí no…, estábamos un poco bebidos. Se lo pregunté a Jorge, pero él tampoco se acordaba, creímos que sí. Bueno, pero que igual es de Jorge, nunca usamos condón.

—Pues ya está… Conociendo a Jorge asumirá que es suyo y punto. Nadie tiene por qué saberlo.

—Solo por un problema —me interrumpe mi hermana.

—¿Que pidáis prueba de paternidad? —teorizo.

—No, va a ser fácil saberlo.

—¿Por qué? ¿Va a llevar un cartel? «Soy hijo del otro».

—No, que Jack, el tipo con el que nos acostamos, es afroamericano, con todo lo que eso conlleva.

—¿Es… negro?

—Como el carbón.

—¡Oh, *my god,* Alicia!

Capítulo 11
En las calles de Nueva York

En la actualidad.

Llamo a mis padres para citarnos cerca de Central Park y que puedan ver a Ava. Así le doy espacio a Rachel para que hable con Luisa y le explique las nuevas condiciones. Soy un cobarde de tomo y lomo, sí, lo acepto, pero hay que entender que ella ha tenido menos relación con la italiana, no hay apegos y le resulta menos escabroso exponerle la situación. No tenemos dinero para pagarle un sueldo, imposible, podemos asumir que viva con nosotros sin cobrar un alquiler durante unos meses. Vivir en Nueva York es así, o compartes casa, o trabajas tanto que no la pisas. He de encontrar algo pronto o se nos va a complicar pagar la renta. Tanto esforzarme y estudiar para ahora verme así, con treinta y sin trabajo fijo.

¿Y por qué vivo aquí?

Pues eso me pregunto yo todos los días… Es un despropósito, hipotecar tu espacio vital por una ciudad. Me da envidia la gente de la América profunda que vive en unas casas enormes por lo que aquí tienes un minipiso, pero, en fin, es el precio que pago por estar cerca de mi familia y amigos.

Si mis padres no me necesitaran, me iría de aquí, porque mi situación es lamentable: sin casa en propiedad. Sin pareja formal. Y ahora con una hija.

Mis padres se deshacen al ver a su nieta. No la están disfrutando mucho porque intento quedar con ellos en espacios abiertos para evitar contagios y he tenido tan poco tiempo libre que la ven de mes en mes.

Los encuentro bien. Sufrí lo indecible cuando empezó la pandemia y vi a tanta gente mayor morir sola en sus casas. Esos días en los que casi todos los avisos eran para ir a domicilios a atestiguar fallecidos los he anulado de mi memoria, como bloqueado, estaba en absoluto *shock*, muerto de miedo y preocupación.

No he podido tener mejores padres, de verdad que no. Siempre a mi lado, aunque derrapase con siniestro total, ellos me apoyaban. Los pobres no pudieron ofrecerme los mejores estudios y por eso tuve que meterme en el programa para conseguir dinero, pero en cuestión de confianza y cariño no me han podido dar más. Ahora me toca a mí protegerlos a ellos, porque están mayores. La principal razón por la que no salgo pitando de Nueva York.

Intento maquillarles lo de mi despido como algo positivo, puesto que ya estaba cansado y necesitaba un cambio, y ellos también hacen un esfuerzo por disimular su inquietud. Curioso caso de fingimiento generalizado más que evidente, muy propio de las familias.

Después de una hora de arrumacos y carantoñas, nos despedimos y subo por la avenida Columbus hacia mi casa en Harlem.

Ava se duerme con el traqueteo del carrito y me detengo para buscar mi teléfono y saber si el desbloqueo de Amanda tenía el sentido de escribirme. Pero no. Vacío. Como hace dos semanas. De hoy no pasa. Se nos ha ido de las manos. Eso me digo todos los días, pero por la noche me convenzo de que será mejor mañana.

Amanda, una triunfadora… Y está ese tema que, por mucho que Rachel diga, a mí ya me preocupaba. Amanda tiene otro tren de vida, ella gana en un mes lo que yo en cinco años, ¿cómo vamos a poder encajar? Y no digo que el hombre tenga que ganar más que la mujer, no, obvio que eso es del siglo pasado, pero sí que los sueldos deben ser afines, porque si no, no tiene sentido para el que gana menos trabajar y se convierte en mantenido. Y yo no valgo para estarme quieto.

El caso es que eso es solucionable, no puedo no intentarlo con Amanda por algo tan burdo como el dinero. Lo que no tiene arreglo es que ella me haya olvidado o prefiera dejarlo por cómo estamos llevando la distancia. Mal, muy mal.

Suena mi teléfono, es Michael, su representante. ¿Qué querrá? Como me puede la curiosidad, opto por descolgar a pesar de mi animadversión más que conocida.

—¿Qué hay, musculitos?

—Nada nuevo… o eso creo, ¿qué he hecho ahora?, ¿he vuelto a salir en una revista? —le pregunto con burla porque este hombre solo me llama para reprenderme.

—Tú sabrás qué vas haciendo por ahí.

—Nada, trabajar y entrenar a niños al baloncesto, todo un festín para los *paparazzi*.

—Simulemos que te creo.

—Simulemos que me importa —le respondo mal porque no es mi mejor día para aguantar disquisiciones.

—En ese caso, no debes preocuparte. No te llamo por eso, te llamo por dos asuntos, te quiero pedir un favor.

—¿Un favor? ¿Tú a mí? Ya me echo a temblar.

—Patético, pero qué le vamos a hacer, mi chica te quiere… Por cierto, salieron unas fotos de ella con Álex Chol en la playa, son del rodaje, por si las has visto.

—No, paso de la prensa rosa. Dime, Michael, tengo prisa —le

miento, pero lo que menos me apetece hoy es escuchar a este pesado.

—Son dos cosas. A ver, la hija de mi hermano mayor quiere ser enfermera y quieren hablar con algún enfermero de verdad para saber qué tal.

—Pues jodidos, porque hoy me acaban de despedir, así que no creo que sea el mejor para animar.

—Pero es temporal, ¿no? Hay mucho trabajo de lo vuestro.

—Mal pagado, sí, un montón…

—Vaya, si me entero de algo, te aviso, pero ¿puedes hablar con ellos? El dinero no es importante, sí que estudie, ya se apañarán, es que les cuentes a qué se dedica exactamente un enfermero.

—Vale. Hablaré con ellos. Dales mi teléfono. Intentaré sonar motivado.

—Gracias, te debo una. A ver si esto que te voy a decir ahora te convence…

—¿El qué?

—Mañana sé a ciencia cierta que van a nominar a Amanda a mejor actriz en los Emmy.

—¿Por la serie de Netflix?

—No por el *reality* de hace la pila de años en el que salías tú, no te jode, ¡pues claro!

Antes de que le conteste con un alfilerazo, un coche frena en la acera casi derrapando y me detengo de golpe. Un hombre joven viene corriendo hacia él como alma que lleva el diablo y hace el amago de subirse, pero justo en el instante en el que tiene la manilla de la puerta en las manos, otro coche aparece de la nada por detrás y los golpea con tanta fuerza que los desplaza varios metros. El chico que iba a montar sale disparado.

Se me cae el móvil al carro y me aparto varios metros por pura protección, casi nos aplastan. Empiezo a escuchar disparos y pierdo el control. Saco a Ava del carro, para protegerla con mi cuerpo y me escondo detrás de una papelera. Intento cubrirla con mis brazos, ejerciendo de escudo, mientras sigo escuchando varios disparos. «No puede morir, Ava no puede morir», me repito como un mantra, el estado de nervios solo me alcanza a pensar eso.

No sé cuánto tiempo después, uno de los coches se marcha a toda velocidad y los disparos cesan. Paso a escuchar gritar a una mujer pidiendo ayuda.

Me giro y veo al que creo que corría, que no llegó a montar en el coche, tumbado en el suelo bajo un charco de sangre y a la mujer que grita vestida de policía.

Me aseguro de que mi peque esté bien y me incorporo rápido para ayudar al herido. Les digo que soy enfermero y que puedo asistirlo, aunque necesito que alguien se lleve a mi niña. Una mujer

mayor se arrima y se lleva a Ava a cierta distancia prudencial del lugar, sin que las pierda de vista.

Me pongo en situación, el hombre tiene varias heridas de bala, dos en la pierna derecha y otra cerca de la fosa iliaca izquierda. Le pido a la policía que comprima la herida abdominal y, mientras, practico un torniquete en la pierna, a la altura de la ingle, porque está sangrando a borbotones y puede que le haya tocado una arteria. El hombre tiene pulso débil y respira, pero está totalmente inconsciente. Se ha debido llevar un golpe en la cabeza al caer. Le miro las pupilas que, *a priori*, parecen isocóricas, y cuando lo voy a colocar en posición de seguridad, veo que deja de respirar y pierde el pulso. Empiezo la maniobra de RCP a sabiendas de que como no estén en dos o tres minutos, a este hombre le van a quedar secuelas. Mis ruegos son escuchados porque una ambulancia llega un minuto después.

La suerte es que los conozco varios sucesos y como saben que soy enfermero puedo ayudar a estabilizar al hombre y entre todos conseguimos que salga de la parada, subirlo a la ambulancia con una tensión estable, aunque con una taquicardia importante secundaria a la hemorragia.

Todo es caos cuando se van.

En ese momento me acuerdo de que iba con Ava y una montaña de miedo me aplasta el estómago. ¿Dónde está mi hija?

Recuerdo que se la llevó una señora con aspecto fiable y la busco entre toda la gente acumulada que se ha parado a cotillear. No la veo. Entonces grito su nombre, desesperado.

—¡Ava! ¡Mi hija! ¿Dónde está? ¿Dónde está?

—Aquí, aquí. —Escucho y mis ojos vuelan a la dirección de la que provienen los gritos. Veo a la señora con mi pequeña en brazos y el carrito a un lado, a veinte metros de distancia. Corro hacia ellas.

La mujer se excusa diciendo que quería alejarse del lío y yo se lo agradezco. Es una mujer muy amable que me dice que tiene un nieto de su edad. Ava está feliz en sus brazos y se queja cuando la tumbo en el carrito. Veo la pantalla de mi móvil encendida. ¡Michael!

—¿Michael? —digo sin mucha esperanza poniendo el altavoz.

—¡Joder! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Solo oía gritos y disparos.

—Sí, sí…, muy fuerte. No te lo puedo explicar ahora, he de hablar con la policía…

—Seas quien seas, que sepas que este hombre es un héroe —dice la mujer que ha cuidado de mi hija y, aunque un poco apurado, le sonrío.

Me hacen ir a la comisaría a testificar y no me queda otra que llamar a Bob, que no vive lejos, para que venga a por Ava. No quiero asustar a Rachel.

No entiendo muy bien cómo pueden suceder estas cosas en una ciudad como Nueva York, vas por la calle y un tiroteo fortuito puede hacer que desaparezcas. Quizás si no todo el mundo tuviera acceso a las armas…, pero eso es otro cantar en el que mi postura no es del todo clara. Hay un amplio abanico de grises que me hacen comprender las dos vertientes. Con los años, me voy haciendo más *polite* y tiendo a posicionarme en el centro, hace tiempo estaba totalmente en contra de las armas, ahora, y con lo de Ucrania, la venda «estamos en paz» se me ha caído de los ojos. Sé que los europeos lo censuran, pero yo soy americano y no voy a vender mi opinión por sonar políticamente correcto. Yo no tengo armas, lo que hagan los demás… Tendrán sus razones.

La policía que pidió ayuda viene hacia mí y me da las gracias por todo lo que he hecho. Es cierto que después del tiroteo muchos salieron corriendo y nadie se atrevía a acercarse. Yo fui el primer «imprudente» que ni se lo pensó. Mi mérito es ese, ser un inconsciente.

Antes de marcharme, cuando me estoy despidiendo, la llaman y la informan de que el herido ha salido de peligro y está estable y consciente.

—Me alegro por tu compañero —le digo.

—No, no es mi compañero, es… Bueno…

La miro interrogante.

—Es un testigo protegido. No sabemos cómo han accedido al piso franco.

—Ahhh —respondo, intentando no sonar todo lo alucinado que estoy.

—Esto es muy inusual, pero el caso es que me informan de que el hombre quiere verte y agradecerte en persona lo que has hecho.

—No hace falta, quita, quita.

—Ya, te entiendo. Pero me temo que es muy insistente, le diré que en todo caso te llame.

—Vale.

—Es… bastante influyente, quédate con eso.

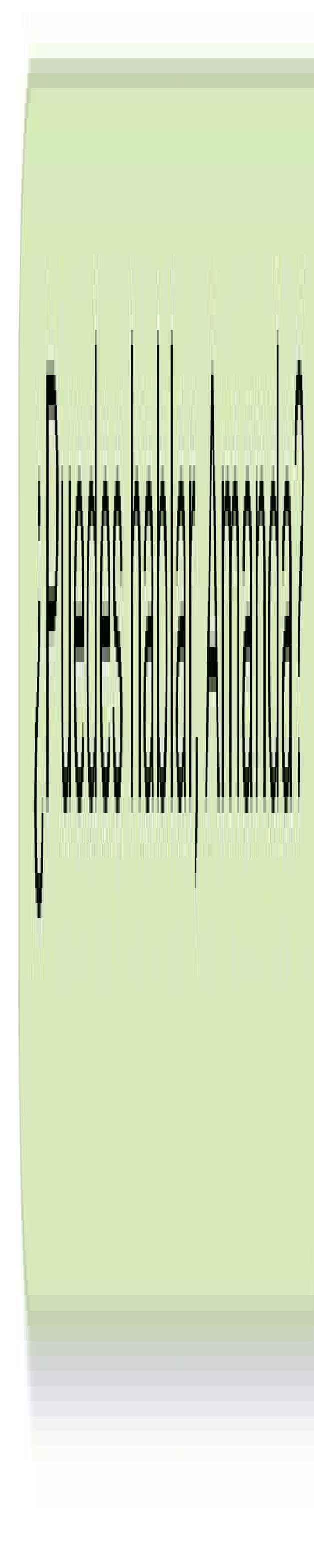
—Como si fuera un mendigo, me da igual —le digo sonriente.

Salgo y me encuentro con Bob jugando con Ava. Mi amigo alucina con mi hazaña y a mí, según se lo relato, se me baja el subidón de adrenalina y me percato de que podíamos haber muerto los dos. Comienzan a temblarme un poco las manos y un sudor frío me recorre la espalda.

Cuando llegamos a casa, sigo en estado de *shock* y, mientras Bob le explica a Rachel por qué traigo esta cara, voy al baño a

ducharme para ver si se me pasa el malestar.

No sé en qué momento he escrito a Amanda, pero leo en mi teléfono el mensaje que le he dejado.

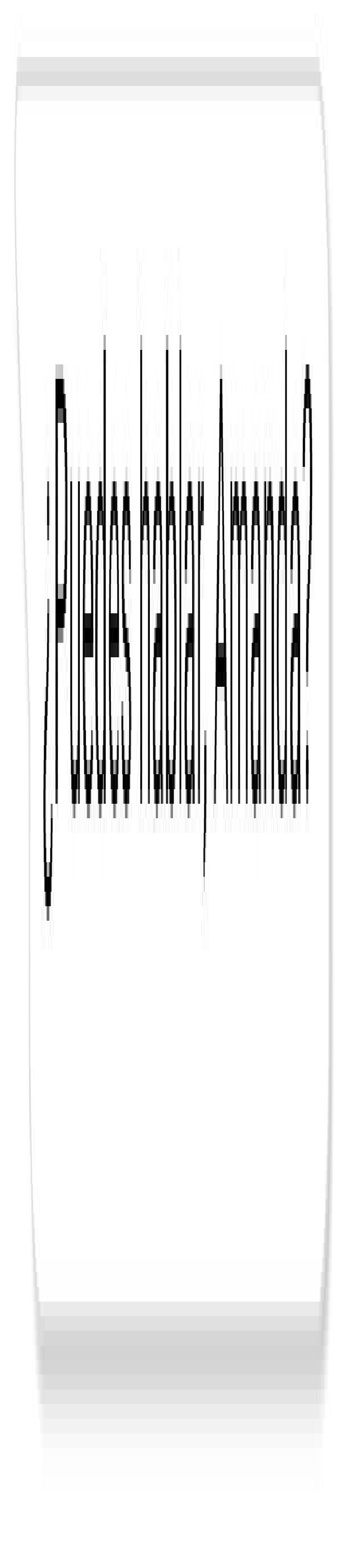


Capítulo 12
La cortina mental

En la actualidad.

Cuelgo a Michael preocupada. Me ha estado contando que estaba hablando con Dylan cuando ha empezado a escuchar disparos y que después una mujer le ha dicho que Dylan era algo como un héroe.

Me entra un mensaje nuevo y veo que es de él.



Salgo a la terraza para tener intimidad. Mi sobrina está leyendo en el

salón y no quiero que me escuche. La han vuelto a dejar a mi cargo para irse a un ginecólogo a asegurarse de que esté todo bien y sea verdad que está embarazada. Es un poco tarde ya, me imagino que se habrán quedado a cenar para hablar.

Nada más bajar, Alicia se lo contó a Jorge sin filtros y pude ver en primera línea la secuencia de reacciones de mi cuñado. La primera, sorpresa, la segunda, emoción y la tercera, susto vs terror al darse cuenta de la fecha de concepción. La vida en directo…, esto sí que es un *reality*. Pero me ha sorprendido su autocontrol y como después de ese minuto, en el que gesticuló casi todos los emoticonos del teclado, se levantó, abrazó a mi hermana y le dijo que era asunto de los dos y que no podían funcionar con suposiciones. Así que escuché: «¿Cuñada, puedes quedarte con Candela? Pues, vístete que nos vamos».

Sin pensármelo más, porque como lo haga encontraré alguna excusa para no hacerlo, y empujada por la preocupación, llamo a Dylan. Tomo aire hondo a ver si se refresca este ardor de estómago que se me acaba de originar justo al lado del corazón.

—Amanda… —Escucho su profunda voz llamarme con calma y suspirar. ¡Madre mía, madre mía! Solo una palabra y ya estoy derretida en un charco de emociones.

—¿Dylan, estás bien? —me lanzo—. Michael me ha contado algo de un tiroteo.

—Sí, estaba de paseo con Ava…

—¡Dios mío! ¿Estáis bien los dos? —me asusto.

—Sí, sí, ella, perfecta, yo, un poco aturdido. Ha sido muy rápido. Tuve que ayudar a un herido y, bueno, al principio me escondí con la niña detrás de una papelera cuando empezaron los disparos.

—Pero ¿dónde ha sido? ¿Dónde estabas?

—Venía de Central Park de estar con mis padres, subía por Columbus hacia casa.

—Por Dios, cómo está todo…

—Por lo visto era un testigo protegido que escapaba.

—¿Y tú lo has curado?

—Bueno, he hecho lo que estaba en mi mano, que era poco, tenía varias heridas de bala, pero ya me han dicho que está estable.

—No sé ni qué decirte, Dylan…, eres un fenómeno.

—Soy enfermero, me han aleccionado para hacer eso, no tiene más. Por cierto, me han despedido.

—¿En serio?

—Sí, llevo unos días de mierda. Las cosas se han puesto muy mal y tienen que reducir plantilla. Quieren que vivamos haciendo guardias, pero sin tener un sueldo fijo y yo eso no me lo puedo permitir… Total, un desastre.

—Estás bien, eso es lo importante. Ya encontrarás algo —le respondo para animarlo.

—Sí, claro… ¿Y tú?

—Pues yo también he tenido un día muy curioso.

—¿Por el trabajo?

—No, estoy en pausa ahora, en resumen, mi hermana y Jorge, que han llegado hoy de un viaje y creen que están embarazados.

—Pero ¡eso está genial!, ¿no?

—Sí, lo estaría si supieran al cien por cien que es de los dos, que no es el caso.

—¿Cómo? —se sorprende, como es normal.

—Ufff, es una larga historia, pero hazte a la idea de que puedo tener un sobrino negro.

—¿Estás de broma?

—No, para nada, ya te lo explicaré…

—Ojalá. Quiero verte en persona, pequeña. Necesito explicarte lo de esa noche. Después de esta tarde, cuando me di cuenta de que podía haber muerto, solo quería hablar contigo, Amanda.

—Dylan…

—No, espera, déjame hablar. Te echo de menos. No sé si lo sabes, pero yo sí. Una vez que todo ha pasado tenía una necesidad ansiosa de llamarte. Lo de ese día fue una mierda, tuve un caso esa mañana de un hombre que falleció mientras tenía sexo con su mujer y se me vino la imagen, estaba agotado, apenas había dormido, Rachel había empeorado…

—Dylan, da igual, de verdad.

—No, Amanda, es que no quiero que pienses ni por un segundo que yo no te deseo como un loco.

Sonrío…, pero hay algo que ha dicho que ha descorrido mi cortina mental de las dudas y acabo de ver con una claridad alborada hacia dónde nos conduce esto. Una realidad que he estado ocultándome y que acaba de encajar las piezas inestables del puzle de pareja que estábamos intentando salvar.

Me quedo callada y lo vuelvo a oír.

—He podido morir hoy, Amanda, y cuando me he percatado, lo único que deseaba es verte. Sé que es ilógico, que estamos muy distantes, que esto es más difícil de lo que parecía, pero es lo que me ha pasado.

—Ya…

—¿Tú no quieres verme?

—En parte sí —le respondo lo más sincera que puedo.

Se toma una pausa antes de decirme:

—Me da miedo hacerte esta pregunta y te pido que seas benevolente, ya que está visto que hoy no es mi día…, ¿y en qué parte

no quieres verme?

—En la de que me aterroriza que se haya perdido la magia.

—No, yo estoy seguro de que no, pero el problema es si tú lo crees, ¿lo crees? —me susurra, y percibo su inquietud.

—Sí… —respondo, y aunque sé que va a sonar fulminante, no puedo evitar decir—: esto no está funcionando.

Lo oigo resoplar.

—Vale —acepta en tono ronco—. ¿Quieres dejarlo, Amanda?

—No sé, Dylan… Yo voy a seguir aquí más tiempo, tú no te vas a ir de allí. No tiene sentido que la persona a la que llamas cuando te sucede algo como lo de hoy esté a miles de kilómetros —le respondo con voz clara.

—No, no lo tiene, porque dijiste que ibas a volver. —Lo escucho reprocharme.

—Eso dije, pero me siguen saliendo ofertas muy interesantes aquí.

—Aquí también las tendrías. —Vuelvo a sentirlo a la defensiva.

—Pero este es mi país, tienes que entenderlo, aquí está mi familia.

—Y aquí la mía.

—Sabes que me importas mucho…

—Vale, Amanda, te pillo, no sigas.

—Déjame terminar, Dylan. Te quiero, ahora te escucho y sé que te quiero, que me flipas y que contigo todo es posible, pero creo que no es nuestro momento. Yo no te puedo decir que dejes a tu familia por la misma razón que tú no me lo pides a mí.

—Pero dijiste que ibas a volver, decías que este era tu país.

—Ahora sé que no, España es mi sitio, Dylan, mis padres, mi hermana, mi sobrina, es posible que vuelva a ser tía, no puedo perdérmelo de nuevo. A mi padre lo tienen que operar, mi madre está angustiada… No sé, ahora que estoy aquí, me doy cuenta de lo egoísta que he sido todos estos años. Ellos me necesitan.

—Lo sé…, a mí me pasa lo mismo.

—¿Ves? ¿Qué sentido tiene esto? ¿A dónde nos lleva?

—No sé a dónde puto sitio nos lleva —se muestra enfadado—, lo que sí sé es que nos reencontramos después de muchos años y que fue increíble, creo que para los dos…

—Sí lo fue.

—Yo no me había sentido tan capaz nunca, lo quería todo…

—Y yo, te juro que yo también, pero de momento no voy a volver y…

—No nos merecemos este final, Amanda —me interrumpe.

—Ya, pero…

—¡Joder, no sigas!

No puedo evitar echarme a llorar.

—Shsss —me dice—, no llores, pequeña.

—Es que te quiero mucho, Dylan, de verdad. No hay nadie que me guste tanto, pero es injusto que vivamos en este vacío constante. Lo que me acabas de contar que te ha sucedido, no sé, nuestra AA del móvil tiene que estar cerca, mi teléfono de emergencia, el que quiero que venga si me sucede algo, tiene que poder venir.

—Yo quiero ser tu teléfono de emergencia, Amanda.

—Y yo el tuyo, pero ahora no podemos, y lo sabes. Quizás en unos meses…

—Quizás… Yo sí que creo que es nuestro momento, nos falta el sitio, pero el momento sí lo es. Mientras tú estés viva y yo también, siempre lo será.

Se me debe escuchar un gemido, porque esto último me ha derrumbado. Lloro porque nos estoy haciendo polvo y, sin embargo, no puedo frenarlo.

—Me muero por abrazarte —me dice.

—Y yo… —No hay nada que necesite más que abrazarme a él y llorar este fracaso.

—Adiós, pequeña —se despide—. Estaré aquí, esperándote, hasta que me convenzas de que dejarlo es lo mejor.

—Adiós…

Escucho como cuelga y se me rompe el corazón en pedazos. No nos merecemos este final, efectivamente.

Capítulo 13
Sujétame el cubata

En la actualidad.

Estoy llorando.

Cada vez que rememoro cómo lloraba al despedirse, me ahogo y mi rabia y mi pena la imitan.

Ya está. Se acabó. Ha roto.

Tiene sentido, no le falta razón.

Pero estoy hecho polvo.

Los pensamientos me van pausados, como el sol en verano. Sabía que iba a pasar, esto había perdido todo el sentido, cada vez nuestras diferencias ocupaban más espacio; ella, rica y famosa, yo, humilde y con millones de responsabilidades aquí.

Cómo es la cabeza de caprichosa, ahora que ella se ha ido sus recuerdos vienen. Y los recuerdos no solo son imágenes en tu memoria, fotos que pasan por tu mente sin más, vienen acompañados de un cortejo de emociones, de aromas, de escalofríos, de estremecimientos.

Recuerdo la despedida en el aeropuerto.

O cuando nos apostamos la Navidad.

La cena de despedida en su casa, cuando le pedí, regalándole una crema, que me fuera fiel.

Y cuando apareció en el hospital al nacer Ava.

Me repito a mí mismo lo que le he dicho: ella y yo no nos merecemos este final. Por teléfono. Es que ni por videollamada…

Amanda y yo ya no somos. O eso es lo que ella quiere, yo no estoy conforme, pero de poco me va a servir.

¡Joder!

Me quedo mirando a la pared no sé ni cuánto tiempo, el suficiente para darme cuenta de que compadecerme no me va a aliviar y lo único que voy a lograr es desesperarme. Viajo a mi lista mental de pros, como un náufrago a su salvavidas: tengo una hija, gente a la que importo y un trabajo… por buscar. He de rehacerme e intentar aclararme.

Rachel y Bob están preparando algo de merienda-cena cuando salgo. *Bagel*, humus y pastrami. Al instante saben que me sucede algo malo y como soy de pocos misterios, les cuento mi conversación con Amanda. Y vuelvo a llorar. Delante de ellos, algo que creo que nunca me había sucedido. Porque, al contarlo, se hace más real y tras un día

conteniendo las emociones, estas se revelan y estallan como en una olla a presión.

Rachel me abraza e intenta consolarme, pero no puedo ponerle freno a esto que siento hoy. Todo. Estoy tan perdido como desesperado. Amanda era una pequeña luz en mi abismo y hoy le ha dado al interruptor para apagarse.

Mi teléfono vuelve a sonar y miro con ansias para que sea ella y se desdiga. Pero no, es Michael, de nuevo. Yo ya no tengo nada que hablar con ese señor. Pero insiste e insiste y al final Rachel lo coge. Mi amiga le miente, alegando que estoy en la ducha y le dice que le cuente lo que sea y que luego yo lo llamaré.

Después de varios «ah, vale, sí, sí, OK», cuelga con la cara sonriente. No lo entiendo y Bob tampoco, porque es él el que pregunta primero el porqué de esa alegría repentina.

—¿Sabías que Michael se ha roto una pierna jugando al *squash* y no puede salir de casa?

Le respondo negando.

—¿Y que a Amanda la van a nominar para los Emmy este viernes?

—Sí, eso sí me lo ha dicho, que era muy probable.

—Dice que es seguro, pues bien, en un acto muy generoso por su parte, te ha comprado un vuelo para que viajes a Madrid y seas tú mismo el que se lo diga.

La miro. Ya no tiene sentido ir. No sé por qué sonríe.

—Tú mismo has dicho que no os merecíais ese final.

—Ya.

—Te acaban de dar las llaves para que lo mejores —dice, y sus ojos brillan de expectativas—. De ti depende ser un cobarde o… marcarse un «sujétame el cubata».

—¡Oh, sí! ¡Sujétame el cubata! ¡Sujétame el cubata! —se anima gritando Bob, y consigue que Rachel lo imite y los dos bailen por el salón coreando lo mismo.

Están locos si piensan que me van a convencer de una forma tan pueril.

Capítulo 14
¡Sorpresa!

Dos días después.

—Es mejor que Amanda no lo vea —le digo a Jorge—. Ahora llamaré a Michael. Hay que tomar cartas en el asunto, pero yo ni idea de qué hay que hacer.

—¿Avisar a la policía? ¿O es muy exagerado? Es que ni idea yo tampoco.

—Pero ya es la segunda amenaza que le llega, la primera pensé que era una chorrada, pero ya dos…

—Y encima algo tan tétrico como una muñeca degollada. Hay que estar zumbado —se explaya Jorge—, tú me dirás a quién hace daño tu hermana por ser actriz.

—A los envidiosos. A esos —hablo con rabia. Es mi hermana pequeña y que alguien quiera hacerle daño me hace sacar las garras.

—Menos mal que no está, con los días que lleva, si encima ve esto…

Miro de nuevo la imagen de la muñeca sin cabeza y el mensaje a pie de foto: «Amanda, eres un fraude y lo vas a pagar», y se me escalofría el cuerpo. He logrado controlar las náuseas, pero no descarto que tenga que salir corriendo en breve.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Jorge.

—Regular. Tengo el estómago revuelto.

—Lo normal, ¿no?

—Sí —le digo, restándole importancia. Desde que volvimos hace dos días del ginecólogo no sacamos mucho el tema, solo lo básico. Todavía yo no sé cómo digerir esto y Jorge tampoco.

Cuando llevas mucho tiempo con alguien, sabes cómo interpretar sus actos, sus silencios, sus puntos suspensivos cuando habla. Una persona mientras se comunica desprende un 35 % de componente verbal y un 65 % no verbal, como los gestos, la postura o el contacto visual. Yo, en Jorge, ese porcentaje lo leo casi en su mayoría y diría que él en mí tampoco falla. Y sé que no sabe cómo abordar este tema porque sospecha que nos va a acarrear una discusión. También sé que está deseando afrontarlo porque Jorge es de cumplir los plazos, nunca se retrasa ni deja tareas pendientes.

Lo miro, él a mí. Ya va…

—Alicia, he estado mirando opciones y podemos hacernos un test de paternidad a partir de la semana que viene, que estás de ocho,

¿verdad? —dice, y yo me sorprendo porque no me esperaba esta salida.

—Sí —afirmo sin demostrar entusiasmo—. ¿Cómo es esa prueba?

—Una analítica, sin más… Cara como una tele OLED, pero puede que sea lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿Para quién?

Jorge me mira, confuso.

—Para los dos, Alicia.

—Eso es, pero es que aquí estamos hablando de tres —lo corrijo.

Jorge hace su típico aspaviento de «bueno, sí ya, pero», moviendo las manos como si estuviera echando un mitin silencioso a lo Chaplin y cuando ve que no le respondo, se detiene, serio.

—¿Entonces? ¿Lo tienes claro?

—No, yo no he dicho eso.

—Pues ya somos dos, pero es que Alicia… y si es… ¡Joder!

—¿Negro?

—Sí —susurra—, ¿qué coño le decimos a la gente?

—¿Y vamos a eliminar a un ser vivo de este mundo por lo que piense la gente?

—Sobra mucha gente en este mundo…

—Pero lo que se genera en mi interior no —le digo muy seria —. El resto me da igual.

—¡Joder, Alicia! Es que es muy injusto, no estamos en igualdad de condiciones y no me hagas explicártelo…

—¿El qué? ¿Que yo sí sé que tiene mi ADN? Porque por lo demás a la que pueden tachar de zorrón es a mí.

—Y a mí de pobre hombre. Y esa criatura se va a hartar de oír cuchicheos por donde vaya.

—Para eso estaremos nosotros.

Jorge se me acerca, me coge de las manos y consigue que lo mire a los ojos.

—Alicia, sabes que siempre estoy contigo a muerte, eres mi mujer, mi compañera, la madre de mi niña y una mujer impresionante.

—Pero…

—Pero no me puedes pedir que apueste por esto porque no estoy nada seguro y, conociéndote, entiendo que acabo de colocar mi cuello en la guillotina. Sé que lo vas a tener, que me vas a querer convencer y casi siempre lo has hecho, pero te digo desde ya que en esto no creo que lo logres.

—¿Qué se supone que tengo que entender yo con esto? —Le suelto las manos.

—Quiero que entiendas que yo no voy a pelear por un niño si a todas luces no es mío.

—¿No es tuyo? Tú estabas cuando se concibió, es tan tuyo como mío.

Jorge se calla y me mira. No creo haberle visto nunca esa expresión conmigo. Pena. Lástima.

Se distancia de mí para irse al despacho y, mientras me da la espalda, dice:

—Voy a trabajar. Creo que Rachel me ha enviado los bocetos que le pedimos, ahora te los enseño.

—Vale.

Me quedo sola en la cocina con un agujero en el estómago del tamaño del Bernabéu.

Ricardo trae a Candela junto a sus hijos a casa, que van directos al sótano para que Jorge les ponga una película y él y yo nos sentamos en la isla de la cocina a charlar. Está mucho mejor, vuelve a ser el que fue antes de que falleciera Elena. O por lo menos eso creen casi todos, yo no, yo lo conozco de antes y cuando mi amiga murió, a él se le ensombreció la mirada, como si se le hubieran hundido los ojos de pronto, y ya nunca se los he encontrado igual. También puede que sea yo, que no lo veo de la misma forma porque sé todo lo que ha sufrido.

Me pregunta con timidez por Amanda y me explica que se han conocido en la parada de la ruta. Soy mayorcita ya para entrever que lo ha impresionado. Mi hermana es un bombón.

—Te ha gustado, ¿eh?

—Sí, es muy simpática, me la esperaba más estrella…

—No, Amanda es muy normal o por lo menos yo no le noto que haya cambiado. A veces depende más de cómo te prejuzga la gente. Ya sabes, el típico «se le ha subido a la cabeza» cuando es gente que quizás se han cruzado en una cena de empresa y lo venden como si hubiesen sido amigos íntimos.

—Siempre ha habido postureo y cuentistas. ¿Y se va a quedar mucho tiempo aquí?

—No lo sé, por nuestra parte, todo el que quiera, cada día la necesitamos más con Candela y el nuevo negocio y ahora que van a operar a mi padre…

—Ya, claro…

—Tiene el corazón semiocupado y semiroto, no es buen momento, Ricardo, así que no gastes energías. Yo te aviso cuando la

vea mejor.

—Tú siempre tan directa.

—Nos conocemos desde hace años, para qué andarnos por las ramas. Sé que te ha gustado.

—¿Tanto se me nota?

Le sonrío.

—Mira, Amanda se enamoró estas Navidades de un chico de su pasado, como nunca la había visto… Historia larga. Es muy buen tío, la verdad es esa. Pero ella no puede estar ahora en Nueva York y él tampoco aquí, y ella lo quiere dejar, pero llorando por los rincones. Así que le dije que tenía que hacer algo…

—¿Tú cómo los ves?

—Pues si quieres que te sea sincera, a mí me encantan. Los pude ver juntos y hay una de esas químicas que llaman la atención. Dylan me gusta mucho para ella, sé que la puede hacer feliz, por su forma de ser, es muy tranquilo, muy pragmático, alguien que escucha, transmite confianza…, y es muy pero que muy mono.

—No le puedo hacer la competencia, entonces.

Me río.

—Tú tienes tu público y estás a un paso de mi hermana, que parece que es eso lo que quiere ella ahora.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿Está rodando?

—No, es lo que te iba a contar, pero, espera, ¿tú y los niños queréis ser nuestros invitados?

Suena el timbre de la puerta cuando Ricardo me está aceptando la oferta y como sé que nadie que viva en esta casa va a dejar de hacer lo que esté haciendo para abrir, voy yo.

—Hola, Alicia —me saluda.

Y yo juro que me esperaba ver cualquier cara menos esta.

Capítulo 15
¡Sorpresa! (II)

Miro mi reflejo en el espejo. ¿De verdad la gente se repone de esto y vuelve a tener buen color? La quimioterapia ha arrasado con mi tono natural y luzco un color parduzco, de enferma renal. Por eso apenas me miro. Ahora amo el vaho que se forma en los cristales cuando me ducho. Mi imagen me recuerda que sigo en la lucha, que tengo cáncer y que he pasado tanto miedo que hasta quería irme del todo para dejar de sentir esa angustia.

Nada físico se pueden comparar al estado mental catastrófico que te deja esta enfermedad. Por lo menos para mí. Ni los días peores de vómitos se igualan al dolor que padecí en mis crisis de pánico autosilenciadas. Es que de pronto ves que te puedes morir, que a ti también te puede ocurrir, que no es algo que le sucede a los demás. Y si había un mal momento para irme era este, mi destino quiso jugarme la peor de las pasadas y dificultarme mucho más la maternidad.

Me lavo los dientes con sumo cuidado, mi boca sigue teniendo muchas llagas provocadas por el tratamiento y me escuecen continuamente, aunque ya puedo ir comiendo casi de todo.

Abro la puerta del baño y veo que Luisa espera en la puerta a que salga.

—Perdona, no sabía que aguardabas —le digo.

—No pasa nada —me responde sin apenas mirarme—, no tengo prisa. He preparado pasta, está en la nevera, por si te apetece.

—Gracias, Luisa, pero ya no hace falta que cocines para nosotros.

—Tranquila —me dice—, lo sé. Me entretiene cocinar.

—¡Por Dios, eres perfecta!

—Soy de todo menos eso, pero mi madre se pasaba horas y horas cocinando, teníamos una *trattoria* en Verona y yo la acompañaba, me recuerda a ella. Siempre que preparo algo pienso en qué pensaría ella.

—Pero ¿está bien?

—No, falleció hace un año —se le inundan los ojos—, por eso me fui de Italia, era el momento perfecto para atender mi sueño de ser cantante y alejarme del dolor. Era la mejor…

—Me lo imagino. Pues, Luisa, me encantará probarlo porque yo odio cocinar, al contrario que tú, y también puedes cantarnos a Ava y a mí siempre que quieras.

Ella me sonríe, pero como está emocionada, no habla y pasa al baño. Es preciosa esta muchacha, lástima que sea hetero. ¡Uysss! ¡Es la primera vez que tengo pensamientos lascivos desde el diagnóstico! Eso debe significar que estoy curada, me lo voy a tomar como una señal. La semana que viene me repetirán todas las pruebas para ver si le hemos ganado, pero me quedo con las palabras positivas que me dio el último día mi oncólogo y me agarro a ellas como un pintor a su pincel.

Pintor… Tengo tanto trabajo acumulado que podría pasarme las horas de un mes seguidas sin descanso y no terminaría, por lo que he ido priorizando los pedidos. Anoche envié a Jorge los bocetos para su nuevo negocio de vinos con Alicia y estoy a la espera de que me cuenten. Les he hecho también su marca personal. Siempre me pongo un poco nerviosa con los nuevos clientes. Creo que se me da bien este trabajo porque suelo entender lo que el cliente busca, pero he tenido de todo.

Mi pequeña ruiseñor me llama y voy hacia el salón, donde he dejado su cunita. Se ha despertado y juguetea con sus piernas y manos, lanzando patadas voladoras al aire, como si espantase moscas con sus extremidades. La contemplo. Nuestra hija. Mía y de una de las mejores personas que he tenido delante, Dylan. No pude elegir a nadie mejor. Además de sus atributos físicos, más que destacables, es que es tan honrado, tan fiel, trabajador, comprometido…

Miro a Ava y deseo con todas mis fuerzas que se parezca a él, todavía es muy bebé para saber a quién se asemeja. Ojalá le vaya bien… No se me va de la cabeza. Estoy deseando que me llame para contarme.

Suena el timbre de la puerta. Ava da un pequeño respingo, pero no llora y como Luisa está en el baño, voy yo a abrir.

No me esperaba ni en diez años a quien me encuentro.

Capítulo 16
Fuera de lugar

O no recordaba bien que Alicia tenía los ojos muy redondos, o es la forma en la que me está mirando, como si Thomas Edison levantara la cabeza y viese el precio al que se vende su invento de la electricidad.

Entre sorpresa y susto…, que no son lo mismo.

—¿Te pillo en mal momento? —me hace preguntarle.

La escucho farfullar en español y, entre que no ando muy ducho en el idioma y que apenas vocaliza, la entiendo menos que al pato Donald.

—¿En inglés, por favor? —le ruego sonriendo.

—Ah, perdona, sí, Dylan —me habla en inglés—, es que no te esperaba para nada…

—Ya me imagino, de eso se trataba. ¡Sorpresa! —digo, abriendo los brazos—. Ehh… ¿Está Amanda?

—¿Amanda? Uy, uy… Amanda —titubea.

—Sí, tu hermana, ¿la recuerdas?

—Pasa mejor, pasa… —me dice con una cara de «sí pero no» que me podría hacer sospechar que Amanda está ahora mismo montándoselo con otro y la acabo de pillar, pero como no soy malpensado, voy a optar porque se esté depilando, por ejemplo. De cualquier forma, me adentro en su hogar. Una casa unifamiliar con mucho espacio, el triple que la mía, y con una decoración moderna nórdica que le confiere un carácter sereno y hogareño.

Un hombre al que no he visto en mi vida sale, vestido, de la cocina y Alicia nos presenta. Por lo visto es un amigo y vecino. Sigo sin encontrar rastro de Amanda y sin entender la actitud nerviosa de su hermana, lo que no ayuda a que mi ansiedad se decelere, de hecho, acaba de embragar y meter quinta, me sudan las manos y me estoy poniendo rojo, como comiendo chile a cucharadas.

De pronto, escucho gritos y veo como Candela viene corriendo hacia mí y o la cojo, o nos caemos, así que la agarro al vuelo y la abrazo con fuerza. Ha crecido desde la Navidad y me alegro tanto de verla que se me pasa un poco la inquietud. Me había olvidado de ella, en estos meses me he acordado mucho de la niña, pero reconozco que en este viaje solo iba pensando en Amanda.

Jorge viene a su paso, seguido por dos niños más, y me sonríe amable al verme y se acerca a chocarme. Hablamos lo típico, manteniendo a su hija subida a mí como un koala y cuando ya se nos

acaba el saludo, atisbo en él la misma cara de estupefacción que la de su mujer. Respiro hondo y me repito a mí mismo que me tranquilice, como si eso sirviera de algo.

En esta casa se cuece algo…

—Por lo que veo, no está aquí Amanda, ¿verdad? —les pregunto, y ellos afirman, se miran entre ellos y nadie dice nada más —. Pues aprovecho para deciros que, además de lo evidente, he venido a traerle una nominación a los premios Emmy.

—¿Cómo? —me pregunta Alicia.

—Sí, ha sido idea de Michael, quería haber aparecido él, ya lo conocéis, pero se ha lesionado la pierna y se le ocurrió que podía venir yo. Al ser tan repentino y sorpresa, no he avisado —me excuso—, ¿va a tardar mucho Amanda?

Miro a Alicia, que a su vez mira a Jorge, que a su vez me mira a mí, y ninguno habla. Es que prometo que les veo bocadillos tipo cómic por encima de sus cabezas en los que leo, «díselo tú», «no tú»… Y entonces escucho a mi pequeño koala colgado.

—Pero si la tía se ha ido a Nueva York…

Capítulo 17
Una cita en el aire

—¡Amanda! —expresa Rachel, consternada—, ¿qué haces aquí? ¿Has vuelto? —se atropella.

—Hola, Rachel —le digo, y doy un paso para abrazarla. En todo el viaje solo he pensado en Dylan, pero ahora que la tengo delante, me doy cuenta de que la he echado de menos. La encuentro más delgada y con un color de piel entre malo y pésimo, sin embargo, en general, está mejor de lo que pensaba, por lo menos, su vitalidad perdura indemne y ese es el sello personal de Rachel.

Cuando nos soltamos, ella me contempla y me regala una sonrisa franca, aunque en sus ojos se eleva una bruma, de esa que avisa que algo más sucede.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Pasa, pasa mejor —dice mientras tira de mi brazo.

Al acceder a la vivienda, los recuerdos regresan en tropel: la cena en la que la conocí, a Bob escupiendo absurdos, las risas de los tres y mis ratos a escondidas con Dylan por su piso, sus caricias bajo la mesa… Eso sí, descubro algo totalmente novedoso, el ambientador a bebé, como en una escuela infantil.

Una chica viene a nuestro encuentro al salón y nos contempla, diría que entre anonadada y asqueada. Sé quién eres, guapita de cara… Me la esperaba más bajita, tiene un tipo perfecto, con las curvas justas, como esculpida. Es Luisa, la famosa y perfecta cuidadora italiana.

Rachel nos presenta y yo, no me digas por qué, estiro la mano en plan formal, será porque no me apetece dar dos besos a esta diva. ¿Celos? ¿Desconfianza? Lo ignoro, tampoco es que su mirada me empuje a achucharla como una abuela, me está repasando sin reparos y sin disimular que no soy su plato preferido del menú. Lo que sea que siente es mutuo.

—¿Dónde está Ava? —le pregunto a Rachel—. Me encantaría verla.

—¡Pues claro! —Rachel me da la mano y me conduce a la cunita, que se halla cerca del radiador, y allí me encuentro al miniclón diminuto y femenino de Dylan. Me llevo las manos a la cara de la impresión.

—¡Ohhh! ¡Cuánto ha crecido! —manifiesto, entusiasmada—. ¡Es clavadita a Dylan!

—¿Sí? ¿Eso crees? —me pregunta Rachel—. Yo no lo tengo tan claro.

—Pues yo lo veo cristalino —sonrío—. Está preciosa, Rachel, qué bonita… ¿Y tú, cómo estás?

—¿Yo? ¡Mejor! Ya he acabado el tratamiento y cada día me encuentro un poco más fuerte, la semana que viene me repetirán las pruebas y si está todo bien, habremos terminado. Crucemos los dedos.

—Crucemos los dedos, pues —repito.

—Pero, bueno, y tú, ¿qué haces aquí? ¡No te esperábamos! —vuelve a la carga y no puedo evitar sentir cierto bochorno.

—Sí, es que ha sido muy improvisado… Mi hermana me compró el vuelo y casi que me empujó al aeropuerto, una larga historia, pero imagínate a Alicia decidida, no hay forma de negarse.

—Me puedo hacer una idea. Entonces, ¿no ha sido cosa tuya?

—De primeras no, pero durante el vuelo me convencí a mí misma de que era lo mejor. Necesito hablar con él, Rachel. Me imagino que sabes que… —Me detengo, no quiero hablar de la ruptura delante de Luisa y dejarle la pista abierta. ¿Y por qué no? Algo en lo que debo reflexionar, pero luego.

—Sí, lo sé, claro que lo sé. Estoy muy triste por vosotros. Pero es que Dylan no está.

—Ya, ya veo… ¿Y dónde? Bueno —freno para no parecer una entrometida—, ¿a qué hora volverá?

—Ehh, es que… —se traba Rachel.

—No va a venir. —Escucho a Luisa con tono jocoso.

—¿Cómo? ¿Dónde está? —les pregunto—. Me dijo que lo habían echado del trabajo, por eso me he decidido a venir sin llamar.

—Pues mal hecho —vuelve a hablar la italiana con el mismo tono de antes, y no, no es cuestión del acento musical de los reyes de la *pizza*, esa mujer se está descuajeringando de risa por dentro, lo mires como lo mires (y yo lo miro bien, pero me lo tomo mal, quiero constatar la aserción).

—¿Por qué? —salto a la defensiva, perdiendo un poco los papeles, y eso para una actriz es, por lo menos, decadente.

—Porque…

—Porque a estas horas estará en Madrid —interrumpe Rachel a Luisa.

—¡¿Cómo?! —exclamo.

—Que ha pensado lo mismo que tú y se ha ido a verte, Amanda, tal cual.

Me tengo que sentar porque se me doblan las rodillas del colapso. Dylan está en España y yo aquí. Hay que ser idiotas. ¿Puede haber una casualidad más grande y estúpida que esta? Los dos pretendíamos sorprendernos y lo hemos hecho, pero bien, a lo

Melania Trump cada vez que su marido despierta sano como un roble.

Luisa me trae un vaso de agua y se lo acepto porque mi boca está tan seca que podrían pegárseme los carrillos.

Después del primer impacto y de digerir el chasco con toda la solemnidad que puedo, Rachel me pregunta si tengo algo que hacer y como ya he pasado por casa y no he quedado con nadie, le digo que no. Así que llama a Bob para que, al menos, lo vea a él también.

Mientras lo esperamos y pedimos cena a domicilio, busco un poco de intimidad y me salgo a la escalera de emergencia para llamar a Dylan. Hace una noche maravillosa. Hubiese sido perfecto pasarla con él.

Estoy más nerviosa que el otro día y cuando descuelga, creo que el corazón se me va a salir de la caja torácica.

—Amanda, no puede ser… —descuelga al primer tono. Lo escucho entristecido.

—Ya lo sabes, ¿no?

—Claro, acabo de llegar a la casa de tu hermana y me lo ha contado. Te estaba llamando. ¿Y tú? ¿Dónde estás?

—Pues en tu casa, en la escalera de emergencia. Me he salido para hablar contigo y que me entrara una gota de aire, creo que llevo sin respirar desde que aterricé —le soy sincera.

—Y yo… Estoy fuera, en el patio. Vamos a cenar con un vecino y sus hijos. He conseguido despistar a tu sobrina, se me había colgado como una mochila, me ha destrozado las lumbares —bromea, y yo me río.

—Pues yo he visto a tu niña. En directo es clavadita a ti y Rachel ha llamado a Bob para que cenemos juntos. El mundo al revés, Dylan. Tú allí y yo aquí.

—Ya, el destino es un bromista.

—Pues a mí no me ha hecho nada de gracia. ¿Será una señal?

—¿Buena o mala? Porque, aunque el resultado es malo, la señal es buena, los dos hemos pensado lo mismo, estamos más conectados de lo que creías.

—Si lo miras así… —le digo.

—¿Cuándo regresas? —me pregunta.

—El domingo, era una visita exprés. Operan a mi padre la semana que viene y quería estar. ¿Y tú?

—También. El billete me lo compró Michael y ni me preguntó.

—Entonces, ¿no nos vamos a ver? —me quejo.

—Pues parece que no.

—¿Y por qué te compró el billete Michael? ¿Qué me estoy perdiendo?

—Porque… Bueno, total, te vas a enterar en breve, quería que yo te dijese que te acaban de nominar a los Emmy.

—¿En serio?

—Sí, a la mejor actriz.

—¡Madre mía! —me emociono tanto que siento como las lágrimas se me escurren. Nominada a los Emmy, esto no me puede estar pasando. Después de tanto esfuerzo, de tanto sacrificio… Yo. No me lo creo.

—Enhorabuena, Amanda, te lo mereces. Vi la serie y haces un papel increíble. —Escucho.

—¿La viste?

—Pues claro.

—¿Superaste las reticencias?

—Desde que te vi en el musical, ¿no te acuerdas?

—Sí, claro, es verdad, el día que casi mueres congelado.

—Mis pies nunca han vuelto a ser los mismos —bromea—, pero mereció la pena, ahora soy uno de tus *fans*. Me hubiese encantado celebrarlo contigo, de la forma que sea…

—Ya… yo quería verte para poder despedirnos bien, no así.

—Y yo…

Se me ocurre algo.

—Dylan, ¿y si cambio el vuelo y voy mañana a España?

—Sería perfecto, pero mi vuelo sale el domingo por la mañana.

—¿Tan pronto?

—Sí, le dije que necesitaba regresar el domingo porque tengo concertadas varias entrevistas de trabajo para el lunes.

—¡Jooo!

—¿Y si vuelo yo mañana?

—El vuelo Madrid-Nueva York en fin de semana es el domingo por la mañana y llegas a primera hora aquí, justo cuando salgo yo.

—¡Qué desastre! Pero, espera, y si lo cambiamos por algún vuelo con escala, ¿podría ser?

—Sí, eso sí… —le respondo—, espera, que llamo a Michael, su secretaria es un hacha en todo lo concerniente a viajes; si existe alguna opción, ella la encuentra.

—Sería genial.

—¿Estás de acuerdo? —le pregunto.

—¡Pues claro!

—¿Y hasta cuándo tienes de plazo?

—Tengo hasta el lunes a las seis —me responde.

—Pues llamo a Michael y en cuanto sepa algo, te digo, ¿OK?

—Genial. —Lo escucho animado.

—Dylan —lo interrumpo antes de que cuelgue.

—Dime.

—No deshagas la maleta, puede que tengas que salir en breve.
—Sin problema, ojalá podamos vernos.
—Ahora te cuento, mientras, disfruta de mi familia.
—Y tú de la mía, y celebra tu nominación.

Capítulo 18
Se abre el juego

Un día después.

He aterrizado hace dos horas y no he dejado de mirar la pantalla de llegadas desde entonces, como si un fantasma «putiniano» me tirara del cuello para impedir relajarme. Ha salido con retraso, eso lo sé, me ha escrito antes de despegar y ya no he vuelto a estar al corriente de nada de ella.

Mi vuelo a París ha durado poco más de dos horas, pero el suyo tiene un tiempo estimado de siete y, por el desfase horario, a Amanda no le ha quedado otra opción que salir de noche y dormir en el avión para poder aprovechar el día aquí. Se ha pasado el viernes volando, apenas si estuvo cuatro horas en Nueva York.

Si todo va bien, y yo ya no doy nada por sentado, vamos a pasar la tarde-noche juntos en París y en la madrugada nos despediremos, por culpa de mi temprano vuelo.

Nunca he visitado París, Amanda sí, pero yo no. He malgastado mis pocas horas de sueño esta noche intentando buscar paseos inolvidables por París, y digo malgastado porque nada me servía puesto que mi concentración era menor que la de mi hija Ava.

Y ahora, en esta espera, he intentado lo mismo, pero la labor me está resultando igual de infructuosa. No me concentro, estoy demasiado nervioso. Además, creo que nos va a dar igual el lugar en el que estemos, puesto que no es un encuentro romántico, es más bien todo lo contrario. Vamos a citarnos en París para dejarnos, debemos ser los únicos en el mundo.

Al menos, he podido despedirme de su familia y de Candela. Les he cogido cariño en este tiempo, sobre todo a ella. La pobre me insistía en que tenía que ir a su cumpleaños el fin de semana próximo; yo ni confirmaba ni desmentía para no fastidiarle la ilusión.

Por la noche, cuando todos dormían, pude hablar con Alicia y sin que le preguntara ella me contó lo de su embarazo y como se concibió. Estábamos un poco achispados y nos dio por reír, pero el asunto es tan peliagudo que yo mismo no sabría qué decisión tomar. Y lo de que hagan tríos…, en parte lo entiendo, pero yo creo que ese tren ya pasó en la universidad, yo ahora no podría compartir a mi pareja.

En la pantalla, por fin, se ve un cambio en las letras del vuelo de Nueva york, ahora pone aterrizando, sin embargo, mis jugos

gástricos acaban de despegar hacia arriba. ¿Cómo puedo estar tan infantilmente nervioso?

Existe una razón. Amanda siempre ha sido mi debilidad y me lo quise ocultar tras lo que nos pasó en el programa, cuando a mí me sacaron una novia antigua y ella me dejó en pleno mes de prueba.

No la llegué a odiar, pero casi. Sabía que tenía sus razones, que ella luchaba por ser actriz y se debía a Michael. Actuaba tal cual él le ordenaba porque era una bailarina perdida a la que él le había prometido el éxito, y se lo dio, no digo yo que no, pero a veces el fin no justifica los medios. Durante todos esos años, bloqueé su recuerdo, pero sabía que se había clavado en mí como una astilla de esas silentes, que te dejan marca pero no duelen porque te acostumbras.

Cuando la vi tirada en el suelo, atropellada por el patinete de Bob, el deshielo me inundó de sus huellas en mi vida, esas que yo había sitiado por orgulloso. Y una vez que algo se descongela, ya no se puede volver a congelar, mis sentimientos afloraron como una primavera en febrero, repentina e imprudente pero maravillosa.

Fue solo una semana, siete días en Navidad, los suficientes para constatar que entre nosotros fluye algo único, no es solo pasión, es más, es complicidad, cariño, ganas…

No sé qué va a pasar hoy.

Lo que sí sé es que estamos en bandos opuestos, ella quiere despedirse y yo no. Hemos venido a negociar, como si fuéramos agentes del *brexit*.

Te aviso, que tal como soy, un ser competitivo, amigo de las apuestas y enemigo de la derrota, yo no pienso perder.

Las letras de la pantalla han vuelto a cambiar.

Amanda ya está aquí.

Se abre el juego, señores.

Capítulo 19
Te apuesto parís

El avión acaba de aterrizar y estamos yendo hacia la puerta. Todavía tenemos que tener el cinturón puesto y, sin embargo, ya hay gente en pie. Siempre ocurre igual, los azafatos deben estar tan acostumbrados a las prisas de la gente que se lo tomarán con resignación. El mensaje de que todavía no se pueden quitar el cinturón y debemos permanecer en los asientos tiene que estar grabado y saltará de forma programada. Hacía tiempo que no volaba en segunda, pero veo que no ha cambiado nada.

Al principio fue incómodo porque un grupo de jóvenes me reconoció y estuvieron yendo y viniendo al baño para cotillearme. Yo solo quería dormir, pero que me fotografiasen durmiendo no era mi mejor plan, así que aguanté hasta que se les pasó la novedad, me tomé una pastilla y caí muerta hasta ahora. Cinco horas exactas, no está tan mal.

Todavía me siento un poco débil. No suelo necesitar medicación para dormir, pero hoy era estrictamente necesario y creo que este estado resacoso, como un aletargamiento de mi aparato locomotor, me va a durar, por lo menos hasta que lo vea. La adrenalina actuará como cafeína en vena cuando Dylan se presente delante de mí.

Me acuerdo de que cuando compré mi primer coche y esperaba a que me lo diesen, me obsesioné con la guantera, mi pequeño armario propio. Pues bien, ahora estoy ofuscada por olerlo, por abrazarlo, y que su aroma invada mis fosas nasales. Solo pienso en eso. Malo cuando la idea es alejarlo de mí.

Igual cuando lo tenga delante, lo que nos unía se ha enfriado. Puede ser, cuando ansías mucho algo, la realidad te da de bruces. Como tantas y tantas futuras novias que en su primera prueba de vestido, meses después de comprárselo, se llevan un chasco melodramático. Puede que al ver a Dylan mis duendecillos estomacales no taconeen a lo Billy Elliot, como solían hacer. Puede… Aunque de momento están calentando, ya sufro sus entrenos.

Por fin el avión se detiene y el motor deja de rugir. La señal de cinturón obligatorio se apaga y la muchedumbre se levanta como si estuviesen a punto de bombardearnos. ¡Qué exageración! Yo voy a salir la última, tranquilamente o, al menos, lo aparentaré.

Cruzo las puertas de salida, arrastrando mi pequeña *trolley*, creo haber sido la última porque ya no hay nadie esperando. De primeras no lo veo. Respiro hondo. No está.

—Te lo has tomado con calma… —Escucho a mi izquierda y me sobresalto. Por inercia me vuelvo hacia la voz y sé antes de enfocar que es él. Estaba apoyado en la cristalera. Lo veo. Lo tengo delante. Estoy bien, no pasa nada, relájate, Amanda, sonríe. Y eso hago. Él también. Se levanta las gafas de sol y las apoya en la cabeza, solo ese gesto me impresiona, se me había olvidado lo definido y masculinos que son sus movimientos. Pero aún peor, no recordaba lo guapísimo que es al completo, no dividido a trozos por una pantalla. Lo admito, estoy muy nerviosa. He añorado tanto este momento que se había convertido en una secuencia de ficción en mi cabeza y ahora que es verdad estoy desbordada, me cosquillean todo el cuerpo.

Como no consigo mover mis piernas, es él el que se acerca, a ralentí, como cuando ves una película en una plataforma y en el mejor momento te falla internet y te va a saltitos. Dylan camina con pequeñas interrupciones, probablemente, para exigirme que también yo vaya hacia él. De nada le sirve, estoy patidifusa. Lo que dije antes de mis duendes… se han calzado y zapatean como gigantes.

Se detiene a una distancia de dos pasos, retador, sonriente e increíblemente atractivo. Intento enfriarme captando detalles como su ropa, lleva vaqueros negros gastados, una chupa de cuero gris estilo motorista y una camiseta blanca básica de cuello de pico que deja ver el final de su cuello o el principio de su musculado torso, según lo mires. Y se me hace la boca agua, como si fuera un *bagel* tostado de queso fundido todito para mí.

—No sé cómo nos tenemos que saludar, ¿tú qué opinas? —Lo escucho y vuelvo a la realidad, expulsando las ensoñaciones en las que le comenzaba a hincar el diente. Comparar a Dylan con comida no es buena idea. ¿Cómo nos saludamos? Esta pregunta me da tanta pena…

Levanto los hombros y hago un esfuerzo por no echarme a llorar. No sé si de los nervios, del colapso o es porque la última vez que nos vimos no había censuras.

—Yo quiero abrazarte, ¿puedo? —me dice muy bajito y con una timidez sugerente.

Sigo perpleja y por tanto muda, aunque consigo mover mi cabeza en repetidas ocasiones en señal afirmativa, como el brazo del famoso gato gordo chino del que nunca he entendido el éxito.

Entonces Dylan deshace los dos pasos que nos separaban y me veo envuelta en sus brazos y absorta en su aroma, ese olor que he añorado durante todo el viaje y que ha superado mis expectativas. Solo él es capaz de eso, superar mis expectativas.

Me aprieta fuerte mientras susurra palabras ininteligibles y yo

me dejo llevar, tanto que estoy llorando a lágrima viva. ¡Para, Amanda! ¡Para!

Se separa de mí, es probable que al notar la humedad en su cuello, y me inquiere impaciente:

—¿Qué pasa?

—No lo sé —le digo.

—¿Te he apretado demasiado fuerte? —dice en broma—. Tenía tantas ganas de verte… —se sincera, y percibo como, aunque intenta sonar animado, hay fugas de lástima y escapes de confusión—. No, en serio, ¿por qué lloras?

—No lo sé —le repito—, será por pena.

—¿Pena? ¿Justo ahora que estamos en París juntos? ¿Ahora que te has pasado casi todo un día volando, pisas tierra y tienes pena? No, hombre, no… Vamos a pasarlo bien, quiero a la Amanda sonriente. Regálame eso estas horas que tenemos por delante y ya habrá tiempo de llorarlo —se expresa mientras me seca las lágrimas con sus pulgares y siento como si se fuesen a quedar sus huellas dactilares tatuadas en mis mejillas.

—Dylan, yo…

—Shsss, lo sé, pero yo no conozco París y tú sí. Si no quieres que odie esta ciudad admirada por todos, dame al menos la tarde para disfrutar y cuando nos quede poco, ya hablamos de temas serios.

—Dylan, que te conozco…

—Por eso, porque me conoces y sabes que no me gusta perder, no me vas a convencer. Son las dos de la tarde, tenemos hasta las cinco de la mañana para concretar lo que se supone que tú quieres para nosotros.

—¿Lo que yo quiero? —le pregunto—, ¿tú no?

—Rotundamente, no —me responde, seguro.

—Pero eso no me lo dijiste el otro día —le reprocho.

—Porque solo hablabas tú y estaba en *shock*, pero estos días lo he pensado y ahora que te tengo delante, lo corroboro, no nos merecemos este final. Tirar la toalla.

—Pero si no nos vemos, Dylan…

—Pues haremos por vernos.

—Eso dijimos y mira la que hemos tenido que montar para estar juntos más de diez horas.

—Rachel ya está mejor y no tengo trabajo, me sobra tiempo libre.

Lo miro. Es tan guapo y provoca tantas corrientes en mí que me cuesta contenerme para no besarlo hasta que nos duela a los dos.

—Estás muy guapa —me susurra al oído con ese calorcito de su aliento incluido—, aun sin dormir eres preciosa.

—Has venido con toda la munición.

—Estamos en tiempos de guerra en Europa y tenía que pisar el viejo continente preparado —me guiña un ojo—, pero esto era improvisado, decirte que eres guapa me sale sin pensar.

Sonrío de oreja a oreja.

—Eso es —dice, y me besa en la frente mientras me coge las manos—, sonríe. Vamos a pasarlo bien, pequeña, enséñame París.

—Pero, Dylan, en serio, no podemos seguir así, tan lejos… Yo no sabía que era celosa hasta ahora, cuando no me llamas, a veces pienso mal, y eso me carcome, odio comportarme así. Luego salen todas esas fotos, no sé, es que yo no puedo tener una relación a distancia y menos contigo.

—¿Conmigo? ¿Con otros sí?

—Con alguien que me guste poco sí podría, pero contigo pierdo el norte. Vivo enfadada por no tenerte.

—Amanda yo no te voy a engañar, es absurdo hasta que lo digas.

—No es solo eso, es que… Jo, es que ahora, aquí… te tengo y todo pierde el sentido.

—Dime si tengo alguna oportunidad.

No puedo decirle que no, pero tampoco afirmar.

—Me lo tomo como un sí, mira, Amanda, hagamos una cosa que la otra vez nos sirvió, hagamos una apuesta.

—¡Ya estás!

—Shsss, escucha…

—¡No siempre te va a funcionar!

—¡Escúchame, anda! Amanda, te apuesto esta tarde en París que tú y yo volveremos de la mano la próxima vez.

Ignoro desde lo más profundo de mi ser qué contestar, porque si lo escucho me ajusto a la utopía y me dejo llevar, pero si me escucho, el pesimismo por los meses de dudas y deshielo me lo prohíben. Si me centro en los efectos, su apuesta es de final feliz y alegría, y la mía es de conclusión desilusionante y amarga. Su apuesta trae risas, la mía, lágrimas, pero la mía es probable y la suya, fantasía… En resumen, ni idea. Aunque, si me avengo a lo que siento aquí y ahora, escogería jugármela.

Elevo las cejas y me escucho valiente y decidida responderle:

—Te apuesto esta tarde en París que pasamos unas horas que nos servirán para aclararnos y darnos cuenta de que la distancia no se nos da bien y que lo mejor es dejarlo por ahora.

Dylan estira una mano para sellar la apuesta y repite:

—Te apuesto París a que no.

—Te apuesto París a que sí.

Se enciende una chispa en mí que hace meses se apagó y me hace sentir en casa.

Capítulo 20
¿Crees en el amor?

Amanda…

La observo masticar el último bocado del crepe, cierra los ojos, exhala un gemidito y lo disfruta como si no hubiera comido en meses, su cara de placer es tal que me está poniendo de los putos nervios, o más bien en celo, como un animal enjaulado al que acaban de soltar. No ayuda nada el jersecito que ha escogido para hoy, de esos que son anchos y se mueven por el escote, permitiéndote tener vistas diferentes a cada segundo. Desde que se ha quitado la gabardina, me duelen los ojos de intentar frenarlos.

Me mira feliz y, al ver mi rostro contrito, sonríe y me pregunta:

—¿Qué te pasa? ¿No te ha gustado? —duda al ver mi plato vacío.

—No, nada… No es eso, estaban muy ricos.

—Venga, no seas… ¿Qué te pasa?

—Que nada, es solo que apuntaré en mi memoria que no vuelva a comer crepes contigo si no te puedo llevar a la cama después.

Amanda tarda unas décimas de segundo en entenderme y está claro cuándo lo hace porque el rubor enciende sus mejillas.

—¿Lo he gozado demasiado? Es que me encantan.

—Diría que no has tenido ni una pizca de compasión por este pobre hombre y que en otra época te hubieran detenido por escándalo público.

Amanda se ríe, y eso es aún peor para mis hormonas. Su risa es lo más afrodisiaco que he probado jamás. Intento pensar en otra cosa porque la excitación y sus consecuencias están empezando a dolerme.

—Conocí esta crepería hace años, cuando viajé con la compañía de *ballet*. Nos invitaron al ver la actuación y desde entonces siempre que vengo a París no me la salto.

—No me he fijado en el nombre —le digo.

—Creperie L’Hermine, estamos cerca de la plaza de la Bastilla, aquí hay muchísimas creperías, pero o están atiborradas, o te sientan casi pegado al de al lado y a mí eso no me gusta, prefiero la intimidad.

—Tiene sentido, viendo cómo comes…

Amanda se acerca para empujarme en un hombro.

—¡Qué idiota! Pero es en serio, odio los restaurantes en los

que comes casi en el plato del de al lado y le escuchas toda su conversación. En Nueva York han crecido como setas este tipo de sitios.

—¿Ehh? ¿Como setas? No te entiendo. ¿En forma de seta?

—¿Qué? ¡Noo! Que han aparecido muchos, como las setas en temporada, es algo que se dice en España —sonríe.

—¡Ahhh! ¡Qué susto! Me veía entrando en setas, como los pitufos.

Nos miramos y rompemos a reír los dos a carcajadas, de esas que desatascan y se llevan los nervios por la alcantarilla. Cuando conseguimos parar y tomar aire hondo, le digo:

—El sitio es muy bonito, aunque a mí me gustan más con forma de…

—¡No, no lo digas! —me interrumpe. Hemos entrado en bucle y es cierto que nos mira todo el local. Hago un esfuerzo por contenerme y, recapitulando lo que iba a preguntarle antes del recuerdo a los pitufos, levanto las manos en señal de paz y digo:

—Vale, vale. Bueno, y ahora, ¿a dónde vamos? Tú eres mi guía.

Amanda me mira pensativa, todavía con restos del atracón de reír en su cara.

—Tampoco es que yo sea una experta, he venido varias veces y he ido a los sitios de siempre. Yo creo que es indispensable acercarnos a la Torre Eiffel, a Montmartre o al Arco del Triunfo, o si te apetece podemos coger un crucero por el Sena y luego tomar alguna copa en el barrio latino. De museos, no, ¿verdad?

—No, no hay tiempo —le contesto—. Yo prefiero pasear, con algo de sentido pero sin nada establecido, que la ciudad nos conquiste.

—París te va a conquistar vayas por donde vayas, Dylan. Es tan distinta a Nueva York…

Amanda mueve la cabeza hacia los lados, iluminada por una sonrisa divertida.

—¿Qué? —le pregunto.

—No, es que… cuando supe que íbamos a vernos en París, me hizo recordar una película.

—¿Una película?

—Sí, es una especie de trilogía que he visto varias veces porque los diálogos son muy buenos, la de París es la segunda, *Antes del atardecer*.

—¿La de una pareja que se conocen en un tren y solo salen ellos dos?

—Sí, esa.

—Creo que solo vi la primera, no me suena nada de París —admito.

—Pues la segunda es varios años después, él ha escrito un libro basado en ese encuentro y va a París a promocionarlo y ella, que vive allí, acude a la presentación. Solo tienen unas horas, él debe coger el vuelo, está casado, ella tiene novio…

—De partida, peor que nosotros —le digo.

—Sí, claro —se ríe—, hasta creo recordar que él tenía un hijo.

—¡Empate! ¿Y acaban bien?

—Pues vas a tener que verla, comprenderás que odie los *spoilers*. —Me guiña un ojo—. El caso es que me gustaría ir a la cafetería donde toman algo… Suelo hacer estas cosas, no sé si lo sabías.

—¿Cuáles?

—Conocer los lugares que salen en películas o series. Me fascina verlos en directo y si merecen la pena, los repito, creando mi propia rutina.

—Pues no, no lo sabía, pero me encantaría acompañarte en tu tradición.

—A esa cafetería ya fui y me gustó mucho, es normal, pero me siento que puedo hablar de cualquier cosa, como en la película.

—Pues vayamos y tomamos el café allí, ¿está cerca?

—Sí, podemos ir andando, a diez minutos.

No tardamos en llegar a Le Pure Cafe, aunque si hubiese sido por mí no llego, está como escondida en un entresijo de calles. Amanda y yo vamos hablando con mucha más normalidad que al vernos en el aeropuerto. No estamos al cien por cien, se nos nota atropellados en ocasiones y comedidos en otras, pero creo que poco a poco nuestra química derrotará esta ansiedad.

Es una cafetería antigua, con una fachada típica parisina roja y mesas en terraza. Aunque hace muy buena tarde, optamos por el interior, que tiene pinta de coleccionar miles de historias. La barra está en el centro, de forma que puedes rodearla y caminar por todo el local.

Tomamos asiento muy cerca del ventanal que da a la calle y la veo sonreír, ilusionada.

—Creo que esta es la mesa en la que se sientan los protagonistas de la película, siempre que he venido estaba ocupada.

—No sé si alegrarme o preocuparme por tu nivel de friquismo. ¿Cuántas veces has visto la película?

—Creo que dos, pero retengo con facilidad esas cosas —se excusa.

—¿Y de qué hablan en la película?

—De la conversación no me acuerdo, pero sí de las sensaciones; están nerviosos, se acaban de volver a encontrar, ninguno quiere meter la pata.

—Como nosotros.

—Un poco sí, pero, sin que te vengas arriba…, me alegro mucho de que lo hayamos hecho, Dylan, pase lo que pase.

—Y yo, yo también me alegro, lo único es que me gustaría relajarme y me cuesta, no sé si a ti también te pasa.

—Claro —resopla.

—Porque es como si sintiese que me están apuntando con una pistola y o te conquisto de nuevo, o *game over*, en plan *La purga*.

—No he visto *La purga*, me parece que deber ser tan *gore* que me echa para atrás, y otra cosa —dice, y se toma una de esas pausas en las que lo veo dudar—, no tienes que conquistarme de nuevo

—¿No? —le pregunto, atrapándole la mano que había dejado posada en la mesa. Ella mira nuestros dedos entrelazados y se queda quieta—, ¿recuerdas que necesito tocarte?

—Sí… —suspira, entrecortada.

—¿Por qué dices que no tengo que conquistarte?

—Lo sabes.

—No, no lo sé.

—Dylan, conquistarme no es el caso, es mantenerlo —me dispara sin silenciador.

—Pues para eso he venido, para encontrar una solución.

—¿Y si somos una de esas parejas que a la larga se aburren? ¿Y si solo funcionamos en periodos cortos?

—Me encantaría aburrirme contigo.

—No, no es conmigo, es de mí.

—¿Y por qué piensas eso? ¿Por qué te vas tan lejos? Aunque de cualquier forma, no creo que me aburra de ti, Amanda, será más bien al revés. Yo tengo poco que aportarte en tu tipo de vida. Conoces a diario a gente extraordinaria, yo soy un pelele a su lado.

—¿Un pelele? Mira, Dylan, conozco a diario a gente, otra es que sean extraordinarios. Puede que hayan viajado mucho, que sepan de todo, que coman en los mejores sitios y tengan el dinero por castigo, pero con pocos me pasa lo que me sucede contigo.

—¿El qué?

—Ya te lo digo otro día.

—Ah, no, me lo dices ahora, ¿qué te pasa conmigo?

—Es que…, bueno, que cuando te miro, me siento tan bien, tan yo… porque eres auténtico, Dylan, no gastas tiempo fingiendo, tú eres, y eso no lo veo a diario. En mi vida como actriz estoy rodeada de hipocresía, de gente que opina una cosa y hace la contraria por

agradar, por conseguir el papel o por tener más seguidores.

El camarero viene a tomarnos nota y Amanda retira la mano como por acto reflejo, eso también lo hacía en Nueva York, teme a los fotógrafos. Tampoco creo que se la reconozca, se ha puesto sus gafas de pasta de mentira y va peinada con una coleta de esas deshechas que no son típicas de estrellas de Hollywood y a mí me fascina porque me deja en primera línea su cuello y lo estilizado que es. No puedo dejar de mirarlo, quizás de las ganas que me dan de tirar la mesa y besarlo y lamerlo hasta saciarme. Lo de su cuello suele ser el principio de mi fin. Intento esforzarme por pensar en otra cosa.

—Eh, perdona por… —se traba—, es que no quiero que nos fotografíen. No es por…

—Lo sé, tranquila, tranquila, aunque de momento sigo siendo tu pareja para el resto del mundo.

—Ya, pero no me gustan los robados y si puedo evitarlos, mejor. Cuéntame algo, Dylan, esta cafetería está concebida para charlar, quiero saber qué tal con Ava, cómo te ves en tu nueva faceta de padre…

—Pues bien, pero tampoco del todo, es decir, no lo estoy disfrutando como pensaba y me preocupa.

—Bueno, es que tienes mucho, Dylan, no das abasto, es normal.

Y no sé si por el café, por el lugar o porque a ella no le puedo mentir, le cuento a Amanda lo que me lleva carcomiendo todo este tiempo con Ava, que la quiero, pero me agobio cuando estamos solos y no me veo capaz y que hasta prefiero trabajar. Amanda me escucha sin interrumpirme y luego ella me cuenta que estar con su sobrina las veinticuatro horas del día no es tan fantástico como parece y que pierde la paciencia más veces de lo que imaginaba, pero que ha llegado a la conclusión de que así es la vida, que nada es totalmente perfecto y que cuando llegas a la cima de algo, lo siguiente ya solo puede ser bajar.

Pienso en ello para debatírselo, aunque ahora mismo no encuentro como revocárselo y me callo.

Terminamos nuestro café y decidimos ir a los alrededores de la Torre Eiffel. Como nos pilla lejos, cogemos un taxi.

El conductor es parisino auténtico y, al constatar que somos turistas, nos va detallando en un inglés, diría que inventado, todas las curiosidades de los lugares por los que pasamos. Al principio nos sentamos lejos, cada uno en una ventanilla, pero en una curva tomada con energía, Amanda se desplaza hacia mí y no puedo evitar pasarle el brazo para que se recueste en mi hombro, ella levanta la cabeza para mirarme a los ojos, después cede y, además, me acaricia la mejilla. Solo con esto creo que se me va a salir el corazón del pecho.

Me sorprende mucho más de lo que me esperaba y Amanda lo celebra. Comenzamos por la plaza de Trocadero donde nos hacemos muchos *selfies* juntos, sin tener la mejor panorámica porque hay cientos de personas y podrían reconocer a Amanda. Después bajamos y paseamos por los Campos de Marte, donde ganamos algo de anonimato y como sucedió en el taxi, al principio caminamos separados, pero en un descuido mutuo nos damos la mano.

—¿Crees en el amor? —me interroga.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿Es de esas trampa?

—No, es tal cual, que si crees en el amor.

—No sé, es que soy poco filósofo yo, Amanda…

—Pero no es filosofía, es solo saber si crees en el amor —insiste.

—No sé, claro, ¿tú, no?

—No, yo no sé…

—¿No sabes si existe el amor? Me lo dices ahora, a los pies de la Torre Eiffel… Esto se lo contaré a nuestros nietos, que lo sepas.

Amanda se ríe y me empuja, pero yo no tardo en volver a tenerla, y esta vez frente a mí, con nuestros ojos encontrados.

—Es que muchas veces creo que es un invento, que no existe, que no se quiere a nadie de esa forma que nos venden, pura, ilógica e infinita —argumenta.

—Pero eso no significa que no exista, el amor existe y el odio, también. De muchas formas, probablemente, por cada unión hay un tipo de amor y puede durar una noche o toda una vida. Dudar a estas alturas del amor para mí es igual que dudar de Michael Jordan, no hay cuestión.

—¿Tan claro lo tienes? ¿Has estado enamorado alguna vez?

—Esta sí que es una pregunta trampa y la respuesta es más difícil, creo que eso se sabe cuando te toca desenamorarte más que cuando estás de lleno en la relación. Cuando tú me dijiste el otro día que teníamos que dejarlo, fue terrorífico, no había sentido en años un vacío así, por lo que, si he estado alguna vez enamorado, es ahora y es de ti.

Amanda me mira, impactada.

—¿Ves como eres auténtico? Me desarmas, te atreves a

decirme esto así, un día como hoy…

—Pero es que es la verdad, pase lo que pase, ¿será mejor ser sinceros y no arrepentirme mañana por lo que no te he dicho hoy?

Ella asiente.

—Yo nunca he estado enamorada, eso lo sé, pero me pasó lo mismo que a ti el otro día, ese vacío lo sentí yo también, es lo que me ha traído aquí, hasta ti.

Sonrío. Juro que con esta luz que hay ahora y con la famosa torre de fondo, Amanda es la mujer más bonita que han visto mis ojos y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para no perderla.

Capítulo 21
Descubrirte

Paseamos hasta el Arco del Triunfo, hablando de todo y de nada, pero cogidos de la mano. Ha sido inevitable. Él siempre me ha dicho que le es imposible no tocarme, sé lo que es porque a mí me sucede igual. Es como no pellizcar el pico del pan cuando está recién hecho.

Dylan, que se muestra entusiasmado con cada calle o monumento, me está contagiando de su ánimo apasionado y diría que París me está gustando mucho más hoy. A veces lo pillo mirándome de esa forma hambrienta con la que suele desarmarme y es una verdadera tortura no mandar la prudencia a Siberia y dejarme llevar por lo que me pide el cuerpo.

Decidimos coger un crucero que nos transporte por el Sena hasta Nôtre Dame y así descansar un poco las piernas, disfrutando del atardecer relajados en el barco. Está lleno de turistas, como nosotros, pero conseguimos hacernos con unas sillas fuera, porque dentro los cristales se ven empañados. Además, hay más gente que me puede reconocer y como no me sobra el tiempo con Dylan, no quiero perderlo haciéndome fotos con desconocidos.

El barco comienza a moverse y suena una música de ópera mientras un guía nos va enumerando, en varios idiomas, todo lo que vemos. Siento frío y, aunque dudo, al final me acurruco en él y Dylan me acoge, sin darle importancia, porque está absorto en las vistas y las explicaciones. Aprovecho para mirarlo y mucho. Él, que lo sabe, eso y que estoy helada, me besa varias veces el nacimiento del pelo y fricciona su brazo contra el mío para darme calor. Estoy tan a gusto que me dan ganas de llorar. ¿Por qué solo me siento así con él?

En uno de esos gestos cariñosos, se me escapa un gemidito placentero y cuando me quiero dar cuenta, él inclina el cuello, me sube la barbilla con una mano y me da un suave beso en los labios que no dura ni un segundo, pero consigue subir cinco o seis grados mi temperatura corporal. Después, nos miramos, él, apasionado y seguro, yo, como Bambi ante un cazador, indefensa y sin poder echar a correr.

—No pienses —me susurra.

—Pues no me beses a traición.

—Si no te beso ahora, navegando por el Sena, con la puesta de sol a punto, no me lo perdono en la vida.

—¿Desde cuándo eres tan romántico?

—¿Romántico yo? Te aseguro que mis pensamientos cuando

te tengo cerca son poco novelescos. Contigo, mi instinto más básico se apodera de mí. Dame las gracias porque me esté conteniendo. Ese besito es un uno por ciento de lo que te haría ahora mismo.

—¿Con todo el público detrás? —digo refiriéndome al resto de pasajeros.

—¡Pufff! Me importan bastante poco… En serio, Amanda, me tirita el cuerpo de ansia, pero tranquila, si no quieres, no te vuelvo a besar —sonríe.

—¡No! —se me escapa la efusividad—, tampoco es eso.

Dylan me sonríe, gesticulando confusión.

—Haznos una foto, anda…, para que luego puedas regalarme un álbum. Este momento es para nosotros, Amanda. París, tú, yo… No voy a poder olvidarlo. Yo de aquí regreso idiota.

Me hace reír a carcajadas.

Nos hacemos varios *selfies* y bromea con mi nariz roja de puro frío. Cuando llegamos a la parada de Nôtre Dame, nos despedimos de nuestro pequeño crucero y pisamos tierra firme.

Nos encaminamos hacia la famosa catedral de las gárgolas que todavía no está restaurada y se afea con tanto andamio. Le cuento a Dylan cosas que recuerdo de otras visitas, por ejemplo, que las gárgolas sirven para evacuar el agua, pero que hay una leyenda que señala que, la noche que Juana de Arco fue asesinada, ellas tomaron vida y quemaron a todos los que participaron en su muerte. Dylan se detiene y me mira.

—¿Te has estado preparando o te has tragado a un guía? Estoy totalmente fascinado.

—¡No! Tengo muy buena memoria y cuando algo llama mi atención, lo guardo para siempre. También sé que debajo de Nôtre Dame hay un templo a Zeus, ¡ah!, y que es como el kilómetro cero de París, hay una placa en el suelo desde donde se calculan todas las distancias. Y ya…

—¿Cómo murió Juana de Arco? Porque me viene a sonar esa señora, pero de historia de Europa yo sé más bien poco.

—¡Americanos! —resoplo—. Fue una joven que luchó en el ejército francés contra los ingleses porque se le apareció un ángel que le dijo que ese era su cometido. Aquí la ven como a una heroína, al atraparla la Santa Inquisición, la quemaron viva en una plaza.

—¿En serio? Y luego decís de los americanos…

—¿Te tengo que recordar lo de Salem, por ejemplo?

—Pues podrías porque no me acuerdo, pero prefiero hablar de otros temas menos macabros. Aun así, estoy alucinando contigo, pareces historiadora.

—¡Qué no! En Europa, Juana de Arco es conocida, se estudia en el instituto, es que tú y yo somos de continentes diferentes, Dylan.

—Eso sí lo sabía —bromea—, pero no me pidas más. Y sé dónde está España…, justo debajo de México —dice sonriendo.

—¡Idiota! Yo tengo buena memoria para algunas cosas, para otras soy como un pez.

—Entonces, ¿para estudiarte los guiones no tardas mucho?

—No suelo, además, son muchos años ya, tengo mis trucos, pero me aprendo las separatas en dos pasadas, soy afortunada. Hay a quien le cuesta mucho más.

—¿Y yo cómo no sabía esto de ti?

—Porque no nos conocemos tanto. Tampoco voy alardeando de ello, como comprenderás. Estoy segura de que hay millones de cosas que yo no sé de ti…

—Sí, yo soy básico. Me encanta el básquet, cocinar cuando tengo tiempo, la música, los juegos, ganar, estar con mi familia, mis amigos… No escondo ningún don.

—Eres buen bailarín.

—¿Y eso?

—Por el baile en nuestra boda, recuerdo que lo pensé.

—¡Nuestra boda! —se ríe—, ¡vaya dos locos! Me queda tan lejos eso…

—Y a mí, parece que fue en otra vida.

—¿No lo fue? —dice mientras se me acerca peligrosamente y se sitúa frente a mí—. Porque yo no tengo sensación de haber sido tu marido y sí la tengo de querer serlo, algún día, no te eches a correr.

Le sonrío. Tiene razón, lo del *reality* queda tan lejos… Dylan da otro paso más y me acaricia las mejillas con sus pulgares.

—Me encanta descubrirte. No solo lo bonita que eres, que me quitas el aire, pero adentrarme en tu interior y calarte se va a convertir en mi juego favorito y sabes que me gusta mucho jugar.

—Doy fe, don apuestas te llaman.

—Quiero saber qué lado prefieres de la cama, si te gusta taparte con una manta para ver la tele, si te acabas el café o te dejas un poco. Si lees por las noches o prefieres ver alguna serie, si usas bata o subes la calefacción, si haces la cama nada más despertarte.

—¿Todo eso?

—Y mucho más, quiero saber si prefieres el sexo por la mañana, por la tarde o por la noche, o cuándo te gusta que sea suave y cuándo no. Quiero saberme de memoria todo tu cuerpo y qué te hace vibrar.

—Ehh… —he intentado decirle que no siga por ahí porque estamos en plena calle y nos vamos a provocar otro incendio.

—Pero ahora solo necesito una cosa.

—¿El qué?

—Necesito probar a qué sabe tu boca —dice, y sin darme

tregua me besa, y yo a él. Yo a él también. Porque no hay forma humana de negarme ante este beso. Y cuando nuestras lenguas se tocan y nosotros nos apretamos aún más, como protegiéndonos del mundo, siento como se me agarrota el pecho de necesidad por este hombre.

Dylan cuela uno de sus brazos por dentro de mi gabardina y mi jersey para acariciarme piel con piel y con la otra mano se resbala por mi cara y mi boca, tirando de mis labios. Yo le revuelvo el pelo y lo empujo más hacia mí para que no se le ocurra despegarse.

Hasta que tenemos que respirar.

—Guauuu… —susurra, mirándome a los ojos, acariciándome el rostro.

—Guauuu —repito yo.

—Me matas, Amanda, pierdo el control.

—Y yo…, Dylan.

—Dime, por favor, que quieres repetir.

Me río.

—No me importaría, pero también quiero cenar.

—¿A mí? —bromea.

—Podría, pero probemos mejor la comida francesa.

—Por muy rica que esté, yo te prefiero a ti.

Me separo de él tirando de su brazo para movernos. Miro a los lados con algo de terror y sin mucho esfuerzo para no aguarme la noche, y no me parece que nadie nos haya grabado.

Dylan en un requiebro se sitúa en mi espalda, me abraza por la cintura para dar pequeños pasitos mientras besa mi cuello y yo peleo por zafarme por los escalofríos, y así cruzamos la calle, entre besos, risas y cosquillas.

Y así, sin más, sé que hace meses que no me sentía tan feliz.

Capítulo 22
Una llamada inesperada

Las tornas han cambiado. Gracias a Dios.

Amanda ya no está decidida a dejarlo.

Me lo acaba de confesar antes de ir al baño.

Es decir, ha sido un poco ambigua, pero acaba de reconocerme que es verme y todas sus objeciones se desmontan y que en su cabeza no paran de sobrevolarle posibles soluciones.

Miro a mi alrededor. Amanda, gracias a que la han conocido, ha conseguido mesa en este restaurante que se llama Sola y ostenta una estrella Michelín. Con una fusión de comida japonesa y francesa, el resultado es espectacular, una cocina minimalista que me parece digna de un espectáculo. Lo estamos disfrutando con un buen vino y como las mesas están hundidas en el suelo y te sientas como en un banco, hemos optado por ponernos juntos y se nos escapa alguna que otra caricia oculta y más sabrosa que cualquier plato del menú.

He perdido en una tarde toda la ansiedad acumulada en meses. Me siento mucho más ligero, como si pudiera conseguir todo lo que me propongo.

Amanda regresa del baño y, al sentarse a mi lado, la beso suave y rápido, pero deseoso.

—Te he echado de menos —le digo.

Ella me sonríe.

—¿Qué vamos a hacer, Dylan? No podemos seguir así.

—Vendré, Amanda. Rachel está mejor y no tengo trabajo, bueno, tampoco tengo dinero, pero me las apañaré.

—¿Dinero? —se sorprende.

—El tratamiento de Rachel ha sido más costoso de lo que pensábamos y me he quedado casi sin nada, sobreviviremos.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—¿A ti? ¿Por qué? —le digo sin ánimo de ofender.

—Dylan…, porque yo puedo ayudaros.

—Ya, pero no me hace falta —aclaro, rápido.

—Dylan, no seas orgulloso, por favor. Acabas de decir que os habéis quedado pelados. Yo tengo dinero, si necesitas ayuda para Rachel o ahora que no tienes trabajo, no tienes más que decírmelo. Ante todo somos amigos.

—Yo a mis amigos no los sangro.

—Dylan…, no es eso, no digas chorradas.

—Vamos a ver, Amanda, ¿es que no entiendes que no me sentiría cómodo pidiéndote dinero?

—Pues no, porque cuando lo tienes, no le das tanta importancia. Si quieres que mantengamos algo tú y yo, esto hay que hablarlo. Es obvio que gano más que tú, ya está, no pasa nada, mi trabajo es así. Sin más. Por eso no voy a discutir, si necesitas algo, aquí estoy, y si prefieres ahogarte en créditos, pues cosa tuya.

—Amanda, entiende que eso me convertiría en un mantenido.

—No, Dylan, nos convierte en afortunados, porque con el trabajo de uno puede vivir una familia y eso, hoy por hoy, es un tesoro. Si fueras tú el que ganara mucho más, ¿tendríamos esta conversación?

—Sí, Amanda, tendríamos esta conversación… Yo no soy del Medievo, solo soy una persona a la que le gusta sentirse útil y seguro que a ti te pasaría igual. Por supuesto, sé que hay hombres que no aceptan que sus parejas ganen más que ellos, pero te juro que no es mi caso. Me siento muy orgulloso de ti y sé que, aunque trabaje cientos de horas a la semana, jamás ahorraré lo que tú ganas en un día.

—Tampoco te pases.

—De cualquier forma, mis problemas los resuelvo yo, es a lo que estoy acostumbrado, además, Amanda, tú no eres mi pareja formal, estamos empezando, estaría feo pedirte dinero y lo sabes. Otra cosa es cuando…, bueno, si gano la apuesta.

—Lo entiendo, pero cuenta conmigo, Dylan, en serio, y respecto al trabajo, sé que no te vas a quedar quieto, busca lo que quieras, lo que te guste, pero si fuera posible me gustaría que ese trabajo estuviese cerca de mí.

—¿Y cuál? Mánager ya tienes… —bromeo—, y yo no me atrevo a suplantarlo.

—No sé, pero por pedir, desearía que te tomaras un tiempo, que te pudieras venir a España conmigo si quieres que esto progrese. Sé que tu vida está allí con Ava, pero mi estancia en España es temporal. Podemos viajar cada quince días, ¿estarías dispuesto?

—¡Joder, Amanda! Si soy un egoísta, te digo que sí, porque no quiero perder esto de ahora y despertarme todos los días con la sensación de hoy, pero no puedo ser un padre ausente, has visto a Rachel, todavía está débil, y mis padres me necesitan, son mayores.

—Lo sé, pero entonces volveremos al horror de estos meses.

—No, de verdad…

—Tú te pondrás a buscar trabajo, no hablaremos nada y se repetirá la película.

—No, que no, de verdad, iré a España, no mudarme, pero haré todo lo posible por estar contigo. Ahora también tengo que pensar qué hago con mi vida, estoy harto de las urgencias.

—Y si mientras que te planteas el futuro me acompañas algunas semanas, digo… y si quisieras montar algo, yo te puedo ayudar. No sé.

—Ya…, no es mala idea, Amanda, pero déjame que lo piense, ¿vale? Cualquier cosa antes de sufrir el calvario de los últimos meses, eso lo tengo claro. Lo único es que he de procesar, no estoy acostumbrado a que me saquen las castañas del fuego otros, y menos mi pareja, ¿lo entiendes?

—Pues claro.

Nos vemos interrumpidos por una mujer que se presenta en nuestra mesa con rostro nervioso y cuando intuyo que han reconocido a Amanda y le va a tocar hacerse una foto, escucho:

—¿Dylan? ¿Eres tú?

Levanto la cabeza, sorprendido, me he acostumbrado a esconderme ante la legión de *fans* de Amanda y miro con atención a la chica que hay frente a mí. Es una mujer de mi edad, con acento americano, con el pelo largo y los ojos grandes y verdes. Hay algo en ella que me quiere sonar, pero no termino de ubicarla y eso me pone nervioso, puesto que ella, evidentemente, sí que me debe conocer.

—Sí… —digo, y sé que mi rostro debe mostrarse confuso.

—Ay, no te acuerdas de mí, normal, hace tantos años… —Veo como se ruboriza.

Amanda me aprieta la mano por debajo de la mesa y yo no sé dónde meterme, porque aunque sé que la conozco, no sé de qué.

—Pues…, pufff, me pillas un poco bebido —miento—, y sí, sé que te conozco, pero ahora no me sale tu nombre.

—Soy Sara, Dylan —dice sonriente—. Fuimos al mismo instituto.

Realizo un esfuerzo mental titánico por acordarme de mis años de instituto a contrarreloj sin dejar de mirar a la tal Sara y entonces ella hace una mueca con la boca, abriéndola, pero con los dientes apretados y los recuerdos vienen en tropel. Es que está muy cambiada. Es Sara Bonn, compartimos los dos últimos años de instituto, una chica tímida pero simpática conmigo. A partir de hacer un trabajo sobre algo de los trenes, nos hicimos más amigos e incluso nos enrollamos durante semanas, pero me agobié y preferí dejarlo. En esa época yo escogía el básquet a cualquier chica. Creo recordar que a partir de eso me hizo la vida imposible hasta que se cansó de que la ignorara y le perdí la pista. Hasta que nos volvimos a encontrar años después, una noche de fiesta, justo antes de entrar en el *reality* y estaba tan bebido que nos acostamos, pasamos varios días juntos, ella había madurado y me pareció muy buena tía, pero yo iba a casarme por dinero y como me daba vergüenza admitírselo, me inventé una excusa y la volví a dejar. ¡Claro, si las fotos que se filtraron en el

reality, por las que Amanda me dejó, eran con ella! Me levanto.

—¡Sara! Perdona, es que estás muy cambiada, ahora sí —le digo mientras me acerco para darle un beso.

—Han pasado muchos años… —contesta, tímida. Está muy guapa, más fibrosa, antes era demasiado delgada, y se la ve muy elegante.

—¿Qué haces aquí? ¿Vives en París?

—No —responde—, estoy de viaje, por trabajo, vengo mucho.

—¡Qué envidia!

—No, no es para tanto, trabajo para una firma de cosméticos y me toca volar por todo el mundo.

—¿Te va bien, entonces?

—No me puedo quejar —responde, tímida. Miro a Amanda, como las mesas están soterradas en el suelo, le saco toda mi altura, parece pequeñita, nos mira sonriente.

—Amanda, ella es Sara, otra neoyorkina.

—Encantada —sonríe mi española a Sara y ella le responde igual.

—Siéntate si quieres con nosotros, aunque ya estábamos a punto de irnos —le digo.

Ella nos mira titubeante y se decide.

—No, tranquilo, estoy esperando a alguien, pero me ha alegrado verte. ¿Tú vives aquí?

—No, estoy de paso, sigo en Nueva York.

—¿Trabajas allí?

—Sí, claro…, bueno, trabajaba, soy enfermero.

—¿Enfermero?

—Sí —sonrío porque a todo el mundo le sorprende cuando se lo digo—, siéntate un momento, Sara, mientras esperas.

—Vale.

Regreso al subsuelo al lado de Amanda, le acaricio una pierna por debajo de la mesa, Sara se sitúa frente a nosotros y mira a mi acompañante de refilón.

—Eres quien creo que eres, ¿verdad? —le pregunta, apocada.

—Creo que sí —responde Amanda, sonriente—, soy actriz.

—Pues entonces, sí… Enhorabuena por tu éxito, no ha debido ser fácil llegar hasta dónde estás ahora.

—Gracias —le dice—, he trabajado mucho, sí…, y también he tenido suerte.

—¡Claro! Vosotros os conocisteis en el *reality* en el que tú participaste, Dylan, ahora me acuerdo.

Siento como Amanda da un respingo en su asiento.

—Sí, sí —contesto—, hace meses nos reencontramos y aquí estamos. Soy un hombre con suerte.

—Siempre lo fuiste —me dice ella, y no sé muy bien a qué se refiere—, pero ¡qué casualidad! Mira que vernos en París…

—Pues sí, y si supieras que solo vamos a estar unas horas, mañana nos separamos; yo vuelvo a Nueva York y Amanda regresa a España.

—¡Ah, qué pena! Pues entonces os dejo —dice, levantándose.

—¡No, no quería decir eso! —corrijo.

—No te preocupes, mi acompañante debe de estar al venir. Me ha alegrado mucho verte, Dylan, te veo igual.

—Y a mí…

Sara se despide y se va hacia otra sala. Miro a Amanda, que me atiende suspicaz.

—¿Qué? —le pregunto.

—¿Cómo que qué?

—Pues eso, ¿por qué me miras como si te estuviera mintiendo y me hubieses pillado?

—Tú a esa mujer le gustas, lo sabes, ¿no?

—¿Qué?

—Madre mía, Dylan. No te enteras de nada.

—¿Y por qué dices eso?

—Le temblaba la voz, te miraba como si fueses un rollo de canela y a mí como si fuese el papel que lo envuelve. ¿Has tenido algo con ella alguna vez?

—¿Estás celosa, Amanda? —le pregunto, acercándome a su boca con burla.

—No, lo que no estoy es ciega y no has respondido a mi pregunta.

—Si ya lo sabes todo tú…, tienes rayos láser en los ojos.

—¿Tuviste algo con ella y no te acordabas de quién era? ¡Madre mía, Dylan! Te lo tienes que mirar, pobre chica…

—¡Es que fue hace mucho y ha cambiado un montón! —Levanto las manos al aire.

—¿A mí también me vas a olvidar?

—Esperaré a mi abogado para responderte.

Amanda se ríe y se acerca para besarme suave y después mirarme a los ojos.

—Prométeme que no olvidarás nuestra tarde en París.

—Te lo prometo, ni la Navidad de Nueva York. Amanda, tú eres otra cosa, no te he olvidado nunca. Esa chica fue un sin más, seguro que tú también los tienes.

—Esperaré yo también a mi abogado.

Suena mi teléfono justo cuando nos íbamos a volver a besar, porque de la mirada retadora habíamos desfilado a la sexual. No lo cogería, pero como es un teléfono desconocido, descuelgo.

—¿Hola, hablo con Dylan?

—Sí, soy yo.

—Encantado, Dylan, permíteme explicarme. Soy el hombre al que salvaste la vida el otro día.

—¿Cómo? —Miro a Amanda con incredulidad y ella a mí con duda.

—Sí, me llamo… Bueno, desconozco si te puedo dar mi nombre, porque soy un testigo protegido y sigo siéndolo, por lo menos de momento. Quería agradecerte lo que hiciste por mí.

—No hacía falta, de verdad. Espero que estés bien.

—Sí, mejorando poco a poco, pero ya marché del hospital. Me dieron tu teléfono, espero no haberte pillado en mal momento.

Descubro por su acento al hablar que es latino.

—No, tranquilo.

—Mira, Dylan, no me voy a ir por las ramas, me has salvado la vida y en mi tierra somos de agradecer las cosas, así que espero que no te ofendas ni te niegues.

—¿A qué?

—Bueno, tómatelo como algo de tradición o superstición, pero en mi familia si alguien hace algo así, merece una recompensa.

—¿Recompensa? No, no, de verdad, lo hice sin pensar, es mi obligación, no me debes nada —digo, y capto de nuevo la atención de Amanda, gesticulo que ahora se lo explico.

—Mira, Dylan, como te he dicho, no me voy a ir por las ramas, si algo tengo yo es plata y mi gente te ha estado investigando.

—¿Investigando?

—Tranquilo, mi gente es muy discreta y solo han buscado lo que necesitábamos. Puedes hacer lo que te salga de madre con la plata, pero es tuya porque la gente como tú se merece eso y más. No te va a conectar conmigo, no me debes nada, tú y yo no nos conocemos, pero permíteme devolver mis favores, yo no puedo vivir con esa deuda.

—¿Esto es una broma?

—No, Dylan, en cuanto cuelgue, te llegará un mensaje con un número de cuenta y unas claves, apúntalas y borra el mensaje después. Es una cuenta de Suiza a tu nombre, allí tendrás mi forma de agradecerte.

—No, de verdad, que no hace falta. Soy enfermero, es mi trabajo…

—No me esperaba menos de ti, pero el dinero estará allí hasta que tú lo saques, es tuyo. Gracias por lo que hiciste y te deseo que, si algún día te ves en un aprieto, alguien te ayude como tú lo hiciste conmigo. Hasta siempre. —Cuelga.

Miro a Amanda y escucho de fondo el «bip» del mensaje.

Estoy en *shock*.

—¿Quién era?

—¿Nos pilla muy lejos Suiza? Porque creo que me acaban de abrir una cuenta allí.

—¡¿Qué?!

Medio millón de dólares. Me acaban de insuflar medio millón de dólares. Nos lo acaba de confirmar Michael.

Amanda ha decidido llamarlo porque se ve que este hombre sabe de bancos en Suiza y de lo que hay que hacer.

—Eres rico, colega —me dice por el altavoz del teléfono.

—Pero ¿cómo?

—Pues tú sabrás, eres el enfermero mejor pagado de la historia, desde luego, hay tíos con suerte.

—¿Y ahora qué hace? —le pregunta Amanda.

—Pues eso lo tengo que consultar, de momento, tranquilidad. Dejadme unos días, que vea cómo podemos materializarlo. Igual de poco en poco, o lo blanqueamos.

—¿Blanquear? ¿Estamos hablando de blanquear como en *Ozark*?

—Efectivamente, eres el jodido Jason Bateman ahora mismo, pero tú estate quieto. Yo os ayudaré.

—¿Ayudarnos? ¡Que yo no sé si quiero ese dinero!

—Pues si tú no lo quieres, me lo quedo yo.

—¡Michael! —resuella Amanda—, es de Dylan, pero igual lo dona, o lo rechaza, dale tiempo.

—Vale, vale, yo no tengo prisa, solo voy a mover hilos, por vosotros, que a mí, como comprenderéis, me da igual. Me has llamado tú, Amanda.

—Y te lo agradezco, Michael, de verdad, pero estoy colapsado —le digo.

—Tranquilo, no todos los días suceden cosas así, vosotros disfrutad de vuestra noche en París y ya hablamos.

—Gracias —le digo—. Al final me vas a caer hasta bien.

—Soy tu hada madrina, no te jode… Adiós. —Cuelga.

—¿Por qué siempre habla tan mal? —le pregunto a Amanda, y ella sonríe.

—Se vio todos los capítulos de *Entourage* y se cree Ari Gold, el representante de Vincent Chase.

Por primera vez creo que una llamada de Michael nos ha relajado. Hemos salido descompuestos del restaurante y ella ha pensado en él. No me ha dado tiempo a frenarla cuando ya lo estaba escuchando al otro lado.

—¿Tú qué harías, Amanda? Ese dinero no puede venir de hacer el bien y lo sabes.

—¿Yo? Yo me lo quedaba, sin dudar.

—¿En serio?

—Te lo prometo, ya me encargaré yo de hacer el bien con él, pero que me lo quedaba es seguro.

—¿Y si me pillan?

—Ya lo estudiaremos, y tampoco es tanto, no te vuelvas loco. Mi hermana también puede saber formas.

—¿Medio millón de dólares no es mucho?

—La gente blanquea mucho más que eso, Dylan.

—¿En qué momento nos hemos vuelto unos corruptos?

—¿Plata o plomo? —pone voz ronca.

—Con ese tono que has puesto, escojo cama, pero ya.

Nos reímos a carcajadas y volvemos a caminar por las calles de París, un poco más relajados, y yo, un poco más rico.

Desde luego, nunca olvidaremos este día.

Capítulo 23
Midnight in paris

Ya ha anochecido y nos hemos acercado al barrio latino a pasear. Una zona a la que no suelo venir si no es a un garito en concreto, por la multitud de turistas que se congregan en esta concurrida zona de París. Pero resulta que como hay más gente que baldosines, paso desapercibida y, además, me he puesto un gorrito que me cubre el pelo. Ya no hace el tiempo primaveral del día, ha refrescado, aunque tolerable, pero menos mal que vine preparada y me traje un buen pañuelo para el cuello, si no, podría coger frío y me suele afectar a la voz.

Está siendo una tarde increíble, como de ficción. Lo de la llamada del tipo que salvó le ha acabado de conferir ese aire novelesco, de que cualquier cosa puede suceder en la vida y de que la realidad supera a la ficción. Es que me pinchan y no sangro, creo que es de las cosas más alucinantes que he presenciado nunca.

Dylan se acaba de parar en un puesto de regalos para llevarle algo a Rachel y a Ava y aprovecho para mirarlo. Me cosquillea el cuerpo entero cuando pienso que quiere estar conmigo, que este hombre tan atractivo, con ese aire mitad despistado, mitad seductor, me quiere a mí. A mí. Yo sí que tengo suerte. Con todo lo que le hice en el pasado… Su capacidad de perdonar es encomiable.

Dylan va arrasando y no se entera. Ya he visto varias mujeres que lo miraban con interés y él a lo suyo, sin darse la mínima importancia, pero es que si lo conocieran… Es que me fascina su naturalidad, lo divertido que es, cuando habla titubea mucho y eso me hace adorarlo, y lo de sus movimientos masculinos es para grabar un documental y emitirlo en Netflix; apuesto que desbancaría *Los Bridgerton* (me acabo de columpiar, pero estoy con la primavera por todo lo alto).

Se da la vuelta, divertido, y me enseña unos pendientes de la Torre Eiffel de plata que estoy segura de que Rachel se pondrá porque es muy divertida vistiendo y le preocupan las modas menos que a un esquimal. Gesticulo que puede que le gusten y Dylan saca su cartera para pagar. Aprovecho también para mirarle el cuerpo, es muy alto y fibroso y su trasero rivaliza con muchas esculturas griegas. Me vuelven las cosquillas por el cuerpo. Lo dicho, la primavera ha venido…

Continuamos nuestro paseo nocturno a modo vía crucis

porque vamos en procesión del gentío que hay, hasta llegar a una calle con varios *pubs* irlandeses y escogemos uno para entrar en calor y poder movernos con algo más de libertad.

Aunque hay bastante gente, nos hacemos hueco en una mesa relativamente cerca de un escenario donde una pareja francesa toca con un ukelele y una guitarra canciones en francés.

Pedimos dos pintas, porque es lo propio del lugar, y juntamos nuestras sillas para atender el concierto abrazados. Cantan precioso, con las voces perfectamente acompasadas y sonriéndose continuamente. Contagian el buen rollo y Dylan y yo elucubramos sobre si son o no pareja.

Sin la gabardina, Dylan me acaricia el brazo y el ejército de hormigas me titila entera. ¿Cómo con tan poco siento tanto?, es sorprendente a estas alturas, que no soy una adolescente descubriendo hasta dónde te pueden llevar las caricias. Estoy entre algodones, feliz, segura, protegida y en el lugar en el que quiero estar.

En una pausa de la actuación, siento los ojos de Dylan examinándome.

—¿Qué? —le pregunto.

—Estaba pensando que he ido a bastantes conciertos, a salas, a actuaciones, y en ninguno me he sentido tan bien como en este, ¿será culpa tuya?

Me río y lo beso en la mejilla.

—Eso es que te has enamorado de la cantante, te he visto poniéndole ojitos.

—Ah, bueno sí, es que mi ex… —dice muy serio—, ahora estoy probando con las actrices, las cantantes me aburren, todo el día tarareando…

—Opino igual. No me refiero a tu estudio antropológico, sino al concierto, me he sentido genial.

—Ya, claro, porque te has apoyado en mi hombro, que es la mejor almohada biológica que existe, he ganado concursos y todo.

—¿De almohadas biológicas? —me burlo.

—Sí, sí, ya sabes que me apunto a todos los torneos. También gané el de la barbilla más varonil.

Me río y después me acerco para besarlo, despacio, mirándonos muy cálido.

—En serio —dice—, es genial, todo contigo es más.

—Lo sé —digo, haciéndome por un instante la chula hasta reconocerle—: y lo sé porque me ocurre lo mismo contigo, Dylan.

—Esto hay que celebrarlo.

Dylan llama al camarero y pide dos pintas más. Brindamos y poco después el concierto se reanuda y volvemos a prestar atención a medias a los cantantes, porque, si él me toca, yo fugo concentración

como un globo pinchado.

El concierto termina cerca de medianoche y se me ocurre acercarme a un sitio al que nunca he ido, pero sé que está cerca. Le digo a Dylan que es una sorpresa y él, meloso, porque el alcohol ya está haciendo mella en nosotros, me dice que me sigue al fin del mundo.

Busco en mi móvil la dirección y me alegro al ver que estamos solo a dos calles: Rue de la Motagne. Cuando llegamos a la escalera que está justo detrás de la iglesia Sain Étienne du Mont, tomo asiento, Dylan me mira extrañado y dice:

—¡Qué peldaños, qué barbaridad! Son una preciosidad.

—¿Te saco una foto chupándolos?

—¿Los peldaños? —me pregunta, intentando aparentar seriedad.

—Sí, es que es muy típico, ¿no lo conocías? Dicen que, si chupas estas escaleras, no pagas impuestos al sacar dinero en Suiza.

—¡Ah, ya! ¡Los famosos peldaños! Pero ¿no eran los de si tu hermana se queda embarazada al hacer un trío con un hombre de color el hijo sale blanco como la nieve?

Le doy un pequeño empujón y él se las apaña para atraerme a él y sentarme a su lado.

—¿Qué es este sitio, Amanda?

—¿No te suena este lugar?

—No sé muy bien qué decirte.

—Venga, va… Te tiene que sonar porque sé que eres un admirador suyo. Vi que tenías una colección de él en tu casa.

—¿Una colección? ¿Y qué tiene que ver una colección con este sitio?

—¿Te acuerdas que te he dicho que me gusta ir a sitios donde se han rodado películas?

Sus ojos se abren, atentos, y descifro que acaba de saber en qué sitio nos encontramos.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio es esta escalera?

—Sí, sí —sonrío.

Dylan se da un golpe en la frente y mira el reloj.

—¡Si no me lo llegas a decir, nunca habría caído! ¡Podría haber pasado por aquí y nunca me habría dado cuenta!

—Ya, ¿a que te va gustando mi costumbre?

—Me estoy enganchando, voy a abrir un canal en YouTube.

—Encima no es por hacerme la importante, pero es que, si lo intento hacer mejor, no me sale, quedan solo dos minutos para las

doce —le digo.

—Entonces, las campanas de la iglesia sonarán y una berlina del siglo pasado vendrá y saltaremos en el tiempo, podremos conocer a Picasso, a Dalí, a Hemingway… como en *Midnight in Paris*.

—¡Eureka!

—Me encanta Woody Allen, estoy enamorado de ese hombre —dice, y me mira—. Tú, tú me gustas también, pero no tanto.

—No sé si podré competir, pero lo intentaré.

—Su humor, su originalidad, su sencillez, todas sus películas tienen un regusto especial. *Midnight in Paris* la vi en un cine del Soho, me gustó mucho, ese hombre está insuperablemente trastornado.

—Me alegra que te haya encantado venir.

—Lo único es que te aviso que yo no me voy a montar en la berlina, porque no deseo conocer a nadie, solo a ti. Contigo tengo para toda la vida —me dice, y entonces suenan las los bitcoin. Dy campanas y creo que el corazón se me para porque es de las cosas más bonitas que me han sucedido jamás.

Dylan y yo desaparecemos, nos perdemos en un beso de verdad. Todo mi cuerpo vibra y siento que el suyo también.

—Ven conmigo —me dice al oído mientras se levanta y me tiende una mano para ayudarme. Lo hago y me veo corriendo a su lado, arrastrada por él hasta un callejón por detrás de la iglesia.

Dylan me apoya en la pared y se lanza a besarme, arrebatado, como si estuviera sediento y yo fuera un vaso de agua con hielos. Me desabrocha la gabardina para poder tocarme y subo las piernas a sus caderas en un acto reflejo.

Me fundo con cada beso, con cada mordisco que da a mi cuello, clavándole las uñas en la espalda. Dylan me empuja con su pelvis y siento lo excitado que está en mi entrepierna.

Sus manos me recorren entera, me estruja los pechos y se cuela por debajo de mi jersey para acariciarme mientras no deja de besarme el cuello y la boca. Estoy a su merced, lo sé, ya no puedo pensar en nada que no sea calmar esta agonía.

Como si me leyera el pensamiento, Dylan desabrocha con su mano libre los botones de mi pantalón y yo muevo la cadera para hacerle un hueco, inclinando mi cuerpo hacia la pared. Él me sostiene con una mano y con la otra explora mi sexo hasta apartarme las braguitas. Gimo de la impresión y entonces me doy cuenta de dónde estamos y abro los ojos.

—Dylan, nos pueden ver…

—No hay nadie, Amanda —me dice muy seguro—, necesito tocarte, ahora, ya…, déjame demostrártelo —susurra mientras con su dedo pulgar da pequeños golpecitos a mi clítoris provocándome unas descargas de placer tan avariciosas que frena cualquier posible

rebelión de mi prudencia.

—Dylan —le digo—, aquí no podemos.

—Solo déjame tocarte, te lo debo —me dice.

—No, no…

Creo que se refiere al incidente del teléfono, pero es que acaba de introducir un dedo dentro de mí mientras me sigue acariciando el único órgano concebido para dar placer, y yo pierdo el sentido. Estoy empapada, preparada para él, para que me penetrase si estuviéramos en otro lugar.

Me tuerzo para intentar llegar con mi mano a su entrepierna y poder devolverle todo el gozo que él me está provocando, lo alcanzo y lo siento tan duro que se me hace la boca agua. Literal. ¡Maldita sea! ¿Por qué no habremos ido a un hotel?

—Shsss —me aparta—. Vamos a centrarnos en ti.

—Dylan, no… —Me masturba con más implicados sin hacer caso a mis quejas, con una habilidad digna de un mago, porque la postura no es que sea la más facilitadora y, sin embargo, sé que estoy alcanzando el éxtasis. Quizás por las ganas retenidas, por el contexto o por el morbo, pero entre los besos y sus dedos jugando en mi sexo, el placer me lleva a la cumbre y gimo perdida en su cuello.

—Eso es, eso es… —susurra—. Déjate ir. Ya tendremos tiempo para más.

Cuando consigo acompasar mi respiración sin bajar las piernas de su amarre, apoyo mi cabeza en la pared para tomar distancia y lo miro.

—Esto no ha sido justo.

—Para mí, sí, es un regalo, acabas de regalarme mi escena favorita para tocarme cuando tú no estés.

—¿Por qué no vamos a un hotel? —le pregunto.

Dylan abre los ojos, satisfecho, y me besa suave.

—No hace falta, Amanda, de verdad. Ya tendremos tiempo, me voy en poco más de dos horas, no quiero prisas contigo.

—¿Y esto qué ha sido?

—¿Esto? Pues algo necesario, sabes que tengo que tocarte, que es una enfermedad…, llevo pensándolo desde que te he visto. Te habría masturbado en el aeropuerto, en el taxi, en la crepería, en el barco, en el restaurante, en el concierto, en todos los sitios en los que hemos estado he pensado como sería volver a tocarte y que gimieras mi nombre.

—Pues yo también te necesito —me quejo.

—Y me tendrás, muy pronto. Estoy loco por ti, lo sabes, ¿no? Eso significa que tengo un plan.

—¿Qué plan?

—Hacerte el amor de todas las formas posibles, hasta que la

artrosis me deje inmóvil.

—¿Has dicho artrosis junto a hacer el amor y pretendes que me emocione?

—Vale, no lo mencionaré en nuestros votos.

—¿El qué?

—Lo de hacer el amor, obvio, la artrosis es superromántica.

—¡Ahhh! —Me río y vuelvo a besarlo para que se calle y deje de decir tonterías—. No veo la hora…

—¿De los votos?

—No, de follar como locos.

—Hacer el amor, por Dios, cómo sois las actrices de intensitas —me corrige.

Capítulo 24
Amanda es un sueño

Estamos en el aeropuerto, esperando a que llamen mi vuelo. Amanda me acaricia la mano mientras reposa su cabeza en mi hombro y la siento respirar cada vez más despacio. Se está quedando dormida.

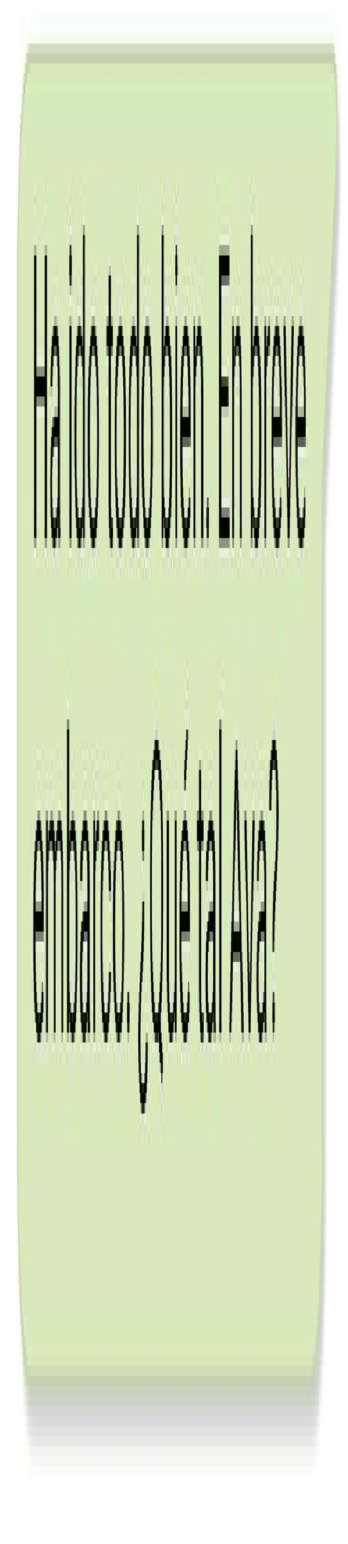
Son las dos y media de la madrugada. Hemos venido un poco antes porque estábamos ya agotados de dar vueltas por París.

No sé distinguir muy bien qué siento; por una parte, estoy feliz de que hayamos decidido darnos una oportunidad y por otra, tengo un agujero en el estómago porque no quiero irme y perderla de nuevo. He de pensar algo, hablaré con Rachel, a ver qué le parece que me ausente por semanas…

Estoy enamorado de esta mujer. Hasta la médula. No es algo común, si esto lo sintiera todo el mundo, no habría guerras ni conflictos, porque es verla sonreír y yo solo pienso en hacer el bien.

Ahora sé que siempre ha sido ella, que desde que la vi vestida de novia viniendo hacia mí en esa boda irreal, supe que esa mujer iba a ser mi perdición, que me sentí vulnerable, como si se moviera el suelo en cada paso. Ella actúa como un terremoto en mi vida, sacudiéndome para llegar a la deducción de que es ella mi absoluta felicidad, y no puedo hacer más el idiota. Voy a pelear por lo nuestro.

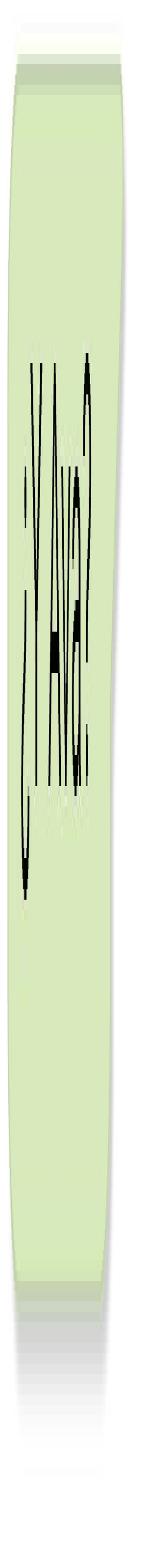
Sin despertarla saco mi móvil y nos saco una foto: ella, dormida y yo, sonriente. Se la envío a Rachel.



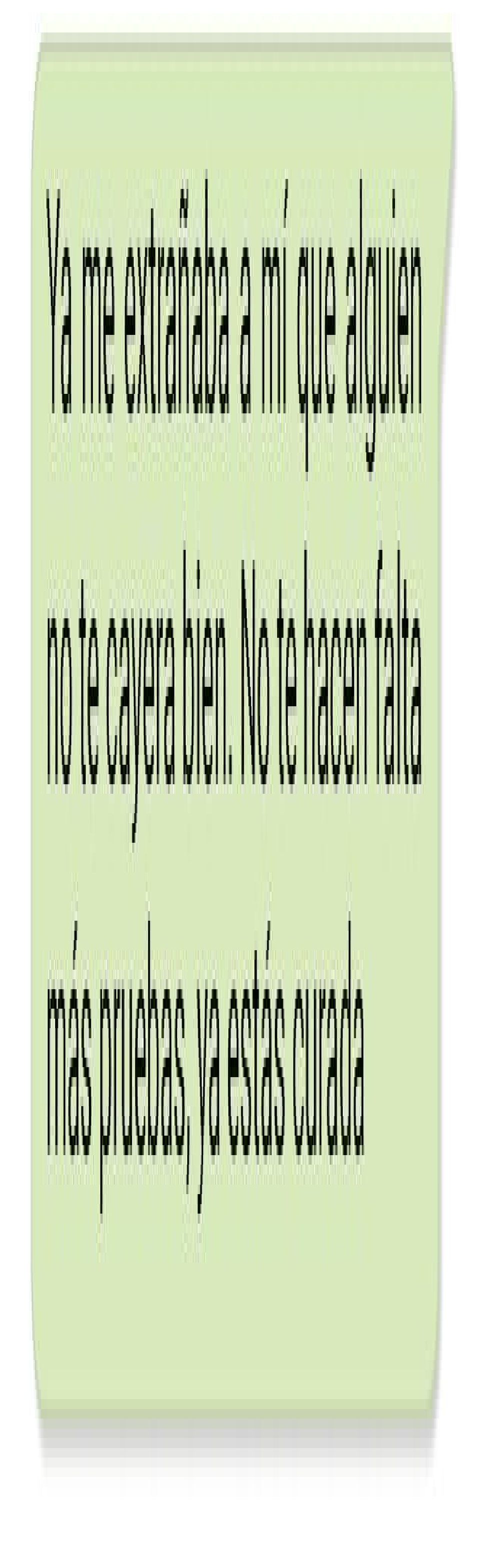
Veo que lo lee y me envía esos emoticonos de cucuruchos con confeti.

Lo sabía. Me muero de amor ahora

mismo, que corrías sola.

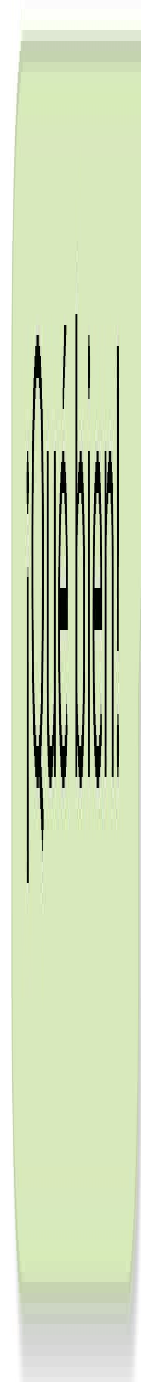


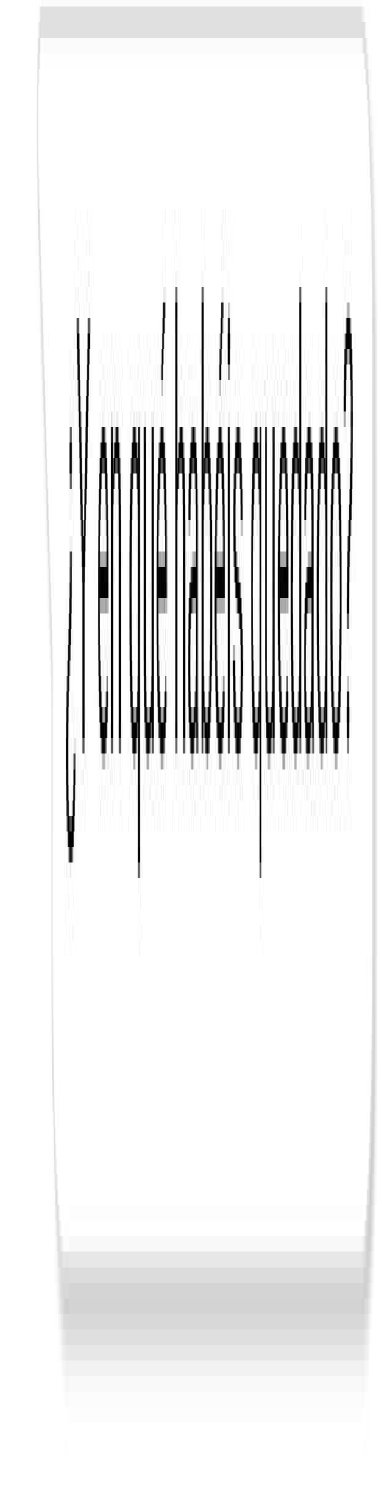
Está bien, Luisa la está durmiendo. Hemos pasado el día juntas las tres y hemos limado asperezas, es buena chica



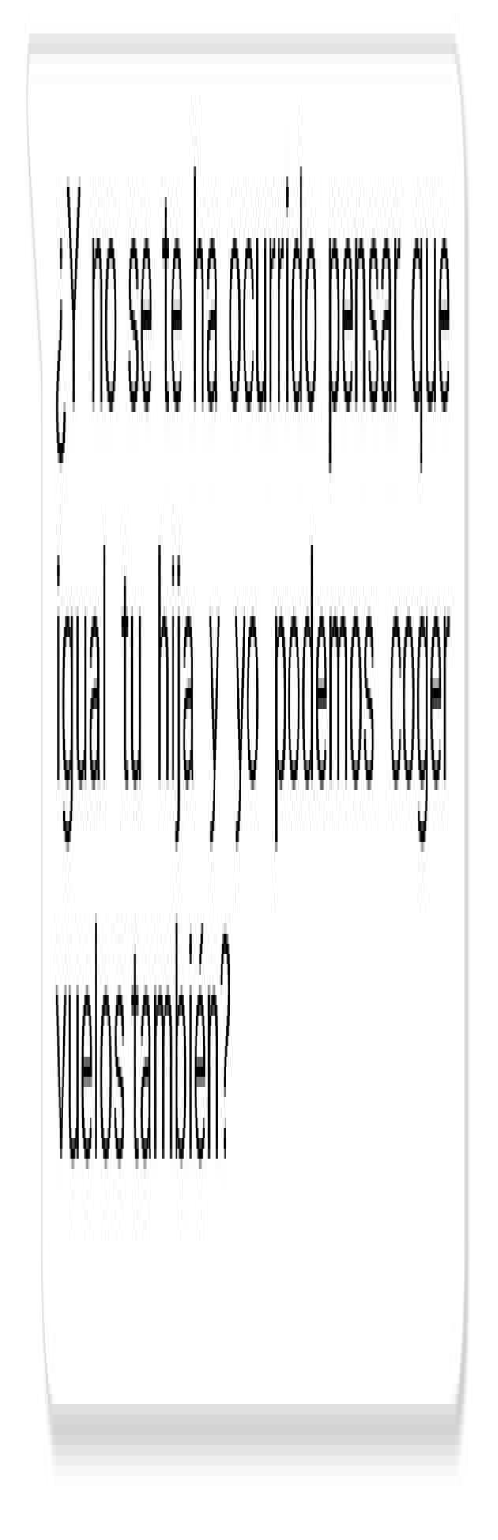
Rachel vuelve a enviarme los cucuruchos.

A Jorge y Alicia les han encantado mis dibujos. Me han pedido muchos más, ya te contaré. Hemos salido a celebrarlo. Voy a tener trabajo de sobra



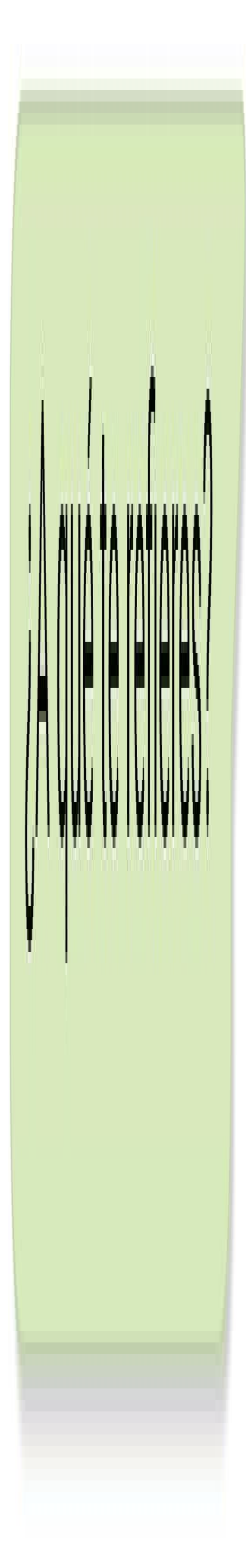


¿Amanda y yo? Pues en que viajaré más a España y te quedarás tú sola con tu hija

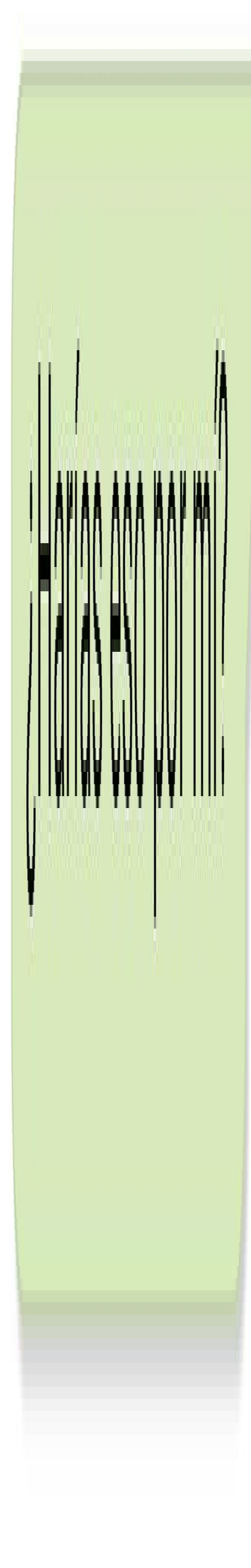


Me da un vuelco el corazón al leer esto. Podría ser la solución

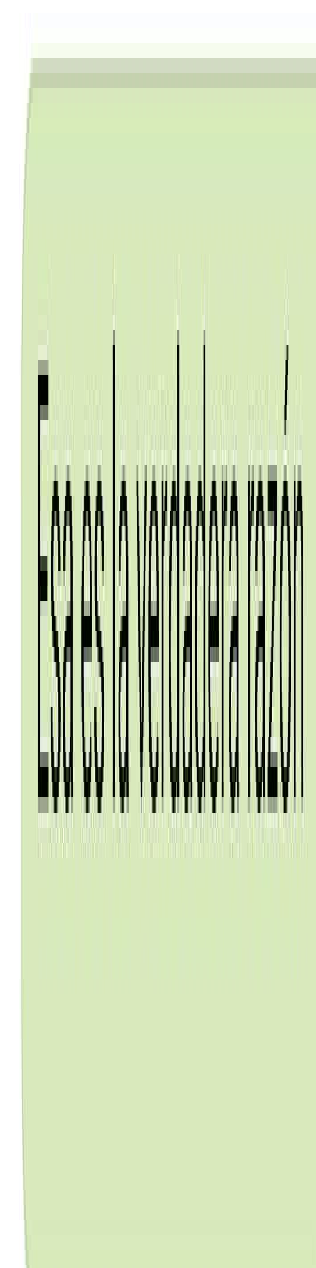
perfecta.

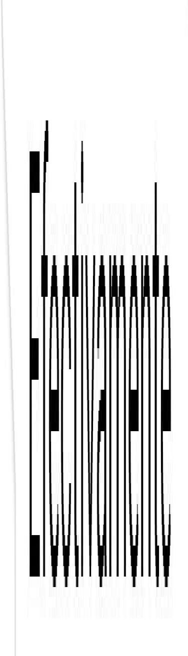


A que mi trabajo lo puedo hacer en cualquier lugar del mundo

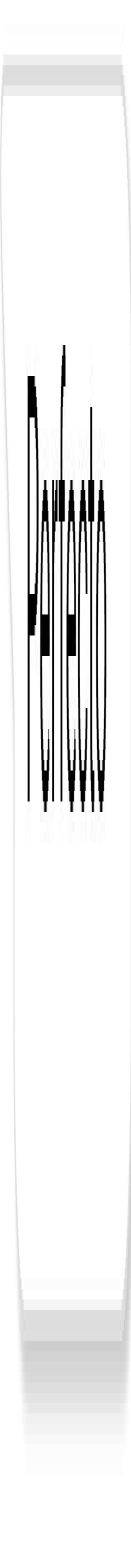

¿Hacías eso por mí?

No, lo haría por mí y mi hija, estoy harta de vivir aquí, en un minipiso, de salir a la calle y solo ver edificios. Creo que no es el mejor sitio para una niña y, además, me encantan las mujeres españolas


Esa es la verdadera razón



- Te quiero mucho, amiga. No le digas nada de esto a Amanda si habláis, me gustaría sorprenderla



Amanda no para de lamentarse y hacer pucheros porque se ha

dormido en la última media hora que teníamos para estar juntos, y yo la intento convencer de que me ha parecido otro gran momento verla así, tan relajada y sonriente. Última llamada para que embarque, estoy en la puerta y las azafatas están recogiendo. Nos han dejado dos minutos porque han conocido a Amanda.

—Llámame cuando llegues —me dice.

—¿Ya estarás en España?

—Sí, mi vuelo sale en dos horas, en tres estaré aterrizando. Triste y desolada por no haber podido dormitar en la almohada biológica más premiada de la historia.

—Ya lo entiendo. —Le guiño un ojo—. Amanda, ha sido perfecto…

Ella me sonríe.

—Para mí también.

—Pero…

—Verás. —Pone los ojos en blanco.

—Creo que debes asumir que he ganado la apuesta, esta vez no puedes hacer trampas.

Amanda se ríe.

—¿Te apostaste París a que volveremos aquí felices y enamorados?

—Algo así y tú a que nos echaríamos a los cocodrilos. Gano yo.

—Puede que no…

—¡¿Cómo que no?!

—Porque puede que nunca volvamos a París, hay muchos sitios en el mundo, ¿por qué repetir?

—Caballero, ya ha pasado el tiempo, tiene que embarcar. —Oigo y sé que se refiere a mí.

Amanda y yo nos abrazamos antes de separarnos. Camino dando la espalda a las azafatas y mirándola a ella.

—Repetiremos porque está muy cerca de Disney.

—¿Disney? —se ríe.

—Sí, cuando vengamos con Ava y nuestros hijos, nos pillará de paso. Te apuesto lo que quieras.

Y después me doy la vuelta y aunque no la he visto, sé el gesto que está poniendo. Entro por la puerta de embarque y poco a poco me alejo de ella, cuando tengo que girar a la izquierda, la miro y le lanzo un beso, ella me dice adiós con la mano y desaparece de mi campo de visión.

Sonrío.

Sigo sonriendo.

Amanda es un sueño.

Capítulo 25
¿Un acosador?

Cuando llego a casa, la encuentro vacía. Mi hermana me ha escrito un mensaje que se han ido al chalet de Ricardo para que pueda descansar tranquila, y eso hago. Me preparo una tostada de aguacate, me ducho y me meto en la cama. Estoy tan agotada que me duele un poco la cabeza, pero prefiero no tomar ningún medicamento y acostarme directamente. Soy consciente de que estoy demasiado influenciada por el cine americano y los protagonistas adictos a analgésicos, por lo que intento minimizar la automedicación y así no copar las revistas con mi entrada en un centro de desintoxicación.

Miro el móvil con cierta pena porque la única persona que me importa ahora mismo no puede contactar conmigo. El resto del mundo ya se puede quedar sin 4G, echarle la culpa a Putin y acto seguido declararse la tercera guerra mundial, que a mí me importa menos que los *Bitcoins*. Dylan debe seguir volando, por lo que le escribo con desgana que ya he llegado y que voy a dormir un rato, por lo menos hasta el mediodía.

Cierro los ojos y los recuerdos de ayer me hacen sonreír. Estoy como si me hubiera subido el azúcar, todo lo veo amoroso, romántico y de música de fondo resuena *Love Is In The Air*. Pero es que lo fue, de principio a fin. Pasear con él por París, las risas, las bromas, las confidencias, los besos, los abrazos… Lo quiero, quiero a Dylan. Nunca he tenido tan claro que quiero a un hombre.

Espero no volver a perderlo, que podamos vernos más. Yo ahora voy a empezar una película que rodaré por varios sitios de España y no me va a sobrar el tiempo, pero si él pudiese venir… Solo de pensar que nos vuelva a ganar la partida la distancia hace que me duela la cabeza más.

Me levanto y decido tomarme un calmante. Por uno no me voy a enganchar ni me voy a sumergir en una espiral de autodestrucción. A mí se me han acabado y bajo a la cocina, donde creo que los guarda mi hermana. Abro varios cajones, pero no doy con ningún blíster. En uno de ellos me llama la atención una foto polaroid dada la vuelta, sin pensarlo más de una décima de segundo, la giro y veo la horrible imagen de una muñeca degollada y escrito en la parte blanca: «Amanda, eres un fraude y lo vas a pagar».

Ni la videollamada de Michael de más de una hora intentando convencerme de que era una estupidez, ni la cara de calma mal interpretada de mi hermana, que más bien parecía que tenía trozos de mango entre los dientes por las muecas que hacía con la boca, ni el «tranquilismo» al que es fiel mi cuñado, que solo repetía los principios de las frases claves de Michael:

«Todos los famosos tienen acosadores pirados». Mi cuñado: «Todos».

«Nunca va más allá». Mi cuñado: «Nunca».

«La policía siempre le da poca importancia a estas amenazas». Mi cuñado: «Siempre».

«Deja de repetirle como un becario, que pareces idiota», mi hermana.

Que si mi vida fuera un tipo test ya te digo que me mataban porque todo lo que empieza por todos, nunca y siempre son fallidas aquí y en Honolulú.

Pero no me convencen. Yo no soy tan famosa ni tan rica ni he hecho daño a nadie para llegar dónde estoy. O eso creo… Desde el primer momento se me ha ocurrido una persona lo suficientemente loca como para hacer algo así, pero no lo quiero ni mencionar porque levantaría el polvo y ya hay demasiada alergia. Además, sería demasiado obvio, esa persona sabe que sospecharía de ella.

Michael me ha prometido que apretará a la policía para que se esfuercen un poco en encontrar quién me ha mandado estos anónimos y que, si en unos días sigue sin mucha respuesta, contratará una agencia privada.

Me despido de todos y me voy a mi habitación. Estoy enfadada y es probable que lo esté pagando con ellos cuando la única culpa que tienen es habérmelo ocultado, por lo que prefiero aislarme y ordenar mis ideas. No he dormido nada, tampoco estoy para hacer sudokus…

Me llega un mensaje. Es él. Sonrío.

«Ya en casa, pero tan lejos de ti que no lo puedo llamar hogar. Lo resolveremos».

Como ahora sí se sabe que te han leído, no puedo no contestarle, aunque mi ánimo no está para muchos romanticismos; soy como un funcionario de prisiones haciendo la ronda de madrugada. Decido no mencionarle nada de la amenaza, es mejor viéndonos las caras.

«Me alegro mucho, no de que estés lejos, sí de que estés bien».

Al segundo veo que me escribe.

«¿Has descansado?».

«Estoy en ello. No he podido antes. ¿Y tú?».

«No me he enterado ni cuando despegaba, dormido como un

tronco. Descansa un rato y cuando te despiertes me llamas, si quieres».

«Claro que quiero. Luego te llamo».

«Amanda…».

«¿Qué?».

«Merece la pena. Lo nuestro».

«Opino igual».

Tengo un montón de pesadillas y me despierto con dolor de mandíbula de apretar los dientes. En mis sueños se me aparecía Joaquín Phoenix persiguiéndome con una motosierra. Creo que mi subconsciente lo ha elegido a él porque siempre lo he encontrado algo turbio y oscuro. Suelo bromear con que es el tipo de persona con la que no puedes mantener conversaciones banales, de entretiempo, como lo práctica que es tener una freidora de aire o lo cara que está la compra. Creo que sería capaz de escupirte con su desdén, y el problema es que no sabría de qué hablar con él porque su extravagancia es como un muro de hormigón para los pragmáticos como yo. Por muy buen actor que sea.

La puerta de mi habitación se abre y entra mi sobrina Candela con cara de no haber roto un plato, pero sí de aburrimiento y de «voy a ver si mi tía me entretiene».

—¿Puedo pasar?

Me reincorporo y le digo con la voz más animada que me sale:

—Claro, pequeña, pasa.

Candela viene corriendo hasta mi cama y se tira de golpe. Hay que ver lo que les gusta a los niños botar en la cama…, es como biológico, eso y cerrar las puertas a portazos debe de ser requisito genético imprescindible para que te dejen nacer.

—Te he echado de menos, tita —me dice con voz melosa.

—Pero si solo ha sido el fin de semana.

—Ya, pero…, no sé, te he echado mucho de menos y ya.

Noto por su voz que algo la ronda.

—¿Estás bien?

—Sí, tita —dice, y el «no» es tan evidente que hasta un hombre viendo la final de la Champions se daría cuenta.

—¿Qué te pasa?

—No es nada…

—¿Estás nerviosa por tu cumple?

—No, no es eso.

—¿Y entonces? —le insisto.

—Es que… mis padres están muy enfadados.

—Bueno, pero esas cosas pasan. Seguro que lo arreglan enseguida.

—Ya, no quiero que se separen.

—¡Candela! Pero ¿por qué piensas eso?

—Los padres de mi amiga Alba se han separado y ella está muy triste, aunque dice que no, pero yo lo noto porque es mi amiga. El otro día lloró mientras escribíamos una redacción.

—Bueno, Candela, cariño, es normal, pero tu amiga mejorará, y más si te tiene a ti a su lado. Tus padres están bien, no se van a separar, y en el hipotético caso de que lo hicieran, lo primordial es que te adoran y lo más importante para ellos eres tú.

—Pero es que ahora que mamá estaba más en casa…

—Candela, ya verás que no es nada. Quedan cinco días para tu fiesta de cumple, ¿no prefieres hablar de eso?

—No, ¿has visto a Dylan? —me interroga como una espía del KGB.

—Sí, lo he visto —concedo.

—¿Y dónde está ahora él?

—En Nueva York.

—¡Pues vaya! —Pega un golpe a la cama.

Decido que es el momento de hacer una videollamada para animarla y Dylan descuelga enseguida.

Huelga decir que pasan absolutamente de mí y que Candela, ahora sí, monopoliza la conversación con su fiesta de cumpleaños, su obsesión por la tarta redonda y todas las cosas que se le ocurren. A mí me encanta verlos. Dylan coge a Ava, que está despierta, y nos la enseña; tía y sobrina nos deshacemos en carantoñas.

Nos despedimos y bajamos a cenar.

Mientras Jorge se va a contar un cuento a Candela, que está especialmente ñoña, le narro lo que me ha confesado su hija hace un rato. Entonces mi hermana, que es inquebrantable como Erin Brockovich y adusta como Angela Merkel, se echa a llorar y yo, que hoy estoy desfasada y sin músculos que me sostengan, lloro también.

—¿Por qué lloras? —se extraña.

—No, ¿por qué lloras tú?

—¿Yo? Porque estoy embarazada. ¿Y tú?

—Yo, porque sí…, me apetece.

—Ah, vale, pero no llores por mí, ¿eh?

—Ni se me ocurriría. Cuéntame.

—Pues que está todo bien, estoy embarazadísima, en fechas coincide con el trío y a mí me da igual, porque antes que pensar en mí quiero que crezca y nazca, pero sé que Jorge no.

—Igual se tiene que hacer a la idea. Piensa que tu estado de ánimo cambia porque eres tú la embarazada, pero él debe digerirlo.

—Lo conozco, Amanda. Él no va a aceptar que tengamos un niño mulato, vamos, me lo ha dicho. Y que conste, lo entiendo, pero si este bebé quiere nacer, no seré yo la que se lo impida.

—¿Y entonces?

—Pues ni idea… Cómo se puede complicar la vida tanto en un momento…

—Esta complicación puede que en unos meses sea una bendición.

Alicia se seca las lágrimas con un pañuelo y me dice:

—La frase muy cuqui, pero no es real. ¿Paramos de llorar?

—Vale. Igual adoras a ese niño.

—Si me cuesta el divorcio, probablemente no.

—Pues entonces no te entiendo, Alicia.

—No te preocupes, yo tampoco. Es que hay decisiones que sabes que no te van a aportar beneficios, pero las debes tomar.

—Alicia, parece que hablas de una empresa; es un bebé, un hijo tuyo.

—No me gustan los bebés, son un rollo y te absorben el tiempo.

—Dijo la mamá entregada. No estamos en 1900, Alicia, puedes abortar, piénsalo bien, o darlo en adopción.

—Si sale negro, ¿no? —dice con sarcasmo—, y hacemos una porra.

—Alicia…

—Que no, Amanda, que no tengo yo esa necesidad. Si mi hijo es negrito, pues tan precioso, su madre y su tía lo querrán igual y el vecindario flipará unos meses hasta que se acostumbren.

—¿Has pensado en papá y mamá? ¿Se lo vas a contar?

—Pues de momento no, y menos ahora que operan a papá esta semana. Según vaya viendo.

—Estoy aquí para lo que necesites. Tienes todo mi apoyo hagas lo que hagas.

—Lo sé, hermanita. Y ahora cuéntame qué tal con Dylan, que me tienes en ascuas…

Capítulo 26
Adivina quién viene a cenar esta noche

La fiesta es un *summum* de voces agudas y carreras por toda la casa que te cansan solo de verlo. Es como si continuamente estuvieran regalando cosas, ya te digo que los adultos ni por el último electrodoméstico de moda del Costco o de Lidl corren tanto. ¿Los niños no pueden ir al baño andando? ¿O a la cocina? ¿Y hablar en unos decibelios compatibles para el oído sano?

Tampoco es que la semana haya sido la más tranquila y no me pilla con todas las energías. Operaron a mi padre el martes y hemos estado yendo y viniendo al hospital, y el viernes tuve mi primera lectura de guion para la peli que voy a empezar.

Y si me hubiera acostado pronto…, pero no, todo lo que no hemos hablado Dylan y yo durante los meses anteriores, lo hemos agotado estos días. Yo creo que no nos queda nada por contarnos, el resumen de nuestras vidas está completado, ya divagamos sobre el futuro y sobre la actualidad. El caso es que da igual el tema, lo importante es escuchar su voz.

De libro. Estoy enamorada. Aunque sea a distancia, esos ratos al teléfono saben a oro. Como un caballito de mar frente a su pareja los diez minutos diarios que dura su relación al día. Hace poco leí que casi todos los caballitos de mar son monógamos y que todas las mañanas, al amanecer, la pareja se junta, danza y hace piruetas, cambiando al mismo color para después separarse el resto de la jornada, «danzas de bienvenida» lo llaman. Estoy convencida de que es el mejor momento del día para los caballitos de mar, como lo es para mí Dylan. Cursi, pero cierto.

Me alejo de la terraza después de hacerme cientos de fotos con los amigos de mi sobrina y con los «pues ya que»: las madres y padres que, aprovechando la ocasión, no podían perderse la oportunidad. No me sienta mal, pero si soy sincera, tampoco bien. Es que de los niños lo entiendo, pero tú con cuarenta años para qué narices quieres una foto conmigo, ¿la vas a enmarcar?, ¿tanta ilusión te hace si hace quince minutos no sabías ni decir el título de alguna película mía? Otra cosa es que me sigas, que te guste mi trabajo, pero eso se nota. Es el cumple de mi Candela, quiero disfrutar de su día y no dedicarme a posar y hablar de mí. ¿Es tan difícil de entender?

Me siento en un taburete en la isla de la cocina. Ricardo, el vecino, me ve y se me acerca con una copa y me sirve vino blanco. Le

sonrío. Me cae bien. Es un hombre atractivo, o por lo menos para mí, tiene un aire descuidado, pero lo justito para darle interés. Quizás por su pelo un poco alborotado y más largo de lo que debe gustarle, pero creo que es porque alarga ir a la peluquería y en ese tipo de hombres (guapos, limpios y listos) mi mente hace una asociación y asume que no va porque está muy ocupado leyendo, escuchando música o cualquier otra cosa que cultive su mente, y no puede perder el tiempo en nimiedades. Además, huele muy bien, creo que a Acqua di Gio.

—¿Ya ha terminado el *photocall*?

—No creo. Alguien más me pedirá una foto —digo con hastío—. Como saques tu móvil ahora mismo, lo tiro a la piscina —bromeo.

Ricardo se ríe.

—Tranquila, soy un perezoso para las fotos, además, luego nunca las miro —dice, y se me acerca al oído en plan confesión—. Pero creo que nadie lo hace. La galería del teléfono solo existe para ocupar espacio y que os tengáis que comprar otro, pero eso nunca lo confesaré yo, que me dedico a este sector.

—Ya sé a quién pedir el nuevo iPhone sin esperas, contaré esto en la tele como no me lo regales —me burlo.

—No te atreverás, sería el fin de mi carrera. —Me guiña un ojo.

Nos reímos. Mi cuñado Jorge se acerca con una bandeja de quesos. Tiene cara de cansado. He intentado encontrar el momento para hablar con él esta semana, pero ha sido imposible. Aunque por el tono que usan en casa, sé que la tensión no va en descenso, todo lo contrario.

—Probad este queso, es el tostado de Mercadona, es un vicio increíble. Esto, cuñada, no lo tomas en Nueva York ni en los mejores restaurantes.

—¿Eres acaso un comercial infiltrado? Empiezo a sospechar que te paga algo esa cadena de supermercados, en esta casa se oye más su nombre que el de cualquiera de vosotros.

—Tú prueba el queso y no me delates. Y mientes, en estos días solo se ha oído «tarta redonda».

—Tienes razón.

—Está la madre de Lidia, no para de hacerte ojitos —le dice Jorge a Ricardo, y este actúa como si le importase más bien poco.

—Ya sabes mi política, con madres del colegio, nunca, o correrá la voz.

—¡Fantasma! —le contesta Jorge entre risas.

—¿Queréis que me vaya?

—No, tú puedes quedarte —dice Ricardo.

—No soy una madre del colegio, supongo.

—No, tú nunca te fijarías en alguien como yo, y no correrás la

voz.

—Me surgen dos preguntas…, ¿por qué nunca me fijaría en ti y cuál es el secreto?

Jorge resopla, divertido, y Ricardo me mira con atención, sopesando la respuesta.

—A la primera, soy un ser humano corriente con dos hijos a mi cargo, tú te codeas con estrellas y a la segunda, en una conversación de hombres, tendemos a fardar sobre nuestras habilidades en la cama, pero esto también lo negaré ante un tribunal.

—No sé qué pensar, en cinco minutos me estás dando un montón de munición para chantajearte, porque soy una buena persona, que si no…

—Me fío de ti —sonríe.

—¿Entonces, no te gusta la madre de Lidia? Si es esa de la melena castaña que no para de mirar hacia aquí, es muy mona.

—Sí, lo es, pero con madres, no. Mis hijos ya han pasado por mucho como para que sus compañeros de clase se conviertan en hermanastros temporales. Además, no me gusta su voz.

—Nos has salido delicado —se apoya Jorge en el hombro de su amigo—, pero haces bien. ¿Y tú, cuñada? Con toda esta semana de locos, no hemos tenido tiempo para hablar. ¿Qué va a pasar con el americano?

—Pues no lo sé, pero ojalá que algo bueno porque estoy bastante… ¿pillada? Soy muy feliz cuando estoy con él.

—Brindemos por ello —dice Ricardo, levantando la copa—. Me pareció un tío muy majo.

—¿Os conocisteis?

—Sí, cuando vino a buscarte. Es todo un hombretón, puede pasar por un *navy*…, qué espaldas, chico. Ni aunque echemos toda la vida en el gimnasio nos pondremos así, Jorge.

—Ya te digo. Yo me alegro mucho, Amanda, me gusta mucho para ti, es un gran tipo y me ha prometido enseñarme a jugar al básquet.

—Me apunto —dice Ricardo.

Acaban de llegar mis padres y vamos a saludarlos. A mi padre le han hecho un cateterismo esta semana y le ha puesto un *stent*. Vamos al salón para que se siente y nos dice que se encuentra perfecto y que no lo tratemos como un enfermo. Mi madre pone los ojos en blanco y sé que está peleando con él por su vitalidad y por su manía de quitarle hierro a todos los asuntos.

—¡Amanda, ven! —me grita mi hermana para que vaya a la puerta. Su voz ha sonado rara, creo que ha hecho un gallo. Cuando llego, me quedo pasmada. Pero ¿qué?

—Hola…

—¿Qué…?, ¿qué haces aquí? —pregunto, consternada.

—Quería verte. Tenemos que hablar.

—Os dejo —dice mi hermana—. Si te apetece pasar, estás invitado, a mi hija y a sus amigos les encantará.

Alicia se da la vuelta, me pone ojos de pez recién pescado al que se le agota el oxígeno y se esfuma.

—¿Qué quieres, Álex?

—Sé que estás enfadada por lo que ha salido en las revistas esta semana, pero te juro que yo no he sido.

—Álex, da igual, de verdad… Es mejor que sepan que no estamos juntos, me da igual que piensen que te he dejado yo y soy una bruja malvada.

—Ya, vale, pero te prometo que yo no he dicho nada de eso. Sé que me he comportado como un idiota estos meses y te pido perdón. Me gustabas, Amanda.

—Quedas disculpado. Yo siempre fui sincera contigo, Álex, te dije que estaba empezando una relación con alguien.

—Lo sé, pero no podía evitar que me gustases. Se ve que no estoy acostumbrado al no…, ya sabes.

—Sí, no se te suelen resistir muchas mujeres, lo sé.

—Lo has dicho tú, no yo. Pero no podía admitir que por una vez que una mujer me interesaba de verdad no pudiese tenerla.

—No soy un premio.

—Yo creo que sí, sí lo eres, pero ya me ha quedado claro que no vas a serlo para mí.

Lo miro. Suena sincero… y yo no valgo para estar enfadada.

—Mira, Amanda —enuncia—, lo que te dije en la fiesta de cumpleaños de César estuvo fatal. Fui un gilipollas de manual, un machista y un creído; a mi favor, alegaré que estaba bebido y que no sabía cómo gestionar tu rechazo. He estado yendo al psicólogo, no quiero que me vuelva a pasar.

—Me parece bien… Vale.

—¿Me perdonas?

—Sí, pero eso no significa que…

—Ya, de momento, distancia. Escuché lo que te dijo Rafael, el productor. Es un gilipollas. La culpa era mía, lo asumo, de verdad. Por eso te estuve llamando, para disculparme.

—Estaba muy enfadada, Álex.

—Lo entiendo. De verdad, no pienses que en España se trabaja así, ha sido un malentendido.

—No, no lo pienso.

—Tú y yo no volveremos a trabajar juntos y yo me recuperaré de tu negativa. Si alguna vez necesitas algo…

—Pues sí, mira, ahora que lo dices…

—¿El qué?

—Que pases, los amigos de Candela van a flipar cuando vean al famoso Álex Chol aquí en su fiesta.

—¿En serio me estás pidiendo esto? —finge asombro.

—Tú verás… si quieres ganarte mi perdón…

Mi hermana ha contratado a dos monitoras de tiempo libre y los niños andan haciendo una gincana por equipos (el dinero mejor invertido del mundo, que no lo digo yo, los padres).

Nos hemos separado por sexos y las mujeres estamos sentadas en el jardín bromeando mientras los hombres atienden la barbacoa y beben cerveza. Esto es internacional, hasta en Corea que son los más raritos (solo hay que ver cómo se sientan) estoy convencida de que, si hacen una barbacoa, sucede igual. Debe de ser algo proveniente de la prehistoria, los hombres, al fuego y nosotras, a nuestras cosas; en esto nuestro género ha mejorado desde antaño, nosotras cotilleamos y bebemos vino y ellas estarían batallando con sus hijos, claro, porque no existían las monitoras de tiempo libre para encargarse de los niños prehistóricos. ¿O sí?

Les he tenido que explicar a las madres del colegio que Álex Chol y yo nunca hemos sido nada y que lo que ha salido esta semana en la prensa era todo mentira. Han escrito que lo he engañado para volver con Dylan y que lo he humillado y soy una mala pécora. Mi viaje a París parece que no fue secreto y se han filtrado muchas fotos de nosotros juntos. Suelo darme cuenta de cuando me retratan, estaría obnubilada y se ve que solo tenía ojos para él…

Las madres, incluso la mía, cuando han descubierto la verdad de mi relación con Álex, se han pasado bromeando toda la tarde con que ya puede ser bueno el americano, porque el español lidera los top de los hombres más guapos del país. Y es que hay que reconocer que lo es. Hoy viene vestido con un pantalón de traje tobillero ajustado, con zapatillas blancas y camisa remangada del mismo color. Se intuyen todas las horas que trabaja en el gimnasio y lleva todo el rato, más de una hora, hablando con los amigos de Candela y haciéndose fotos con ellos y con las «pues ya que».

Suena el timbre de la puerta y mi hermana, que acaba de tomar asiento, me pide con carita de cansada que vaya yo. Me levanto

y cruzo la casa para abrir.

—Hola.

—Hola —saludo a un hombre que no he visto en mi vida—. ¿Vienes a la fiesta? ¿Eres padre?

—¿Cómo? No, no lo sé —titubea. No es español.

—¿Vienes a la fiesta? —le pregunto en inglés.

—Oh, no…, ¿vive aquí Alicia?

—Sí, claro, pasa —le digo. Mi hermana lo habrá contratado para algo. Ella lleva un rato mirando el reloj y yo sospechaba que quedaba alguna sorpresa. Aunque no sé qué puede hacer este hombre. Por la pinta, podría ser atleta, es alto, musculoso y de color. Las madres del cole van a alucinar con este nuevo invitado. Parece que estamos en Ibiza.

Mientras caminamos hacia la terraza, le pregunto su nacionalidad y me responde que es alemán. Sigo sin averiguar qué va a hacer este hombre aquí si apenas habla español.

Cuando llegamos al jardín, la silla de mi hermana está vacía. Mi madre me dice que Jorge y ella han ido a por la tarta. La famosa tarta redonda. Les presento a Jack a las mamás, que se levantan y lo saludan entre risas porque hay que reconocer que el alemán desbanca en cuerpazo a Álex, y entre que llevan unos vinitos, que se alientan unas a otras sin poder disimular su entusiasmo y que el alemán no entiende ni un «ay», se les está yendo de las manos. El pobre hombre sonríe a todas como si las entendiera.

Por fin salen Jorge y Alicia. Mi hermana transporta la deseada tarta en sus manos. La ha encargado a medida a una pastelería de internet y viene caracterizada con la película de *Encanto*, es preciosa. Cuando llega a nuestra altura y va a girar para depositar el pastel en la mesa, ve al nuevo invitado y juro que su rostro palidece varios tonos, como si la hubieran gaseado con lejía.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —le pregunta mientras mira a Jorge con estupor y a este lo gasean con el mismo espray blanqueante.

No hay que ser muy espabilado para saber que aquí se cuece algo. Todos se callan, hasta los niños parecen preguntarse quién es este alemán enorme que ha acudido a la fiesta de cumpleaños de Candela.

—Quiero saber si el hijo que esperas es mío —contesta Jack, mirando a mi hermana en el mejor español que le he escuchado desde que ha llegado.

Y entonces la tarta redonda que quería Candela se aplasta contra el suelo, toda entera.

Capítulo 27
Me lo había imaginado de otra forma

Rachel y yo terminamos el papeleo del auto. Hemos alquilado un coche durante una semana para poder movernos sin tener que depender de nadie.

Era una de las condiciones imprescindibles que me ha impuesto. Autonomía. Después de todo lo que ha vivido, necesita espacio para ella y para Ava, aunque sea un pequeño estudio. No quiere deber más favores y para terminar de recuperarse aduce que necesita calma y tiempo de calidad con su hija. Aunque estos primeros días lo pasaremos con ellos, hasta que encontremos una solución a este rompecabezas de vida en el que nos hemos embarcado. Yo seré el que tenga que viajar más para estar con mis padres, pero Rachel, de momento, no se moverá.

Ava se ha portado muy bien en el avión, casi ha dormido todo el viaje y cuando no, se la veía muy contenta. Ya son cinco meses y se le va notando con cada día que pasa más fuerte y más activa. En esta semana que no he trabajado y he pasado más con ella, he notado que hemos conectado. Se ríe con todo lo que hago y me tira los brazos para que la porte continuamente. Eso me sienta bien y mis estúpidas dudas comienzan a disiparse.

Tardamos un tiempo en montar la silla de Ava y en meter la dirección en el GPS. Al ser otro idioma, parecemos dos abuelitos que no ven bien las teclas de la pantalla. La forma de introducir las direcciones son muy distintas dependiendo de la nacionalidad. La última vez que vine cogí un taxi y de los nervios ni me fijé en el camino, pero me pareció un entramado de carreteras más lioso incluso que el de Los Ángeles.

Media hora después, llegamos.

Estoy muy nervioso, mi vida va a cambiar a partir de ahora y no solo es la mía, mi hija y mi mejor amiga se han venido conmigo. Rachel me abraza antes de sacar a Ava de su sillita.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

Sonrío y le pido al cielo que así sea. Ha sido muy precipitado y ahora me da miedo que Amanda se sienta abrumada. Se lo debería haber contado, pero me dejé llevar por Rachel y por Alicia, que estaban entusiasmadas con la sorpresa.

Llamo a la puerta. Son las nueve de la noche, un poco más tarde de lo que esperábamos. Nadie acude. El cumpleaños no ha

podido acabar. Había quedado con Alicia que Amanda abriría. Se me hace rara la tardanza y miro a Rachel, que me insta a que llame otra vez.

Insisto y vuelvo a llamar, el corazón se me va a salir por la boca. Busco de nuevo a Rachel, que me intenta transmitir calma con la mirada. Toco con los nudillos, a los segundos, la puerta se abre y cuando vamos a gritar sorpresa, vemos que no es Amanda, sino el vecino que conocí el otro día. Dice algo en español que no entiendo muy bien, pero su voz suena más débil de lo que recuerdo y abre la puerta del todo para dejarnos paso.

Rachel, Ava y yo accedemos al interior y en cuanto nos acercamos al jardín y vemos de lejos la fiesta, entiendo que o en España son muy raros y gesticulan tragedia de las griegas en los cumpleaños, o aquí ha pasado algo.

Un grupo de gente está haciendo un círculo y se la ve preocupada, intuyo a Amanda en el centro, arrodillada y sujetando a alguien sobre sus piernas mientras llora. En sus labios leo «papá».

Corro hacia allí sin pensármelo más y empujo a la gente para que me dejen llegar a ella.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto al llegar al cuerpo del hombre, y miro a Amanda, que se da cuenta de que estoy aquí y comienza a golpearme el hombro totalmente descontrolada.

—¡Mi padre, Dylan, mi padre! Se acaba de desplomar.

Sé que esta semana le han puesto un *stent* en las coronarias porque me lo había contado ella. Tomo su cuerpo, retirando a Amanda, y lo tumbo en el suelo para explorarlo. Está inconsciente. Tiene pulso débil y respira, también siento que está arrítmico, podría entrar en fibrilación o incluso pararse. Hay que llevarlo al hospital cuanto antes.

—Hay que llevarlo al hospital —le digo mientras con mucho esfuerzo lo levanto del suelo.

—¿Cómo está? —me pregunta Amanda.

Mientras camino hacia la puerta con su padre en brazos, le explico que sí le palpo pulso, pero que hay que monitorizarlo cuanto antes.

—¿Quién tiene coche? —grita Amanda.

—Tengo yo —le digo—, pero no sé llegar al hospital, si tú sabes, indícame.

—No, yo no sé —me dice, desesperada.

—¡Vamos en mi coche! —grita un hombre, y me adelanta para abrir la puerta de casa. Nada más verlo sé que es el actor con el que estuvo trabajando.

Yo cargo con su padre hasta la parte de atrás, donde se sienta Amanda, y colocamos al hombre semiincorporado sobre su cuerpo.

Alicia toma asiento delante y una mujer más mayor, que debe ser su madre, se sienta al lado de Amanda. No hay espacio para mí.

Amanda me mira y extiende su mano hacia mí, pero Jorge cierra la puerta rápido de un golpe y les grita que salgan.

Me quedo mirando el coche y a Amanda, que me busca con los ojos llorosos a través de la luna trasera.

Tomo aire varias veces para intentar calmarme y dejar de sentirme inútil y entender qué ha sucedido. Estoy en el medio de la acera con Jorge a mi lado, que también mira la estela que ha dejado el coche. Atiendo a mi alrededor. Todos los invitados me miran. Veo a Rachel hacerse un hueco con Ava en brazos. Comienzo a caminar hacia ella. Jorge me agarra del brazo y me detiene.

—Gracias, tío… Nos has caído del cielo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

—Yo qué sé —dice, y lo noto confundido—, ha sido en un segundo. Todo se ha ido a la mierda en un segundo.

—¿A qué te refieres?

—Todo iba bien y de repente… pum. Como le pase algo a mi suegro… No, no —titubea, y veo que no puede proseguir.

—Así es siempre, Jorge, todo cambia en un instante. Pero, tranquilo, igual no es tan grave. A veces pasa.

—El hombre se ha llevado un susto enorme… por mi culpa.

Llegamos a la entrada de la casa donde están Rachel y los amigos de Jorge. La pequeña Candela corre a los brazos de su padre y pregunta entre lágrimas por su abuelo.

—Chicos, este es Dylan —me presenta mientras abraza a su hija—, el novio de Amanda y ellas son Rachel y Ava. Ava es hija de los dos.

Por la cara que ponen todos, asumo que hay que mejorar el modo de presentarnos y no entrar en tanto detalle, pero lo perdono porque está claro que Jorge está sobrepasado y en instantes así uno ni sabe lo que dice.

—Quiero ir al hospital —dice Candela—, quiero estar con el abuelo.

Jorge me mira interrogante. Yo subo los hombros porque no es fácil aconsejar en momentos así, aunque soy de la opinión de que es mejor despedirse en vida y que a veces tendemos a ocultarles a los niños lo que resulta más que obvio para ellos, tratándolos como idiotas.

—Candela… —le digo—, igual no nos dejan entrar y tenemos que esperar fuera.

—Me da igual, yo quiero estar cerca y si le pasa algo malo, quiero estar allí, es mi abuelo, papá —le dice a su padre. Su decisión es la mejor respuesta.

—Vayamos al hospital, Jorge. Es lo que desea tu hija.

Los cinco llegamos en el coche de Jorge al hospital. Rachel ha insistido en venir también y varios invitados del cumple, entre ellos Ricardo, le han dicho que se fuese sin problemas, que ellos recogían y cerraban la casa.

Durante el trayecto, Jorge me ha explicado en voz baja lo que ha pasado, que ha venido el tercero en discordia preguntando por su futura paternidad en medio del cumpleaños y justo en ese momento el padre de Amanda se ha llevado la mano al pecho y se ha desplomado.

Ya dentro del hospital, un poco lejos de Candela, también me ha reconocido que fue él el que le escribió en una noche de desvelo, dudas y alcohol, para preguntarle si usó preservativo, y que si le pasa algo a su suegro, no se lo perdonará en la vida.

—Esperemos que no, Jorge. No estaba en tus planes que ese tío viniera al cumple de tu hija y dijera eso delante de todos. Vaya gilipollas.

—Es mi culpa…

—¿Y cómo sabía la dirección?

—No lo sé… Igual nos buscó, le contamos lo de nuestro negocio de vinos. Yo solo quería saber si había usado protección o si tenía hecha la vasectomía. Estaba borracho, Dylan… Esto no está siendo fácil para mí, pero como pase algo, Alicia no me lo perdona en la vida, sería nuestro fin.

—Me lo imagino. No le des más vueltas. Tú ahora ve con tu mujer y apóyala, ya hablaréis más tarde.

Una trabajadora del hospital muy amable, por lo poco que entiendo español, nos lleva a la sala de espera donde están los demás y cuando llegamos, solo veo a Alicia y a su madre. Candela corre hacia ellas y las tres se abrazan. Jorge les pregunta en español, preocupado, y me parece entender que aún no saben nada.

Busco a Amanda y el objeto de mis pesquisas aparece por el pasillo, abrazada por el actor ese, y una punzada de ¿celos? me golpea el estómago. En cuánto me ve, ella sale corriendo hacia mí, deshaciendo cualquier duda.

—Dylan —llora mientras me aprieta con fuerza—. Estás aquí, pensaba que había sido un sueño…

La aparto para poder mirarla y con mis pulgares le retiro las lágrimas.

—Estoy aquí, pequeña… He venido.

—¿Has venido a la fiesta de cumpleaños de Candela?

—Hemos venido a quedarnos un tiempo, Rachel y Ava también.

Sus ojos, brillantes por las lágrimas, centellean entusiasmo. La conozco, no le salen las palabras.

—¿Es en serio?

—Sí, claro. Me lo había imaginado de otra forma, Amanda, pero te iba a decir que se acabó el estar lejos, que te necesito.

—Y yo a ti —dice, y me abraza con fuerza—. Y más ahora. Si a mi padre le…

—Shsss —la silencio—, no nos pongamos en lo peor.

Amanda me mira, se alza de puntillas y me besa en la mejilla, provocándome tantas cosquillas que cualquier diría que nunca nos hemos acostado y besado hasta los rincones más secretos.

—No te voy a dejar marchar, lo sabes, ¿no?

—¿Pero lo dices por enfermero o por novio?

—Familiares de Ángel Martín —enuncia una doctora, y todos se levantan. Amanda se gira muy despacio para verla y busca mi mano para apretármela con tanta fuerza que creo que me la van a tener que amputar.

—Somos nosotros —habla Alicia—, ¿cómo está mi padre, doctora?

—Tranquilos, está todo bien.

La mano de Amanda se relaja y el riego vuelve a mis dedos.

—Parece que ha sido una pequeña angina y no se le ven cambios en el electrocardiograma. Le ajustaremos la medicación y quizás no haga falta repetirle el cateterismo. Ha sido vital que lo hayan traído tan rápido y le hayamos podido poner tratamiento. Pueden pasar a verlo, pero con tranquilidad.

Amanda corre hacia su hermana, su madre y Candela, y al instante las veo abrazadas, llorando juntas. Es imposible no emocionarse.

Siento unos toques en mi hombro y me giro. Veo al actor famoso con cara irritante. Lo atiendo.

—Tú debes de ser Dylan…

—Sí, y tú Álex. Gracias por traerlos tan rápido —decirlo me escuece, me sentí un poco torpe al no poder hacerlo yo.

—Y tú por asistir a su padre. Tiene gracia, al final sí que vas a tener un trabajo importante.

—¿Al final? —lo cuestiono porque igual quería decir algo bueno y se ha equivocado al traducirlo al inglés.

—Sí, bueno, ella es actriz, tú, enfermero… —afirma mientras gesticula con altivez, ninguneándome.

—Sí, claro, yo salvo vidas, vosotros las entretenéis…, es mucho mejor.

—No quiero que me entiendas mal.

—Te he entendido perfectamente —le respondo, serio—, y no es el momento de hablar de estas cosas. No me ofendo con facilidad, así que no gastes energías. Celebremos que la medicina le ha salvado

la vida a este hombre y punto.

—Sí y que gracias a que lo hemos traído tan rápido no le ha pasado nada peor, ya escuchaste al médico.

Afirmo con mi cabeza y me alejo del arrogante este porque mi filosofía es no dar munición al que quiere guerra. Voy hacia Candela. La niña nada más verme se cuelga de mis hombros, feliz.

—¡Has venido a mi fiesta! ¡Has venido a mi fiesta!

—¡Pues claro! No me la podría perder, estaba deseando ver tu tarta redonda.

—Lo malo es que se ha caído al suelo, pero era preciosa, te lo prometo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Se acerca Alicia para preguntarle a su hija, y me acaricia un hombro, afable, como saludo.

Candela se pone colorada y admite que la miró sin que nadie se diese cuenta. Aunque lo intenta evitar, se la nota triste.

Capítulo 28
Tarta redonda

Las manos de Dylan me masajean los hombros mientras vemos a Candela abrir sus regalos. Ricardo los ha traído porque no había forma humana de convencer a mi sobrina de irnos del hospital.

Ya le he presentado a mis padres e incluso han conocido a Ava. A los pobres les va a tocar abrir la mente un poco, porque lo han reconocido como mi exmarido del *reality* y encima viene con una hija, pero como a todo hay quien gane, esto no es tan difícil como el asunto de mi hermana, del que nadie quiere hablar porque está Candela y no es momento. Ignoro si ella ha escuchado al alemán soltar la bomba.

Dylan está haciendo un esfuerzo hercúleo por entendernos y hacerse entender, pero el español no es lo suyo. Ya nos ha admitido hace un rato que va a ponerse a estudiar en breve porque no se entera de nada.

Giro la cabeza para mirarlo y nuestros ojos topan. No me puedo creer que esté aquí, lo veo como un sueño y a la vez tan normal que no puedo ocultar mi felicidad. Con letras mayúsculas. Dylan encaja en mi vida, desde siempre, desde aquel programa en el que lo dejé escapar, es la única persona que me ha hecho sentir tan plena, tan yo.

Llaman a la puerta. Dylan me suelta y va, antes me dice al oído «sorpresa». Me giro y cuando lo veo abrir y coger lo que un mensajero le trae, sonrío como una boba.

Dylan camina hacia una mesa y deposita el paquete allí.

—Candela…, feliz cumpleaños —dice en español gracioso—. Ya tenemos tarta redonda.

Mi sobrina va corriendo y abre la caja, que esconde una perfecta tarta San Marcos para doce personas. Todos aplaudimos a Dylan y Candela lo abraza fuerte. Me derrito. Mi padre me mira y por su sonrisa sé que acaba de aprobarlo. A mi madre ya se la ganó en cuanto lo vio tumbado en el suelo asistiendo a su marido con tanta seguridad.

Después, Dylan viene hacia mí y, mientras empezamos a cantar cumpleaños feliz, me dice al oído:

—No sabré las direcciones en España y no he podido traerte al hospital, pero en comida a domicilio, no hay quien gane a un neoyorkino.

—Te quiero, americano bobo —le digo entre risas.

—Y yo a ti, española guapa.

Que me perdone Candela, pero he de dejar de cantarle para besar a este hombre. A Dylan, el que espero que me gane todas las apuestas a la que nos enfrente la vida.

Epílogo

Un desastre…

¿Cómo se pudo ir todo al traste?

Lo había planeado durante semanas. Estaba tan cerca.

Sabía, porque la escuché en la ruta del colegio, que la niña quería una tarta redonda. Y la preparé, con una sorpresa dentro, un muñeco degollado y una nota mucho más amenazante: «Te mataré, Amanda. Tú solo eres para mí».

Me hice pasar por varias empresas de tartas, metiendo la publicidad en el buzón, hasta que dio resultado y su hermana me llamó para encargármela. Sabía que nadie se fija en el mensajero y no me prestarían atención, y así fue. La entregué y nadie me miró.

Pero todo se fue al traste, la tarta se cayó y la tiraron sin más.

Y ahora están juntos. Llevan varias semanas en España y no se ocultan ante nada ni nadie. Besándose por todos los sitios, paseando con el bebé y buscando casa. Me arde el cuerpo por dentro. Esa felicidad era para mí.

Esto no acaba aquí.

Tendré que aguardar al plan B… en el rodaje

Agradecimientos

Gracias, lectores, por darme la oportunidad de poder devolveros a Amanda y a Dylan. Os lo prometí, no sería mucho tiempo, espero haber cumplido vuestras expectativas.

Si nada cambia, y hay un porcentaje muy alto de que así sea, pero de mi cabeza no me fío ni yo, el siguiente libro pondrá el broche final a esta trama y los dejaré volar libres para siempre.

Gracias a mis editores por hacer mis locuras posibles y darme tanta tregua: a Borja, por su trabajazo con el audiolibro, pero, sobre todo, porque sé que tengo las risas aseguradas con tus mensajes, aunque te metas con mi forma de hablar. Gracias a Teresa, por nunca decirme que no y contar con tu amistad desde hace tantos años.

Gracias a mi familia y amigos por teneros en mi vida. Soy de estar rodeada, nada me gusta más que un sarao y cuando es a vuestro lado, el éxito es indudable.

Gracias a todos los compañeros del hospital, los de antes y los de ahora. A todos. Que nadie ningunee nuestra profesión, nadie.

Gracias a todos mis amigos del mundo de las letras: escritores, blogs y libreros, por aconsejarme y ayudarme en este cuento.

Gracias a mi pequeña Eire, esta vez no lo he podido titular *Te apuesto la primavera*, pero me encanta que pienses en títulos para los libros de tu madre con tanto entusiasmo.

Gracias a ti, Dimas, porque haces que me escuchas y que piensas por dónde pueden ir los tiros, pero luego siempre escribo mis ideas. Aunque no lo creas, tu labor de escucha es muy importante. Os quiero a los dos. Beso y abrazo…

En fin…, solo os puedo adelantar que os pienso apostar la próxima Navidad, ¿me veis la apuesta?

Te apuesto las Campanadas

Te apuesto las Campanadas

Capítulo 1
El nuevo deseo de Candela

Candela

Candela mira hacia el jardín de la nueva casa. Es tan grande que tiene hasta piscina. Se ve saltando a bomba y empapando a todos, o con sus amigas subidas a flotadores de unicornios haciendo una guerra de esas que no les dejan batallar en el club de la urbanización.

Le gusta mucho más este jardín que el suyo, y más desde lo que sucedió el día de su cumpleaños, cuando a su abuelo le dio un infarto.

Ella no se lo ha contado a nadie, ni siquiera a Rachel, su nueva adulta favorita, pero escuchó lo que dijo aquel hombre justo antes de que su abuelo cayera fulminado en el suelo.

Lo oyó, sí.

Y esa frase se le repite y repite como cuando un estribillo se queda a vivir en su cerebro.

Le encantaría poder mandarla a la papelera como hace con todas las aplicaciones que usa, pero su cabeza no funciona así, y, por mucho que intenta olvidarlo, no le sale. Cada vez que rememora aquel momento le duele la tripa. Mucho. Es como si una pelota se colara por su boca y se le quedara atascada en el principio del estómago. Por eso, no puede comer. Por eso, no tiene hambre y, por eso, por mucho que su madre le grite que está desesperada y que la va a llevar al médico, ella no puede decir la verdad.

Ella conoce de dónde vienen los niños.

Es un fastidio.

Sus amigas todavía no tienen ni idea, pero como ella es tan curiosa, le dio por investigar, y sabe que no hace falta estar casado para tener hijos; que, para quedarse embarazada, hay que practicar sexo sin cuidado.

Lo que no tiene del todo muy claro es lo que se hace en concreto en el sexo, pero sospecha que implica besos, e imaginarse a su madre besando a aquel hombre le da mucha rabia y mucho asco.

¿No se supone que las madres y los padres solo pueden besarse entre ellos? ¿Qué hacía su madre besando a otro?

¡Puaj!

Se lo preguntó a su amigo mayor Félix, y él tampoco le quiso contestar.

Es un hombre muy callado. Será porque apenas nadie le

habla. Como es vagabundo…, pero a ella le cae muy bien. Siempre va en bici y amontona pequeños tesoros en bolsas. Él dice que es para darles otra oportunidad: «la gente tira la basura por costumbre. Sin mirar».

Desde aquel fatídico día sus padres apenas hablan de otra cosa que no sea de trabajo y ya nunca se ríen juntos.

No es tonta. Ellos intentan disimular, pero ya no es como antes.

Los sábados su padre siempre se levantaba el primero y hacía tortitas para ellas dos. Su madre se quejaba, pero acababa comiéndoselas, y hacían batallas de a ver quién ingería más nata sin mancharse.

Ahora, su padre ya no hace tortitas. Se va a correr.

Cuando no está encerrado en el despacho, está haciendo deporte o con ella, pero nunca están los tres juntos.

«Se van a divorciar, se van a divorciar…».

Candela se lleva la mano a la frente y se da un golpe. No quiere oírse más. Está harta de oír a la agorera voz de su cerebro. Sus padres no se pueden separar. Ella no podría elegir a uno de los dos, y sabe que siempre hay que elegir a uno. Lo ha visto en la tele, y también que los abogados hacen que se peleen por el dinero, y acaben odiándose.

¿Por qué no puede ser como antes?

Cuando está a punto de dejarse llevar y llorar toda su confusión, escucha los pasos de Rachel.

—¿Qué…? ¿Te gusta la casa? —le pregunta en inglés, aunque Rachel está aprendiendo español superbien. Mucho mejor que Dylan, que es una risa escucharle.

—¡Sí! Es enorme.

—Sí, lo es. Así tendremos espacio para todos. Mi casita aparte es amorosa, y me dará intimidad… Si tuviera que ver continuamente a Dylan y a Amanda me moriría del empacho, ya lo sabes.

Candela se ríe.

Las dos bromean constantemente con lo pesados que son. Se besan y tocan a cada rato, y a veces se hablan como si fueran bebés. Dan un poquito de vergüenza, aunque la verdad es que a ella le hace mucha ilusión ver a su tía tan contenta, y a Dylan, que cada día lo quiere más.

El deseo que le pidió a Papá Noel el año pasado se cumplió, y ahora no ve la hora de que llegue la Navidad para ir a verle y pedirle que sus padres vuelvan a quererse como antes.

—Estás muy pensativa, ¿te pasa algo, muñequita?

—No. Estaba pensando si queda mucho para la Navidad.

—Todavía unos meses… ¿Te gusta mucho?

—Sí, sobre todo la del año pasado que fue genial. No creo que este año sea tan guay.

—¿Por qué dices eso, muñequita? Esta Navidad será la más especial de todas, porque poco después conocerás a tu hermanito. No hay regalo más grande que ese. Un hermano. Tenlo claro.

—Sí, mi hermano… —contesta fingiendo alegría, aunque lo que siente por él contiene las mismas letras, pero no significan lo mismo: alergia.

—¿Qué te pasa, Candela? A mí no me engañas. Te da miedo dejar de ser hija única o que haya un bebé en casa?

—No, no es eso…

—Entonces, ¿qué? —le insta Rachel.

Por un segundo está a punto de contárselo, pero entonces aparecen Dylan y Amanda en el salón, con la pequeña Ava llorando a todo llorar.

—¿Qué le pasa a mi bichito? —pregunta Rachel yendo a por su hija y sacándola del carro. Es tal cual: una madre abnegada y enamorada de su pequeña.

—Nada, que no le gusta ver cortinas y papeles pintados, como a su padre —responde Dylan.

—Ja, ja —le espeta Amanda—. Ni que a mí me encantase, pero me niego a elegir yo algo y luego escucharte quejarte todo el tiempo.

—El día que me queje yo por un papel pintado, llévame al hospital, porque me estará dando un ICTUS —le responde Dylan dando varios pasos para acercarse a Amanda y empujarla hacia él con sus manos apoyadas en el trasero.

—Eres muy tonto. Esas cosas no se dicen ni en broma —le regaña Amanda antes de darle una serie de besos cortos.

—Tranquila, pequeña, no pienso morirme antes que tú. No puedo perderme esos ojos, ni esta boca…

—¡Puaj! ¡Idos a un hotel! —dice Candela llevándose los dedos a la boca como si quisiera forzar el vómito.

—¿Y eso? —le pregunta su tía Amanda.

—Oye, pequeña dictadora, que estamos en nuestra casa. Aquí puedo decirle a tu tía todas las cursiladas que se me ocurran.

—Sí, pero no delante de nosotras, por favor. El exceso de pasteles empacha tanto que acabas aborreciéndolos —sale Rachel a defenderla—. Provocáis diabetes, chicos…

—¡Qué exageración! —emite Dylan—. Pero, para no molestaros… No pasa nada. Amanda, cariño, vámonos a la habitación para no ofender a estas dos cínicas. —Le guiña un ojo de forma teatral a su chica—. Tengo algo muy importante que contarte del papel pintado, pero tiene que ser allí. No nos interrumpáis durante un rato

largo, ¿oído?

Amanda se ríe cuando Dylan la toma en brazos.

Este se la lleva, subiendo las escaleras entre bromas sobre lo que pesa y lo fuerte que está él.

Candela y Rachel dejan de mirarlos cuando desparecen y se prestan atención de nuevo.

—¡Qué bonitos son! —suelta Rachel.

—Sí, son geniales…

Vuelve a sentir pena porque le encantaría ver a sus padres igual.

Tiene que regresar a ver a Papá Noel, pero para eso debe ir al mismo sitio del año pasado. Está lejos, pero el que algo quiere, algo le cuesta… Y si algo es ella, es tenaz.

Capítulo 2
Una farsa llamada mundo

Amanda

—¿Qué haces tan ofuscada? —me pregunta Dylan, todavía con la resaca de la siesta de tres horas que acaba de gozar en el avión.

—Sufrir en silencio.

—Exactamente, yo no lo llamaría silencio —discrepa—. Llevas resoplando como un camello viejo varias horas.

Lo miro de reojo, inclinando la cabeza y sin pestañear, aunque duelan mis ojos. Es decir, alucinada.

Ha roncado como si necesitara una máquina de esas para dormir —Dios…, no lo quiera—, mientras hacía que escuchaba español, y ahora me viene a decir que le he molestado. Si no fuera porque está tiernísimo con la cara de recién despertado y que me sonríe de medio lado, como el que quiere comerte, pero no puede, porque está empachado, me enfadaría. Lo fingiría, en plan trifulcas de matrimonio aviejadas, de esas que sacan a escena todos los defectos de su pareja y hacen broma delante de sus amigos, pero no me apetece reprocharle nada, porque ahora mismo lo único que necesito, y es una necesidad al nivel de un cojín de viaje para Ben Affleck, es conseguir que una de las varias aplicaciones que me descargué me funcionen de una santa vez.

Mi chico, al ver que no le respondo y vuelvo a atender el móvil, se me acerca para curiosear.

—¿Todavía sigues con eso? —Se extraña, pero en mí provoca justo lo que no quería: ser consciente de todo el tiempo perdido que llevo con soberana estupidez.

Es de esas ocasiones en las que odias tener amor propio y no te rindes a la primera, ni a la segunda, ni a la… Cuando ya pierdes la cuenta estás en la mierda —y no hay una forma más *cool* de decirlo.

—Sí, hijo, sí… Aquí sigo. Ya es algo personal —refunfuño.

—A ver, déjame —dice mientras hace el amago de quitarme el teléfono.

Me alejo, como si oliera a patata podrida, moviendo las manos.

—¡Sí, hombre! ¡Quita!

—¡Mujer, que solo quiero ayudar!

—Mira, lo coges y te sale a la primera, y me hundes en la miseria. Paso de sentirme estúpida.

—¿Desde cuándo me consideras un experto en aplicaciones de pintura?

—Bueno, por si acaso… Si casi lo tengo. Esta quinta aplicación parece que funciona mejor. No consigo que perfile bien las paredes, pero te puedes hacer una idea. Las otras cuatro eran una chapuza. ¡Qué cabreo, de verdad!

—No sé de qué hablas. Si me lo quieres enseñar, soy todo ojos.

—A ver, a las fotos del salón y de nuestra habitación le he metido con otra aplicación los muebles que nos hemos comprado, y ahora quería probar con varios colores para las paredes.

—Apasionante, y… ¿qué hay de aquello de improvisar?

—Cuando no es necesario… No te puedes imaginar lo locos que volví a los pintores de mi piso de Manhattan; porque era yo, si no me mandan a Corea del Sur.

—¿Tan importante es para ti la pintura?

—Pues, chico, sí. ¿Qué quieres que te diga? No lo sabía hasta que me compré mi primera casa. ¡Vaya! No es algo que usas para describirte: «me fijo mucho en las paredes». —Dylan me escucha atento, pero sé que se aguanta la risa—. Necesito que mi hogar me represente; que entre en mi casa y esté orgullosa de ella.

—Eso se lo has copiado a Shea McGee.

—Puede… —reconozco.

Soy una adicta confesa de los programas de decoración y este de Netflix me lo he bebido. Es que él me hace mucha gracia. Hacen una pareja increíble.

—Me parece fenomenal y te apoyo en cualquier color que escojas. Eso sí: conmigo no cuentes para pintar. Desde ya.

—Tranquilo. Creo que nos podemos permitir una cuadrilla.

—Y si no me pongo a trabajar, de lo que sea. En España, lo de sacar perros no da mucho dinero, ¿no?

Le sonrío.

Sé que, aunque bromea, está preocupado por su inactividad.

De enfermero no puede trabajar, porque ha de homologar el título, y, aunque está impartiendo clases de baloncesto a un montón de niños de la urbanización, eso no cubre sus expectativas profesionales.

Creo que de ahí podía lograr algo bueno, porque, cuando entreno con ellos, me doy cuenta de lo bien que lo hace y cómo nos motiva a todos.

Había dejado un poco de lado el básquet, pero últimamente me apetece un montón, y sé que es por él.

Por fin se cargan las fotos y me aparece el montaje del salón con las paredes en blanco nácar y la habitación en verde agua claro.

Me encanta, y a Dylan también.
Está decidido.
Mando un mensaje al pintor y le dicto los colores.
Vamos a aprovechar que estamos fuera estos días para que nos pinten, porque los muebles llegan la semana que viene y ya nos podremos mudar del todo.
—Estoy deseando vivir contigo en nuestra casa y que te sientas orgullosa también de mí —me dice mientras acaricia mi mano y juega con mis dedos.
—Y yo…, tonto.
—Habrá que comprar una estantería para que puedas presumir de tus premios. Tu primer Emmy…
—Calla, calla… No vendas la piel del oso antes de cazarla. Lo tengo muy difícil. Laura Linney es una monstrua, Reese Whitherspoon se lo merece desde *Big Little liars* y Zendaya tiene el cariño de todo el público…
—Del público adolescente —puntualiza—. En cualquier caso, lo vamos a disfrutar, y, pase lo que pase —me coge de la barbilla y se acerca para darme un beso—, tú estás nominada como mejor actriz en los Emmys y nada puede enturbiarte esa noche. Esto es nada más que el principio. Debes de estar muy orgullosa.
—Lo mejor, es que voy a ir contigo. De verdad te lo digo, Dylan.
—Lo dices porque te gustan mis pies —bromea.
—Más que los míos —afirmo—. No, en serio. Mis problemas de confianza se han evaporado contigo. Antes llevaba fatal las fiestas. Tanta gente influyente a la que intentar agradar, me aterraba. Como tantas cosas que, desde que estoy contigo, ni me planteo.
—¿Cómo qué? Es que todavía no puedo entender cómo alguien como tú tenga problemas de seguridad.
—Pues eso. Conocer a gente nueva, implicarme de más… Vivía por y para mi trabajo, y así evitaba esforzarme en mantener relaciones personales y no dudar de sus intereses. Entre el *ballet*, que me dejó tocada, porque todas éramos competitivas, y después la fama, que no ayudó… Las relaciones no eran mi fuerte.
—¿Y en qué te he ayudado yo?
—En que sé que estás conmigo por mí, y no por mi trabajo; que te gusto yo, y no Amanda Martín. Ha sido como un efecto dominó. Al confiar en ti, me he abierto a los demás, como a Rachel, Graciela, Ricardo… Gente que me aprecia desinteresadamente.
—Pues me alegro, y no sabes cuánto.
—Por eso, lo de que me acompañes, es lo que más ilusión me hace, porque sé que me apoyas, que te alegras igual que yo. Además, necesito vivirlo y compartirlo con mi persona favorita.

—Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti, grandullón.

Nada más bajar del avión sé que algo sucede porque tengo varias llamadas de Michael y un *WhatsApp* del mismo, pidiéndome que lo llame urgente, y ese urgente viene escrito en mayúsculas.

Observo a Dylan, que también está encargándose de sus mensajes, y presiento que a él también le ha llamado.

Marco su número mientras caminamos por el aeropuerto de Los Ángeles protegidos con gafas de sol y gorras para pasar desapercibidos.

Al primer tono descuelga:

—¿Se puede saber qué pelotas has dicho?

—Buenos días a ti también, Michael. Después de un vuelo de más de diez horas me apetecía escuchar tu amistosa voz recibiéndome con esa amabilidad tuya tan característica.

—No estoy para gilipolleces. ¿Cómo has podido decir algo así a un día de los Emmys?

—Como no seas más explícito no te pillo.

Dylan me coge del brazo y me lleva a un hueco en el aeropuerto para ganar algo de intimidad. Cuando Michael y yo discutimos, no gritamos, pero se le parece mucho.

—En la entrevista de Vanity Fair.

—Michael he dado como cincuenta entrevistas estos días, concreta porque no sé de qué me hablas.

—¿Te has posicionado en contra del aborto, en serio?

—¿Yo? ¡Noooo!¿Cómo voy a decir eso? Hablamos de ello, creo recordar, pero no dije nada igual.

—Pues sale de titular. Te lo leo: Amanda Martín en contra del aborto. Así. Sin vaselina. No hay un tema más candente ahora mismo aquí, y vas tú y les das alas.

—Espera que piense… Es que apenas recuerdo ni quién me entrevistó… ¡Ah…, sí! No lo conocía. Era nuevo. Parecía muy majo. Le deseé mucha suerte en Vanity…, ¡qué cabrón!

Dylan me mira y frunce el ceño. Lo está oyendo todo, porque está muy pegado a mí.

—No dijiste nada así, Amanda… Yo lo recuerdo.

—Dylan dice que se acuerda, Michael. ¿Qué dije?

—Te preguntó sobre qué opinabas sobre la revocación de la ley que aprobaba la interrupción del embarazo. Tú contestaste que era ridículo retroceder, pero que tú apostabas siempre por la vida, aunque

respetabas las decisiones que tomase cada uno, porque debía ser algo muy difícil. Añadiste que unos jueces no podían representar a todas y cada una de esas decisiones… Fue algo así. A mí me gustó. Hiciste la entrevista en el patio de tu hermana delante de Alicia y Jorge. No era fácil.

—Sonó ambiguo, y lo han aprovechado —me reprocha Michael.

—Yo dije algo muy parecido a lo que ha reproducido Dylan, Michael. Eso no es aprovechar: es tergiversar. Tendremos que pedir explicaciones a Vanity Fair ahora mismo y, o se retractan o lo llevaremos por vía judicial.

—Obvio, Amanda, pero el daño ya está hecho…

—No creo que por un comentario así, no te vayan a dar un premio si te lo mereces —alega Dylan—. Ya deben de estar concedidos.

—Dile a tu novio el ingenuo que se calle un poco, por favor —espeta Michael y yo sonrío por no llorar.

—Mejor te callas tú —le reclamo—. Consígueme una entrevista con tu amigo del New Yorker para desmentirlo, y se acaba el problema.

—¿Con quién te crees que hablas? En dos horas van a tu hotel. Ya está concertada. Espero que lo dejes mucho más claro, Amanda. Te juegas mucho.

—Perfecto. Luego te llamo. Chao.

Cuelgo y resoplo.

Elevo la cabeza para mirar a los ojos más bonitos y pacificadores de mi universo.

Él me sonríe.

—¿Quién decía que la vida de los famosos era fácil? —bromea antes de sujetar mi barbilla y besarme.

—Esto es así, Dylan. Hay muchos intereses en juego. A la que tuerzas un poco el pie, ya te dan por coja y te eliminan.

—Pues no es bonito vivir con tanta presión mediática y tantas censuras. Tú puedes opinar lo que te dé la real gana y expresarlo como tal.

—Soy un personaje público, Dylan. Hay que remar a favor.

—Entonces, estamos construyendo una farsa llamada mundo. Si nuestros ídolos dicen siempre lo que se quiere oír, y bailan al son del más votado, nunca habrá libertad de expresión como tal, y sí una pantomima globalizada. No me extraña que luego venga un idiota con ideas populistas y caigan como moscas.

—Ya… No te falta razón, pero yo soy actriz, no política.

—Pero en ti se ven muchas más mujeres reflejadas que en una vicepresidenta, y me refiero a ti como a cualquier famoso.

—¿Qué me quieres venir a decir, Dylan?

—Pues que nunca dejes de ser tú, que seas auténtica, porque digas lo que digas, siempre habrá a quien no le guste. No hagas lo que te dicta Michael, porque eso te dé más papeles. Que si opinas que no al aborto, pues perfecto.

—No es el caso.

—Lo sé… Tampoco lo pienso yo.

—Entonces, ¿qué discutimos?

—Nada. No es discutir. Es que me molesta como te habla Michael. A veces te trata como si fueras una niña, y tú eres una mujer maravillosa e independiente.

Miro el reloj.

—Esta mujer maravillosa e independiente quiere ir al hotel ya mismo, a resolver el asunto con su tremendo novio. ¿Puede ser? ¿Seguimos caminando?

Capítulo 3
Siempre me quedarán las piruletas

Alicia

Malditas hormonas. Debe de ser la edad, o quizás es sugestión, porque como se supone que las embarazadas estamos muy sensibles y lloramos por todo, pues yo, que suelo ser más fría que un cono, me alisto a esa premisa y me permito sentir.

Me he visto a mí misma corriendo hacia el coche, mientras hacía varias compras en el centro comercial, para no doblegarme delante de un montón de desconocidos.

Suena exagerado. Lo sé. Pero para mí no controlarse y llorar sin reservas frente a la gente es doblegarse. Qué le voy a hacer. Soy así. Nací así.

Mi hermana Amanda, que tampoco es que sea una gelatina, es la sentimental de la familia. A mí es que no me sale. Suelo ser ordenada, y no me dejo llevar. Un ser pragmático al que los influjos de la luna ni le afectan ni le importan.

No es ser mala persona. Soy una española con carácter nórdico.

Y, ¿por qué?

Por la ropa de bebé del Hipercor.

Yo iba a comprar comida… ¿Por qué deben tener ropita de bebés? ¿Para que te des cuenta de que estás de casi de seis meses y no has mirado nada de nada para tu futuro inquilino?

No he comprado nada a la vida que habita en mí.

Sentada con una manzanilla en un taburete de mi cocina y con una bolsa de piruletas que pienso disfrutar, me acaricio la barriga.

Hago un esfuerzo por hacerlo, pero no me sale natural…

Con Candela no paraba de acariciarme, y ahora hasta me molesta echarme crema de estrías. Hay días que me levanto con un poco de instinto maternal, pero me dura lo justito. Hasta que me cruzo con Jorge y su actitud pasivo-agresiva, o con mi hija, a la que parece que mi tripa la deslumbra porque aparta la mirada cada vez que me ve.

El caso es que con este jolgorio a mi alrededor, como para montar una *baby shower*. Pero una cosa es que no lo celebre por todo lo alto, y otra es que ni haya comprado la típica ropita para salir del hospital… Vamos a ser la peor familia. Por no hablar de que hay que vaciar la habitación que usábamos de gimnasio y montarla allí, pero

no me siento capaz de sacar el tema.

¿Desde cuándo me cuesta hablar a mí de algo? Ves…, las hormonas.

Al menos nuestro negocio va viento en popa, y me alegro, porque eso nos da la oportunidad de hablar de algo y no ser dos adultos que comparten casa y una hija.

Me estoy empezando a cansar mucho de esta situación; de este agujero negro en el que se ha convertido mi embarazo de cara a Jorge.

No se habla y, si no se habla, no es real.

Eso es lo que él practica y yo, quizás, se lo he permitido. Hasta que me canse…, y advierto de que cada vez queda menos.

He sido lo suficientemente paciente para darle espacio. Tanto que, aunque dormimos juntos, no nos tocamos desde hace meses. Fingimos que todo va bien delante de Candela y los días vuelan, y a Dios pongo por testigo que yo no doy a luz en esta situación.

Al menos convencimos al posible futuro padre de que si era de él, no íbamos a pedirle nada. Dependía solo de él querer formar parte de la historia o no. El balón está en su tejado, y hace meses que no sé nada de él.

Posiblemente haya preferido olvidar, y, en parte bien, porque será más cómodo a la larga, pero ¿y si yo tampoco sé querer? ¿Por qué he de amar algo tan poco deseado? ¿Desde cuándo soy yo la amorosa de la familia? No sé… Pensar que al menos su padre lo espera con ganas, me quitaría el peso que cargo sobre los hombros, porque me asusta ser ese tipo de persona que trae al mundo a un niño, y lo convierte en un infeliz.

No hay ejercicio más inútil que el de obligarte a querer.

Resoplo…

Me viene a la cabeza mi hermana Amanda. Ella sí que está emocionada y, cuando está en casa, me contagia de su entusiasmo.

Debe de estar preparándose para los premios.

Todavía no me puedo creer que esto esté pasando.

Amanda puede ganar un Emmy. Se posiciona como una de las favoritas, aunque, con lo del aborto, han jugado muy sucio y enturbiado su imagen pública.

Anoche hizo varias entrevistas en las que aclaraba su posición, y espero que hayan servido para resetearla.

Jorge entra en la cocina y no me saluda, como es habitual.

Abre la nevera y observo su espalda; últimamente sus hombros están caídos.

—¿No habías pedido un *catering* para esta noche? —pregunta sin mirarme, y con ese tono impersonal con el que sabe que frena cualquier sublevación por mi parte.

—Sí, llegará en un rato. ¿Por?

—No, por nada… ¿Y a qué hora viene la gente?

—Sobre las diez. Va a ser una noche larga. No hacía falta citarles temprano… ¡Ay!

Jorge se da la vuelta.

Me acaba de dar una patada un bebé en el hígado, que me ha pillado desprevenida y me he quejado en alto. Duele… Madre mía. Este niño va para karateka.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, sí… No es nada. Una patada en mal sitio.

—Por tu cara ni que tuvieses testículos.

Le miro alzando las cejas porque, por un chiste tan malo, no se merece nada más.

Mi marido me sonríe y se sirve una copa de vino delante de mí. Después de dar un trago, vuelve a hablar:

—¿Vas a poder llegar despierta hasta la madrugada? Últimamente te duermes muy pronto.

—Me duermo pronto, porque no tengo nada mejor que hacer, pero hoy estoy nerviosa. No me duermo ni en broma.

Jorge ignora mi indirecta y me pregunta:

—¿Tú crees que lo va a ganar? No me lo puedo ni imaginar.

—Ojalá. A mí me parece que está espectacular en la serie. Un escalón por encima de las demás…, pero yo qué te voy a decir.

—Sí, yo también lo creo. Hay escenas que te parten. Es buenísima…

—¿Venían tus padres, no?

—Sí, se han apuntado. Están más nerviosos que ella.

—Normal… Oye, me han contestado de la bodega de Aranda, dicen que por ellos, perfecto.

Levanto la mano para pedirle silencio.

—No quiero hablar de trabajo. ¿Te acuerdas de que lo acordamos?

—Sí, a partir de las siete prohibido hablar de vinos. Perdón. —Sonríe—. Por cierto, voy a subir varias botellas para que estén más fresquitas.

—Sí, perfecto. A mí me basta con el agua.

—Puedes tomar una copa, Alicia… y más una noche como hoy.

Subo los hombros y le miro.

Jorge me sigue pareciendo muy sexi. Los años han pasado por él, pero más o menos conserva su figura, y, desde que se ha dejado barbita, está más interesante, porque le remarcan sus ojos color miel; de esos rebosantes de pestañas que le confieren un aire infantil, aunque le haya dado muchas vueltas al sol.

—Estás guapa… ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me lo he cortado, teñido y hecho un alisado. Hace casi una semana.

—No me había dado cuenta —dice mordiéndose el labio—, pero te sienta muy bien. Lo tienes muy brillante.

—Es la queratina… Jorge…

—Voy a buscar a Candela.

—Espera…

—¿Qué quieres? —refunfuña como una adolescente a su madre.

—Que finjas que me quieres y que me apoyas delante de mis padres. Bastante duro es para ellos esto, como para vernos así.

—No tengo que fingir que te quiero, Alicia. Lo hago.

—Pues lo disimulas fantástico.

—Alicia, no me lo pongas más difícil. No es el momento para hablar.

—Y van pasando los días y al final la que se va a cansar de esperar soy yo. Recuerda que mi paciencia tiene un límite, y nunca ha sido muy alto —le digo levantándome del taburete y marchándome de la cocina, pero, antes de salir, le repito—: Solo te pido que no seas el que llevas siendo todos estos meses para que mis padres no sufran más.

—Alicia…

—¡Ah! Y vacía en cuanto puedas el gimnasio, voy a montar la habitación. Por cierto, una vez que esté vacía, es mi proyecto y no quiero que nadie entre.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿El qué?

—Que no pueda entrar en la habitación.

—Porque es nuestra —digo señalándome la tripa—, y solo quiero que pase quien esté feliz por lo que crece en mi interior.

—¿Contaminaríamos la escena los demás?

—Algo así… —comento, y vuelvo a la encimera. Abro la bolsa de las piruletas, que están al lado de Jorge, cojo una, le miro con todo el desdén que me genera su parsimonia, y me marcho.

Capítulo 4
Huevos podridos

Dylan

Jamás me había vestido con esmoquin, y parezco un chaval que se pone por primera vez un traje.

No paro de mirarme porque, al contrario de lo que pensaba, me veo bien.

Apostaba que iba a parecer un fraude, pero no. Cualquiera diría que visto así siempre. Desde la humildad, añado, que este esmoquin, con lo que cuesta, le sienta bien a cualquiera. Vale más que lo que pagaba por el alquiler de mi casa en un año.

Nueva York, no lo echo de menos casi nada.

España me está fascinando. Es un país pequeño que tiene de todo: playas increíbles, paisajes de montaña, islas volcánicas, ciudades con Historia, pueblos mágicos… No entiendo por qué se publicitan tan poco. En EE. UU. muchos quieren viajar a Europa, pero siempre a Francia, Italia, Inglaterra, Alemania…, y España, excepto Barcelona, apenas se oye.

Ahora que lo estoy descubriendo, de escapada en escapada, con Amanda, alucino con lo bonito que es.

Lo único que añoro de EE. UU. es a mis padres y a mi gato.

Les intenté convencer este verano para que se vinieran a Cádiz, a la casa de mis cuñados, pero no hubo forma. Les da miedo volar tantas horas, y lo entiendo.

Solo espero encontrar un trabajo aquí y poder tener el permiso para que se vengan una larga temporada, porque, de momento, tanto Rachel como yo estamos a gusto.

Mi gato está con ellos desde que Ava comenzó con los broncoespasmos. Ahora que está mucho mejor, podría traerlo, pero mis padres se han encariñado con él. Dicen que les recuerda a mí.

A Rachel le han salido muchos trabajos como *freelance* y, además, mis cuñados la han contratado para todo el marketing de su empresa, por lo que no piensa en volver.

Le gusta más el clima de aquí; excepto el de julio, que fue tipo Las Vegas. También está enamorada del estilo de vida y de las españolas.

Miro el reloj.

Ya es la hora.

Salgo de la habitación en la que me he encerrado durante

varias horas, porque no aguantaba tantas conversaciones de pelos, maquillajes, vestidos, terapias y asuntos que me interesan menos que las dietas hiperproteicas de las mascotas.

Nadie, o por lo menos nadie como yo, puede imaginarse la de gente que hay detrás del *outfit* de las estrellas.

Hay un diseñador, y sus ayudantes; el peluquero, y sus ayudantes; el maquillador, y sus ayudantes; más el encargado de las joyas, que, en este caso, es una donación para la fiesta, y el hombre lleva callado y quieto agarrado a un maletín desde hace horas.

Amanda no me ha reconocido el precio para que no me escandalice, pero ha firmado un contrato para lucir una gargantilla que brilla más que un coche nuevo.

Abro la puerta y ahí está.

—¿Amanda? —se me escapa la pregunta en alto de la misma consternación.

De repente, mi novia se ha convertido en un avatar de sí misma. Está más alta, más rubia, con la piel más dorada y la figura mucho más definida. Parece una ninfa del metaverso.

Ella me mira y sonríe emocionada.

—¿Qué te parece?

—Así como la primera vez que vi en el cine a Arwen de *El señor de los anillos* —reconozco, mientras me acerco para besarla—. Deslumbras.

Justo cuando estoy muy cerca de sus jugosos labios, que nunca me habían parecido tan carnosos, el jefe de los estilistas nos separa con tantos aspavientos, que el cliché que rodea a los hombres de su sector se queda corto.

—Ni hablar. Apártate de mi obra, «hetero-torpón». Ni se te ocurra estropearle el maquillaje y ese recogido, a esta escultura.

—Se llama Amanda. Es de carne y hueso, y es mi novia. Y sí, el recogido es muy bonito, aunque un «hetero-torpón» como yo tenga menos voz que un mimo.

—Lo sé —dice cruzando los brazos y subiendo un dedo a su mejilla para remarcarme su cara de aversión—. Pero ahora es una mujer que va a ganar un Emmy, vestida de Gucci, y maquillada por mí, Samu Méndez, y el macho remacho de su novio va a ser más pulcro que un ecologista en el Burning Man.

Amanda se ríe. En EE. UU. se bromea mucho con ese festival y lo hippies, y con lo idealistas que son los que van.

—Vale, vale… ¿Al menos nos dejas hacernos una foto juntos? —le pregunta Amanda con voz pedigüeña, y sin poder ocultar su cara de felicidad.

—Sí, pero las manos congeladas —nos ordena Samu, recién bautizado como el repelente.

Amanda camina hacia mí y toma mi mano.

—Estás guapísimo con el esmoquin.

—Lo sé —le digo al oído imitando a su peluquero, provocando en ella una carcajada y la consiguiente repulsión de su estilista.

Estoy seguro de que si pudiera, me rociaba con espray antimosquitos, y después encendía un mechero.

Cuando nos tomamos varias fotos y se las mandamos al chat de la familia de Amanda, porque se lo habíamos prometido, nos dirigimos a la salida.

Justo cuando salimos del ascensor, reconozco una cara entre el equipo de Amanda; una que siempre que veo me provoca acidez.

—¡Espectacular, Amanda! Eres una jodida muñeca.

Pongo los ojos en blanco al escuchar a Michael y sus blasfemias.

¿Es tan difícil hacer un halago limpio, bonito? ¿Es acaso Michael un milenial, de los que enfatizan todo con la palabra «puto»?

—Gracias, Michael. Estoy contenta con el resultado. Hemos grabado muchos vídeos del antes y el después para luego subirlos a Instagram. El vestido es un espectáculo.

—Gucci. Te lo dije: nunca falla. Después de hoy, te convertirán en su musa. El recogido que llevas te sienta fenomenal.

—Hola, Michael.

—Hola, tú.

Sé que me desprestigia en broma, pero yo apuesto a que no es más tonto porque no se entrena.

—¡Michael! —le reprende Amanda—. No seas ridículo.

—Ya sabéis mi postura: no entiendo por qué tiene que venir. Vas a decirle al mundo que estás emparejada, y que ya no pueden aspirar a ti.

—Es que lo estoy y muy feliz, por cierto. Además, al público le encanta Dylan. Es como un Hugh Grant de verdad.

—No me gusta Hugh Grant. Hace demasiados mimos, y su acento es ridículo —les indico.

Ambos me miran con gestos totalmente opuestos. Plantean dos opciones: diversión-aversión. Adivina quién es quién.

—Bueno, vamos a organizarnos. Saldremos ahora, y yo a tu lado, como tu representante. A la llegada al Nokia Theater, nos bajaremos Dylan y yo primero. Luego tú. Posarás y, si quiere tu novio, pues os hacéis fotos para vuestros nietecitos rubios. En las mesas del teatro estaremos juntos. ¿Entendido? ¿Algo que objetar?

Mi chica le mira, y después al cielo. Yo prefiero respirar por la nariz y esforzarme en no abrir la boca.

—Pues, perfecto. ¡Ah, chicos! Recordadme que os cuente lo del dinero suizo, que ya sé cómo podéis moverlo. Si es lo que queréis

—nos dice cogiéndonos a los dos por los hombros, como haciendo corrillo.

Por favor, ¡qué de perfume lleva este hombre! Creo que mis pulmones se acaban de revestir para siempre, y voy a oler a Michael hasta la eternidad.

Me retraso, porque saco el móvil para mandarle una foto al chat.

Nada más salir, escucho un pitido que me deja bastante sordo y una marabunta de gente, que estaba disgregada por la calle, corre hacia Amanda y Michael.

De la impresión, veo que ellos se detienen y miran hacia todos lados.

En tres segundos, mi chica se encuentra rodeada de una multitud de personas con pancartas a favor del aborto, y en muchas de ellas sale su foto tachada, manchada de sangre u otros *collages* del tipo violento, y fuera de lugar.

Entre silbidos y gritos, no escucho bien qué la dicen, pero me parece a entender «hipócrita», «falsa», «antigua», y el resto son insultos.

Cada vez hay más gente, y Michael no consigue apartarlos.

Juraría que vislumbro un objeto brillante en una mano muy cerca de la espalda de Amanda.

Corro todo lo que puedo, con el miedo hirviéndome por dentro, para proteger con mi cuerpo el de ella.

Lo logro, porque siento que algo me corta, pero no me detengo a observar.

Sigo cubriendo a Amanda, abarcándola por detrás y golpeando a la gente con mis codos para que se alejen de ella, mientras les ruego que se vayan y nos dejen avanzar.

Prometo que el tiempo se para, y todo sucede a cámara lenta.

Siento que algo me golpea la espalda y cruje al golpearme…

No están tirando algo.

Con más ahínco, protejo a Amanda para que no la manchen.

Esto es una pesadilla.

Michael vuelve en sí, y me ayuda por delante abriendo paso, y pronto nos vemos protegidos por la seguridad del hotel, y logramos entrar en el coche los tres.

No doy crédito.

Me late el corazón a mil por hora. Tengo ganas de gritar toda la rabia contenida que ahora me consume, pero hago un esfuerzo por rebajar mi testosterona y concretar un resumen de daños.

Miro a Amanda. Está pálida y el recogido se ha desmoronado. Ella está bien. El vestido sigue en su sitio. No como la heroica manga de mi esmoquin, que luce un siete precioso, pero mi brazo ha salvado

al Gucci, que no tiene nada.

—¿Cómo te encuentras? —Le cojo la cara y la obligo a mirarme.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta con poca voz y un inicio de hipo, que sé que se le activa cuando está nerviosa.

—Un escrache. Eso ha sido un jodido escrache por las declaraciones del aborto —responde Michael por mí—. ¡Me cago en la puta!

—¿A qué huele? —pregunto, pero me respondo a mí mismo al quitarme la chaqueta. Descubro mi espalda con manchas de huevos, con tufo podrido.

—¡Joder, qué asco! —exclama Michael con todo su encanto natural—. ¡Lleva esa chaqueta lejos!

Le doy la americana al chófer, que la guarda en un departamento en la parte delantera del vehículo, sin decir ni pichi ni michi. O es mudo o le ha sobrepasado nuestra entrada, por lo que sea.

Amanda se lleva las manos a la cara y no sé por qué recuerdo las palabras del estilista, y la freno antes de que llegue.

—Amanda, ¡no! ¡No te toques! Es lo que quieren, que llegues mal a los premios. Tenían huevos podridos, tijeras para cortarte el vestido. Mira, me han roto el esmoquin. No les des lo que buscan.

El coche empieza a circular. El dicharachero chófer es un contratado por los Emmys y tiene una hora estipulada.

—¿Qué hago con el pelo? Estoy hecha un desastre. ¡Hip!

—Suéltatelo —le digo.

—¡No puedo! Lleva muchas horquillas. ¡Hip!

—Michael, saca el móvil y alúmbrame el cabello de Amanda. Amanda, masajéate el diafragma y aguanta el aire. Ya sabes cómo es. No puedes ir a la alfombra roja hipando como un saltamontes.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntan los dos.

—Confiad en mí. Sé lo que hago.

Capítulo 5
¡A trenzar!

Amanda

Me tiembla el cuerpo por dentro y creo que si me dejara llevar, tendría hasta tiritona, pero me estoy conteniendo para no asustarlos.

Al menos mi hipo ha cesado.

Desde luego que ahora sí que me tendrían que dar un Emmy, porque es uno de los *acting* más difíciles de mi vida. Mis ganas de llorar son tan poderosas que me cuesta respirar, pero, a la vez, la rabia me frena.

¿Justo hoy me tiene que pasar esto? ¿Uno de los días más felices de mi vida?

Aprieto el puño fuerte y me clavo las uñas en mis propias palmas para soltar la adrenalina que me sobra.

Mientras Michael habla por teléfono y me ilumina con mi móvil, Dylan me está peinando. Nos quedan diez minutos para entrar y Michael se quiere asegurar que no voy a sufrir el mismo recibimiento en la alfombra roja del teatro.

Es que ha sido de las experiencias más desagradables de mi vida.

Una, porque he llegado a temer que me iban a hacer daño, y otra, porque he sentido un odio profundo hacia mí. Además, sin esperármelo, lo que lo ha convertido en más doloroso. Esto le va a costar a mi autoestima remontarlo.

Realizo varias respiraciones de yoga y me concentro en las manos de Dylan peinándome.

Me ha deshecho el moño y me está trenzando un lado de la melena.

No me fío del todo de cómo voy a quedar, aunque tampoco tengo mucho que perder.

Él me cuenta que ha peinado muchas veces a Rachel y que de eso sabe trenzar.

Ella le enseñó, y a él le gustaba. Confiesa que le relajaba.

Ignoraba esta faceta suya. Dylan se ha revelado como una auténtica caja de sorpresas. Si no llega a ser por él… Cuando nos alcanzó, me protegió con su cuerpo y, desde ese momento, una corriente de seguridad irrumpió en mi pecho, comprendiendo que estando con él nada malo me podía suceder.

—Ya está… —dice—. Yo creo que ha quedado bien. Tenías el

pelo tan alisado, que es mucho más fácil que con Rachel.

Yo no me puedo ver, pero por el gesto que distingo en Michael, al levantar la cara de su móvil, sé que da el visto bueno y que, de ahora en adelante, encumbra a Dylan al mejor novio de todos los tiempos.

—¿Cómo mierdas has hecho eso en solo cinco minutos? —le pregunta.

—¿Te gusta o no? Contigo nunca sé… —le replica Dylan.

—¡Joder, Amanda! Tu exmarido es un manitas. Ya me puedo hacer una idea de cómo será en la cama. Así estás tú de contenta.

—¡Michael! —le suplico.

—No, en serio —me interrumpe—. Es impresionante, Dylan. Te debemos una.

—No me debéis nada. No digas chorradas.

Creo que es la primera vez que Michael y Dylan se hablan con respeto. Si el escrache sirve para que entre ellos dos fluya la calma, bienvenido sea.

Con ese pensamiento llegamos a la alfombra roja.

Michael se baja del coche y nos deja solos unos momentos.

Ahora me toca a mí hacer de hada madrina: le remango la camisa y decido dejarle el chaleco, pero le quito la pajarita y desabotono el cuello. Se le entrevé el inicio del tórax y como es uno de sus fuertes, sé que va a causar sensación.

Ahora que lo pienso, hasta le sienta bien. Es más su rollo. Antes se le veía guapo, pero encorsetado, en un estilo clásico que no es el suyo.

—Amanda, es tu noche. Estás preciosa y, pase lo que pase, lo importante es que tu familia está orgullosa y te queremos. Nosotros sí sabemos la mujer que eres. ¿Sabes qué me ha dicho muchas veces mi madre? Que hasta en el picnic más perfecto venían avispas, pero luego nunca las recordabas. Haz lo mismo: respira y sal a triunfar. Eres la mejor.

—Tú sí que eres el mejor… Te quiero a rabiar.

Nos miramos con admiración.

Desde hace unos meses me he dado cuenta de que a la persona que más admiro de mi mundo es a él, y, después de lo de hoy, lo voy a catapultar al universo superhombre.

—Te apuesto la madrugada que hoy será una gran noche —dice antes de salir y besarme la mano.

—Vale.

—No me digas vale. Dime que sí —me indica, como tantas veces cuando me propone apuestas.

Respiro…

Estoy sonriendo.

Ya pasó…

Esto solo es mi faceta profesional, pero lo realmente importante y lo que más feliz puede hacerme es mi vida personal, y ahora lo entiendo. Hace unos meses ni me lo podía esperar. Ocurra lo que ocurra, les tengo a ellos. No hay premio, por trascendente que sea, si solo te alegras tú.

Doy unos toques en la puerta y uno de los azafatos de los Emmys la abre, y me ayuda a salir.

Veo a mi derecha a Michael y a Dylan, que me sonríen para reconfortarme.

Me late el corazón a mil por hora.

Escucho gritos.

Me incorporo, estiro mi vestido y camino varios pasos. Vuelvo a coger aire hondo y levanto la cabeza, y, sí, hay mucho ruido de cámaras y de la gente que está apostada esperando, que son los que gritan mi nombre, pero sonríen.

Y yo también sonrío.

Como un fuego cuando cambia por completo al virar el aire al sentido contrario, mi noche se ha tornado en asombrosa, si la comparamos con la salida del hotel.

Me lo estoy pasando fenomenal.

Pensaba que iba a estar más nerviosa por la entrega del premio, pero no. Estoy disfrutando de la gala y de saludar a muchos compañeros de profesión.

Nos han sentado en unas mesas semi altas, de diez comensales. Nuestros acompañantes son el director y productor de *Intimate*, mi serie, y varios compañeros de rodaje. Nikesh Patel, que era el otro coprotagonista, y Rotem Sela, una actriz israelí, que también está nominada, con la que congenié muy bien.

Quise rodar esta serie desde el primer momento que leí el guion.

Trata sobre las verdaderas dificultades, desde un punto de vista tan realista que hasta incómoda, que se les presentan a tres talentosos hijos de inmigrantes, pero nacidos en EE. UU. Un indio, que es director de instituto; una española, que intenta vivir de bailarina y, entre *casting* y *casting*, da clases; y una israelí que tiene una empresa de *catering*. Sus vidas se cruzan en un tremendo asalto al instituto, en el que los tres trabajan.

La trama versa sobre su lucha por salvarse, mientras hay *flashbacks* continuos de todos los desplantes que han padecido en su

vida por ser hijos de inmigrantes.

Es una serie muy redonda con un final sorprendente.

Estamos nominadas las dos. Rotem a actriz de reparto, y yo a mejor actriz, y también a mejor serie drama y dirección.

Al lado de nuestra mesa se encuentran los de *Euphoria* y los de *La maravillosa señora Maisel*, pero antes hemos saludado a muchas estrellas de la gran pantalla, y Dylan no daba crédito. Sus ojos brillaron de fervor cuando Colin Firth, que está nominado por *Staircase*, se me acercó para decirme que le había encantado mi papel de Chloe en *Intimate*. Todo un señor.

Dylan también casi convulsiona cuando le he presentado a Jason Bateman, porque le conozco desde hace años, y es un hombre muy sencillo y agradable.

Zendaya, vestida con un Valentino negro palabra de honor idílico, y yo nos hemos saludado, deseándonos mucha suerte.

Los críticos dicen que el premio está entre las dos.

La cena corre a cargo del prestigioso *chef* Eric Greenspan; el mismo que el año pasado, y hay muchos tentempiés divertidos. No pueden faltar sus famosos sándwiches de queso a la parrilla, por los que es tan conocido, y mucho vino italiano.

Muchos me han felicitado por mi estilismo y mi peinado de trenza de construida de Samu Méndez.

Yo me he tenido que contener para no reírme en sus caras, ya que esto te hace ver que lo importante no es el vestido sino la etiqueta.

También es cierto que nada más entrar en el teatro me fui al baño a mirarme y efectivamente el peinado es ideal. Tengo a todo un artista entre mis sábanas y yo sin saberlo.

Acaban de anunciar el premio a actriz de reparto y no se lo han dado a Rotem. Se lo ha llevado Julia Garner.

Cuando termina de hablar la premiada, me acerco a Rotem y la abrazo. Es una actriz fabulosa y sé que esta va a ser la primera nominación de muchas.

Ella me dice al oído que reventaría el escenario, pero toca sonreír, y las dos nos entendemos.

Creo que eso es lo mismo voy a sentir yo…

Quedan dos premios y ya viene el mío, pero no tengo mucha esperanza, porque la pelea está entre *Ted Lasso*, *Euphoria*, *Sucession* y *The White Lotus*.

Apoyo mi cabeza en el hombro de Dylan para serenarme y él me abraza por el costado para acariciar mi hombro.

No puedo describir lo bien que me siento con él aquí, y lo orgullosa que estoy de cómo se está integrando en esta porción de mi mundo.

Cuando nos hicimos fotos en la alfombra roja causó sensación y sonrió y posó tan natural como es él. Está dotado de una perspectiva fuera de lo común, sin sobresalir ni esconderse. Sé que va a copar muchas portadas, y algún que otro corazón.

Dan el siguiente premio a mejor actor de comedia a Jason Sudeikis, y estiro mi columna porque viene mi nominación.

No puedo respirar de los nervios.

Me asaltan en tropel todos los recuerdos desde el principio: los pequeños papeles que me preparaba con ahínco, las clases de interpretación que te removían por dentro, pero necesitabas para poder competir, las dietas y el ejercicio para ceñirme a sus cánones de belleza, los sacrificios, el distanciamiento de mi familia, la lucha de Michael por llevarme a donde estoy, el miedo, la incertidumbre de no tener dinero para pasar el mes de los primeros años, los tropiezos y la soledad con la que vivía en mi apartamento de Manhattan, y que solo vaciaba mi vecino Peter con sus bromas.

Intento parecer serena, pero estrujo la mano de Dylan, mientras veo que Michael me sonríe con toda su boca y escucho:

—*And the Emmy goes to*… Amanda Martin *for Intimate*.

Y, entonces, una explosión de energía me estalla dentro del cuerpo y me siento tan sobrepasada que al principio me cuesta respirar y ordenar mi cabeza.

Me abrazo a Dylan con mucha fuerza y le escucho darme la enhorabuena, a la vez que me intenta relajar.

Me separo de él, no sin antes darle un pequeño beso y decirle que le quiero en español, porque en mi idioma es mucho más verdad.

Después, voy hacia Michael y los dos nos fundimos en otro abrazo.

Siento en mi hombro sus lágrimas, con lo que consigue que mis muros antilagrimales estén resquebrajándose, porque este hombre nunca llora.

Me aparta para que vaya al escenario y, como una autómata colocada, llego. Subo dos escalones y voy al atril.

Justo ahí, cuando voy a empezar a hablar, la imagen de mi familia, de Alicia, de Candela, de mis padres… me sobreviene, y se acaba la contención.

Capítulo 6
La profesión más bonita del mundo

Dylan

Es maravillosa.

Sobrepasada como está ahora, llorando y riendo a partes iguales, contagiándonos a todos su emoción.

Amanda acaba de ganar el Emmy y está dando las gracias a todos los que han confiado en ella, y la han ayudado a cumplir este sueño. Hace una mención especial a Michael y después a su familia. Dice que los quiere y que está deseando volar a España para celebrarlo con ellos.

Después, me mira a mí. Me dijo que todos les han recomendado que no me mencione, porque la vida da muchas vueltas y en unos años pueden hacerte un meme con lo que pudo ser y no fue.

El público se ríe y yo también.

Nos miramos, cierra los ojos y la veo como coge aire hondo…

—Dylan…, gracias. Este premio es muy importante, pero estando contigo he aprendido que el mayor éxito que puede obtener una persona es que la amen desinteresadamente. Compañeros, hoy algunos nos llevaremos la estatuilla y otros muchos no, y es muy posible que mañana ya estemos pensando en los siguientes trabajos para volver el año que viene aquí. Pero, nos olvidamos de que la verdadera felicidad se encuentra al abrir la puerta de tu casa y en saber que hay alguien que quiere compartir tus éxitos y tus fracasos contigo. Esta es la profesión más bonita del mundo, pero es eso, una profesión. No lo olvidemos. Os quiero. Querámonos mucho y bien. Muchas gracias.

Sonrío con admiración.

El teatro la aplaude y suena la música programada de la gala para indicarle que ya debe bajar del escenario.

Antes de llegar a nuestra mesa, varios actores se levantan para felicitarla.

Sus ojos brillan de emoción y te traspasa. Hay gente que transmite con solo respirar, y eso le sucede a Amanda. Por eso, es tan buena actriz, porque su alegría te alegra a ti. Así como el cobre es a la luz, ella conduce las emociones a los demás.

Al fin se sienta a mi lado, la abrazo con fuerza y le digo que su discurso me ha encantado.

Ella me besa sin hablar, porque creo que ya no le salen más

palabras. Cuando estás tan acelerado necesitas frenar para no estrellarte, y sueles hacerlo al llegar a tu hogar. Yo tengo la gran suerte de compartir su casa.

Disfrutamos del resto de la gala y después vamos de invitados a la fiesta que da Ryan Reynolds y Blake Lively en su casa. Por llamarlo así, porque esto es una mansión en toda regla, de las que yo nunca ni imaginé que pisaría.

Aun así, los anfitriones son una pareja muy afable y divertida.

He hablado un rato con ella, porque Amanda le ha contado lo de mi trenza, y ella me ha confesado que intenta hacérselas a sus hijas, pero que es su asignatura pendiente, porque no es capaz y se siente una madre de segunda.

Mientras conversábamos, yo intentaba no poner cara de bobo, porque no podía dejar de pensar que desde hace años la catalogo como una de las mujeres más guapas del mundo.

Ahora que la he tenido delante, doy fe de ello. Es una escultura hecha mujer. Espectacular, y eso que está embarazada de su cuarto hijo, que se dice pronto.

Nunca había visto a tanto famoso junto. No solo hay actores, sino que también hay cantantes, jugadores de baloncesto, escritores… Mire por donde mire, está la élite de la fama; los más estupendos del universo *cool* americano.

Los únicos desconocidos somos los camareros y yo.

Eso no es que me haga sentirme inferior, pero sí un poco fuera de órbita, porque, he de decir que, igual que hay gente accesible, como los anfitriones, hay bichos raros con los que no me sale cruzar ni una palabra. Serán prejuicios, pero entre Kim Kardashian y yo la única conversación posible es que corre un aire muy fresquito y se termina ahí.

Después de un rato de sonrisas un poco forzadas, nos hacemos con una mesa al lado de la piscina donde están los compañeros de sitio de la gala, a los que ya conozco y con los que puedo participar un poco más.

Brindamos varias veces por el premio, por la noche, por el amor y por Michael, que es todo un criticón y no para de hacer comentarios despectivos sobre cada uno que pasa. He de decir que con algunos tiene más razón que un santo y que yo lo he pensado antes de que él lo verbalizara, pero me lo contengo por educación.

Según avanza la noche, puedo observar cómo hasta las estrellas no son inmunes al alcohol y arrastran unas melopeas de lo

más brillantes. Eso me hace pensar que da igual si el entorno es más glamuroso o menos, o si la gente es urbana o estrella, al final nos comportamos todos igual, y según el reloj adelanta horas, concediéndole más consecuencias al alcohol, los desinhibidos se adueñan de la pista y los abstemios se esconden por vergüenza ajena. Es como en mi bar favorito, al que fui con Amanda la noche que nos reencontramos, donde a última hora te puedes encontrar cualquier ruina que nunca vas a olvidar. Es mejor huir a tiempo y salvar a tus retinas del apareamiento trasnochado.

Aunque Amanda no suele beber, hoy ya lleva varias copas. Apuesto a que es porque no es consciente de ni que ingiere. Está exultante, pero creo que como beba dos copas más, sus eses van a multiplicarse en cada frase y dejarán de existir las líneas rectas.

Nos vuelven a servir varias copas.

Yo resoplo… Se nos va a ir de las manos.

Menos mal que parece que a Amanda no le ha llegado en esta remesa.

¡Oh, no! Mi gozo en un pozo. Sí que hay una copa para ella.

Miro al camarero para pedirle que no nos ponga más, pero justo se aleja con una prisa inusual. Deben pagarles un plus por borrachos confirmados.

Justo cuando van a brindar, me percato de que la copa de Amanda es diferente y el champan algo más oscuro.

Me nace un pálpito muy real y, sin pensármelo, le retiro el vaso.

Todos me miran, porque Amanda estaba llevándoselo a los labios y he quedado fatal.

Pienso algo rápido para excusarme

—Perdona, pero es que es… es… es diferente la copa y me he rayado.

Todos miran el cristal y afirman que es verdad.

Michael, agarra el vaso, se lo bebe de un trago y dice:

—¡Menudo paranoico! Chico, se les habrán acabado.

—Como te caigas redondo ahora me quedo pasmada —bromea Rotem.

—Se lo tendría merecido —dice Amanda—, por chulito.

Michael se lleva la mano al corazón como si le doliera el pecho, en una broma.

Soy consciente de que he quedado fatal, y eso que yo no suelo creer en eso de los pálpitos, pero es que ha sido un impulso irremediable.

La música se para y unas luces enfocan a un pequeño escenario que hay en la piscina. Me quedo alucinado al ver subir a Camila Cabello.

La gente aplaude y la vitorea.

¡Menuda fiesta! Esto es insuperable. De pronto he sentido una corporeidad avasallante a mi lado y al mirar era Lebron James… ¡Lebron James!

Mi cara ha debido ser tan de poema que Amanda ha sacado su móvil y nos ha hecho una foto juntos.

No quepo en mí de gozo. Estoy deseando enseñársela a Bob. Va a alucinar.

—¡Chicos, chicos! Me mareo… —dice antes de desmayarse sobre mí Michael.

Al principio, dudo de si es una broma de las suyas, por su afición a ser de todo menos discreto, pero cuando le miro detenidamente, soy consciente de que no. Sus labios se ven cianóticos y está claramente en parada respiratoria.

Les pido a todos que hagan hueco y llamen a una ambulancia ya mismo, mientras intento tomarle el pulso. Se lo escucho muy leve. Va a entrar en parada cardiorrespiratoria.

Dejándome llevar por el mismo impulso de antes, recuerdo que ha bebido la copa de vino. La que no me gustó.

Le pongo de lado en el suelo, y, rodeándole por detrás, le comprimo con fuerza la boca del estómago para intentar forzarle el vómito. Tras varias compresiones, Michael vomita y así consigo mi objetivo, y otro, que es que los curiosos se alejen.

Le tumbo de espaldas para volverle a explorar y ya no le palpo pulso.

Inicio maniobra de RCP.

Me arrepiento de haber bebido. Estoy acostumbrado a esto, sin embargo, me siento nervioso.

No veo la hora de que lleguen los servicios de emergencia.

No miro a nadie, para no dejarme llevar por su estrés, pero sé que estoy escuchando a Amanda llorar.

Por fin mis deseos se ven cumplidos y el servicio de emergencia aparece.

Les explico mientras le monitorizan lo que creo que ha pasado y vemos que sí tiene ritmo, pero continúa en parada respiratoria.

Mientras el enfermero le canaliza una vía periférica, el médico le intuba con una destreza digna a destacar y le conecta a un respirador portátil.

Me levanto del suelo y busco a Amanda. La veo abrazada a Rotem.

—Tranquila, saldrá de esta… —le indico al acercarme.

—Pero, pero… ¿qué ha pasado? ¿El vino? —me pregunta asustada.

—Puede… Luego lo sabremos —le respondo intentando no

sonar firme, pero apuesto una mano a que sí, a que han intentado envenenar a Amanda.

Capítulo 7
Una petición especial

Amanda

Entro en casa agotada y dejo la puerta abierta para dejar paso al guardaespaldas. Necesitaba correr y despejar mi cabeza, pero escuchar a alguien resoplar detrás de ti, no es que sea de lo que más apetecible para batir tu propia marca. Se supone que un guardaespaldas debe de estar en forma, ¿no? Pues este no.

El de la semana pasada invadía mi espacio personal y me agobiaba a niveles extremos.

No me puedo creer que necesite disponer de seguridad privada.

Cada mañana, al despertarme y caer en la cuenta, me entran ganas de llorar.

A veces lo hago, si estoy sola, pero si me acompaña Dylan, prefiero aparentar que estoy bien, porque he de ser madura. Sé que estas cosas pasan. No soy ni la primera ni la última a la que le surge un acosador. Es el precio que pagar por la fama. Eso es lo que le dices a los demás, pero, en tu fuero interno, sin embargo, piensas que qué has hecho mal para generar tal nivel de odio en alguien. Tanto que te quiera hasta matar, porque eso fue lo que sucedió en los Emmys. Me querían envenenar, y si no es porque mi novio, que se ha descubierto como un total superhombre, se da cuenta, igual estaría muerta o al menos habría pasado varios días en la UCI, como Michael.

Ya le han dado el alta y ha vuelto al trabajo. Está como si nada. Agradecido de por vida a Dylan. Por salvarnos la vida a él y a mí.

Una semana después llegó a nuestra nueva casa la confirmación de nuestras sospechas.

Otro paquete anónimo, imposible de rastrear, en el que había una foto impresa del escrache a la salida del hotel y escrito a mano «ja, ja, ja», y otro de la ambulancia en la fiesta en la que habían escrito «tenías que ser tú».

El FBI está investigando el caso.

El vino contenía belladona. Con esa dosis le provocó parálisis de los músculos del cuerpo, entre ellos del diafragma, y por eso dejó de respirar. Si hubiera bebido menos…, pero toda la copa… Cada vez que me acuerdo se me escalofría el cuerpo.

Como he vuelto a España, la policía también está al tanto y

por fin hoy nos reuniremos con ellos para ponerlos al día, y tratar los siguientes pasos a seguir.

Por la tarde, Dylan se marchará a Nueva York, porque sus padres tienen médicos y quiere acompañarlos. Voy a añorarle tanto…

—Podéis llamarme Aridane —nos dice la inspectora a Dylan y a mí. Bueno, y a Michael, que se ha conectado por videollamada.

Es una mujer alta, imponente, con una melena espesa y unos ojos atrevidos, de esos que desprenden curiosidad e inteligencia a partes iguales.

—¡Qué nombre más bonito! —Cambio al español—. Nunca lo había escuchado.

—¿No? Pues el año pasado se puso de moda por el volcán de la Palma. —La miro sin entender muy bien qué quiere decir, y sonríe—. Afectó a Los Llanos de Aridane, de donde proviene mi nombre.

—¡Ahhh! Es que estaba en Nueva York el año pasado. Mi vida ha cambiado un poco estos últimos meses…

—Y la mía —resopla—. Acabo de incorporarme de mi baja maternal.

—¿Has sido mamá? —le pregunto.

—Sí, de la tercera. Voy a montar una escuela de *ballet* —bromea y sonríe de forma tan natural que desprende felicidad.

Al principio me pareció muy seria, pero no sé cómo explicar que poco a poco hemos ido conectando. Las dos somos de apariencia distantes, no muy emotivas. Quizás por puro escudo.

Yo hablaba y ella me iba preguntando, y en algún momento nos miramos y sé que me entendió perfectamente. La energía que uno desprende y que de primeras guardas se abrió paso.

—Pues Amanda, es un caso claro de acoso —indica la inspectora en inglés de nuevo, para que Dylan y Michael la entiendan—. Lo bueno es que eso ya lo sabemos. Lo malo es que no parece un incompetente. No deja huellas, no se deja grabar por cámaras, se cuela en los Emmys… Daremos con él. Tenlo claro, pero, mientras, debes ir acompañada en todo momento. Por lo que veo, han contratado seguridad. Un asunto que me parece de lo más acertado.

—Pero… —digo—, es que me agobian mucho. Michael se empeñó, pero yo no puedo ir con alguien detrás de mí constantemente. Es asfixiante.

—Tu vida corre peligro —espeta Michael—. Tendrás que acostumbrarte.

—No es cuestión de acostumbrarme —le contesto intentando

modular mi voz para esconder mis sentimientos—, o sí, pero no es solo eso. Es que creo que teniendo guardaespaldas, me ofrezco en bandeja. Le reto aún más. Sabemos que no es tonto, porque puede colarse hasta en una de las galas con más seguridad del planeta, ¿no creéis que si llevo seguridad privada le voy a inyectar vitaminas, demostrándole que no vivo tranquila y que ha logrado su objetivo? Yo propongo otra cosa —desvelo con timidez.

—¿El qué? —pregunta la inspectora Aridane.

—Que mi seguridad principal sea Dylan; que tengamos a alguien más, por supuesto, pero creo que él ha demostrado con creces que es la persona que mejor me protege, y eso el acosador no lo sabe. Él pensará que hago mi vida normal, porque voy con mi novio.

—Cariño, yo no soy policía… Yo, yo…

—No te estoy pidiendo que te juegues tu vida por la mía —digo, y le pongo la mano en el pecho para frenarle, y conseguir que me escuche—. Solo que tú también me acompañes al nuevo rodaje y que la seguridad cuente contigo, que te mantengan informado, porque confío en ti más que en nadie, Dylan. Sé que es mucho lo que te estoy suplicando… —indico, buscando sus ojos, y, cuando su mirada y la mía conectan, sé que me entiende, y se desvanece el sudor que se me empezaba a escurrir por la espalda. Pero también sé que no lo ve del todo claro.

—Comprendo lo que quieres decir, Amanda —añade la inspectora—, pero Dylan no está formado, ni puede llevar un arma, hasta donde yo sé.

—¿Permiso de armas? No, aunque sea americano. No tengo —bromea—. Tampoco creo que me sirviera de mucho, porque no podría disparar a nadie. Pero sí que estoy en forma. Soy observador y sé luchar. Hice artes marciales de joven. En el hipotético caso de que esto salga adelante, ¿podrían formarme?, ¿enseñarme unas pautas?

—De manera extraoficial, sí. Conozco a gente que podría darte un curso exprés, y luego depende lo que decidáis con vuestra propia seguridad. A mí me han delegado el caso, y voy a investigar para intentar llegar al acosador en el menor tiempo posible, pero España no dispone de recursos para ponerte escolta permanente, ni para acompañarte a un rodaje, Amanda.

—Ya, lo entiendo —le digo.

—Nosotros te recomendaríamos que te fueras a un lugar seguro y salieras del foco público hasta que resolvamos esto. El FBI no tiene jurisprudencia aquí, pero yo ya estoy en contacto con ellos. Lamento ser tan cruda, pero para mí la mejor opción es que desaparezcas hasta dar con él.

—A mí me parece lo mejor —escucho a Michael y no me lo puedo creer. Nunca apostaría a que él se rindiera.

Busco a Dylan y lo veo asintiendo.

—¿Tú también? —le pregunto sin poder evitar que se me note que me tiembla la voz de enfado—. ¿Me estáis diciendo que me esconda porque un loco quiere acabar con mi carrera? Pues desde ya os digo que no.

—Amanda, razona —dice Michael—. Casi muero. Te podía haber pasado a ti… Esto no es una broma. Quién sea, va a por ti. No tiene ningún sentido que arriesgues tu vida. Tómate un descanso. Son unos meses.

—¿Y si es más? ¿Y si no lo encuentran? ¿Me escondo de por vida? —Elevo la voz.

—Te puedo asegurar que daremos con él, Amanda —afirma con una seguridad envidiable la inspectora Aridane.

—Peque…, ¿y si nos vamos un tiempo tú y yo? Podemos hacer un viaje.

—¡Que no! ¿Pero estáis tontos? ¡He dicho que no! Yo voy a grabar esta película, sí o sí. A mí nadie me va a reducir. En mi vida mando yo. Si estás conforme bien y, si no, también —me excedo llevada por la rabia, porque esto último se lo digo a Dylan, puesto que he de reconocer que me está sentando fatal que no me apoye.

—Cuando te pones así es inútil hablar contigo —me habla muy serio.

—¿Así, cómo? —le respondo en tono alto. Es el típico momento incómodo para los que no forman parte de esta pareja, siendo imposible calmarme.

—Como una niña caprichosa y consentida —me dispara.

—¿Cómo? —Me levanto de la silla, como si mi cuerpo fuese un resorte, y, acercándome a él, le espeto—: ¿Una niña caprichosa? ¿Yo? ¿Que en vez de llorar y esconderme estoy diciendo que quiero trabajar? A mí eso me parece de valientes. ¡Justo lo opuesto a lo tuyo! —le grito apuntándolo con el dedo.

—No digo el acto. Digo las formas. No nos quieres escuchar. Se tiene que hacer lo que tú quieres.

—Yo planteo opciones, ¿y tú?

—¿Qué opciones? ¿Que nos juguemos todos la vida para que tú grabes una maldita película? —responde con voz calmada, lenta y directa, disparándome de nuevo, pero esta vez con una taser, que me acaba de electrocutar. Porque a veces en los gritos se perdona el mensaje suponiendo que quien chilla está fuera de sí, pero, en este caso, en la templanza de Dylan, se desvela su verdadera opinión.

Y, haciendo un esfuerzo hercúleo, por mimetizarme en su tono, le contesto:

—Vete a la mierda.

—Donde me voy es a Nueva York. Buenas tardes —señala



levantándose y yéndose.

Capítulo 8
Sumando desgracias

Alicia

Faltaban en esta casa más dramas. Va a ser verdad el dicho popular ese de que las desgracias nunca vienen solas.

Mi hermana lleva varios días que no levanta cabeza, y esto no es un dicho. No levanta la cabeza literal. Ni para mirarte, ni para hablar, ni para comer. De vez en cuando, la ves con un guion en la mano, que lo pasea por toda la casa, pero que no lee. Esperará aprendérselo por contacto, como se contagian los virus.

Miro por la ventana, veo a mi hija hablando con el Diógenes ese. Así le llamábamos siempre Jorge y yo cuando hasta hacíamos bromas.

Es un vagabundo pegado a una bicicleta, que va de basura en basura, metiendo la cabeza hasta el cuello.

Nadie en el barrio le habla. Nadie excepto mi hija.

Candela y sus peculiaridades.

No me hace mucha gracia. Siempre que vuelve la examino el pelo a conciencia por si trae piojos, pero, por otra parte, que no discrimine y que le dé una oportunidad a todo el mundo me llena de orgullo.

En eso ha salido a su padre. Yo soy más distante.

No me acerco a Diógenes ni aunque un toro viniese a por mí y para esquivarlo tuviese que ir con él… Con eso te digo todo.

¡Toma patadita!

Un bebé que reside en mi tripa me acaba de arrear su primer chute del día. Se pensará que mis ovarios son balones de fútbol. Yo qué sé, porque se pasa el día tirando a portería. Y sí, he dicho niño, porque parece que el género es masculino. Nos lo dijeron esta semana. A Amanda y a mí. Me busqué una justificación para que no me acompañara Jorge, y así me ahorraba su consiguiente excusa, como lleva haciendo desde el principio.

Mi dramatizada hermana me acompañó, aunque no pudo pasar a la ecografía por el protocolo COVID, y, mejor… porque todavía no estoy preparada para contarles todo el asunto. Igual, cuando yo lo asimile.

Cambiando de tema: ¿cómo se puede ir todo al garete en unos minutos? Porque por lo que la vengo observando, la discusión no llega a su fin.

Dylan no regresa y Amanda es un alma en pena.

Yo, que soy muy torpe para estas cosas, no sé muy bien cómo abordar el tema, porque pienso que voy a molestar o que no querrá verbalizar lo que le está carcomiendo.

Es que, cómo lo empiezo: ¿Qué, cómo estás? —cuando es obvio que mal, muy mal—, o ¿te ha llamado ya Dylan o tú a él? —y meter el dedo en la llaga—.

Que no. Que no sé cómo se hace y punto. A mí dame morosos, facturas, y hasta una lista de tamaño dina A4 de despidos, pero iniciar conversaciones trascendentales sobre el desamor o las hemorroides, como que no.

Normalmente, en mi relación con Amanda, es ella la que aborda estos temas. Se le da mejor, pero yo soy una ruina.

De cualquier forma, sé que ella se abrirá a mí cuando esté preparada, y si le apetece.

A las pruebas me remito: cargo con una barriga de seis meses y no soy capaz de hablar con Jorge para puntualizar hacia dónde va nuestra relación, si a la de una madre divorciada o a la de una familia con hijos multirracial; y prometo que ya me estoy cansando. Navegar y navegar a la deriva, no es lo mío, porque yo soy de mapa de ruta y cumplir con cada escala al milímetro. Mi paciencia es finita y ya lleva varios días taladrándome la cabeza. Me duele a todas horas. ¡Joder! Abro el cajón donde guardo las piruletas y me tomo una. Son mi tabla de salvación.

Mi hija entra por la puerta con una sonrisa envidiable.

Frunzo el ceño. ¿Tengo que preocuparme por algo? ¿De qué puede hablar mi hija con Diógenes para que luzca una sonrisa como no la he visto en días?

—¡Eh, tú! Ven aquí —la reclamo cuando la veo dirigirse a la escalera sin ni siquiera saludarme.

—Mamá —me reprocha con voz de preadolescente petarda—, que los piojos no saltan.

—¡Lo sabrás tú! ¡Ven aquí ahora mismo para que te vea! Los piojos de ese hombre son milenarios. Saben chino, y provienen de una estirpe emparentada con los del Circo del Sol. Son los *boy scouts* de los piojos…

—¡Qué pesada eres! —resopla ofreciéndome su espalda para que la examine la nuca.

—¿Pesada yo? ¡Pesada tú, no te digo! A ver si te crees que mi mejor plan para hoy era explorar tu cuero cabelludo en busca de insectos asquerosos o lo que sean los piojos…

—Insectos parasitarios.

—¡Pues eso! ¡Insectos parasitarios asquerosos!

Le exploro la nuca en busca de liendres, que son esas bolitas

nacaradas que no se despegan si no es con las uñas, porque pillar en sí al piojo es más difícil que a un mosquito trompetero en plena noche, por mucho que enciendas la luz y creas que va a acudir allí como un principiante.

Claro que Candela no va a tener liendres si acaba de infestarse, me dice la lógica… Pero me da igual. Le miro también detrás de las orejas y exhalo la grima, descontracturando mi espalda, al comprobar que no hay nada.

—¡Limpia!

—¿Ves, pesada?

—¡Auu! —digo llevándome la mano a la cabeza por un latigazo que me acaba de dar.

—¿Mamá, estás bien? —me pregunta Candela con voz preocupada.

—Ahora lo estaré. Me duele un poco la cabeza.

Mi hija me abraza por la cintura y yo sonrío por dentro mientras respiro profundo para intentar que desaparezcan los rescoldos del latigazo que me acaba de atizar.

Duele…

—Es normal, mami. Llevas tú todo. Tienes que cuidarte más —me dice mi hija de diez años y estoy por caerme del taburete.

—Candela, ¿por qué dices eso? Yo me cuido, cariño, y más ahora que viene tu hermanito.

—No sé, mami. Siempre te veo trabajando, haciendo cosas de casa u ocupándote de nosotros. Ya no… Da igual.

—¿Ya no qué?

—Nada, mami.

—Nada no existe, Candela. ¿Ya no qué?

—Es que… —Levanta la cabeza y en su mirada puedo divisar toda su inquietud—. Ya no te ríes con papá.

«¡*Oh my God*!».

—Es que estamos muy liados —le miento, intentando aparentar normalidad.

—Pues dejad de estarlo. Es aburrido —me responde con su voz de marisabidilla.

—No es tan fácil, Candela. A veces los adultos queremos abarcar tanto que nos metemos en algún que otro lío, y, hasta que no lo resolvemos, no podemos parar.

—¿Y no le echas de menos?

—¿A quién? ¿Al lío? —le pregunto porque me acaba de despistar.

—A papá.

«¡Madre mía!».

—No, cariño. Papá está en casa. ¡Cómo le voy a echar de

menos!

—Pues porque, aunque está en casa, no está contigo, y antes sí.

—¿Antes?

—Antes de lo del hermano.

Juro que no sé qué decir. Mi hija de diez años es más lista que una ministra… —bueno, igual no es el mejor ejemplo… Ejem—.

—Candela, cariño —le digo, atrayéndola más a mí para abrazarla fuerte—. Papá y mamá no están de acuerdo en algunas cosas. Eso a veces pasa. Pero no te preocupes. Lo resolveremos.

—Es por lo que dijo ese hombre, ¿verdad?

—¿Qué hombre, Candela?

—El de la fiesta… —Escucho los pasos de Jorge muy cerca mientras la preocupación por lo que está diciendo mi hija me impide respirar—. El que dijo que igual el hermanito es hijo de él.

—¿Cómo? —Escucho a Jorge de lejos, a la vez que otro calambre me atraviesa la cabeza y lo funde todo a negro.

Miro a la enfermera. Es joven, mucho, y lleva pestañas postizas. No sé por qué lo aclaro puesto que joven y pestañas postizas en la misma frase comienza a ser una redundancia.

—Ya está bien la tensión —me dice sonriendo.

—Menos mal —respondo animada—. ¿Esto les pasa a muchas embarazadas? Es que de temas de salud no tengo ni idea. —Le soy sincera.

—Sí, a muchas. Por lo menos a las que vienen aquí —se explica—. Ahora tendremos que vigilarte para que tu tensión esté controlada.

—Ya me lo ha contado la doctora, sí… pero, entre tú y yo, ¿es tan peligroso como dice? Los médicos siempre se ponen en lo peor.

Mi improvisada confesora milenial piensa la respuesta antes de hablar.

—La hipertensión en el embarazo puede derivar en preeclampsia o eclampsia y te pido que no lo busques en internet. Fíate de nosotros, y, sí, es bastante grave, Alicia.

—¿Pone en riesgo alguna vida? —pregunto con miedo.

—A los bebés y a las madres —generaliza sin un ápice de duda. Va a ser que mi milenial es más madura de lo que estimé a priori y te dice las verdades sin decorarlas—. Pero para eso estamos nosotros. Para cuidarte y que no llegues a eso. Lo bueno es que ya lo sabemos, y te vigilaremos.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Además de tomar la medicación, dieta sana, reposo y relax.

Llaman a la puerta y entra mi hermana con cara de susto. Estaba en una lectura de guion, y Jorge le ha debido avisar.

—¡Alicia, por Dios! Casi me da algo.

—¡Ala! —Escucho a la enfermera.

—Tranquilas las dos —les digo—. Estoy bien, hermana, y, sí —me dirijo a la joven y estupefacta enfermera—, mi hermana es Amanda Martín.

—Ya me he dado cuenta, ya… —Sonríe embriagada.

—Hola —la saluda Amanda—. Dime que no es grave, por favor.

—Tranquila. Tu hermana ya sabe que tiene que cuidarse y que estaremos todos atentos —contesta con voz temblona.

—Gracias. —Suspira Amanda, mientras se acerca a mi lado y me abraza en la cama—. ¡Qué susto me he llevado!

—Me lo puedo imaginar, pero estoy bien, de verdad. Venga, hazte una foto con ella, que no sabe cómo pedírtelo —cambio de rumbo, porque no vaya a ser que la enfermera hable del tema y meta la pata. Todavía no estoy preparada para contarlo. Ni siquiera a Amanda. Ella me va a apoyar, lo sé, pero es más cuestión mía. Vivo en un mar de dudas.

—Me encanta todo lo que haces —le indica—, y estoy deseando ver la serie que has grabado con Alex Chol. ¡Ah! Enhorabuena por el Emmy.

—Gracias —le dice Amanda, posando a su lado con su sonrisa ensayada—. Espero que te guste la serie.

—Seguro. Solo por veros a ti y a Alex me conformo. Me parece que hacéis una pareja preciosa.

—Pero no somos…

—Ya, ya… Tú estás con el *americanazo*, pero es que Alex te miraba de una forma, que será postureo, pero a mí me encantáis.

Yo me río. Esta chica no puede ser más sincera.

—Tenías que ver cómo la mira el *americanazo*… —bromeo.

—Me lo puedo imaginar. Estoy por irme a vivir a Nueva York para encontrar uno de esos.

—Solo hay uno y me lo he quedado yo. Son muchos años de búsqueda, te lo aseguro —dicta Amanda.

—Pues en ese caso iré a Turquía, que un buen turco también me vale —bromea.

Las tres nos reímos.

—Me gusta tu plan —afirmo—, pero aquí hay muy buen material. Alex, por ejemplo… Ahora solo estás a un choque de manos de él.

—¡Ufff! Ese hombre no me miraría en la vida. Siempre sale con famosas, y las enfermeras pues como que no. Lo sé porque llevo enamorada de él desde hace años.

—Tú no pierdas la fe. Como dice Alicia, ahora ya me conoces a mí —le manifiesta Amanda—, pero piensa que tú ves al personaje. El Alex de verdad puede que no te guste.

—¡Imposible! —Suspira—. Bueno, de ilusiones también se vive. Os dejo que tengo que seguir trabajando. Alicia, cuídate y nos vemos por aquí, y me ha encantado conocer a tu hermana.

—Gracias —responde Amanda—. Eres un encanto. ¿Cómo te llamas?

—Laura, y te sigo en Instagram —comenta antes de salir.

Amanda me mira sonriente.

—¡Qué *salá*! Oye, ¿de verdad que estás bien? ¿Ya no te duele la cabeza?

—No, en serio. Se me ha pasado del todo. Quiero irme a casa.

—Pero ¿te ha dado así de repente? ¿Cómo ha sido? —me pregunta.

—No, hija, no. Mi hija me estaba diciendo si Jorge y yo estábamos mal por el hombre ese que vino a la fiesta diciendo que su hermano es hijo de él.

—¡Cómo! —exclama llevándose las manos al pecho.

—Tal cual, y no la he podido responder porque un rayo me ha atravesado la cabeza. Literal.

—¡Ay, Alicia! ¿Y qué vas a hacer?

—Pues de primeras hablar con Jorge y tomar las riendas de mi vida, y después ser sincera con Candela. Estoy segura de que la hipertensión viene del impás en el que he sometido a mi existencia. Yo no soy así, Amanda. Yo pienso y actúo, y mi cuerpo me lo acaba de expresar muy claro.

Capítulo 9

Paseos sin rumbo

Dylan

Últimamente pienso que estoy rodeado de tercos y eso me hace dudar de si el verdadero cabezota soy yo.

Le doy un trago a la cerveza que estoy tomando con Bob en nuestro bar favorito, y soy consciente de que solo hablo yo. Es solo para desahogarme y soltar lastre, porque llevo una semana con más frentes abiertos que Putin. Entre mis padres, Amanda y Rachel me voy a volver loco o a explotar como el famoso gaseoducto.

Mis padres porque se empeñan en vivir en Nueva York, cuando él está enfermo de EPOC con ingresos constantes, y este clima extremo, más la contaminación, no le favorece en nada. Llevan toda la vida quejándose y diciendo que en cuanto dejasen de trabajar se irían a algún sitio con mar, y, ahora que pueden, que Alicia y Jorge les alquilan su casa de Cádiz, les da miedo. Podrían estar más cerca de su nieta y dejar de reprocharme que nos la hayamos llevado tan lejos.

Rachel, porque me insiste en querer saber cuándo regreso, porque tiene mucho trabajo, y Amanda… No sé nada de Amanda. Crucé el océano y nuestra antena se hubo de caer en él, porque ni su móvil ni el mío dan señales de vida. Yo no la llamo porque no sé ni qué decir, y ella a mí porque estará cabreada como una alemana sin salchichas.

Esto es lo que me tendrá más afectado de todo, pero como no doy abasto entre médicos y gestiones que he de hacer para poder tener los papeles en regla en España, no abarco para discernir, ya que ando en reserva.

Bob asiente, con el particular gesto de Bob de prestarte atención, pero la justa, porque esta realidad mía difiere de la de él. El pobre poco puede aportarme, como cuando Amanda me habla de sus asuntos estéticos, que si tiene que darse la queratina, el láser o de si esta señora se ha pasado con el hialurónico y tiene más moflete que cachete, y yo asiento e intento salir airoso.

El bar está bastante lleno, como era habitual.

Me he cruzado con varios conocidos, de esos que hacía tiempo que no veía, y, de repente, se aparecen de nuevo, como cosa del destino, a lo *Qué bello es vivir*, para recordarte que esta es tu casa.

He vuelto a ver a Sara, la ex que me crucé en París la noche que pasamos juntos Amanda y yo. Esta vez sí que la he reconocido a la

primera y Bob, que la ha sonreído como un bobo, porque hay que admitir que ha mejorado mucho.

Ella ni caso.

Bob no sabe hacerse ver.

También he saludado a Robin, el médico con el que solía trabajar y que me ha dicho que vuelven a necesitar gente.

Vemos libre la máquina de canastas y nos levantamos raudos a lanzar unos tiros. Aunque no sea deporte como tal, me sirve para despejar la cabeza y, cuando nos volvemos a sentar, me noto algo más despejado.

Creo que ha sido el mejor rato de toda la semana.

Dos veinteañeras se nos acercan para decirnos que nos han visto jugar y, sin pedir permiso, se nos colocan al lado y nos regalan los oídos con que somos muy buenos y que deberíamos apuntarnos al torneo.

En otra situación, la morena parecida a Pocahontas que se ha sentado a mi lado, sería una firme candidata para alegrarme la noche y estaría más que receptivo, pero, aun así, no me gusta ser desagradable y les sonrío. Más que por mí, por Bob, que no es que sea un ligón de playa y no le sobran estas oportunidades.

La chica que está al lado de Bob se llama Karen y es informática, por lo que los dos se enfrascan en una conversación apasionante sobre aplicaciones que es imposible seguir, y no me queda otra que hablar con Mary, «la Pocahontas», que es de California y profesora.

La verdad sea dicha, es una chica muy dulce y habla de sus alumnos con una pasión que si, cuando Ava tenga que ir al cole, vivimos aquí, quiero que sea su profe.

Yo le cuento batallitas de mi pequeña y de lo difíciles que fueron los primeros meses, pero que esta semana que llevo lejos la añoro hasta límites insospechados.

—¿Y por qué España? —me pregunta Mary.

—¿Por qué me he ido a Madrid?

—Sí.

—Porque mi novia trabaja ahora allí y la verdad es que me está gustando mucho. Es un país relativamente pequeño. Comparado con el nuestro, las distancias son muy cortas y tiene un montón de opciones. Islas, montaña, playas espectaculares, Historia… Y la comida.

—Ya, la comida española es muy famosa. Mi abuelo era cubano, pero su padre gallego, así que en parte tengo sangre española y, aunque nunca he cruzado el charco, me siento unida a su cultura. Por eso, te he preguntado. Me ha resultado curioso que vivas justo allí. Yo siempre he querido ir. Mi abuelo era un fanático del marisco y

alegaba que la culpa de su obsesión era por sus ancestros.

—Yo estoy obsesionado con la tortilla de patata. No sé si la has probado.

Mary niega.

—Te juro que juntar huevos y patatas de esa forma es un arte. He intentado cocinar varias y no me sale ni la mitad de ricas que a mi cuñado.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —me dice y yo afirmo—. ¿Por qué estás ahora en Nueva York si tu bebita y su madre siguen allí?

—Porque he venido a cuidar de mis padres —le explico—. Me gustaría que se vinieran, pero no hay forma.

—Le dará miedo… Dales tiempo. Pero ¿tu intención es quedarte ya allí? ¿Ya no vas a volver a Nueva York?

La miro porque de repente dudo de que esta chica haya sido sincera conmigo y con su profesión.

—¿Qué? —me pregunta al entender que algo se me ha cruzado.

—¿Eres profesora o periodista?

—¿Periodista? ¿Qué dices? —Se ríe—. ¿Te lo he parecido? Es que soy un poco preguntona. Siempre me lo dicen.

La estudio y parece sincera, pero yo soy un pardillo.

—¿Puedes mostrarme alguna tarjeta o algo del colegio en el que trabajas? —le pido.

—¡Ah…, que va en serio! No era broma —me dice sorprendida.

—Soy profe. Espera. Mira…

Mary saca su monedero y me enseña una tarjeta identificativa del colegio en el que trabaja y, tras eso, veo en su cara tal estupefacción que le explico:

—Perdona, Mary, últimamente me pasan cosas muy raras y dudo de todos.

—Ahora el que me asusta eres tú. ¿No tendrás voces en tu cabeza que te avisan de que vienen a por ti?

—No. —Sonrío esforzándome en parecer más normal de lo que soy—. Tiene una explicación, pero es casi mejor que no lo sepas. Te juro que no estoy loco.

—Eso es justo lo que diría uno, pero me quedo mucho más tranquila —bromea.

—Ya, tienes razón. Peor es, si te dijera que, si te cuento la verdad tendré que matarte. —Le guiño un ojo.

Ella se carcajea y compruebo que tiene una sonrisa preciosa y contagiosa.

—Eres un espía ruso. Me acaba de quedar claro.

—Me has notado el acentillo, ¿verdad? Es que soy nuevo.

Los dos nos reímos y nos miramos.

Le sonrío afable, pensando en que mi vida sería mucho más tranquila manteniendo una relación con alguien de mi planeta, no como la que tengo con Amanda, que es de otro universo.

—Mira, Dylan, yo ni imagino cómo es su día a día, pero a mí tener a un armario cuatro por cuatro, siguiéndome a todas partes, tampoco me molaría nada —se expresa mi recién descubierta confesora Mary.

Al final, después de varias cervezas, se lo conté.

Bob se fue con su amiga y nosotros optamos por salir del bar e ir paseando juntos hasta su casa.

La noche en Brooklyn. Lo echaba de menos. Sobre todo, porque lo siento mi hogar y, por muy desastre que sea una cosa y fabulosa la otra, los orígenes te tiran.

Pasear sin rumbo era uno de mis placeres ocultos. Meterme en salas con música en directo otro, como aquella de París…

—Ya, si eso es entendible, pero tendrás que hacer caso a lo que recomiendan los expertos, ¿no? La inspectora dijo que era peligroso, que mantuviéramos los escoltas, y ella va y dice que me prefiere a mí.

—Yo también te preferiría a ti —se le escapa—. En plan bien. No estoy ligando contigo. Me refiero a que si mi novio fuese fuerte y me sintiera protegida con él, pues igual sí se lo pediría. No creo que se refiera a que te tires en plancha si la disparan, pero que la acompañes a todos los sitios, que se vea que nunca va sola, pero hace vida normal… No sé. No lo veo tan loco. Chico, si encima te luciste así en los Emmys, nadie es mejor para ella que tú.

—Viéndolo así…

—¿Y cómo lo veías?

—Es que a veces no es lo que digan, sino cómo.

—Entiende que debe de estar asustada. Hablaría el estrés por ella.

—¿Qué clase de nueva amiga eres? ¿Pepito grillo?

Mary se ríe y luego su rostro se enturbia.

—A mí me hubiera encantado tener un Pepito Grillo a mi lado hace unos meses. Si la quieres, lucha, Dylan. Si es el amor de tu vida, pelea por pasar todo el tiempo que tengas junto a ella, porque la vida cambia en un segundo. Hay batallas que vistas desde la distancia son trifulcas sin importancia, pero pueden arrasar con la confianza.

—Es que es tan complicada… No ella, sino su profesión. Me

pilla a kilómetros de distancia. Yo preferiría que fuera profesora como tú, camarera, bombera… Cualquier cosa, pero no una estrella de Hollywood. ¡No me jorobes!

—¡Amigo! Acaban de salir tus fantasmas. Esa es la verdadera razón que te mantiene lejos. Ella es así. Con todo lo que te gusta y lo que menos. La lista está hecha. Valora y decide, pero no continúes aplazando esa evaluación porque, si al final no lo soportas, el daño será mayor. Ya hemos llegado a mi casa. Muchas gracias por acompañarme, caballero.

—Ha sido un placer conocerte, Mary. —La miro y vuelvo a pensar que es muy bonita.

Ella me sonríe.

—Si regresas a Nueva York, ya sabes donde vivo.

—Todavía no me he ido…

—Pero lo harás. Lo sé. Busca en tu interior. Eres bueno, Dylan. Se te ve, y ella te está necesitando. Si tensas mucho la cuerda, puede romperse.

—Gracias, Mary. Eres un encanto. Ha sido una noche especial, y todo gracias a ti. Bob no me hacía ni caso —le reconozco.

—Es que tú y yo orbitamos en la misma onda. Por eso, te es sencillo charlar conmigo. Ahora estás entre un mundo y el otro, y no sabes cuál elegir. Si al final decides quedarte, te repito, ya sabes donde vivo —se sincera.

Sin pensarlo mucho, llevo mi mano a su mejilla y la acaricio.

Nuestras miradas confluyen, y me acerco…

Un rayo de sol me da en la cara y me despierta. Siento la boca pastosa y me arrepiento de las cervezas que bebí anoche.

Se me fue un poco de las manos.

Abro los ojos despacio, y la luz es muy molesta.

¿Dónde estoy? ¡Ah, ya! Todos los recuerdos de anoche vienen en tropel y, como cuando un rayo de sol se cuela entre las nubes e ilumina el cielo, yo acabo de ver con claridad lo que debo hacer.

Capítulo 10

¡¡¿Qué?!!

Amanda

Jorge se ha ido. Unos días. A mi casa.

Todavía no hay muebles. Deben de ser de madera recién cortada, porque si no es imposible aceptar la demora.

Rachel ha tenido más suerte para su casita de invitados. Se los llevan mañana, y dice que esa misma noche duerme allí, que está harta de molestar.

La vamos a echar de menos, porque no es verdad que moleste.

Rachel se apaña en dos metros cuadrados, y Ava es superbuena y ni se la oye.

Es verdad que del sótano a las habitaciones hay una planta entre medias, pero es que a la hija de Dylan le ha sentado fenomenal España y se porta como un bebé de anuncio.

Y, encima, es la única adulta positiva de la casa o que desprende algo de alegría, porque mi hermana y yo somos dos almas en pena.

Al principio estaba enfadada con él, por cómo me habló y cómo se fue, pero ahora he pasado a la preocupación y a la pena porque igual esto se termina aquí y no puedo imaginarme la vida sin Dylan.

Suena drástico, ya que solo llevamos unos meses, pero es que se ha convertido en mi motor, en mi sonrisa, en mi apoyo… Es mi mejor amigo cuando no estamos en la cama. No puedo renunciar al sexo con él, parezco una salida, pero es que cada vez que me toca, me besa o me lame, mi cuerpo pasa a otra dimensión. Hago cosas que jamás imaginé y me he hecho adicta a ello. Hay veces que hacemos el amor, otras que follamos como locos y otras que probamos hasta dónde podemos llegar. Nunca imaginé tal nivel de conexión con alguien y desinhibirme hasta gemirle que lo hagamos fuerte.

Yo era mucho más aquí te pillo y aquí te mato, porque últimamente solo me acostaba con Pet, mi vecino. Era algo fácil, sin pretensiones y con química, pero no a este nivel.

Es como que nunca me sacio de Dylan…

No, no puede dejarme. No ha podido irse para siempre.

Sé que le hablé mal, que soné muy pedante y que debería disculparme por ello… ¿Por qué no lo hago? Porque quiero que lo haga él.

Será por ver o leer comedias románticas, y es que en mi cabeza mis neuronas confluyen para impedirme teclear su nombre en el móvil y esperar a que sea él, mi príncipe azul, el que dé su brazo a torcer, para así concederme una prueba de fe de su amor incondicional.

Así funciono.

Toda una adulta que se creía ajena al amor.

Mi hermana está recostada en el sillón, sobre mis piernas, leyendo unos informes, mientras le acaricio el pelo y yo hago que estudio las separatas de la peli, que voy a comenzar en unos días. Si no fuera porque tengo memoria de elefante, haría un ridículo espantoso.

Aunque Jorge se ha ido, la veo mejor, porque al final se decidió a hablar con él y no dejar pasar los días.

Él sigue diciendo que si el hijo no es de él, le va a costar mucho quererle. Mi hermana lo entiende, pero no lo acepta.

De momento, su matrimonio no está roto. En eso han quedado, en tomar distancia y ver qué es lo que sienten. Ambos.

Podrían haberse hecho la prueba de paternidad y salir de dudas.

Yo le he insistido a mi hermana, pero no he conseguido nada. Mi hermana es de hormigón.

Otra cosa es mi sobrina que, aunque con la boca dice que está bien, yo la encuentro muy tristona y perdida.

El problema es que se cierra en banda. No quiere hablar ni conmigo ni con nadie. Ella, de por sí, es introvertida, pero conmigo siempre se abría, y ahora no hay forma. Al menos ya come algo mejor, porque apenas probaba bocado.

Las dos escuchamos la puerta de casa y nos sorprendemos.

Rachel está abajo, y solo tienen llaves Dylan y Jorge.

El escolta está en la terraza, por lo que tampoco es él.

Mi corazón da un vuelco… Igual es Dylan que ha regresado.

Miro hacia el pasillo y mis dudas se resuelven enseguida.

—Chicas, no sé cómo afrontar esto —nos dice Jorge sentándose frente a nosotras con la cara pálida y sudorosa—. Igual es mejor que Alicia no esté y hable solo contigo, Amanda…

—¿Qué dices? ¿Qué pasa? —le reprende Alicia.

—Pues es que… es que…

—¿Qué? —gritamos las dos, porque Jorge es un hombre tranquilo y, viendo esa cara entumecida, parece que nos va a anunciar que su venerado Mercadona cierra para siempre.

—¡Joder! ¡Esperad! —Resopla para tomar aire mientras la coreografía de sus manos parece que baila la *Macarena*—. Es que no sé cómo deciros esto sin que os de un yuyu. Sobre todo a ti, Amanda.

—¿A mí? ¿Es por Dylan? ¿Te ha llamado? —le insto con preocupación para que se deje de hacer rogar.

—No. Qué Dylan, ni qué leches. No es eso… —Bufa y yo estoy por levantarme y darle un golpe en la espalda para que suelte lo que ha venido a decir de una vez.

—¿Entonces? ¿Qué pasa? —dice mi hermana.

—Alicia, cariño, sería mejor que no escucharas esto, porque te conozco y te va a subir la tensión.

—¡Me está subiendo de la angustia! ¿Qué coño pasa? ¡Quieres hablar ya! ¡Cansino!

—¡Chsss! —le chistamos los dos—. Calma, calma…

—Jorge, por favor, di —le ruego insistente.

—Pues es que cuando he ido a tu casa, no me abría la llave.

—Eso es normal. Tienes que empujar la puerta hacia ti —le explico y suspiro porque me había empezado a asustar, y pensaba en mi padre.

—No, no es eso, Amanda. No abre porque no abre.

—Bueno, pues hijo, llamamos a un cerrajero —me inflo de lógica.

—Ya, pero es que tampoco es eso…

—¡No me jodas Jorge que ya sé por dónde vas! —Se incorpora mi hermana del sillón como si fuese deporte olímpico.

Los dos vamos hacia ella para que se siente, pero es imposible neutralizar a King Kong.

—Tranquilízate, Alicia —le ruega su marido—. Lo resolveremos. Tú estate tranquila.

—¡Y una mierda tranquila! ¡Voy ahora mismo! —grita con los ojos desorbitados.

—¡Alicia, por Dios! —le pido tirando de su brazo para sentarla sin entender cómo puede ser tan grave que una puerta no abra.

—¡Ni se te ocurra salir de aquí! —le chilla Jorge y se planta delante de ella, bloqueándole el paso —¿Qué vas a hacer tú? ¡Estás tonta!

Alicia le intenta esquivar y la estampa es hasta cómica. Con esa barriga es menos ágil que una babosa en un secarral.

—¡Quita!

—¡No, quita tú!

Así forcejean durante unos segundos, hasta que llego a ellos y con mucho esfuerzo les separo.

—¡Vale ya! ¡Los dos! —grito pareciendo mi madre—¿Se puede saber qué pasa?

Jorge y Alicia se miran y como él no se atreve a hablar, oigo a mi hermana decir:

—Cariño, creo que en tu casa han entrado okupas.

—¡¡¿Qué?!!

El karma. El maldito karma que ha venido a quedarse y a bajarme de la nube de algodoncito de trescientos hilos en la que suspiraba cómoda y feliz como en un anuncio de suavizante.

Esto de que la vida se autocompensa, y que trae sorpresas y dramas a la par, lo he leído en algún sitio, pero podía ir combinándolas y no aunarlas por paquetitos para que las tortas no te den todas de golpe, y ya te quedes con algún patito descolocado, como los boxeadores jubilados —que me perdone el gremio, pero yo nos los veo del todo bien—.

Ahora han entrado okupas en mi casa.

Tal cual.

Y no sé qué hacer, pero me muero de asco de imaginar lo que pueden estar haciendo en el que se supone que iba a ser mi hogar con Dylan.

Gracias a la incompetencia de los que no han traído los muebles.

Jorge ha llamado a Ricardo, porque a un amigo suyo le sucedió hace poco, y, junto a Carlos, el escolta, me están planteando las opciones.

Parece ser que hay tres personas instaladas en mi casa; dos hombres y una mujer.

Han ido ellos, junto con Rachel, para hablar, porque como sepan que la dueña soy yo y me reconozcan, si decidimos negociar, me van a pedir mucho más dinero.

Esto de verdad que es surrealista.

Las opciones son llamar a la policía e ir por la vía judicial, que puede tardar más que lo que se le ha retrasado el reinado a Carlos de Inglaterra, o llamar a una empresa y que los echen previo pago.

¿En serio? No puedo. Me va a salir una úlcera en el estómago. Me pondría a dar patadas a lo hooligan de la rabia que me consume.

Rachel está sentada a mi lado dándome la mano e intentando digerir que ella no va a poder mudarse a su casita de invitados mañana, porque unos miserables han decidido robárnosla.

Ella quiere que llamemos a Dylan, pero yo no lo veo necesario. La casa es mía y él no está aquí.

—Comprendo que estés a cien, Amanda —me habla Ricardo—, pero lo más sencillo es que llamemos a una empresa para que los saquen, y no tengas que esperar a juicios. Se las saben todas, y, como tu casa no está amueblada, no es lo mismo que ocuparla si está

habitada. Van a tardar…

—Ya, pero es que pagar a esa gentuza va contra mis principios y puede que le coja un asco a la casa que no quiero ni contarte —al decir esto me dan ganas de llorar y trago saliva fuerte para contenerme.

De cualquier forma, me va a costar verla como mi hogar después de esto y me da tanta pena, con todas las ilusiones que había volcado en ello, que al final las lágrimas se hacen hueco.

Rachel me abraza y yo me dejo hacer.

—Amanda, tú tienes dinero… —dice mi cuñado—. No lo pienses más. Cuanto más tiempo estén allí, más grima te va a dar. Nosotros lo solucionamos. Otra es si quieres avisar a la inspectora, que igual te puede ayudar.

—No creo. No tiene nada que ver y ya estaríamos involucrando a la policía—afirmo.

—Yo estoy con Jorge, Amanda. Es lo mejor —afirma mi hermana.

—Si me permitís opinar, yo los echaba ya… —aporta Carlos, el escolta que más se comunica conmigo. El resto parecen robots.

—Y yo, pero es muy personal —alega Ricardo.

—Yo te apoyaré decidas lo que decidas, preciosa —me indica Rachel.

Me levanto del sillón y salgo a la terraza pidiéndoles un tiempo para reflexionar. Necesito tomar distancia y pararme a pensar, porque me estaba ahogando.

Está chispeando, pero me da igual. No me viene mal mojarme y así no dar importancia a mis lágrimas. Mi cuerpo es toda una contradicción, se siente débil por fuera y a la vez bulle por dentro de furia.

No lloro solo por lo de la casa. Es porque quiero que él esté aquí conmigo, y no lo está, y eso es más desesperante que cien okupas. Me gustaría saber qué considera, qué haría él, porque su opinión es la más importante para mí, y ver cómo actúa. Conocerle en lo bueno y en lo malo.

«¿Y por qué no le llamas?», me susurra una vocecita interior tímida y clarificadora.

También es verdad.

Nos hemos enfadado por una diferencia de criterio. Sin más. No es para tanto. Si no se hubiera ido, lo habríamos resuelto al rato, pero la distancia tiene el poder de convertir un copito de nieve en un alud.

He de ser lógica y, sobre todo, valiente.

He de aplastar al copito que ya empezaba a ser bola de las que pican si te dan de pleno.

Saco mi teléfono del bolsillo trasero y marco su número con una olla de garbanzos haciendo chuc chuc en mi estómago.

No da señal.

Cuando lo voy a guardar, me vibra.

Descuelgo con ansia sin mirar.

—¿Sí? —contesto, enérgica.

—¡Hola, Amanda! ¿Qué tal?

Miro extrañada el teléfono, porque desde luego no es la voz de Dylan.

—Hola, Alex… Aquí estamos. —Me desanimo.

—¡Uy, suenas de lo más alegre! —se burla—. ¿Puedes hablar? Es que quiero preguntarte por un director con el que creo que has trabajado tú y que me anda tanteando para que cruce el charco.

—Sí, claro. Dime.

—¿Estás bien?

—No mucho, pero tú dime. Así me distraes.

—En serio, no hace falta. Te llamo luego.

—No, Alex. Tú dime. ¿Quién te quiere fichar?

—Jack Up.

—¡Supermajo! Ni te lo pienses.

—¿De verdad?

—Sí, es un gozo trabajar con él. Te va a encantar. Respeta mucho a los actores, te compra ideas y te orienta muy bien. Es amigo mío. Dile que sí a lo que te ofrezca.

—¡Jo, pues qué alegría me das! Quería que la primera vez que trabajase en EE. UU. fuese sencilla. Me da mucho rollo.

—Lo harás bien, Alex. Has trabajado mucho.

—Ya, pero aquí. Los Ángeles es otra liga.

—Sí, pero no eres un novato. No te va a extrañar tanto. Al final, eres tú. Tu verdad y la cámara, y eso lo tienes controlado.

—Muchas gracias, preciosa. Me has sido de mucha ayuda… ¿Puedo ayudarte yo ahora?

—Lo dudo, como no sepas sacar okupas.

—¿Te han entrado okupas? ¡No jodas! —exclama.

—Pues sí. Creo que ayer.

—Pues sácalos ya.

—¡Qué gracioso! ¿Y cómo?

—Te mando ahora mismo un contacto que se los lleva en unas horas y tú ni te enteras.

—¿Te ha pasado a ti?

—No, pero conozco el tema. Mi madre tiene una empresa de limpieza y conoce a otras que sacan okupas. Luego sus empleados limpian y arreglan la casa, y la dejan como nueva.

—¿Arreglan? ¿Es que rompen algo? —Me asusto.

—Te sorprenderías. Cuanto más tiempo estén, más posibilidades. Sácalos ya. Dime la dirección y te mando a los negociadores. Tú no te asustes. Son un poco grandes.

—¡Ay, gracias, Alex! De verdad.

—Nada. Gracias a ti.

Cuelgo y lo primero que hago es enviarle la dirección a Alex, seguida del emoticono del beso.

No es que vaya a ser mi mejor amigo, pero esta se la debo.

Creo que le juzgué mal en el rodaje. No es tan mal chico. Es prepotente y chulito, acostumbrado a todo el séquito de mujeres que le persigue día y noche, pero al final va a resultar que siempre está ahí cuando lo necesito.

Entro en casa rápido para intentar no pensar en quien justo no está hoy.

No quiero entrar hasta que la casa no brille y huela perfecto.

Ya está solucionado.

Tres mil euros han tenido el poder de echarles, y voy a hacer un esfuerzo titánico para no ahondar en ello y lograr que se me olvide.

Según me han dicho todos: la casa está bien, pero, aun así, quiero que limpien hasta el techo.

Rachel está feliz, porque al final sí que van a poder traerle los muebles y está contactando con la tienda para concretar la hora.

Yo me he sentado en la escalera de la entrada y estoy hablando con Alex, que al final ha venido.

Está muy guapo. Le ha crecido el pelo y le sienta de escándalo. Hay que reconocer que Alex estaría sexi incluso con los peinados de Cristiano Ronaldo y la ropa de Bisbal. Rezuma masculinidad. Además, su voz es potente, y eso le añade sal al guiso.

Ya le he agradecido varias veces el haberse tomado la molestia de gestionarlo todo. Hasta la limpieza.

Me ha traído el guion de la película de Jack Up para que le eche un vistazo, y en eso estamos mientras un ejército de limpiadores trabaja en mi chalé. Y, por supuesto, un escolta nos vigila a metros de distancia. Carlos, el majo, ya se ha ido, y ahora ha venido uno de los robots.

Alex me ha preguntado por él, y me he ido por las ramas.

Aridane me pidió que no le habláramos de esto a nadie y he de reconocer una cosa, en momentos muy puntuales he llegado a pensar que podía ser él. No lo creo, porque sería muy obvio, aunque improbable del todo tampoco es.

Estoy tan psicótica que no me fío de nadie.

Leemos las escenas donde aparece él, y desentrañamos el subtexto, muy de Alex, que le tiene que dar vueltas y vueltas para crear su personaje.

Reconozco que hoy esto me viene bien. Sentirme actriz, trabajar en un guion y olvidarme de todo lo demás.

Yo le hablo también de mi película, la que tenía tantas ganas de rodar y llevo una semana sin trabajar realmente en ella.

Mientras él busca una escena, yo miro en mi móvil.

Dylan ha debido ver mi llamada perdida y no se ha dignado a devolvérmela.

Tengo varios mensajes de Michael.

«¿Y esto? ¿Sabes algo? Con vuestras idas y venidas van a hacer una serie».

No entiendo lo que me dice, hasta que clico en el enlace que me ha enviado y se abre una foto que no deja margen de dudas, con un titular al pie que reza:

Dylan, el nuevo amor de Amanda Martín,
besándose con otra.

De primeras, intento mantener la calma. Estoy acostumbrada a estas basuras, pero hay algo en la foto que me dice que no la deje pasar.

Me acerco con el *zoom* de la cámara y confirmo que es él. Eso seguro, y que se está besando, también.

Pero puede que sea anterior.

Sin todavía introducir oxígeno en mi cuerpo, comprendo lo que me llamaba la atención de la foto desde el principio y es que lleva la pulsera ancha de cuero que se compró en Cádiz este verano, cuando le entró el rollo surfero en el cuerpo, al visitar Tarifa.

¡Es él!

Entonces mi corazón empieza a latir muy rápido y se me cae el móvil al suelo.

No puedo respirar. Siento un pinchazo enorme en la boca del estómago que me hace doblarme en el escalón, y solo me oigo decir:

—Mierda, mierda, mierda…

Alex se pone de cuclillas frente a mí y me intenta levantar, pero estoy tan bloqueada que solo siento dolor y mucho frío. Me tiembla el cuerpo.

Me quedo sola en el escalón.

Alex se ha ido.

No puedo hablar. Quiero llorar, aunque no me sale ni una lágrima. Eso me ayudaría, pero no vienen.

Me ahogo.

Necesito respirar.

Concéntrate, Amanda…

Cuando creo que me voy a marear, por fin consigo coger aire hondo una y otra vez. Una y otra vez. Mis manos me cosquillean, pero me siento mejor.

—¡Amanda! ¿Qué te pasa? —Veo a Rachel frente a mí.

—Ya mejor. Ya mejor —consigo decir con la boca seca.

—¡Trae agua, Alex! —La escucho.

Mi amiga me abraza y me susurra frases tranquilizadoras, mientras voy volviendo en mí con cada respiración, deshaciendo el dolor de estómago.

En mi cabeza se escuchan voces, como una manifestación a lo lejos que gritan «no puede ser», «no puede ser».

Bebo el agua poco a poco y eso hace que me recomponga hasta poder levantar la cabeza y ver a Alex y a Rachel consternados.

—Mira mi móvil —le indico.

Rachel lo coge y yo pongo mi huella dactilar para desbloquearlo.

Los dos contemplan la foto porque los escucho bramar.

—Y no es un montaje… Es él. Lleva la pulsera que se compró en Cádiz —le informo a Rachel antes de que diga que no me lo crea.

—Debe de haber una explicación —aduce ella—. Es imposible, cariño. Dylan jamás te engañaría.

No tengo energía para rebatirla, ahora no, y menos cuando escucho:

—¿Por qué dices que yo nunca la engañaría? ¿Qué pasa?

Levanto la cabeza y lo veo.

Está allí plantado. A escasos metros de nosotros. A Dylan. A él. Con la misma pulsera, los mismos vaqueros y las mismas zapatillas que el de la foto, y la rabia que sentí esta mañana vuelve a mí, impulsándome a levantarme, ir hacia él, y soltarle una bofetada, como no le he dado nunca a nadie.

Después de eso, me marcho sola. Bueno…, seguida por el robot.

Capítulo 11

Bueno, sincero y fiel… ¡Ja!

Dylan

Debe de ser eso…

No puedo creer que un puto beso de un segundo se haya filtrado en internet.

Es que no duró más.

Fue un momento en el que quise comprobar qué sentía con una mujer de mi planeta y, al instante, advertí que nada.

Nada.

Porque mi planeta, mi galaxia y mi universo son ella. Son Amanda. La mujer que me acaba de abofetear. Sobre todo, con su mirada furiosa.

Miro al frente. El petardo del actor ese y Rachel me observan confundidos, y eso hace que vuelva en mí y salga tras ella corriendo.

—¡Amanda, para! —le pido cuando estoy cerca.

Desconozco a dónde se dirige, porque va como alma que lleva el diablo, en dirección contraria a la casa de su hermana.

—¡Déjame en paz, mentiroso de mierda! —me grita.

Avanzo a la carrera y, cuando estoy llegando, el escolta me aparta con su brazo.

—¡No me toques las narices! —exploto—. ¡No le tienes que proteger de mí, idiota! —exclamo, y me arrepiento de haberle insultado. Yo no soy así.

—¡Eso lo dirás tú! —me grita Amanda dándose la vuelta, de forma que nuestros ojos confluyen y su furia me inunda el pecho de miedo —. ¡Tú eres más peligroso que ninguno!

—Amanda, por favor. Escúchame —le hablo bajo, porque estamos en plena acera y la gente nos está mirando.

—¿No te está quedando claro que no quiero ni oírte, ni verte?

—¿Y a ti que quiero que lo hagas? —le espeto.

—¿Y a mí que me importan tú y tus mentiras? Vete por donde hayas venido. Recoge tus cosas y vete.

—Amanda, por favor, no digas chorradas.

—¿Chorradas? Chorradas es todo lo que pensaba de ti: que eras bueno, sincero y fiel… ¡Ja!

Como me niego a dar el espectáculo y a hablar con el escolta, la cojo del brazo y tiro de ella para llevarla a un parque que hay cruzando la acera, donde algo de intimidad ganaremos. Además, le

digo al escolta:

—Aléjate. Está conmigo y, como podrás observar, tenemos que hablar.

—Solo si ella me lo dice —me responde con voz firme.

Miro a Amanda y ella a mí.

Aprieta su mandíbula y respira acelerada, mientras me clava su rabia.

—Vale, aléjate. Tengo que hablar con él.

Primer paso.

Cuenta como una pequeña victoria.

Amanda se suelta de mi agarre con potencia y lee mis deseos, porque ella misma se dirige al parque, y cuando estamos en él, en una zona un poco más íntima, se sienta en un banco, cruza las piernas y los brazos, e inquiere:

—Tú dirás.

—Pff…, no sé qué has visto, pero lo puedo imaginar. Pensaba contártelo, y por eso estoy aquí.

En su rostro leo un cambio, pero no sé descifrar qué significa.

—Pues cuéntamelo. A ver si es lo mismo —me lanza.

—Vamos a ver… Anteanoche, salí con Bob. Fuimos al *pub*. Conocimos a dos chicas. Bob ligó con una de ellas y yo acompañé a su amiga porque necesitaba despejarme.

—Ah…, sí. Parece que te despejaste bien.

—Espera… Fuimos hablando. Bueno…, fui hablando yo. Le conté lo nuestro y la discusión del otro día. Para que lo sepas, ella te apoyaba. Me decía que no me había puesto en tu lugar.

—¡Uy! Me importa mucho su opinión…

—Y sí, le di un beso de un segundo. No más.

—Ah, vale. Es que ahora las infidelidades se miden en tiempo y, si duran menos de un segundo, no cuentan —se burla.

—No te he sido infiel, Amanda. Fue algo tonto. Estaba perdido. Fue una noche extraña. Sentí que ese sí que era mi mundo. Vi a gente de mi pasado, ella era una chica normal y fue como para comprobar que no iba a sentir nada, y así fue. Yo te quiero a ti. Estoy loco por ti, y creo que lo sabes. ¡Maldita sea! ¡Me he venido a España! ¡Lo he dejado todo por ti, Amanda!

—Sí me has sido infiel, Dylan, porque has dudado de lo nuestro, aunque solo sea por un segundo —emite y sus ojos destellan a punto de echarse a llorar.

—No es justo, Amanda. Tú has dudado de nosotros millones de veces. Yo he sido el que lo apostaba todo. El que te decía que sí que podemos vivir algo maravilloso como lo que tenemos. Solo ha sido un segundo, y llevado por una discusión en la que me mandaste poco más que a la mierda con una arrogancia que nunca había visto en ti.

—No, no hagas eso, porque entonces sí que me voy.

—¿El qué?

—Hacerme responsable de tus cagadas.

—No estoy haciendo eso. Solo te estoy poniendo en situación.

—Eras mi pareja. Creo que la composición de lugar la tengo. Yo también estaba en esa discusión, y no me he ido besando por ahí.

—Bueno, ahí estaba Alex contigo. Al acecho. Alguien le habrá llamado.

—No me toques las narices, Dylan… que no tienes ni idea de por lo que he tenido que pasar.

—Perdona, me he excedido. Te pido disculpas —manifiesto para intentar que la calma aparezca.

Amanda levanta la cabeza y me mira.

A mí me tiembla todo, porque no veo en ella lo que quiero. Su deseo, su complicidad, y, por primera vez, pienso que puede que esto no lo quiera arreglar.

—Son tantas cosas las que siento, Dylan, que es mejor que no hable ahora… Dame un tiempo para que lo digiera y tome una decisión.

—¿Una decisión sobre qué?

—Sobre nosotros, Dylan.

Doy unos pasos hacia ella y Amanda se levanta, y me aparta con sus brazos.

—¡No me jodas, cariño! Que fue una tontería. Yo estoy enamorado de ti, y lo sabes. Te lo he demostrado. Eres mi mujer, desde que te vi aquel día vestida de novia. No voy a dejar de pelear por ti nunca.

—Pues te va a hacer falta, porque lo que sí que alcanzo a entender de lo que me provocas ahora mismo no es amor. Es decepción.

—No has podido dejar de quererme en un rato.

—Pero puede que lo haga… No soporto a los mentirosos.

—Yo no soy un mentiroso. Te he contado todo lo que pasó.

—Porque había unas fotos…

—Yo no sabía que había unas fotos. Lo he deducido al ver cómo me has recibido.

Se toma un tiempo para responderme y yo para atenderla e intentar leer en ella, lo que nunca me ha costado mucho y, ahora, sin embargo, no puedo. Debo de estar muy nervioso.

—Dylan, no te creo, y te juro que me gustaría hacerlo. Has perdido mi confianza. Es lo que tiene pillar al novio de una besándose con otra. Mejor me voy. Estaré en casa de mi hermana. No quiero verte por allí.

—¿Y Rachel y Ava?

—Se irán mañana a la casa nueva. Vive allí de momento, si quieres, o si prefieres regresar a Nueva York, yo no te voy a frenar porque sería injusto.

—Iré a nuestra casa, entonces.

—No estarás solo. Jorge te acompañará. Ya lo entenderás.

—Vale… ¿Cuándo podemos hablar de nuevo?

—No lo sé. Adiós.

Amanda hace una seña al gorila y se marcha.

Puede que la haya perdido para siempre, y la sensación de incredulidad me deja exhausto.

Han pasado quince días. Casi estamos en noviembre y el frío comienza a instalarse en las calles de Madrid.

No he vuelto a verla desde aquella tarde, y me ha supuesto un esfuerzo elefantiásico no ir, viviendo a dos calles de mí, pero, según Rachel, es mejor que no me acerque.

Rachel es mi espía. Me va contando cómo la ve y, de momento, no hay cambios.

No se me puede ni mencionar.

Lo que sí que ha dicho, es que ella será la que venga a mí cuando esté preparada.

Yo no le veo sentido a esto. Así no vamos a arreglar nada, pero mi cuñado me aconseja también que espere, que las hermanas son de armas tomar y que es mejor reposar las cosas.

Mientras, he arreglado el papeleo, y, gracias a una nueva ley que ha sacado la Comunidad de Madrid, debido a la carencia de enfermeros tras la pandemia, ya puedo trabajar en el sector privado. Así que, estoy mirando ofertas por si sale algo interesante.

Por las tardes, sigo entrenando a baloncesto a los niños del barrio. Cada día me viene un niño nuevo. Ya tengo veinticinco, y los he separado en tres grupos por edades.

Yo creo que el éxito reside en que les hablo en inglés y los padres se llevan un dos por uno: el idioma y a sus hijos cansados.

Esto también tengo que arreglarlo, porque, como dicen aquí, lo estoy cobrando en B, pero si fuera adelante, tendría que hacerme autónomo.

No sé si esto es a lo que quiero dedicarme para siempre.

Con eso, y lo que me va devolviendo Rachel, de lo que me debía del tratamiento, voy viviendo, pero porque no pago alquiler. Si no, iba justo.

También voy a hacer un anuncio para uno de los carteles de la empresa de Jorge y Alicia.

Me lo han pedido, y, aunque no soy modelo, todo lo que sea trabajo, he de aceptarlo.

He estado quedando con un amigo de la inspectora Aridane,

que se dedica a la vigilancia privada, porque me está formando. Me ha enviado un montón de apuntes sobre fundamentos y asuntos imprescindibles cuando proteges a alguien.

Además, voy con él, de lunes a viernes a primera hora, al gimnasio para practicar artes marciales y defensa.

Acudiré con Amanda al rodaje. Quiera o no.

Ya se lo he dicho a Michael y está conforme.

La productora está de acuerdo también.

Nos falta ella.

Amanda…

Me siento vacío sin mi chica. Las calles son en blanco y negro.

Lo peor, cuando me despierto y la busco a mi lado y comprendo que no está porque no se fía de mí. Mataría porque ella pudiera colarse en mi interior y cuantificar todo lo que la quiero. De siempre, ella es la única que consigue hacerme temblar, que me obsesiona y que me hace vivirlo todo más bonito. Ese es mi aliciente: que esto que siento por ella, no puede perderse; que mi amor por ella ganará a sus dudas, aunque tarde meses.

Ava es la única alegría de mis días.

Nada más verme, me echa los brazos para que la lleve al suelo a caminar. Le queda mucho, pero la niña le pone empeño. Mis riñones dan fe. Está muy graciosa y cada día más bonita. Parece un calco de mí. Tiene mis ojos y mi color de pelo, aunque un rubio mucho más claro, como lo tenía yo de pequeño. Ver cómo va evolucionando es maravilloso, pero a la vez triste, porque los días pasan a una velocidad de vértigo y pronto dejará de ser un bebé.

Otra cosa que me provoca felicidad es ver a la madre y a la hija juntas.

Rachel… mi amiga del alma.

Ya le está creciendo el pelo y ha cogido algo de peso. Todavía no está al cien por cien, pero no me cabe duda de que en breve lo alcanzará. En unos días tiene que viajar a Nueva York para realizarse una revisión, y sé que eso la preocupa más de lo que quiere confesar.

En otra situación la acompañaría, pero no queremos que Ava viaje tantas horas. Aunque sé que Bob no la dejará ni un segundo a solas y que el rato que no esté con Rachel, lo pasará con su novia.

Sí, mi amigo por fin tiene novia. Es Karen. La chica que conoció en el bar, amiga de Mary. Está tan feliz, que nos manda fotos de ellos, a un chat que tenemos Rachel, él y yo.

Echo de menos a Bob, aunque ahora tengo a Jorge.

Me caía bien, pero ahora es algo más.

Nunca había hablado de temas tan íntimos con un hombre. Nos hemos abierto en canal los dos, y eso creo que nos está ayudando a llevarlo algo mejor.

Jorge se está convirtiendo en familia con mayúsculas.

Poco a poco voy centrándome en España, en Madrid, y voy encontrando mi hueco, pero nada tiene sentido si no es con ella.

Por eso, sé que lo vamos a superar. Amanda se debe sentir igual que yo, y encontraremos la forma de solucionarlo.

Porque no puede ser de otra forma.

Michael me llama y me da otra buena noticia.

Mi relación con él ha cambiado mucho desde lo que pasó en los Emmys. Ahora siento que me respeta y yo también estoy tornando mi animadversión por cariño.

Michael adora a Amanda y vela por su bien. No es una relación normal de mánager-cliente. Es algo más.

Llevaba un tiempo constatándolo, pero me negaba a aceptarlo.

Me dice que ha movido hilos y que si quiero puedo trabajar de enfermero en el rodaje de Amanda.

Así no me despegaré de ella y no podrá negarse.

Mi intención era ir de escolta, pero apostábamos a que un principio me rechazaría.

No será a tiempo completo. Sobre todo, estaré para todo el tema COVID. Para sacar antígenos y comprobar que se cumplan los protocolos de seguridad, pero me vale.

Eso me da la excusa perfecta de cara al rodaje y a ella.

Le pido a Michael que lo mantenga en secreto y lo entiende.

Cuelgo mucho más animado. Me ha quitado un peso de encima.

Bueno…, dos.

Tengo trabajo de lo mío y voy a poder proteger a Amanda.

Capítulo 12
Me voy a comer mis palabras

Amanda

Salimos de la revisión del ginecólogo más tranquilas que cuando entramos.

Todo va bien.

Eso me ha dicho Alicia al salir de la consulta.

Ya está de siete meses, aunque por su barriga diría que parece a término.

No quiero ahondar en algo, pero me es imposible.

Ella ha vuelto a insistirme en que la esperara fuera. No quiere que entre en la consulta, y creo que es porque se avergüenza.

Asunto que me da miedo porque, si al final Jorge no la apoya en esto, cómo va a afectar eso en su trato con su hijo.

No soy una ilusa de esas que creen que nada más tener a su bebé en brazos se va a enamorar de él, y sus dudas se van a esfumar.

Eso no pasa.

En todo caso al contrario.

Las dudas y los miedos se multiplican, porque has de mantener a salvo a esa criatura, y solo depende de ti.

Si a esa pirámide de responsabilidad le sumas vergüenza, no puede salir nada bueno. Y me da tanta rabia…

Lo de Jorge ya no lo entiendo.

Al principio, sí. El shock, pero ahora… Ahora ya no. Alicia se quedó embarazada estando con él. No hubo engaño. Si tuvo las agallas de hacer un trío, de compartir a su mujer en la cama, ¿por qué no las tiene ahora de asumir las responsabilidades?

Esto no se lo digo a Alicia, obvio. Yo solo la apoyo y le pido que le dé tiempo.

Pero hoy no solo la he acompañado al médico.

Ahora vienen las curvas.

Hemos quedado con Jack, el posible padre del bebé.

Mi hermana le ha insistido en estos últimos días que quería verle y pactar por escrito la crianza en el caso de que el hijo sea de él.

El hombre ha venido de Alemania solo para entrevistarse con ella y concretar cuál va a ser su papel.

Le vemos a lo lejos, en la puerta de la cafetería.

Es tan alto que llama la atención.

Recuerdo el día del cumple de Candela cuando abrí la puerta

y le vi.

—Madre mía —resopla mi hermana.

La detengo a unos metros y le pregunto si está segura de esto.

Ella asevera que ha de hacerlo y que se encuentra bien.

Le doy la mano para caminar juntas hasta Jack, que nos mira serio.

Nos saludamos con cordialidad y él le refiere que le ha crecido mucho la tripa.

Un lince…

Deciden pasar ellos solos, y yo opto por quedarme fuera y atender mi correo.

Mañana empezamos el rodaje de *Ni un zapato más*, y me están bombardeando los de vestuario.

Al borde de parecer una cotilla, miro tras el cristal de la cafetería, por si va todo bien, y de momento no parece que haya que llamar a la policía.

Se los ve hablando con total normalidad.

Siento unos ojos puestos en mí.

Llevo las gafas y la gorra, por lo que no me suelen reconocer, pero, cuando me giro por inercia para atender a quién sea, lo entiendo.

Sus ojos, azules como el cielo de Cádiz, me escudriñan con curiosidad.

—Amanda, ¿qué haces sola aquí? —me pregunta Dylan, que pasea con Ava en la silla.

La niña, nada más verme, me sonríe y me echa los bracitos para que la coja.

—Hola, chiquitina. —Me agacho para hacerle carantoñas—. No te puedo coger. Vas en tu sillita… ¡Uy, qué perrito más bonito! —Me percato de que de la silla colgaba la correa de un perro. Un bichón maltés precioso—. ¿Y esto? —me sale natural peguntárselo, mientras me levanto y le miro una décima de segundo para que sepa que hablo con él. Acto seguido devuelvo mi atención a Ava.

—Rachel… —aclara Dylan—. Siempre quiso un perro, pero ya lo paseo yo.

—¿Y está en casa? —le pregunto un poco enfadada, porque igual deberían habérmelo consultado.

—No, no… En la nuestra, no —se explica, y advierto como enfatiza el «nuestra»—. Vive con ella. Bueno, y le ha puesto una casa en el jardín.

—¿Y por qué no me lo ha dicho? —le pregunto. Veo a Rachel todos los días.

—No lo sé… Yo pensaba que lo sabías. A mí no es que me encante. Además, echo de menos a mi gato —admite y le miro. Ahora

sí, lo sé porque mi estómago ha dado un brinco de emoción. Mis pupilas le añoraban. Es tan guapo que se me hace la boca agua. Le distingo un pequeño corte al lado de labio.

—¿Y eso? —le pregunto.

—Nada. Poca cosa…

—¿Cómo te lo has hecho?

Dylan pone freno al carro, saca un unicornio del bolso para que juegue Ava y después se acerca a mí, y me dice:

—Entrenando. Estoy haciendo artes marciales y debo de ser bastante malo. —Sonríe, y esa sonrisa es tan de él, que me aíslo de la calle, de Ava, de mi hermana, de todo, y solo le veo a él. A Dylan. A ese hombre del que estoy tan colada que con solo sonreír, yo me resquebrajo por dentro, porque su imagen del beso con otra sobrevuela por mi cabeza nada más le he visto.

—¿Y eso?

—Me gustan los deportes, ya lo sabes…

—¿No lo estarás haciendo por lo que te pedí aquel día? —le cuestiono con miedo, porque entonces ha perdido el tiempo. No le quiero como mi escolta. Ya no confío en él.

—No —me rebate rotundo—. Lo hago porque siempre me ha llamado la atención. Ya hice hace tiempo. Me ha surgido una oportunidad y me he apuntado. Tampoco me viene mal… Irás más segura si sabes que sé defendernos.

—Estás dando por seguras cosas que no lo son —me enfada—. Que yo sepa, hace días que no voy contigo.

—Porque te estoy dando tiempo, Amanda, pero tendremos que hablar en algún momento, y entenderás que no fue nada.

—Me está jodiendo tu fanfarronería. No sabes cuánto. Me has hecho polvo. No sé si lo sabes, y estas semanas han sido una mierda.

—¿Te crees que para mí no?

—Pues, entonces, no des nada por sentado, porque no creo que, por mucho que hablemos, vuelva a confiar en ti.

Dylan da otro paso y me coge las manos para acercarme a él y pegar su frente a la mía.

Mi corazón se desboca, su aroma me invade y mi cuerpo pide a gritos que se lance, que me bese y se acabe esta desazón.

—Vas a volver a confiar en mí, porque te quiero con todo mi ser, Amanda, y tengo la seguridad de que esto que nos une es para siempre —me susurra casi pegado a mis labios.

Puedo sentir su aliento, y mis ganas de mandarlo todo a la mierda y arrastrarlo a mi casa para volver a tenerle desnudo dentro de mí. Pero…

Con mucho esfuerzo, me aparto y respiro para recomponerme y enfrentarme.

—Mañana comienzo el rodaje, Dylan. Voy a estar fuera hasta Navidad. Después veremos. Sigo necesitando tiempo.

—Lo sé, pequeña…

—Pues eso —respondo fría, para descolgarme de ese «pequeña», que se me instala en el pecho, porque así es como él me llama—. Si decides irte, no te lo reprocharé, porque yo no te prometo nada. Es más, haz tu vida —indico sin pensarlo muy bien, llevada por mi orgullo.

—Si «haz tu vida» significa lo que creo, desde ya te digo que mi vida eres tú, y la tuya soy yo, aunque ahora lo dudes. Si quieres tomarte la revancha, hazlo, aunque por experiencia te informo, nadie te va a hacer sentir lo que sientes conmigo —me dice muy tranquilo —. En un segundo supe que mis besos son solo para ti. Piensa estos días, todo lo que necesites, pero no me dejes… —habla con dulzura y pena.

—Dejarlo es una opción. Hazte a la idea —vuelve a hablar mi orgullo.

—No puedo. Yo voy a luchar por lo nuestro. Para eso vine a España. Para eso fui a París. Para eso me levanto todos los días y busco mi vida aquí, porque apuesto por nosotros. Graba la película, disfruta de tu trabajo, que yo estaré para cuando me necesites.

En ese momento, mi hermana sale y nos encuentra.

Su sorpresa se hace evidente y lo disimula como hice yo, saludando primero a Ava. Después, le da dos besos a Dylan.

—¿Ya? —le pregunto. Han tardado muy poco.

—Sí, ya —me dice—. Lo tenemos claro.

En ese instante, sale Jack. Nos dice adiós con la mano y veo cómo Dylan entiende quién es.

—No le digas nada a Jorge, por favor —le ruega mi hermana.

Dylan lo acepta.

—¿Se va a hacer cargo del bebé? —le pregunta en un español muy gracioso, pero sorprendente.

—No —responde mi hermana rotunda, pero con voz alegre—. No quiere ser padre.

Los tres nos callamos.

La vida está llena de decisiones.

Ese hombre ha optado por no ser padre. Estoy segura de que lo ha pensado mucho, porque si no, no hubiera venido a decirlo en persona.

—Pues yo estoy muerto de ganas de coger en brazos a mi sobrino —emite Dylan con esa voz potente y a la vez dulce, y veo cómo mi hermana le sonríe con afecto.

Ha dicho justo lo que necesitaba oír. Ha dado en el clavo. Así es Dylan: una persona facilitadora, amable, buena… No sé en qué

historias estoy pensando…

—Tengo unas cosas que hacer —les miento para poder huir y tomar distancia—. Luego te veo en casa, Alicia.

Me despierta un teléfono.

Descuelgo todavía muy dormida y me avisan de la recepción del hotel que me esperan en una hora.

Ahora me ubico.

Estoy en Murcia. En el rodaje.

Ayer el equipo técnico no sabía a qué hora íbamos a empezar y quedé que lo dijeran en recepción.

Miro el reloj.

Son las siete de la mañana.

Me levanto con energía para tomar una ducha.

Me visto mientras me miro al espejo.

Me siento bien. Tengo muchas ganas de empezar.

Me encantan los primeros días.

Sé que hay a gente que no, pero yo disfruto al descubrir al personaje, como me va ganando terreno y me desdoblo.

Yo actúo así. Dejo que el personaje me invada. No finjo. Por eso, tengo tantas ganas hoy de ser Elda y olvidarme de Amanda.

Elda es buena, amable y natural. Difiere bastante de mí, que soy más áspera y precavida.

Mi escolta me espera en la puerta y bajo a desayunar pactando que se aleje lo máximo que pueda para no llamar la atención, aunque ya todos lo saben.

Voy con el pelo mojado, porque luego me lo peinarán en maquillaje, y me siento en la mesa de mis compañeros actores.

El protagonista es Iván Fernández, un chico supermajo.

Hace de un recién nombrado inspector de policía, Rubén, que empieza en una comisaría en Murcia justo cuando desaparecen varias mujeres por la zona, con la curiosidad de que sus zapatos los encuentran en la puerta de la casa de este.

Yo soy Elda, la vecina, que se enamora nada más verle y que formará parte de la investigación, aunque no lo quiera.

Está basado en un libro y es divertido, a la vez que intrigante.

Charlamos durante un rato hasta que nos llaman para que pasemos por la enfermería para sacarnos unos antígenos.

Lo odio. Me pica la nariz durante horas, pero no me puedo negar.

—¡Madre mía, cómo está el enfermero! —sale diciendo Hugo

Jiménez, uno de los actores, de los que dudaba sobre su orientación sexual y me lo acaba de aclarar —. Yo me voy a encontrar constipadillo todos los días —bromea.

—Pues ya te digo que no hay hombre guapo en el mundo que consiga que yo quiera repetir mi PCR.

—Te vas a comer tus palabras. Es un bombón. Mañana te veo en la fila —expresa con gracia.

Entonces, entro y el «te vas a comer tus palabras» cobra el sentido.

—¿Qué… qué haces tú aquí? —tartamudeo.

Dylan me mira con toda su calma y responde:

—¿No lo ves? Trabajar.

Capítulo 13
El americano

Dylan

Amanda no ha vuelto a la enfermería desde el primer día.

Por protocolo, he de sacarle antígenos cada semana o si tiene síntomas.

En dos días le vuelve a tocar.

Las mañanas las tengo muy ocupadas, porque al final trabajo más de lo que pensaba.

Cuando a mi compañera, Alma, le conté mi experiencia laboral en la extrahospitalaria vio el cielo abierto y confía tanto en mí, como yo en ella.

Yo la ayudo en mi tiempo libre y ella, a cambio, me está enseñando todo lo que hay preparar para ser enfermero de set.

La verdad es que es muy entretenido.

Intento estar cerca de Amanda cuando rueda o sale del camerino. El escolta privado me mantiene informado y me avisa de sus movimientos.

Con esto de ser enfermero, voy conociendo a todos los que forman parte del equipo, tanto el técnico como el artístico, y creo que si viera un movimiento raro o a alguien nuevo, me daría cuenta.

Jamás pensé que un rodaje implicase a tanta gente y fuese tan complicado, y estresante.

Hasta los del *catering* sudan sangre porque van sin horarios. Sirven cuando acaban de grabar, y eso es difícil de estimar en un programa tan variable como este.

Eso sí, nada más terminar, piden la comida como bárbaros y el ritmo en la cocina improvisada es como el de una pizzería cuando hay partido.

Y lo de los actores…

Eso sí que no se lo imagina nadie.

Pueden estar de pie horas, simular que se mueren de calor, porque la escena así lo requiere, mientras hace diez grados, o trabajar de madrugada y repetir y repetir una escena hasta que al director le valga.

Alma, que lleva muchos rodajes en su haber, también dice que depende de los equipos, y que hay rodajes más escrupulosos, en los que se cumplen los horarios a rajatabla y otros, como este, en los que al director no le vale nada, porque es tan minucioso que aburre a un

minion.

Hablando de él: será muy bueno, este Carlos Azul. Me consta que Amanda estaba deseando trabajar con él, pero a mí me parece un déspota, un flipado y un mal hablado que pone de los nervios a todos.

De momento, con Amanda está siendo respetuoso, pero el otro día con el actor principal, Iván, se volvió loco porque, por lo que entendí —mi español va mejorando a pasos agigantados, pero cuando gritan no entiendo nada—, no veía en él lo que le pedía, y casi llegan a las manos.

Mi compañera, que es amiga de Iván, se lo llevó con una crisis de ansiedad importante.

Así ha habido varias. No solo con los actores, sino también con sonido y con iluminación.

Yo no me acerco, porque igual también pillo, pero cada vez que Amanda graba, voy.

Lo estoy pasando realmente mal.

Estar tan cerca de ella y apenas hablarnos o no poder tocarla, es una tortura china.

Se me está haciendo mucho más duro de lo que estimé cuando me lo planteó Michael. Apenas duermo, porque ando elaborando estrategias mentales para entablar conversación con ella.

Asunto difícil.

En el rodaje es imposible acercarme y, en los tiempos libres, ella me pidió que no me aproximara para no desconcentrarla.

Así que, ahora soy yo el acosador o el mirón…

Y ratifico mi opinión: es preciosa. Desprende una luz que no veo en nadie más. Si ella sonríe, todos lo hacen. Ella se considera alguien áspero, frío, y yo siempre se lo he negado, pero es que ahora más, viendo cómo se comporta con todos desde mi distancia: es amable, educada y facilitadora. No es de mezclarse con muchos. Escoge un grupo de seguridad y de ahí no sale, pero no va de diva ni de inalcanzable, como se ve en otros actores que entran en el botiquín y ni te miran.

Se lleva muy bien con una ayudante de dirección, Graciela. Ya me había hablado de ella, y cada vez que pueden están juntas.

Mi compañera Alma lo sabe más o menos todo, porque le tuve que explicar que debía estar cerca cuando grabase Amanda, y me da todos los consejos que puede.

Es un poco mayor que yo y está casada con un médico. *Su* Lucas, como ella lo llama. Tiene tres hijos. Uno adoptado y dos naturales, y lo de su vida es de película, hasta llegó a estar secuestrada en Colombia y ha vivido en Los Ángeles. Ahora residen en el norte porque, aunque son de Madrid, necesitan el mar. *Su* Lucas es un surfero nato.

Gracias a esta mujer, que, por cierto, no puedo escoger entre lo guapa y lo dulce que es, se me está haciendo esto llevadero, a pesar de mis ojeras. Hasta me enseña español, aunque creo que es para reírse de mi pronunciación.

Normalmente no está en los rodajes, porque es la dueña de la agencia, pero se le cayó un enfermero a última hora y, con la carencia que hay, le tocó venir.

Acabamos de terminar de anotar los resultados de los test de antígenos. Para nuestro temor, han dado positivo un técnico de sonido y otro de iluminación, y vamos a tener que hacer un seguimiento de los miembros del equipo para que no se propague.

De momento, aunque apenas tienen síntomas, les vamos a aislar tres días y seguirán con mascarilla hasta que negativicen.

Alma se va a llamar por teléfono y yo me quedo en el botiquín solo.

Todavía Amanda no graba, y no tengo nada más que hacer.

La puerta se abre, como si hubiera accedido Thor, y cuando veo quién es, me encaja.

—¿Puedo pasar? —esgrime el director con ese tono arisco que le caracteriza.

—Ya estás dentro —refunfuño en inglés, porque no soporto las malas formas—. La próxima vez, llama a la puerta, por favor. Podría haber estado atendiendo a alguien —continúo en mi idioma, porque me consta que él sabe inglés.

—Ok, perdón… Tienes razón —se excusa, y creo ver en él algo de humanidad.

—¿Qué necesitas? —le pregunto.

—Me estalla la cabeza. ¿Puedes pincharme algo?

—¿Pincharte?

—Sí, ¿dónde está Alma? Ella me pone un antiinflamatorio de esos.

—¿Y no prefieres tomarlo?

—No, no me hace nada…

—Espera que busque en tu ficha —le explico, y, como mi compañera es tan apañada, lo encuentro sin dificultad. Leo que le suele administrar dexketoprofeno intramuscular—. Aquí está.

Mientras lo cargo hablo con él.

—¿Esto te pasa mucho?

—Sí. En los rodajes, sí… Me pongo muy tenso.

—Ya lo he visto —confieso, y el hombre levanta la cabeza como un rayo.

Cuando creo que me va a caer una tormenta con alarma roja, sonríe.

—Tú eres el americano, la pareja de Amanda, ¿verdad?

—¡Ah! —Me sorprendo—. Sí, bueno, sí…

—Ya. O lo disimuláis de vicio o muy bien no estáis —dice, y ahora soy yo el que sonríe apocado —. Los actores son unos chiflados. Se creen seres superiores. Ya lo irás constatando. No los soporto. Amanda parece de lo más normal, por lo que no la dejes escapar.

—Y si no te gustan, ¿por qué trabajas en esto? —me atrevo a preguntar. Desde el momento que él ha cruzado los límites de mi vida privada, ha abierto la puerta de la suya propia.

—Eso me pregunto yo en cada película… No lo sé. Supongo que me resulta gratificante. Una vez que un proyecto me gusta, no puedo no hacerlo.

—Bájate el pantalón —le insto para aplicarle el antiséptico y, después de unos segundos, pincharle el analgésico —Pues ya está. Puede escocerte un rato, pero pronto comenzará a mejorar el dolor. —Saco el aparato de la tensión y descubro que tiene 160/ 90—. No trabajes hasta que no se te pase. Espera unos veinte minutos. Tienes la tensión alta.

—Muchas gracias, joven.

—No me vas a hacer caso, ¿verdad?

Carlos se ríe y creo que por primera vez veo su dentadura.

—Es que vamos a contrarreloj.

—Pues ahora les pido a los de *catering* que te preparen una tila. Necesitas relajarte. Por hoy, se acabó el café. No es una tontería lo de la tensión. Por eso, te dolerá la cabeza. Eres el director. Este barco naufraga si no estás en las mejores condiciones.

—Pues a base de tilas no creo… —Me mira con sorna.

—Eso es porque no lo has probado. No te hace falta cafeína. En cuanto vas al rodaje, te activas. Solo por hoy…

—Llegas tarde americano, llevo ya tres.

—Pues ni uno más o mañana traigo a un maestro de yoga —bromeo.

Carlos se levanta y, antes de salir, se da la vuelta para mirarme con curiosidad.

—Tienes un físico imponente americano, deberías plantearte trabajar delante de las cámaras.

—Más trabajo, no… —lloriqueo—, pero gracias. Ahora te llevan la tila.

—Hola, Dylan —me saluda al acceder al botiquín sin mirarme.

—Te estaba esperando… Tenías que haber venido hace dos horas —le digo, consiguiendo enfadarla para que levante la cabeza y

me mire

—He estado liada. Tenía que hablar con Carlos de unas tomas.

—Vale. Es solo que pensaba que ya no ibas a venir y te iba a ir a buscar.

—¡Qué estricto! Me imagino que no solo lo serás conmigo, ¿no?

—Por supuesto. Ya he buscado a más de una decena. Sé que no apetece que te metan un palo por la nariz, pero ya hay casos de COVID.

Amanda se sienta y me mira. La noto algo nerviosa.

—Tranquila. No tardo nada.

Amanda cierra los ojos, y yo le aviso de que voy a introducirle la torunda.

Nada más acceder y girarla, ella me agarra de la mano nerviosa, pero no me aparta, y le consigo hacer la prueba.

Solo con ese contacto de su piel y oler su aroma natural ya me he excitado como un adolescente.

Una lágrima cae por su mejilla.

Llevo mi pulgar a ella y se la seco.

—Ya está.

Amanda abre los ojos y por primera vez en mucho tiempo no los retira.

—Gracias… No me has hecho daño.

—Pues estás llorando, no sé yo…

—Es que es muy molesto, pero lo has hecho muy despacio.

—Será la práctica, porque me paso el día tocando las narices —bromeo, y me sonríe con confianza.

—Te estás adaptando bien, ¿verdad? Hasta le caes bien a Carlos…

—¿Te ha hablado de mí? —me intereso, arrastrando una silla para sentarme a su lado.

—Sí, esta mañana. Me ha dicho que tienes un par de huevos.

—Desde que nací. ¿Qué quiere decir eso?

Amanda sonríe y mi estómago centrifuga a más revoluciones de las debidas.

—Que tienes opinión y carácter para expresarla. Normalmente nadie se atreve a contradecirle y, por lo visto, tú ayer lo hiciste.

—Tanto como contradecirle… pero es que está aceleradísimo. Pone de los nervios a todos. ¿Cómo lo estás llevando? —le pregunto y, sin saber cómo, he posado mi mano sobre su rodilla. Como lleva un vestido, su piel y la mía han vuelto a contactar.

Amanda mira hacia la rodilla y posa su mano sobre la mía para que no le acaricie, pero no me la aparta.

—Creo que hoy me va a tocar a mí. La escena es importante, y

me está pidiendo cosas que no entiendo… A veces es confuso.

—Nunca pensé que un rodaje fuera tan duro —me explayo.

—Los hay peores. Carlos tiene mucho carácter, pero es así… Al final, sabes que el resultado va a ser bueno. Hay quien graba bazofias y encima te trata como a un mono de feria.

—A ti te trata bien…

—Hasta hoy. Ya lo verás —me dice con lástima.

—Si vas con esa actitud, seguro. Eres muy buena, pequeña. No dudes de todo tu trabajo.

Amanda me mira con un destello de algo que reconozco y hacía meses que lo echaba de menos: deseo.

—No me mires así, pequeña, o no respondo.

Ella resopla entre calmada y divertida:

—Lo estás haciendo bien, Dylan —se sincera mientras se levanta y, al hacerlo, partes de su anatomía, como sus pechos, rozan mi cuerpo un instante.

Ardo y, sin pensarlo, sujeto sus caderas con fuerza.

Ella me mira asustada y yo me aparto rápido, porque la estrellaría contra la pared para comérmela entera.

—Perdona, pero, estabas tan cerca… Recuerda que me es imposible no tocarte.

—Ya… Poco a poco, ¿vale? No me presiones, Dylan.

—Sí, tranquila, pero aquí estoy. Ven a verme…, si quieres.

Amanda me sonríe de nuevo y me lanza un beso.

Creo que me quedo mirando la puerta con cara de bobo una hora.

Y como venía acuciando, hoy le ha tocado a ella. Efectivamente.

Han de rodar la escena en la que el policía y ella se quedan a solas, y la tensión sexual debe de ser evidente.

Para mí, lo están haciendo bastante bien. Demasiado bien, de hecho. Estoy hasta celoso, pero para Carlos no le es suficiente, como bien se temía Amanda.

Vuelven a rodar y Amanda no ha dicho ni su primera frase, cuando él la corta una y otra vez, porque le falta pasión, verdad, o se la ve tensa, o es excesiva…

Se masca la tensión en el set y nadie se atreve a hablar.

Se toman una pausa en la que me encantaría poder acercarme a ella para animarla, pero entre Amanda y yo hay como veinte personas estratégicamente colocadas, y el enfermero pinta más bien poco en las primeras líneas.

Los veo conversar, y a Amanda concentrada escuchándolo.

Ella es muy profesional, muy perfeccionista, y desde hoy asumo que tiene más paciencia que un profesor de autoescuela.

Otra toma.

Se hace el silencio, y Amanda, por primera vez, alcanza a decir su primera frase, hasta que Carlos grita:

—¡No, no, no! ¡Joder! No te lo crees ni tú. ¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

Amanda se aparta porque impresiona verlo tan enfadado, y lo que vislumbro en su cara me pone tan nervioso que me salto todos los protocolos.

Voy hacia ella, la cojo de una mano y le digo a Carlos:

—Vamos a relajarnos un poquito… Ahora venimos. ¡Traedle una tila!

Y tirando de Amanda con fuerza, me la llevo hasta su camerino, mientras ella se queja e intenta zafarse.

Cuando entramos y cierro la puerta, me empuja.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me grita—. ¡Este es mi trabajo! ¡No necesito a un príncipe que me salve! Pero ¿de qué vas? —se enfada cada vez más, y a mí solo me sale una cosa para callarla.

Lanzarme hacia su boca y estamparla en la puerta.

¿Y qué hace ella?

Al principio, intentar soltarse, pero después abre la boca, para permitirles a nuestras lenguas saborearse.

Es un beso fuerte, y sexual. No es cariñoso. Está cargado de rabia y desesperación, pero es la necesidad la que impera, y nos marca este guion donde no hay espacio para romanticismos ni conversaciones profundas.

Llevo muchos días sin ella, y a un hambriento no le pidas que coma con palillos.

Como llevo pensando desde nuestro momento en la enfermería, mi mano rapta por su cuerpo, que está tan pegado al mío que apenas deja espacio, y voy directo a su centro, colándome por sus braguitas.

Ella echa la cabeza para atrás, nuestras bocas se despegan, pero yo sigo besándola con sed por el cuello y el pecho, mientras siento toda su humedad, y me acelero aún más.

Ya no voy a poder parar.

Le acaricio el clítoris al principio y se lo pellizco, porque sé que eso le va a provocar tal espasmo, que no va a poder frenarme.

—Dylan, no… No podemos. —La escucho gemir.

—Tranquila, mi amor. Solo tú. Relájate… —le susurro, para aclararle que no voy a ir a más, a la vez que la penetro con mis dedos.

Ella grita y la noto tan suave, que estoy a punto de correrme solo con esto.

Por fin siento que se relaja en mis brazos y puedo hacerle lo que quiero. Por lo que, sin avisarla, bajo a su centro para comérmela entera.

Ella, con sus movimientos, me pide que le quite la ropa interior, y se las rompo por un lado porque estoy tan ansioso que no pienso.

Entonces, la saboreo. La rodeo con mi lengua y la succiono su pequeño botón totalmente dilatado para mí, mientras la penetro con mis dedos. Escucharla gemir es la mejor música que me puede regalar la vida.

Cuando comienzo a sentir sus contracciones, le digo:

—Mírame.

Ella obedece justo antes de dejarse ir y caer de rodillas al suelo, frente a mí.

Cuando recobra la respiración, veo que se da cuenta de lo que acaba de pasar y, antes de que hable, le digo:

—Esa es la mirada que busca. Dásela.

Su cabeza se bambolea en pequeños golpecitos:

—¿Qué?

—Necesitabas relajarte y nadie te conoce mejor que yo… Sabía cómo encontrar esa mirada.

—¿Me has masturbado para que actúe? —me pregunta algo ofendida.

—Lo he hecho porque… yo qué sé. Te estaba gritando, te veía muy nerviosa, hasta con miedo, y no lo he pensado.

—Obvio, porque ahora a ver cómo explico esto.

—Tú sal. Graba la escena, recordando cómo me acabas de mirar, y nadie te va a decir nada.

Amanda se levanta y se recompone en el espejo para después cambiarse las braguitas.

Mientras la contemplo, me dice:

—Siempre me masturbas para reconciliarnos, pero esta vez no te va a funcionar…

—Habrá que seguir probando. —Le guiño un ojo.

Ella se acerca a mí y muy cerca de mis labios susurra:

—Gracias, pero no te vuelvas a acercar a mí hasta que yo te lo pida.

—¿Te has enfadado? —le pregunto amarrándola por una muñeca para que no se vaya, y me deje preocupado.

—No lo sé. Más conmigo que contigo, por ser tan débil.

—No es debilidad, Amanda. Es amor.

—Esto ha sido sexo, Dylan.

—Era nuestro sexo, y si es nuestro, engloba amor. No te me resistas. Sabes que te quiero con todo.

—Y yo, Dylan, pero dame tiempo… Si me besas, sabes que claudico, pero eso no arregla nada. Sigo con mis dudas y mi decepción.

—¿Y qué puedo hacer?

—No lo sé… Continúa aquí conmigo. Me gusta que estés. Eso es un paso. ¿Tú crees que no me gustaría saltar al vacío contigo de nuevo?

—Pues empiezo a dudarlo, pero insistiré.

—¿Por qué?

—Porque te lo debo y porque eres mi vida.

—Tengo que irme —refiere con un deje de tristeza.

—Vale, te quiero, pequeña.

—Y yo a ti, loco.

Veinte minutos después ruedan la escena y Amanda lo clava.

Cuando termina, me busca con la mirada y me sonríe.

Me siento muy orgulloso de ella.

Cuando estoy cerrando el botiquín para marcharme, escucho unos pasos y me giro. Es Carlos, el director, que viene con cara de pocos amigos.

—¡Americano! Que sea la última vez que te metes en el set y me robas a un actor. —No sé qué decir, así que no digo nada—. Pero sea lo que sea lo que hayas hecho, gracias, porque por esa escena toda la película va a merecer la pena —indica, y se marchan él y sus contradicciones.

Capítulo 14
Te quiero, idiota

Amanda

Se acerca diciembre.

Va quedando menos para acabar *Ni un zapato más*, y al final me va a dar pena.

Carlos, al principio, fue insufrible, pero poco a poco se fue relajando, y ahora todos nos entendemos perfectamente.

Está resultando toda una experiencia.

Cada rodaje lo es, pero esta… No sé. Me he sentido varias veces al límite, y he logrado superarlo. Aunque la verdad es que no quiero reconocer que lo que lo hace más especial es que Dylan está aquí.

Nuestro chico para todo, que se ha convertido en imprescindible. Que falta una pértiga de sonido, Carlos llama a Dylan; que no hay suficientes extras, Carlos llama a Dylan; que dudan sobre el maquillaje de una herida, Carlos llama a Dylan.

Hasta ya se encarga solo del botiquín, porque su jefa ha delegado en él, y, según me ha contado, le quiere para más rodajes. Se va a tener que pelear con Carlos, porque este también le quiere. Alega que Dylan es el único racional capaz de decirle las verdades sin ofenderlo.

A veces come con nosotros, los actores, aunque suele estar con el equipo técnico porque se lleva mejor con ellos.

Yo, casi la mayor parte del tiempo, la paso con Graciela, cuando viene. Hemos vuelto a coincidir y nos compenetramos fenomenal.

Ella, como directora artística, formula que no vuelve ni enferma a trabajar con Carlos, aunque últimamente lo dice con la boca pequeña, porque ha mejorado mucho.

Hoy estamos casi solos.

Tenemos que grabar una escena sexual y en estos casos se pide que se queden los imprescindibles.

Yo no quería grabar con Dylan, pero se han confabulado los astros para que casi todos los de sonido se hayan cogido una gastroenteritis, y otra vez le va a tocar sujetar la pértiga.

Por la tarde-noche vamos con una secuencia en la que yo tengo que correr por un bosque, mientras llueve a mares.

Nos estamos arriesgando mucho, porque se necesitaba que

lloviera, y hoy por lo visto va a diluviar. Las previsiones son nefastas, y más donde vamos a grabar.

Llevamos unos días en un camping al lado de un río, pero no podemos perder la oportunidad.

Por eso, nos hemos quedado pocos. Tenemos preparados unos cuatro por cuatro, por si hay que salir pitando. Hasta mi escolta no se ha podido quedar, porque las plazas están contadas, y, al estar Dylan, no hacía tanta falta.

La verdad es que, para protegerme, confío más en él que en nadie.

El resto del equipo se ha marchado a Cartagena y han organizado una cena de empresa en un restaurante.

Estaban superemocionados.

Me ducho en la pequeña cabaña que me han asignado y, antes de desayunar, llamo a mi hermana.

Está todo bien. Su tensión está controlada, y dice que tiene la tripa muy baja.

Se pone Rachel al teléfono, que estaba por allí dejando a Ava, y hablamos un rato las tres.

Cuando me quiero dar cuenta, se me ha pasado casi el tiempo de desayunar y salgo despavorida de la cabaña sin mirar, topándome contra un pecho.

—¡Perdón! —me excuso.

—¡Qué energía de buena mañana! —me saluda Dylan—. Venía a hablar contigo.

—¿Te ha dicho algo Carlos?

—No, no… Es por lo de hoy. Que si quieres que me vaya, puedo pedirle a alguien que sujete la pértiga.

—Somos cuatro gatos. No creo que sobre nadie, pero no hace falta. Estoy acostumbrada a estas escenas, Dylan. No son para tanto. Iván es un profesional, y está muy coreografiada.

—Ya…, si es casi más por mí que por ti —resopla—. Haré todo un ejercicio de contención.

Sonrío y me acerco a él posando las manos en mi pecho.

—Dylan, no me veas a mí. Seré Elda, ¿vale?

—Sí, sí… Yo me apañaré. No te quiero preocupar. Hazlo genial.

—Me voy a maquillaje. Voy fatal —le digo con prisas, pero cuando estaba a punto de salir corriendo, le miro y, sin poder evitarlo, le doy un beso en la mejilla.

—Te quiero, chico para todo.

—Y yo, pequeña.

—¡Corten! —pide Carlos—. Americano, acerca más la pértiga.

—¡*Oh my God*! —esgrime—. ¿Más? —pregunta en ese español tan gracioso, provocando que tanto Iván como yo riamos por cómo lo dice.

—Sí, americano. Más —refunfuña Carlos con cierta sorna—. Siento que tengas que padecer esto, pero no queda nadie de sonido sano. Te lo compensaré —le dice en español y dudo de que Dylan haya entendido algo—. Tienes muchos brillos, Amanda. ¿Dónde está maquillaje, por Dios?

Uno de los cámaras sale a buscar a la maquilladora, mientras Dylan baja la pértiga y nos mira.

Mi compañero y yo estamos sentados en la cama. Yo me acabo de cubrir con una pasmina, porque estoy desnuda de cintura para arriba, y los tres charlamos de lo surrealista que es mi estado, ya que estamos a cinco grados y vamos a morir de una pulmonía.

—¡Joder, qué frío! —me quejo.

Dylan se sienta detrás de mí y me cubre con su cuerpo.

Enseguida siento su calor y, por muy enfadada que esté con él, esto de hoy sirve como venganza. El pobre está aguantado lo suyo.

Iván nos mira y nos sonríe.

—Hacéis una pareja preciosa.

—Sin embargo, se acuesta contigo —bromea Dylan, sin dejar de mover sus brazos para calentar los míos.

—Te aseguro, Dylan, que no tienes nada que temer… Tu chica es muy bonita, pero, que quede entre nosotros, a mí me gustas más tú.

Me deja abrumada.

No creía que fuera gay. Eso se nota. Además, he visto que ha tenido varias parejas y todas eran mujeres. No entiendo cómo todavía hay gente que oculta su sexualidad, pero, si lo hacen, es por algo. Quién soy yo para juzgar. A mí me ha tocado la orientación a la que no se discrimina. Punto en boca, Amanda.

—Pues mira, no sabes cuánto me alegro… —responde Dylan —, porque una tortura y esto no pueden distar mucho.

Por fin aparece la chica de maquillaje y nos pide perdón, porque ha venido su encargada y le estaba explicando unos productos.

Tras rehacerme el peinado y matizar mis brillos, continuamos.

Después de varias tomas, conseguimos rodar la escena al completo —una de las más difíciles de mi vida, por las circunstancias —, y, mientras me pongo el albornoz, le digo en voz baja a Iván:

—Gracias por tu confesión. Ha destensado el ambiente… Te juro que soy una tumba.

—Pobre hombre, yo no podría haber hecho lo que él. Una cosa es ver a mi chica en pantalla, y otra así de cerca…

—¿Chica? ¿Pero no has dicho que eras gay?

—¡Qué coño! Mentira, pero me estaba dando tanta pena, que me lo he inventado.

Los dos nos reímos a carcajadas y no me viene mal, porque tengo tanto frío que creo que en cada espasmo suelto láminas de hielo.

Los dos nos levantamos y, despidiéndome de todos, hasta de Dylan, al que Carlos tiene atrapado, me marcho a mi cabaña para intentar entrar en calor con una ducha larga.

La puerta del baño se abre y meto un grito a lo *Psicosis*, porque con el ruido del agua no me he enterado de nada.

Es Dylan.

Menos mal.

O no, porque es Dylan desvistiéndose, mirándome ofuscado, como si se hubiera caído un camión de basura sobre él por mi culpa.

—¿Qué haces? —hablo apagando el grifo, sin evitar alucinar con su torso y sus abdominales, en los que estoy deseando reposar mi cuerpo, sin embargo, algo me invita a gritar—: ¡Ni se te ocurra meterte aquí conmigo!

Pero mi americano no habla y se desnuda de cintura para abajo.

Los ojos me van por libre, y me sorprende constatar que no está todo lo excitado que debería.

Dylan, en «mute», accede a la ducha, enciende el grifo y se pega a mi cuerpo abrazándome.

—¡Joder, estaba helado! —por fin habla.

—¿Qué haces, Dylan? ¿Tú no tienes cabaña? —le pregunto con un hilo de voz, sin dejar que se me note la respiración acelerada y las ganas que me dan de estrujar su trasero para acercarlo a mí de una vez.

—No como esta. La mía es sin baño.

—Me importa una mierda, ¿qué narices te crees que haces? —le reprocho.

—Ducharme contigo. ¿No lo ves? —Me guiña un ojo.

—Yo no te he dado tales confianzas. Sal, por favor —le grita mi orgullo.

—Amanda, lo siento, pero no. Llevo dos horas viendo como otro hombre te besa y te toca. Solo déjame sentir tu piel. Nada más… —ruega y se acerca a mí, mientras me abraza y me acaricia la espalda.

Puedo comprobar como, por mucho que quiera, no soy inmune, y como él tampoco.

—Pues eso es justo lo que sentí yo cuando te vi besarte con

esa chica.

—Fue un jodido segundo, Amanda… De verdad que lo siento mucho. En un segundo me retiré y supe que la había cagado. ¡Joder, cariño, me acojoné tanto cuando me desperté en casa de mis padres, que cogí el primer vuelo y vine directo a contártelo! Soy un idiota, pero te quiero. Te quiero… —susurra pegando su frente a la mía, mientras el agua caliente se lleva nuestras lágrimas—. Siempre me decías que era perfecto y yo te aseguraba que no, que yo también las lío y me equivoco. No soy perfecto, Amanda, pero eso no me vuelve a pasar, te doy mi garantía de por vida. —Llora—. Hoy, aunque fuera un trabajo, he entendido lo que sentiste, y sé que solo puedo pedirte perdón.

—Chsss… —le intento calmar, porque ya dudo de si hay más agua de ducha o lágrimas en este baño.

—Perdóname, Amanda, por favor. No jodamos esto… Tú y yo… Tú y yo —repite como un mantra.

Le separo con mis brazos para poder mirarle y limpiarle las lágrimas.

—Hoy lo he entendido… —vuelve a decirme—. Perdóname, pequeña. Es que no fue nada. Te lo voy a seguir demostrando.

Mi corazón acelerado me grita que le ame y mi cabeza que me espere, que no sé si voy a poder confiar en él.

Así no puedo. Por muchas ganas que tenga de dejarme llevar.

Salgo de la ducha llorando a moco tendido y escucho como él hace lo mismo, cayéndose de rodillas.

«No puedo, no puedo…», me digo, andando de un lado para otro, empapándolo todo.

Un coro de voces con diferentes opiniones me bombardea la cabeza.

«¿Y por qué?».

«¿Tú le crees?».

«Sí, lo creo. Por supuesto que lo creo».

«Él dudó un segundo. Solo un segundo».

«¿Y cuántas veces has dudado tú», me recuerda otra voz en mi cabeza, que claramente es pro-Dylan.

«¿Qué puedes perder? ¿Que se te vuelva a romper el corazón?», esfuma otra.

«Sí. Justo eso», le responde la más pragmática.

«¿Acaso estás feliz sin él? ¿Acaso crees que lo puedes olvidar y seguir con tu vida? ¡Salta de una puta vez! ¡Salta y vive! ¡Vive!».

—¡Vive! —recurro—. Vive…

Entro en el baño decidida, justo cuando Dylan salía de la ducha con un paño en la cintura, acompañado de la peor cara que le he visto en la vida.

Sin más, me acerco, mientras él me mira con duda y, tirando de la cintura de la toalla, lo aproximo a mí.

—Te quiero, idiota —afirmo muy cerca de su boca, enlazando mis pupilas en las de él.

Veo cómo se dilatan, por la poca luz que hay entre los dos, y su boca se pliega para sonreírme.

—Yo te quiero más, pequeña. Te apuesto lo que quieras —exhala antes de besarme con suavidad, para poder mirarme y vernos sonriendo.

—Déjate de apuestas, que siempre pierdes. —Le guiño un ojo.

La broma y los besos castos nos duran menos de diez segundos. Exactamente en el momento en que me quita el albornoz y me encarama a su cintura.

Cuando me aprisiona contra la puerta del baño y me bloquea los brazos por encima de mi cabeza para que esté a su merced, me olvido de todo lo que no sea deseo y ser toda de él.

De una estocada, siento su calor dentro de mí.

Los dos gemimos y respiramos con profundidad. Detenidos, alargando este placer… Sé que este es mi hogar y que volveremos a caer, pero pelearemos porque esto es tan grande que es para siempre.

Capítulo 15
Cuando venga la tormenta

Dylan

No hay nada comparable a esto: a Amanda y yo de rodillas en la cama. Su espalda apoyada en mi pecho, mientras se bambolea con cada embestida que le doy, sintiendo algo más y más grande. Estoy a punto, pero no quiero irme, sin ella.

Pellizco su pezón fuerte y rápido, y advierto en mi mano como inmediatamente su sexo se contrae, pidiéndome más.

Le palmeo con más o menos suavidad su clítoris, hasta que cae desparramada sobre mí, y yo, en la siguiente acometida, hasta lo más dentro de ella que puedo alcanzar, me desmonto y dejo de pensar para sentir.

—Cásate conmigo —digo cuando vuelvo a respirar.

—¿Qué dices, tonto? —Se ríe, llevando un brazo a mi nuca para acariciarme.

—La verdad. Quiero casarme contigo ahora mismo.

—¿Así? ¿Desnudos? —bromea.

Con algo de fuerzas recuperadas, le doy la vuelta para caer sobre ella en el colchón.

—Así es la mejor opción. Sin artificios. Tu piel y mi piel. La mujer más bonita del mundo y yo, el tonto de la pértiga.

Los dos nos reímos a carcajadas hasta llorarnos los ojos.

Después, nos quedamos de lado en forma de cucharita. Yo, acariciándole el pelo, y ella, quedándose dormida.

—Cásate conmigo —le susurro al oído.

—Pronto… —responde en un duermevela que me hace dudar.

La dejo descansar, porque llevamos todo el mediodía sin parar de reconciliarlos y, en menos de media hora, hay que ir a rodar la escena de exterior, en la que ella huye por el bosque.

Me ducho.

Estoy tan feliz, que escribo a Rachel para decirle que nos hemos reconciliado, y para pedirle que me ayude en una idea que se me acaba de ocurrir.

Me muero de pena al despertarla, pero ya tenemos la tormenta cerca y hay que grabar.

Amanda se ducha rápido, y los dos corremos hacia el set de maquillaje, para que la retoquen.

Comienza a llover, y será porque soy americano y he visto

varias catástrofes, pero esta borrasca da bastante miedo.

Lo bueno es que no tiene que estar apenas maquillada, porque se supone que la han secuestrado y escapa del maletero de un vehículo, en un bosque por la noche.

Los truenos y relámpagos se acompañan cada vez más, por lo que empiezan a rodar rápido.

Lo tenían todo preparado, y la escena del maletero la tienen en dos tomas.

Ahora hay que grabar la de la carrera, donde ya no necesitan la pértiga, y me coloco junto a Iván, debajo de una carpa, que no creo que supere esta tormenta, porque un viento, con el que no contábamos, se levanta tan fuerte que asusta.

Los dos comentamos que más vale que se den prisa.

Miro a mi chica. Está concentrada, cubriéndose con un chubasquero de plástico, puesto que los paraguas poco pueden hacer con este viento.

Un trueno es el predecesor de una lluvia torrencial.

Jamás he visto nada igual.

Se va la luz del camping y nos quedamos a oscuras.

Iván y yo, que no estábamos haciendo nada, vamos corriendo para ayudar a los dos cámaras a recoger y guardar los ordenadores.

El viento sopla muy fuerte y la lluvia es cada vez más sobrecogedora.

Cuando me quiero dar cuenta, el agua me llega por las rodillas.

—¡A los coches! —grito—. ¡Vamos! —Tiro de Carlos que está intentando recoger más material y, cuando me mira y un rayo lo ilumina todo, lo veo entender que hay que salir cuanto antes.

Gracias a Dios, los todoterrenos están en una cuesta y todavía no les cubre el agua.

Mientras corro ayudando a Carlos, veo por delante a Amanda, a Iván, los cámaras, la chica de maquillaje y dos técnicos que se meten en los vehículos y los arrancan, aguardando a que lleguemos.

Por fin lo conseguimos.

Ayudo a subir a Carlos, y me meto de copiloto en el que conduce Iván, y Amanda va detrás.

—Estamos todos, ¿verdad? —pregunto.

Amanda me responde que sí, mientras Iván maniobra para salir delante del otro coche. Advierto que, tanto ese cuatro por cuatro, como el nuestro, no avanzan.

—¿Qué cojones pasa? —grita Iván dando un golpe al volante, que no escucho porque un trueno ensordecedor retumba por encima de nosotros.

Tengo un pálpito malísimo. Mis latidos acelerados del corazón

lo constatan.

Uno de los cámaras sale del todoterreno de delante y yo del nuestro.

Ambos intentamos averiguar a la vez lo que sucede, pero ni se ve con tanta lluvia, ni apenas nos oímos.

El escalofrío que me recorre el cuerpo, cuando se vuelve a iluminar el cielo con un rayo, y veo los neumáticos totalmente deshinchados de nuestro coche, sé que no lo olvidaré nunca si salgo de esta.

Lucho contra el viento para llegar al otro vehículo y, tocando las ruedas constato lo mismo.

—¡Están pinchadas! —le grito.

—¿Qué? —me chilla, porque es imposible escucharse.

—¡Qué están pinchadas! —Creo que me oye, porque toca los neumáticos y, después, se lleva las manos a la cabeza. Es un hombre de unos sesenta años con bastante sobrepeso.

—¡Hay que salir de aquí! ¡Hay un río al lado y se puede desbordar! —me chilla él.

—¡No jodas! ¿Adónde vamos? —grito

Iván sale del coche para ver qué pasa y después Amanda.

El cielo se ha roto. Es imposible que caiga más agua.

—Hay que salir de los todoterrenos. Se los va a llevar el agua —grita Amanda.

Voy hacia ella para sujetarla, porque el viento nos empuja, y mi instinto me dice que se nos acaba de complicar la vida; por eso, mi necesidad de protegerla es primaria.

Me planteo las opciones…

Hay que subir a algún tejado. ¡El más alto es el de los baños! Nos pilla a unos cien metros, pero es el edificio que está más lejos del río.

—Hay que ir a los baños —indico, mientras les señalo, porque estoy hablando en inglés, y no sé si me entienden bien—. Es el edificio más fuerte. El resto son cabañas.

—Sí, sí… ¡Vamos! —acepta Amanda—. ¡Todos juntos!

Corremos a nuestro coche para que salga Carlos y del otro los demás.

Los miro.

Me preocupa Carlos y el cámara, que son mayores y pesados; la de maquillaje está excesivamente delgada.

Mientras discurro, un temeroso y ensordecedor trueno, seguido de un rayo, nos avisa de que esto se va a poner muy feo.

—¡Vamos! —chillo—. ¡Hay que ir en parejas! ¡Esperad! —A mí parecer, los coloco y, cuando lo consigo, les grito—: ¡Corred! ¡Corred! —Amanda y yo nos miramos en una décima de segundo. Ella

me besa, pero yo la aparto para que huya ya.

Yo me quedo con Carlos, que está mucho más lento e Iván con el cámara, entrado en carnes.

Amanda con los dos técnicos desaparecen entre la lluvia y la chica de maquillaje con el otro cámara que, aunque es mayor, parece que está en forma, también.

El esfuerzo es inhumano.

El agua nos cubre hasta las rodillas, porque sigue lloviendo a mares y hemos bajado en el terreno, ya que los baños se hallan en una zona más llana, pero el edificio es de ladrillo y tiene dos plantas.

No pensaba que esta cruzada fuese a ser tan peligrosa.

Vamos muy despacio.

Tengo que tirar de Carlos, porque el hombre no avanza y cada vez el agua lleva más fuerza, costando cada paso que damos más y más. Además de que nos enredamos entre las ramas que arrastra el agua.

He perdido de vista a Iván. Él ha debido de llegar ya.

Carlos se para y me empuja.

—¡No puedo! ¡Ve, tú! —grita

—¡Vamos! —le chillo. No pienso dejarlo, ni en broma.

—¡No puedo más! Creo que me he roto la pierna. —Me parece entenderle, y no me extraña, por las piedras que arrastra el agua.

—¡Cuélgate! —Le cojo los brazos para que me agarre por los hombros.

—¡No! ¡No!

—¡No pienso dejarte aquí! ¡Cuélgate! ¡Vamos!

Los primeros pasos incluso me alegro, porque es más sencillo que ir tirando de él, pero recibo un golpe en el tobillo, que me hace ver las estrellas y es probable que se me haya roto algo. Así que, ahora cada zancada cuenta como triunfo, y confío en mi adrenalina para poder llegar.

Miro al cielo. ¿De dónde ha salido tanta agua? No para. Llueve cada vez más, pero camino, recibiendo golpes, luchando con las ramas y con el peso de Carlos en mi espalda, hasta que distingo a escasos metros el edificio.

—¡Dylan! —Escucho, y veo en la puerta a Iván con un móvil haciéndome señas.

Con las últimas energías, pero centrado en llegar hasta esa luz, doy los pasos. Subo las escaleras que recuerdo que había, y, justo cuando estoy arriba, un estruendo diferente a los que provienen del cielo, lo acapara todo, y sé que algo muy malo está por venir.

Iván coge a Carlos y lo introduce en el edificio, donde veo a Amanda y a otros ayudándonos, pero, cuando voy a entrar yo, el agua se eleva, como si de una ola enorme se tratara, y me impulsa hacia

fuera.

Siento varios brazos sujetándome, y golpes. Muchos golpes.

Intento apoyarme en mis piernas, pero la fuerza que lleva el agua no me deja.

Voy a morir.

No me quedan fuerzas.

«Cásate conmigo», escucho mi propia voz hace un rato.

«Papa», oigo la vocecita de Ava.

No puedo morir.

Con la pierna que me duele menos, busco el escalón. Lo piso, tomo impulso y me empujo hacia delante, donde siento los brazos que tiran de mí.

Estoy dentro.

Capítulo 16
Toca trabajar

Amanda

Contemplo a Dylan mientras duerme. Todavía está magullado, y eso que han pasado dos semanas. Cada vez que pienso en el infierno que vivimos, el miedo le pega una bofetada al estómago y se me revuelve el cuerpo.

Cuando se desbordó el río, y Dylan desapareció por el agua bajo las escaleras, chillé tan fuerte que estuve sin voz varios días. Gracias a que Iván le atrapó una mano, y yo me lancé también a sujetarle, pudimos meterlo y subir raudos al tejado.

Nos tuvieron que rescatar con helicópteros.

Fue terrorífico.

Pasamos tanto frío, la oscuridad, no teníamos cobertura…

Pudimos salvar la vida todos y solo ha habido daños materiales, pero se perdieron las escenas grabadas esa tarde, y hoy toca regresar para rodar.

Me marcho de nuevo, pero esta vez sin él.

Dylan sigue convaleciente. Tiene una fractura en la tibia, se le salió el hombro derecho y múltiples contusiones por todo el cuerpo.

Cuando llegamos al hospital, le hicieron muchas pruebas para descartar hemorragias internas.

Fue un superhéroe.

Lo de Dylan es increíble; cómo tomó la autoridad en un momento tan crucial, cuando los demás estábamos paralizados, y arriesgó su vida por salvar la de Carlos.

Yo, de verdad, que lo pienso ahora y no me lo creo.

Es tan admirable lo que hizo…

Le acaricio el pelo. Sé que no le voy a despertar. Le cuesta coger el sueño, porque no encuentra una postura cómoda, pero, una vez que duerme, es como un oso hibernando.

Le quiero tanto, que a veces me da miedo, porque pienso que esto que nos está sucediendo son avisos que nos da la vida, porque no se puede ser tan feliz.

Nos pincharon las ruedas, y, si nos cabía alguna duda, a los días no tardamos en constatar que fue mi acosador, o nuestro acosador, porque esta vez nos envió una foto de los dos juntos en el rodaje. Iba tachada, y con un *never*, escrito en un rojo sangre tan brillante que asusta.

Aridane, la inspectora, aludió a un cambio de perspectiva al ver la foto, porque implica a Dylan.

Yo lo respeto, pero sé a ciencia cierta que el foco soy yo. Nadie puede odiar a Dylan. Es imposible. Inconcebible.

Creo que a lo que se refiere, es que no me va a dejar ser feliz con nadie. Sin más.

Es increíble que nos pinchara las ruedas y cayera esa descomunal tormenta. Estaba previsto que lloviera mucho, pero ¿cómo pudo predecir que íbamos a pasar tanto miedo que hasta temimos por nuestra vida?

Yo me decanto porque fue casualidad, y le salió rodado. Es que no puede ser de otra forma…

Por lo que esta vez, voy al rodaje no con un escolta, sino con tres, y Aridane me ha prometido que también irá ella y su equipo a vigilar, pero, de momento, si sucede algo, contaremos con la ayuda de un inspector amigo de ella. Se llama Rubén, y trabaja por esa zona.

En unos días terminaremos de rodar y vendré a Madrid para enseñarle nuestra Navidad a Dylan.

El año pasado fue en Nueva York, y este nos toca aquí.

En los ratos que tenga libre en el rodaje, voy a buscar muchos planes para que se enamore de nuestra Navidad, como yo hice de la de él.

Le dejo una nota, a la antigua usanza, y bajo las escaleras para marcharme.

Miro mi nuevo hogar. Está quedando precioso, y ya se me ha olvidado, casi, lo de los okupas.

Jorge entra en el salón y me saluda cariñoso.

Sigue aquí con nosotros, y nos ha venido muy bien para ayudarme con Dylan y su cojera.

—¿Ya te vas? —me pregunta.

—Sí, creo que es la vez que menos ganas tengo de rodar.

—No me extraña, después de lo vivido…

—Cuídale, vale…

—¿A Superman? No le hace falta —bromea.

—Y a mi hermana, por favor.

—¡Claro!

—En cuánto Dylan esté un poco mejor, ve con ella. Yo la veo agotada. Lo de esa tripa no es normal.

—Ya. Tú tranquila. Estoy allí trabajando, y mañana o pasado me vuelvo.

—¿En serio?

—Sí, no voy a dejarla sola, Amanda. Tranquila. Pase lo que pase, es mi mujer.

—¿Y si no es tuyo, Jorge?

—Pues no lo sé, Amanda, pero me imagino que lo querré como si lo fuera. Al fin y al cabo, yo estaba allí.

—Si me permites opinar, opino lo mismo, pero igual a quien se lo tienes que decir es a mi hermana.

—No, porque todo son suposiciones, ¿y si no lo quiero? ¿Y si cuando esté aquí no puedo ser el mismo padre que he sido con Cande?

—Jorge, le adorarás, porque es vuestro. Los padres son los que se desvelan por la noche para cuidar de sus hijos. No los que se desvelan una para engendrarlo.

Mi cuñado me escucha y sonríe.

—Tienes razón, Amanda. Poco a poco ese crío me romperá el corazón, lo sé.

—¡Pues díselo a mi hermana! No tenses más la cuerda.

—Tu hermana… Mira, Amanda, te voy a ser sincero. Alicia oculta algo y tú también lo sospechas, ¿o no? Creo que ya sabe de quién es el bebé y…, ¿por qué no podemos entrar en la habitación nueva?

—Ya… Yo no he podido nunca ir a las ecografías.

—¡Ni yo!

—¿Ni a la primera? Me dijo que fuiste.

—Bueno, a esa sí, pero apenas se vio nada. Después se emperró en que no, y por eso dejé de acompañarla. Me ha jodido más eso que oculta, que el embarazo en sí. Conozco a tu hermana, Alicia… Yo le pedí que nos hiciéramos una prueba, y le pareció fatal. Casi me tira a los leones. ¿Sabes por qué? Porque ella ya lo sabía. Ella ya se había practicado la prueba. Estoy seguro.

Lo veo tan enfadado, que ahora lo entiendo todo.

—¿Y por qué no hablas con ella?

—Porque me jode que me trate como a un tonto.

—Igual no. Igual no esconde nada, Jorge. Sabes que Alicia es como es…

—Amanda, por eso mismo. Porque sé cómo es, da igual. Tú vete tranquila. Cuidaré de todos, y te aviso si hay algún cambio.

—Te adoro, cuñado… Hablad. No os perdáis lo que tenéis por no hablar.

Jorge me sonríe y me da un beso en la mejilla.

—A la que llueva un poco, llamas a un taxi y te vienes, ¿ok?
Camino hacia casa de mi hermana pensativa.

Puede que tenga razón Jorge, y Alicia sepa ya de quién es el niño.

Admito que a veces se ha comportado un poco raro. Lo de las ecografías, que no nos deje acceder a la habitación…

Entro con mis llaves y de primeras no distingo a nadie, hasta que salgo al patio y observo a mi sobrina bailando en el jardín.

—¿Qué haces aquí, Candela?

—¡Hola, tía! —Viene hacia mí y me abraza—. Estoy ensayando para la muestra de *ballet*, y no quería despertar a mamá.

—¡Oh…! ¿Me dejas verlo?

—¡Claro! ¡Y más a ti!

Mientras baila, veo lo preciosa que es mi sobrina. Desprende tanta luz esta pequeña. Últimamente la veía más tristona, pero desde que hemos vuelto del rodaje, vuelve a ser ella. Todavía le falta mucha técnica y precisión, pero va por buen camino.

—¡Muy bien! —Le aplaudo al terminar.

—Gracias.

—Venía a despedirme de tu madre, pero si sigue dormida, me voy ya.

—Vale, tía… Yo luego se lo digo.

—Oye, ¿te quieres apuntar a planes navideños con Dylan y conmigo como el año pasado?

Una sombra de duda le enmascara la sonrisa antes de decir:

—¡Sí, claro!

—¡Perfecto! Tenemos que conseguir que diga que la Navidad de Madrid es mejor que la de Nueva York.

—Uhh… ¡Eso no va a ser fácil, tía!

—Pero lo vamos a pelear, tú y yo. ¿Vale, preciosa?

Ahora sí que la veo sonreír con naturalidad y la imito.

Nos abrazamos.

—Cuida de mamá, Candela.

—Sí, tía… Claro. Oye…

—¿Qué?

—Nada, nada.

—¿Qué?

—¿Tú crees en Papá Noel?

—¡Pues claro! —le miento.

—Yo el año pasado le vi. Le pedí un novio para ti y mira…

—¿Ves? ¡Cómo no voy a creer en él si me envió a Dylan! ¡Y todo gracias a ti! —exagero.

Candela sonríe iluminada.

Me da lástima que dentro de poco se le acabará creer en la magia. Con lo maravilloso que es ser niño…

Esta película me fascinó nada más comenzarla.

Disfruté mucho leyendo el libro. Los momentos intensos y divertidos se entrecruzan en la lectura, enganchándote hasta

descubrirlo todo. Desde el primer momento, me encantó el personaje de Elda.

Me gustan los personajes que son muy diferentes a mí. No solo por el reto que suponen, sino porque me ofrecen como persona otra perspectiva. Aprendo con ellos. Aunque sé que lo más sano es despegarlos, como un velcro, cuando el rodaje termina, a mí me cuesta olvidarlos.

Estamos aquí de paso y nadie sabe cuánto tiempo, por eso hay que vivir este viaje al máximo. Es más una obligación que un derecho. Se nos ha dado una oportunidad, y no aprovecharla es un fracaso. Sobre todo, cuando las circunstancias cuentan a tu favor.

Yo no puedo obviarlo.

A mí la vida me ha venido de cara, y, por eso, cada vez tengo más claro que he de saborearla, sufrirla y gozarla. Si nunca te empapas de lluvia, no sabrás si escoges el paraguas.

Mi profesión es para calarse hasta los huesos porque, con un solo viaje, se te ofrecen muchos asientos.

En fin, que me pongo melancólica… Todavía no estoy del todo recuperada del susto en el campamento. Vi peligrar mi vida y la de todos. Esos sucesos te zarandean y te hacen replantearte tu escala de valores.

Casi hemos terminado. En España, sí, pero nos queda grabar en Londres una escena final, que está en el guion, no en el libro, y finiquitamos. Por eso, en el ambiente se respira entusiasmo, porque lo hemos logrado, y tristeza, por exactamente lo mismo.

Me despido de todos al llegar a la estación de Atocha. Agarro con fuerza mi maleta y ansío con desesperación ver a Dylan.

Al final, han sido dos semanas más.

Estamos a quince de diciembre, en plena Navidad, y nada me apetece más que pasarla con él.

Los escoltas siguen mis pasos, los escucho, porque ya estoy acostumbrada a ellos. Van de calle, pero si alguien se fijase, se daría cuenta de que a mis espaldas hay tres hombretones de los que no te sueles cruzar normalmente.

Después de lo que sucedió en el campamento, ya no reniego de llevarlos.

No estoy para tonterías.

La inspectora Aridane el otro día me preguntó por Alex. Le han estado investigando y no encuentran nada.

Mi opinión es que él no tiene nada que ver, pero ya no sé qué pensar, porque me mostró una cara que podía encajar perfectamente en el perfil de un acosador. Pero, por otra parte, pienso que para qué se va a complicar tanto la vida.

¿Quién pudo pinchar las ruedas si no había nadie más?

Igual la policía ya sabe algo, pero a mí no me dicen nada. Solo me preguntan y me preguntan, y empiezo a estar agotada. ¿Cómo es tan difícil dar con alguien que se ha colado en los Emmys y en un rodaje? ¿No dicen que hay cámaras por todos los sitios? No lo entiendo, de verdad.

¿Cómo? ¿A quién estoy viendo?

Acelero mis pasos para llegar hasta él.

Dylan, que ya no lleva la escayola, está vestido con unos vaqueros claros ajustados, zapatillas blancas y un plumas negro de largo hasta la rodilla, que nunca le había visto y le queda de escándalo.

Sobra decir que me importa poco su ropa, porque en lo que terminan mis ojos deleitándose, es en su sonrisa.

Le abrazo con fuerza cuando lo alcanzo.

—No te esperaba aquí… —le digo al oído, y me enamoro de su aroma a madera y algodón, y a algo que me suena, pero no consigo identificar.

—Lo sé, pero deseaba verte —me confía en voz baja, porque nos han reconocido, y como la gente está obsesionada por fotografiarlo todo, ahí que están con la cámara en mano.

Le beso lo más suave que puedo.

Dylan coge mi maleta y, abrazada a él, salimos de la estación con mis guardaespaldas, que pelean con los curiosos.

—¿Me habéis echado de menos en el rodaje? —Me guiña un ojo.

—Sobre todo, Carlos… Yo muy poco —bromeo.

—¡Amanda, una foto, por favor! —Escucho a varias chicas.

Dylan resopla divertido.

—Atiende a tus fans —me dice—, y mañana con gorro, peluca y gafas. Esto no hay quien lo aguante —refunfuña.

Cuando termino y voy a su lado, lo veo sacar un cucurucho de castañas asadas de su mochila.

—Ya me dirás que es esto, pero es que olía de escándalo y no me he podido resistir.

Capítulo 17

Nunca he sido de mantener la calma. Necesito los resultados pronto. Demasiada paciencia he tenido hasta ahora.

No puedo soportar que estén juntos.

Metí okupas en su casa para destrozarles su nidito de amor.

Filtré la foto del beso de Dylan.

Me las ingenié, intoxicando a los de sonido, para que Dylan tuviera que ver de primera mano las escenas eróticas, y así entender que él no es para ella.

Pero no fue suficiente.

Por eso, en un ataque de rabia, pinché las ruedas presintiendo la tormenta, para que se dieran cuenta de que había estado allí, saltándome sus medidas de seguridad.

Casi mueren.

NO ERA MI INTENCIÓN.

No debe morir. Es para mí, y se dará cuenta. Solo he de quitar de en medio a quien me vuelve a estorbar.

La próxima vez no fallaré y sus besos serán para mí.

Capítulo 18
Salto a la fama

Dylan

La observo desde detrás de las cámaras.

Me parece que lo está haciendo francamente bien, o por lo menos lo que entiendo, porque el programa es en español y hablan rapidísimo.

La he acompañado a El Hormiguero, un formato de entrevistas en una canal de televisión que es muy divertido.

Amanda me ha estado enseñando vídeos esta mañana y, la verdad, es que ahora en directo en el plató no pierde la magia.

He conocido al presentador y a varios del equipo esta tarde. Son muy agradables, y se respiraba el buen rollo.

Ahora me parece que le está preguntando por lo que sintió al ganar el Emmy, y si se lo había imaginado alguna vez.

Su respuesta no la entiendo muy bien.

He de ponerme en serio con el español. Esto es demasiado frustrante. Es como cuando estás en un bar lleno de gente, y alguien que te interesa te está preguntando algo importante, y tú solo oyes el jaleo de tu alrededor. Me hace sentir tonto.

Ella ha dicho algo de mí, porque de repente las cámaras se dan la vuelta para grabarme.

Me quedo tan cortado que no sé qué hacer.

Un ayudante me da un micrófono, y yo repito mi subtítulo desde que estoy aquí:

—Lo siento. No hablo bien español.

La gente del plató se ríe. Estoy acostumbrado. Creo que mi acento les resulta de lo más gracioso. Soy cómico sin quererlo, y también es frustrante.

Pablo, el presentador, me pide que me acerque y, como todos aplauden, me levanto. Camino totalmente intimidado, a sabiendas de que de esta pierdo el anonimato.

Me colocan una silla al lado de Amanda, y ella me mira sonriente, infundiéndome ánimos. Me da la mano por debajo de la mesa.

Un técnico me pone unos cascos, y resoplo.

—Bienvenido Dylan —me saluda Pablo—. Intentaremos que nos entiendas. ¿Sabes que se filtró que salvaste la vida al representante de Amanda en la gala de los Emmys? —Escucho una voz

por los cascos que me traduce lo que dice, y afirmo apocado—. ¿Cómo se siente uno al convertirse en superhéroe de verdad, rodeado de superhéroes de ficción? ¿Los miraste por encima del hombro, en plan, «ey, chicos, yo sí que salvo vidas»?

Amanda se ríe y, como me ve tan cortado, responde por mí:

—Un poco. Iba luego como si llevara capa. Se pasó la noche coqueteando con Blake Lively —bromea.

Yo la miro exagerado y respondo:

—No, no es verdad… Lo de la capa. Lo de Blake, sí —digo y los escucho reír—. No, en serio. Es mi trabajo. Soy enfermero de emergencias. Eso es mi día a día, solo que sin fama de por medio.

—Efectivamente. Vosotros sí que sois los verdaderos héroes. Lo digo en serio —expresa Pablo—. Creo que en la pandemia, en todos los lugares del mundo, nos dimos cuenta de la importancia de vuestra profesión. Hablo a nivel sociedad, y no desde la política. Para ti es algo común ir salvando vidas.

—Tampoco todos los días. En la Emergencia luchamos contra lo inesperado, y a veces no ganamos. Eso es lo complicado de asimilar. Pero no siempre los avisos son de vida o muerte. Lo normal es que no. No voy a hacerme el importante.

—Y ahora que ya mucha gente te conoce, ¿crees que lo vas a poder compaginar?

—Después de hoy, no —admito y escucho, de nuevo, al público reírse—. La verdad es que en España puedo trabajar muy poco, porque tengo que homologar el título de enfermero para acceder al sistema público, y eso cuesta bastante tiempo. Incluso debería ir a la universidad, creo, pero ya veré. De momento vamos a seguir aquí. Me gusta mucho este país.

Escucho al público aplaudirme y eso consigue que me sienta más cómodo.

—Echaba de menos España —alega Amanda—, y ahora que he venido, he secuestrado a Dylan. Es que se vive muy bien…, pero nos tocará viajar a muchos sitios por mi profesión.

—Hablando de tu profesión, ¿nos podéis contar cómo vivisteis lo de la riada?

Amanda me mira para darme pie a que hable yo.

—Es mejor que lo cuente él, que fue el que nos salvó la vida a todos —dice, y me aprieta la mano con fuerza.

—Eh, no… Yo nunca había visto llover así. Jamás. En un minuto el agua nos llegaba por las rodillas. Cuando fuimos a por los coches y nos dimos cuenta de que no íbamos a poder conducir, supe que había que correr al edificio más alto, y eso hicimos.

—Pero Iván y tú fuisteis mucho más despacio para ayudar a los demás —me interrumpe Amanda, y después mira al presentador—.

El río se desbordó justo cuando Dylan llegó con el director, y tuvimos que tirar de él, porque la corriente lo arrastraba. Pasamos mucho miedo.

—Sí —admito—. Fue bastante desagradable.

—Esas experiencias te hacen cambiar para siempre —expresa Pablo—. Después de algo así, te das cuenta de que hay que vivir la vida a tope.

—Y alejarte de los ríos cuando llueva mucho —digo para distender el ambiente.

El público y el presentador vuelven a reír.

—¿Os ha entrado prisa ahora que le habéis visto las orejas al lobo?

—Sí, un poco —admite ella.

—Sí —afirmo—. Vamos a casarnos, de hecho.

—¿¿Qué?? —se sorprende Pablo y el público aplaude divertido, mientras suena una música nupcial que le otorga el toque romántico, que yo no he dado.

Miro a Amanda, que está con la boca abierta mitad divertida, mitad confundida.

—Sí, sí… —digo—. Yo me caso antes de que acabe este año, por si acaso…

—¡Ahh! Pero ¿es verdad o no? —nos pregunta sonriente.

Amanda y yo nos miramos cómplices, y no le contestamos.

—Doy por hecho que sí, que nos habéis regalado una exclusiva. Dylan, ya que te veo tan sincero, ¿hay algo más que quieras hacer antes de que acabe el año? Yo qué sé…, ¿igual plantar un árbol, escribir un libro…?

—Ehh… sí. El año pasado, cuando esta bella mujer y yo nos reencontramos, disfruté con ella de la Navidad neoyorquina, y ahora quiero conocer la de Madrid. Esta ciudad me apasiona.

El público vuelve a darme un aplauso.

—¿Hay algo en especial que te guste de nuestra Navidad y que no te quieras perder?

Me lo pienso antes de contestar.

—Sí, muchas cosas. La cabalgata de los Reyes Magos y lo de las uvas, las campanadas en la Puerta del Sol…

—¿En la Puerta del Sol? ¿Irías? —me pregunta Pablo divertido.

—Iré. Iremos —le digo a Amanda.

—¡Sí, hombre! Así, tan discreto todo…

—Si de verdad queréis ir, hay maneras de ocultarse. Nosotros os ayudaremos, pero si tu futuro marido quiere ir a las campanadas de la Puerta del Sol, no le puedes decir que no, Amanda.

Ella se ríe.

Y yo.

Es tan distinto todo…

La Plaza Mayor con el mercadillo, en el que tan pronto te topas con figuras maravillosas de belenes o con chorradas inútiles que se ponen de moda, y las llevan los animados. El ambiente en sí es parecido. Madrid y Nueva York poseen un ritmo similar, pero las ciudades son muy distintas.

Si la Gran Vía de por sí es un espectáculo arquitectónico, con luces ya es la joya de la corona.

Cogimos un autobús con Candela —y nuestros escoltas camuflados—, para ver las luces de la ciudad, y, aunque pasamos más frío que en tirantes, en las zonas de congelados de los mercados, fue bastante ilustrativo. Sobre todo para mí, que no conozco Madrid.

Ayer fuimos a ver las luces del jardín botánico y también nos encantó.

Nos habían avisado de que se pasaba mucho frío, pero como vamos con pelucas, gorros y accesorios varios para ser invisibles, yo hasta sudé. Comparado con el bus de la Navidad, esto era California.

A mí me gustó, pero a Candela y a Amanda mucho más.

Tía y sobrina posaron en cada una de las formas lumínicas y, como yo era el fotógrafo, podía ver en sus caras la emoción.

Es cierto que se crea un efecto muy original y emocionante.

También hemos ido a un pueblo a la salida de Madrid, que es donde más decoración y atracciones navideñas hay. Nos gustó, pero estaba demasiado concurrido y Candela no pudo visitar la caseta de Papá Noel.

Otro plan que me encantó, este lo hicimos sin Candela, fue el de hacer una ruta de belenes por Madrid. El del Palacio de Cibeles fue el que más me gustó, y también el del Palacio Real.

Ya solo por la localización tienen mucho ganado.

Aunque lo de la monarquía en España no lo termino de asimilar, el Palacio Real me parece una maravilla.

Creo que ese día comimos en Yatai Market, un mercado asiático *street food*, que me recordó a China Town, y, tanto Amanda como yo, nos prometimos volver.

Lo de la comida aquí es de otro mundo. Le da mil vueltas a mi país.

Para la semana que viene, después de Navidad, tenemos entradas para un circo. Se llama Circlassica, y creo que hay acróbatas de fama mundial.

Hoy estamos yendo, gracias a Alex, el actor, a un *video mapping* en Cibeles, en el ayuntamiento. Para mí es uno de los lugares más fotogénicos de esta ciudad.

Vamos con Alex, porque él conoce al alcalde, y nos ha conseguido un sitio privilegiado.

Si no puedes con el enemigo, únete a él, como muy bien dicen.

Me consta que Aridane, la inspectora, ha dudado de él, pero estoy seguro de que no tiene nada que ver. Ya no…

Quedamos dentro de un edificio. Desconozco cuál es, porque nos ha traído un coche y había tantos fotógrafos, que los *flashes* me han cegado.

Candela y yo hemos huido despavoridos hacia las entrañas del lugar, mientras Amanda posaba para los fotógrafos junto a Alex.

Cuando entramos, unos azafatos nos conducen subiendo unas escaleras a un salón donde se está dando un cóctel.

Candela me aprieta la mano fuerte y me dice:

—Tío, no me dejes sola aquí, que yo soy muy tímida.

—Tranquila, peque… Estoy contigo.

—Nunca seré actriz. Yo no quiero ser famosa.

—Bueno, tú no te pongas límites, porque quién sabe.

—Yo voy a ser bailarina, y ellas pueden ir por la calle sin tener que esconderse. La fama está sobrevalorada.

La miro. ¿Cómo puede hablar esta niña tan bien en un idioma que no es el suyo?

—Eres más lista que Bobby Fischer. Cuando yo me exprese como tú en español, sentiré que ya me puedo morir tranquilo.

Candela me mira con sus ojos bien abiertos y me abraza.

—Entonces, no te enseñaré nunca más, porque tú no te puedes morir.

La subo en brazos para darle un beso.

Candela es una niña muy especial. Es introvertida y muy sensible.

Sé que no lleva nada bien lo del embarazo de su madre y la separación de sus padres. Se le nota en el ánimo, porque ella era mucho más inquieta. Aunque Jorge ha regresado a casa, el ambiente hostil lo advierte hasta mi hija.

Estos días repletos de planes navideños, nos han servido para animarla. Además, que cuida de Ava como si fuera una hermana.

La tengo mucho cariño.

Alex viene con dos copas de vino y me ofrece una.

—Te he cogido un blanco. Es un Rías Baixas —me informa.

—Me sirve. Gracias por invitarnos a este plan —le digo en inglés.

—De nada… Os vi en El Hormiguero, y pensé que esto os serviría como plan navideño. Yo estuve el año pasado y me gustó mucho.

—¿Y cómo eres tan amigo del alcalde?

—Pues del gimnasio. Es algo muy típico.

Le sonrío mientras veo como Amanda y Candela cogen sitio en uno de los balcones. Cuando voy a ir hacia ellas, él me frena.

—Dylan… ¿puedes esperar un momento?

—Sí, claro. Dime.

—Quiero pedirte disculpas. Cuando nos conocimos estaba un poco colado por tu chica y me comporté como un idiota. —Creo entenderle, ya que me habla en inglés. La verdad es que ha de mejorarlo bastante.

—Lo has dicho tú…

—Es solo que no me gusta lo que hice, y por eso me empeño en remendarlo. Amanda es importante para mí. Aprendo mucho de ella, y es diferente a la gente de este mundillo. Es humilde, familiar… Me viene bien tenerla cerca.

—Lo entiendo. Siempre y cuando sepas que estamos juntos y lo respetes, por mí no hay ningún problema.

Alex me escudriña.

—No sé si te he entendido bien… Se me da fatal el inglés.

—Pues a mí el español…

—¿Podías ayudarme con eso? Es probable que ruede con un director americano, y necesitaría soltarme y pillar bien el acento.

—Pero debe de haber profesores, ¿no? De todas formas, yo doy clases a niños de básquet en inglés por las tardes. Si te quieres pasar un día…

—No estaría mal. —Se lo piensa.

—Siempre y cuando tú me hables en español. Mira, mañana tengo la mañana libre, me tengo que quedar con Ava porque su madre está en Nueva York, pero si quieres, podemos ir a las canchas. Ella se lo pasa genial viéndome jugar —le ofrezco, porque si algo valoro es la valentía, y pedir perdón es de valientes.

—¡Perfecto! Venga, luego te escribo y me dices la hora. Vamos que va a empezar. Os va a encantar.

Nos dirigimos al balcón donde están Amanda y Candela.

Mi sobrina ya ha encontrado una amiga, la hija de la vicealcaldesa. Es una mujer clavada a Meghan Markle, y charla con Amanda como si se conocieran de toda la vida.

Amanda me la presenta, y al alcalde, que me felicita por mi intervención en El Hormiguero.

Poco después comienza el espectáculo.

Aunque el frío se cuela por cualquier resquicio, me parece

alucinante estar en un sitio como este.

La fachada del ayuntamiento se convierte en una pantalla y cuenta la historia de la estrella de Navidad y de los Reyes Magos. Es una costumbre española que desconocía y que no dejo de escuchar desde que he venido.

En varios momentos se me pone la carne de gallina.

Es precioso, y tener el privilegio de verlo aquí, mucho más. Me considero un afortunado.

Cuando termina, nos quedamos en el cóctel, porque ahora Candela no se quiere ir, y reconozco que nos lo pasamos bien.

El alcalde es un hombre de lo más campechano y, como yo no entiendo de política aquí, le trato sin prejuicios adquiridos.

Alex, él y yo nos reímos por varias ocurrencias, y así limo asperezas con el actor, que hoy me está pareciendo mucho más majo y totalmente inocente.

La magia de la Navidad, lo llaman…

Capítulo 19

¡Bomba!

Amanda

Todavía es pronto, pero me he desvelado.

He dormido acurrucada a él.

Debe de ser por el frío que pasamos anoche en Madrid. En los edificios no ponen la calefacción a partir de las ocho de la tarde, por el plan de ahorro energético, y según me decía la vicealcaldesa, le estaba saliendo sabañones, porque por las mañanas era imposible estar.

Nos lo pasamos de maravilla. Hasta Candela.

Sonrío al recordarlo. Me encantó.

Fue sorprendente, y creo que Dylan no se esperaba que nuestra Navidad fuera tan especial y tradicional.

Le encanta probarlo todo. El turrón, los mazapanes, los churros con chocolate… Lo que más le gusta, como a mí, es el roscón.

Antes de irme a una prueba de vestuario para un anuncio que voy a rodar de Chanel, le quiero mostrar el sorteo de la lotería de Navidad.

Hemos ido comprando números y él no lo entendía, pero yo he preferido callármelo para que lo comprendiera hoy, porque de pequeña, antes de irme, lo veía siempre que podía.

Me emocionaba ver a los niños de San Ildefonso cantar los premios.

Miro mi habitación, que ha quedado justo como quería.

Es grande y con colores claros. Una puerta de cristal da paso a un baño *suite*, con una bañera hidromasaje, y de aquí sale el vestidor. Es la envidia de mi hermana.

Después de la prueba, la voy a acompañar a monitores.

Está de treintaicinco semanas, y en cualquier momento se descubre el pastel y nace mi nuevo sobrino. Eso, o revienta, porque su tripa es de lobo con Caperucita y la abuela dentro.

Me estiro en la cama. Soy tan feliz aquí, en sus brazos, segura de que con él nada puede pasarme y que he encontrado a mi mejor amigo, y al mejor amante que jamás he tenido.

La convivencia está resultando.

No lo dudaba tampoco.

A ver, tenemos personal contratado, y no es lo mismo que las parejas que tienen que andar haciendo las tareas del hogar. También

nos ayudan con Ava, y más ahora que Rachel se ha tenido que ir a una revisión. Entiendo que jugamos con ventaja, pero, de cualquier forma, despertarme todos los días a su lado y saber que va a estar cuando regrese, me carga las pilas de energía.

Lo miro.

Se está desperezando…

Abre los ojos y su color azul me infunde el calor que necesitaba.

—Uhm… —murmura, llevando un brazo a mi trasero para arrastrarme a él.

—Buenos días —lo saludo, pero se me escapa una risa—. Es pronto todavía.

—Depende de para qué —contesta.

Dylan bebe un trago de agua sin dejar que me escape y después me comienza a besar el cuello.

—Me he despertado hambriento. Anoche alguien no me dejó cenar —susurra en mi oído, con esa voz rasposa que me enciende por dentro—, y hoy me lo voy a cobrar doble.

Solo puedo tragar saliva.

Anoche estaba tan congelada y cansada que, a pesar de que él me insistió, y doy fe que trabajó con todas sus armas, yo solo deseaba dormir acurrucada.

Pero lo conozco y, cuando usa esa voz, sé que en el sexo de ahora me quiere sumisa, porque va a ser más duro de lo habitual.

De pensarlo, me excito tanto que ya no me sale la voz. Mi corazón palpita en la garganta y cierta zona se empapa, cuando él con fuerza me arranca las braguitas con las que duermo, y me pone a cuatro patas sobre el colchón.

«¡Dios mío…!».

Cuando me penetra con rudeza, consiguiendo que me sienta suya y a su merced, pienso que no hay mejor despertar que este; en el que caigo al precipicio de lo oscuro, del morbo y de las sensaciones más primarias, para regresar a la realidad de que solo necesito en la vida esto para volver en mí, y en que no soy nada más que una mujer enamorada de un hombre.

No importa la fama, ni que me admiren. Solo el aquí y el ahora. Su cuerpo reclamando el mío con rudeza.

Me dejo llevar por todo lo que me ordena.

A veces jugamos a esto. A que él demande y yo obedezca.

Nunca lo había hecho con nadie, y por eso me flipa, porque es nuestro juego. Solo de él y mío. Intimidad.

Cerca de una hora después, exhausta, y seguro que dolorida cuando me ponga de pie, porque no recordaba una sesión de sexo tan enérgica, Dylan me lleva a la bañera y me deposita allí con el agua

muy caliente y lleno de espuma.

Me besa.

—Creo que se me ha ido de las manos —reconoce—. Me he despertado como un loco. Saco mis instintos más primarios contigo, pequeña… Nunca he sido tan dominante con nadie. No te asusta, ¿no?

Lo miro cariñosa.

—Nunca me es suficiente contigo, Dylan… Da igual que sea sexo como el de ahora o más cariñoso. Me da igual. Lo quiero todo. Te quiero a ti. Y, si quieres jugar, juguemos.

Dylan se quita el pantalón corto que se había puesto, dejándome ver que vuelve a estar excitado, y, aunque me muerdo un labio, porque me encantaría volver a la lucha, mi cuerpo no le va a responder.

—Mira cómo vuelvo a estar, cariño. Soy como un robot. Hablas y me excito.

Se mete en la bañera detrás de mí y me abraza con suavidad.

Le siento firme en mi trasero, pero no hace más que acariciarme los brazos y el cuello para que mis músculos se relajen.

—Te quiero hasta morir, Amanda —gime en mi oído.

—Y yo, amor —resoplo, porque va siendo hora de que me vaya y quiero enseñarle el sorteo de Navidad.

—Vuelvo a tenerte muchas ganas. ¿Estaré enfermo?

Me río por respuesta.

—Me encanta que me tengas tantas ganas, pero con la sesión de hace un rato me has dejado dolorida y satisfecha, hasta por lo menos esta noche.

—¿Y qué hago yo ahora con esto? —Me señala con sus ojos lo que llevo notando desde hace minutos en mi baja espalda.

Me río.

Él me mira con pena y solo se me ocurre una forma de solucionar su problema y no morir en el intento.

Salgo de la bañera, me pongo de rodillas frente a él y le indico con las manos que se levante.

—¿Cómo puedo ayudarle, «amo»? —bromeo con voz sumisa, acercando mi boca a su centro.

Alicia y yo esperamos en la sala de espera a que la llamen.

—Siéntate, mujer, que pareces una guardia civil —me ordena por decimocuarta vez.

Ya no aguanto más y me siento despacio. Todavía quedan secuelas del despertar.

—Joder, ¿qué te pasa, abuela? —bromea al verme tomar asiento—. ¿Ya estás de la cadera? —La miro poniendo los ojos en blanco—. ¡Oh, no! —exclama—. ¡El macho americano te ha dejado escocida! —habla más alto de lo normal y, aunque estamos solas, porque los dos escoltas se han quedado en el pasillo, tampoco es plan de ir aireando estos temas, y menos siendo yo quien soy.

—Calla, boba…

—Por favor…, no me digas esto. Cuéntamelo. Es como poner gusanitos en la cristalera de una escuela infantil. Tengo tantas ganas de mambo que voy a explotar, y ahora llegas tú con tu cara de recién follada y no te puedes ni sentar. Así que, dame algún detalle o te asfixio contra la pared con mi barriga.

—Alicia, no seas bruta, por favor. No se me da bien hablar de estas cosas. Yo qué sé.

—¿Cómo que no sabes? ¿Qué ha hecho para que no te puedas ni sentar?

—Pues yo qué sé, hermana. La postura, iba fuerte…

—¡Madre mía! —exclama, mientras busca una piruleta y se la mete en la boca con ansia—. Lo que daba yo ahora mismo por una sesión de sexo desenfrenado.

—Pronto estarás como nueva.

—Sí, dentro de nada… Ahora, que me falta el americano, porque con Jorge no sé yo. Y mira que siempre nos fue muy bien en la cama, para llevar tantos años.

—Todo volverá a su lugar, Alicia. Ya lo verás —le cojo una mano—, y serás tú la que no te puedas sentar —añado para destensar el ambiente.

—Sí, seguro que por las hemorroides cuando me desprenda de… esto.

Poco después la avisan y pasa a monitores.

Mientras espero, llamo a Dylan que está con Alex, alucinando con la lotería.

Han quedado para jugar al baloncesto y practicar cada uno el idioma contrario, pero Dylan se cree que va a salir su número y dice que no se mueve de ahí hasta que no canten el gordo.

Me troncho de la risa. Literal. Hasta que sale mi hermana en una silla de ruedas, con la cara llorosa y, cuando llego hasta ella muy preocupada, me dice:

—Algo va mal. Mi tensión está muy alta y me tienen que ingresar. Avisa a Jorge.

Veo salir a la enfermera que conocí el primer día y se acerca a mí.

—Tranquilas. Las dos. La tensión está alta. Hay que intentar que baje y, por eso, es mejor que se quede ingresada.

—¿Pero está bien? ¿Corre peligro? —pregunto delante de mi hermana.

Laura, recuerdo su nombre, me acaricia un brazo y responde:

—Está en las mejores manos. Va a ir todo bien. Es por protocolo. Ahora te avisamos cuando tenga habitación.

Y todas las risas de hoy se transforman en miedo.

—¿Y Candela? —pregunta Alicia a Jorge.

—Ha decidido quedarse en casa de su amiga Vega. Le he hecho una maletita y todo. Parecía que lo tenía planeado. Nunca ha tardado menos en organizar sus cosas.

—Se os hace mayor —les comento—. Cada vez es más responsable. Si queréis la voy a buscar por la noche y que duerma con nosotros.

—No, tranquila, que se quede con su amiga —me dice mi hermana con voz baja, como si creyese que por susurrar le va a bajar la tensión.

—Jorge, vete a cenar algo. Yo me quedo mientras con ella.

Mi cuñado me mira y disiente:

—No tengo hambre ahora, pero gracias. ¿Cuándo va a volver el médico?

—Chicos, os tengo que contar algo, porque creo que eso es lo que me tiene tan nerviosa… —expresa mi hermana y la percibo tan dubitativa, que la tensión me sube hasta a mí.

Se está atusando el pelo, y eso es siempre signo de debilidad en ella.

Jorge y yo nos miramos. Ambos conversamos sobre que parecía que nos escondía algo.

—Dinos, pero si estás tranquila —le ruego—. Es probable que ahora no sea el mejor momento.

—Sí, que lo es, porque o me quito esto ya u os lo encontráis en el paritorio. Hay una razón por la que no os he dejado entrar en la habitación, ni en las ecos, ni en nada.

—Me lo temía, Alicia, y antes de que continúes, quiero que sepas que eso es lo que me ha mantenido alejado de ti. A estas alturas ya me da igual si el niño es de color o no, pero no soporto que me ocultes algo, y era evidente que lo hacías.

Me convierto en una espectadora de una escena por la que no he pagado y no deseo presenciar, pero no sé cómo escabullirme.

Mi hermana está mirando a Jorge ruborizada, y eso en ella dice más que las palabras.

—Vale, pero es que ha sido muy difícil de digerir, Jorge. Todo… y si te decía esto, te iba a asustar más aún. Yo esperaba a que estuvieras preparado para contártelo.

—¿A qué? ¿Qué significa estar preparado cuando tu mujer no te dejaba entrar en la habitación del bebé o en las citas médicas? ¿A que me entrara el instinto paternal en una copa de vino? Mira, Alicia, lo único que has hecho es apartarme y alejarme… Pero ahora estoy aquí —le indica, sentándose a su lado.

Mi hermana le da la mano y en susurro silabea «per-dó-na-me».

—Perdonadme, los dos —corrige—. A ti por ocultarte la verdad, porque creía que era la mejor vía para darte tiempo a asimilar, y a ti —se refiere a mí—, para que no me obligases a contárselo. A veces quiero que las cosas se resuelven solo de la manera que yo creo. Jorge, te quería pidiéndome perdón. Por dudar, por complicármelo aún más… Yo también estaba, y estoy insegura, pero… ¡Joder! Somos adultos. Se nos supone evolucionados. Este embarazo lo has presenciado tú, y da igual el resultado. Y si la gente nos mira, pues que mire, qué nos importa.

—Ya, Alicia, a esa conclusión llegué hace meses, pero tú me apartaste de la ecuación.

—Me lo tenías que haber dicho, porque yo solo veía cómo te alejabas cada día más, y entonces la bola se hacía cada vez más grande. Pero estamos aquí y, si no muero en el intento, vamos a ser papás de nuevo.

—No digas tonterías —la regaño.

—Bueno…, ¿y cuál es la noticia? ¿Sabes quién es el padre? —se adelanta Jorge.

Alicia lo mira disintiendo.

—No, ya te lo dije. No me he hecho ninguna prueba.

—¿Entonces? —pregunto yo—. ¿Tiene algún problema?

—No que yo sepa… A ver, en la primera ecografía no se vio claro y no me dijeron nada. A esa sí que viniste conmigo, Jorge, pero a la siguiente no, que fue cuando me dieron el notición.

—¿Cuál? —preguntamos los dos a la vez.

—Pues que estoy embarazada de dos. De mellizos. Y son mellizos, no gemelos. En diferentes bolsas, y una opción es que sean de padres distintos… Ahí lo dejo.

—¿Mellizos? —pregunto extasiada—. ¿Son mellizos?

Mi hermana asiente mordiéndose el labio, mirando a su marido que se ha momificado y yo no aprecio que respire.

Jorge suelta la mano de Alicia y se va a la ventana sin decir ni mu.

—¿Por qué no me lo has dicho? —le pregunta con voz ronca,

y diría que contenida. Así como la válvula de una olla a presión a punto de empezar a pitar.

—Porque me acojoné, como estás tú ahora mismo, y se me nubló el pensamiento. Yo qué sé… Fueron pasando los días, los meses, y no sabía cómo contarlo. Es que ya es *heavy* tener un niño de otra raza, pero es que dos… Es de nota.

—¡Joder, mellizos, Alicia! —refunfuña mi cuñado dándose la vuelta—. Vamos a morir…

—Al principio un poco, pero tendremos ayuda. Buscaremos a alguien.

—Y estamos Dylan y yo —añado para intentar refrescar el ardor de la noticia e imaginándome, jugando con ellos en mi jardín—, y Rachel. Candela es mayor, por lo que también colaborará. Los abuelos… No estáis solos.

—¿Son niños los dos? —le pregunta Jorge.

—Sí, ahora vais a ser más. Tres contra dos.

Mi cuñado por primera vez en la mañana sonríe.

Vuelve a acercarse a mi hermana y, cogiéndole la mano, le da un beso en la frente.

—Sobreviviremos.

—No me cabe duda —le responde emocionada.

—Chicos, os dejo solos. Mañana os veo —les digo, porque creo que es el momento de partir.

Nunca me ha venido tan bien que el aire frío de diciembre me dé en la cara.

Me sentía tan sobrecargada, que no sabía si alegrarme, llorar o mandar a la mierda a mi hermana por ocultarnos esto.

Dos. Vienen dos. Y lo ha cargado ella solita, físicamente, obvio, pero en el plano emocional, también.

Con razón se ha dado a las piruletas… Yo viviría a base de tilas, solo de pensar en la que te va a caer.

Es tarde.

Un escolta ha ido a por el coche para llevarme a casa.

Con el susto, se me han pasado todos los dolores de esta mañana y, pensándolo bien, necesito otra sesión de sexo para conciliar esto.

Dylan, calienta que sales…

Rachel llegará en media hora. Me ha llamado para avisarme de eso, y de una sorpresa que le va a dar a Dylan.

Hoy es Nochebuena, pero estoy triste porque faltarán mi

hermana y Jorge.

Era el primer año que lo iba a celebrar en nuestra casa nueva, y no va a poder ser.

Aunque está mejor, le han dicho que debe estar monitorizada hasta que nazcan los bebés.

Mis padres sí que vienen.

Hoy Alicia les ha contado lo de los gemelos y lo sé porque mi madre me ha llamado después para soltar todo lo malo que no le ha dicho a ella.

Me acerco a Dylan, que está muy sexi con el delantal, un vaquero y descalzo.

Siempre le miro los pies, porque son perfectos. No como los míos.

Le abrazo por la espalda, mientras termina de estirar el hojaldre para la tarta de manzana, típica americana, que se ha emperrado en cocinar.

Nuestra cocina nos ha quedado de fábula.

Es blanca amarmolada, con vetas grises, y encimera de madera en la isla. Tenemos de todo. Hasta una cava integrada y dos grifos; uno en la isla y otro en la encimera. La cocina es de fuegos, porque Dylan se empeñó, y a mí, que no soy nada cocinillas, me dio igual.

Me encanta pasar tiempo aquí. Ver a mi chico concentrado, mientras hace la comida.

Esta vez no hemos contratado *catering*. Íbamos con tiempo y preferíamos hacerlo nosotros. Por eso, me da pena que mi hermana no esté, aunque con la sorpresa de Rachel, tendremos dos nuevos invitados.

La cuidadora de Ava nos avisa de que ya se va y que la pequeña está dormida.

Le hemos dado varios días de vacaciones para que los pase con su familia, y más ahora que Rachel regresa y estará sedienta de su bebita de casi un año.

Pongo una *playlist* de villancicos españoles para que Dylan vaya haciendo oído.

Mi favorito siempre ha sido *El tamborilero*. No sé bien la razón. Quizás porque me recuerda a mi padre y a mis tíos, cuando celebrábamos la Nochebuena juntos, y mi padre se hacía con la botella de anís y la usaba de instrumento.

Me siento en la isla frente a Dylan, mientras me asaltan los recuerdos de aquellas Navidades, y se los detallo.

Él me sirve una copa de vino y, después de mi ataque de nostalgia, me cuenta sus sensaciones con Alex. Parece ser que pueden llevarse bien y que van a quedar más días para enseñarse mutuamente

el idioma.

Dylan recibe una llamada al móvil.

Es la inspectora Aridane, por lo que pone el altavoz.

Nos llama para desearnos Feliz Navidad, y nos asegura que están atentos a cualquier movimiento, pero que de momento estemos tranquilos, y salgamos poco de casa.

Dylan al colgar, eleva las cejas, se limpia las manos con un paño de cocina y se sitúa frente a mí en la encimera.

—Pronto va a acabar este tormento. Lo presiento…

—Crucemos los dedos. Toca esperar —añado, poniéndole las manos en el cuello para acercarle a mí.

—Se me ocurre un gran plan mientras esperamos… Estamos solos, ¿quieres estrenar la cocina?

Con mi beso le respondo y al instante se enciende la mecha de la pasión entre los dos.

Le abarco su cintura con mis piernas, y me alegro soberanamente de ir con vestido abrigado y calcetines gorditos, porque así es mucho más sencillo ir estrenando rincones. Es mi nuevo *outfit* casero favorito.

No nos hace falta nada más que besarnos para estar a tono los dos.

Su boca y la mía ya saben cómo son las reglas del juego, y qué tipo de besos son para cada ocasión.

Este es de ansiedad, de ganas, de deseo…

Dylan me cuela las manos por debajo del jersey para acariciarme la espalda y yo me arqueo en él de puro placer.

Poco después, él está empujando dentro de mí y yo tumbada en la isla gimiendo tan fuerte que Dylan me tapa la boca para no despertar a Ava.

Entonces, oímos el ruido de la puerta. Los dos, porque Dylan se para y yo me incorporo rauda.

—¿La puerta? —me pregunta.

¡Joder! Se me ha olvidado.

—¡Corre! ¡Es Rachel! —le insto nerviosa, a la vez que me bajo de la encimera.

Me subo las braguitas e intento recomponerme cuando oigo:

—¡Sorpresa!

¡Tierra trágame! La escena no puede ser más incómoda.

Rachel con cara de risa.

Dylan despeinado y descompuesto, abrochándose los pantalones con signos más que evidentes de haber estado haciendo un esfuerzo considerable.

Yo, tiesa como una estatua, y no me veo, pero debo tener las mismas pintas azoradas de mi amante, y los padres de Dylan

sonrientes, porque son mayores, pero no idiotas.

—¡Papis! ¿Qué, qué…?

—Ven aquí, tonto… —le regaña su madre.

Dylan va hacia ellos y los abraza.

Miro el acto y veo cómo Rachel se troncha señalándome, y haciéndome gestos soeces.

—Esto sí que es un recibimiento a unos suegros —bromea en español—. ¿Y mi hija? —me pregunta.

—Está dormida en la habitación.

—Me voy con ella. Necesito acurrucarme con mi enana y descansar. Os veo luego, tortolitos…

Me acerco a saludar algo más serena a los padres de Dylan, y ellos me abrazan.

Han traído al gato viejito de Dylan, que se quedaron ellos cuando Ava empezó con los broncoespasmos en Nueva York.

Dylan se emociona al cogerlo, y yo al verlo. Está mayor, pero es muy tierno.

A sus padres les digo que es una alegría que se hayan decidido a venir, y su madre contesta que la alegría es suya por vernos tan bien y tan enamorados.

Desde luego, mi suegra mola.

¿Dónde demonios estará Candela? Refunfuño mientras me visto para la cena.

No sé nada de ella desde anteayer, cuando ingresaron a mi hermana y ella se fue con su amiga.

Le mandé un mensaje para decirle que estuviera por la tarde en casa, para ayudarnos con la cena. Me dijo que sí, y hasta luego Maricarmen.

No ha ido al hospital a ver a su madre, aunque esta mañana le escribí que yo la llevaba, pero no me ha contestado.

Ya son pasadas las siete, y sigo sin tener noticias de ella.

El problema es que no tengo el teléfono de la casa de la amiga y no quiero preocupar a Jorge ni a Alicia.

Dylan entra en la habitación y se empieza a quitar la ropa rápido para ducharse.

Lo observo.

Se le ve tan feliz que podría levitar.

No ha parado en todo el día. Les ha enseñado la casa a sus padres. Mientras se instalaban en una habitación de invitados, ha hecho la comida y preparado la cena con mi discreta ayuda. Porque yo

soy más de preparar la mesa y la decoración, asunto que a mi hermana se le da mucho mejor que a mí, por lo que llevo añorándola y suspirando toda la tarde.

—¿Te duchas conmigo? —Me guiña un ojo.

—No. Ya estoy, pero te acompaño. ¿Te lo esperabas? —le pregunto en alto para que logre escucharme.

Dylan cierra el grifo, mientras se enjabona, y yo hago un esfuerzo por no perderme en adorar su cuerpo perfecto, y prestarle atención.

—No, para nada… Hablé ayer con ellos. ¡Estoy feliz, Amanda! ¡Mis padres han venido! Ahora tenemos que convencerlos para que se queden.

—Bueno, con calma… Tú disfruta del momento.

—Sí, eso voy a hacer. ¿Puedes bajar a la cocina y apagar el horno? Ya debe de estar la carne.

—Vale, amor.

—Oye, te quiero —me dice.

—Y yo te quiero más —le respondo en español.

Desde hace un tiempo, cuando le digo que lo quiero, lo hago en español, porque en mi idioma tiene mucho más significado.

—¿Estás bien, Amanda?

—Sí, es solo que no sé nada de la niña y me tiene preocupada.

—¿De Candela? —Asiento—. Ya sabes cómo es. Se habrá despistado, y ahora vendrá.

Miro el reloj. Son casi las ocho.

—No sé…

Un pensamiento horrible se me cruza por la mente, de esos que te ponen en alerta y, aunque les intentes anular, ya no es posible.

—Dylan…, ¿no le habrá pasado algo?

Mi novio abre la mampara de la ducha, porque ha debido deducir por mi tono, que me acabo de asustar, y mucho.

—¿A qué te refieres?

—A los escoltas, al problema… ¿No habrá raptado a Candela?

—¿Qué dices? —prorrumpe—. ¿Qué le va a hacer a la niña? No pienses eso. Espera.

Dylan sale de la ducha, se seca rápido con una toalla y coge su teléfono para llamarla, poniendo el altavoz.

Nos da señal, pero no descuelga.

—Vale, pues vamos a la casa de la amiga. Jorge me dio la dirección ayer.

—¿Ayer?

—Sí, me escribió para dármelo. —Dylan se queda quieto y su rostro palidece unos tonos.

—¿Qué pasa?

—No…, es que me pidió que fuera, que a él no le cogía el teléfono.

—¿Y fuiste?

—No, porque poco después me dijo que ya le había contestado.

—Dame la dirección. Voy yo.

—No, tú sola no. Espera que me vista.

—Dylan, nunca voy sola. ¿Recuerdas?

—Pero hoy solo tienes un escolta, y es más peligroso.

—Amor, no creo que viva lejos. Tú termina de preparar todo y disimula un poco. No preocupemos a tus padres el primer día que llegan.

Llamo a la puerta de la casa con el corazón en un puño.

Nadie abre.

Insisto, pero están todas las luces apagadas, y eso, en una noche como esta, es sinónimo de que o no hay nadie en casa o están todos muertos.

—Aquí no hay nadie —me dice Carlos, el escolta.

—No entiendo nada… Ella dice que está aquí.

—¿Tiene el teléfono encendido? —me pregunta.

—Sí, da señal.

—Pues espera, que lo rastreamos. Necesito un ordenador.

Carlos y yo volvemos a casa, y, sin dar muchas explicaciones, vamos al despacho para encender el ordenador.

—Tengo una aplicación que lo encuentra en un minuto. Seguro que sus padres tienen el Find my kids. Es muy útil, pero no queremos asustarlos, ¿no?

—Eso. Mejor con tu aplicación.

Carlos abre una página web, introduce el teléfono de Candela y, en unos segundos, que a mí me parecen interminables, se abre un mapa.

Carlos y yo nos miramos.

—No es posible. Dámelo otra vez —me pide.

Mi escolta teclea de nuevo el número, y el mapa se vuelve a abrir en el mismo sitio, aunque tarda en encontrar el área en concreto.

Mientras busca, le pregunto con un hilo de voz:

—¿Esto funciona de verdad?

—Dame tu número, y verás.

Se lo doy, y se confirma que no hay margen de error.

—¿Dónde diablos es eso? No entiendo ni lo que pone —le

pregunto.

Carlos mira el mapa con atención, que todavía no termina de cargarse:

—Quizás le han robado el teléfono, y por eso sale aquí en… Finlandia.

—¿Finlandia?

Se me ocurre una cosa.

Escribo a Jorge para decirle que me facilite el teléfono de los padres de Vega, la amiguita de Candela, porque les quiero agradecer que hayan cuidado de ella.

Como me esperaba, mi cuñado, que estará con el teléfono en la mano, me lo envía y, para mis temores, me pregunta por su hija.

Le miento y le digo que está jugando con Ava.

Llamo al contacto. Un tan Jose Luis.

Descuelga enseguida.

—¿Jose Luis?

—Sí, soy yo.

—Hola, mira, perdona, soy Amanda. Soy la tía de Candela.

—Ah, sí, Amanda… —responde—. Dime.

—Es que te va a parecer raro, pero ¿Candela ha estado con vosotros estos dos días?

—¿Candela? No, nosotros llevamos en el pueblo toda la semana.

—¡¿NO HABEIS VISTO A CANDELA?!

—No, hace días… ¿Pasa algo?

—Pues que nos dijo que se iba con vosotros, porque mi hermana está ingresada, y nos ha mentido, y ahora no sé dónde está —me desahogo.

—¡Madre mía con Candela! Espera que le pregunto a Vega, y ahora te llamo. Mi hija puede que sepa algo. Son inseparables.

—Vale. Yo espero.

Carlos me pide que vaya al ordenador.

—Mira, Amanda, lo he buscado dos veces, y la localiza en el mismo sitio. Igual es un error.

—¿Dónde dice que está?

—En Rovaniemi, Finlandia. Debe de ser un error.

No puedo respirar, ni tragar saliva. Con sentir el fuego que me baja por la garganta y no marearme tengo suficiente.

Voy hacia la silla que está al lado del ordenador y leo, efectivamente, Rovaniemi.

—No es un error, Carlos. Candela estará allí.

—¿Y qué coño hace en Finlandia?

—Hablar con el puñetero Papá Noel.

Capítulo 20

Me jode que me traten como idiota.

Por eso, ahora mismo estoy volando.

Pero si se creen que me engañan con esa pantomima del programa, van listos. Siempre hay que ir por delante de tu adversario, si quieres triunfar.

Yo lo único que quiero es que no triunfen, porque no me da la gana.

Esta Navidad nunca la van a olvidar.

Capítulo 21
Viajes inesperados

Amanda

¿Por qué últimamente vivo en una noria constante que sube para luego bajar y volver a subir?

Antes, en mi vida neoyorquina, incluso llegué a quejarme de la rutina. Ahora, no hay días sin sustos.

Por cada gramo de felicidad, otro de terror para contrarrestar y que no me piense que esto iba a ser un camino tan seguro, como que al lunes le sigue el martes.

Es Nochebuena y estoy entrando en el aeropuerto para subirme a un vuelo con dirección Finlandia, junto a Carlos, mi escolta.

Vamos a buscar a mi querida sobrina, que no sé cómo narices ha podido llegar hasta allí.

De pensar que esta sola, perdida… En un lugar tan frío como ese, me dan los siete males de la angustia, y me echaría a llorar en el suelo, como cuando los niños tienen rabietas.

Me repito a mí misma, para no entrar en drama, que «la voy a encontrar, la voy a encontrar…».

Dylan, que quería venir a toda costa, pero yo me he negado rotundamente, porque acaban de llegar sus padres y alguien tiene que aparentar normalidad con Alicia y Jorge, se ha quedado hablando con Aridane.

La inspectora ha alucinado con lo que le hemos contado y está contactando con la policía finlandesa para que, en cuanto bajemos en Rovaniemi, tras hacer una escala de cinco horas en Helsinki, nos estén esperando con la niña.

El padre de Vega me llamó un rato después para decirme que su hija no sabía nada, pero que iba a seguir preguntándola, porque no estaba del todo seguro de que dijera la verdad.

Hay poca gente en el aeropuerto.

Normal.

Son las once, y es Nochebuena. Realmente me sorprende que haya alguien. La mayoría son extranjeros que esperarán a hacer alguna escala.

Sobre todo, hay llegadas, porque veo a gente arrastrando maletas hacia la salida.

¿Cómo ha podido Candela viajar hasta allí? Es que no lo entiendo, de verdad.

«La voy a encontrar, la voy a encontrar…».

Ahora mismo me tomaría una de esas piruletas a las que se ha hecho adicta mi hermana, de las que siempre he sospechado de sus ingredientes.

Una mujer me mira con curiosidad, y me sorprende porque voy bastante camuflada.

El caso es que ella me resulta familiar, pero no tengo tiempo para saludar a nadie.

Vamos a toda prisa, porque el vuelo lleva embarcando desde hace veinte minutos y las distancias en Barajas son kilométricas.

Nadie más parece pillarme.

Me he puesto peluca, gafas de pasta y un gorro.

Es bastante difícil que me reconozcan.

Volaremos en segunda clase, y prefiero pasar desapercibida. Más con el estado de nervios que arrastro, que no estoy yo para muchas fotos y sonrisas forzadas.

Llegamos al embarque por los pelos, pero lo logramos, y ya sentados en el avión, llamo a Dylan, que me ha estado insistiendo.

Me cuenta que a Aridane le han dicho que están buscando a la niña, y que me llamará en cuanto sepa algo.

Cuatro horas y media después, con las uñas mordidas —y eso que nunca lo había hecho—, con el pelo de la peluca retorcido de tanto girarlo, y los nervios agarrados al estómago, como una garrapata a una variz, estamos en Helsinki.

Dos policías, un hombre y una mujer, nos esperan a la salida.

Reconozco que me da un poco de vergüenza, porque todo el mundo nos mira creyendo que nos van a detener.

Es de esos espectáculos gratuitos que a la gente le encanta presenciar. Compite con los bomberos bajando en tropel de su camión para ir a apagar el contenedor de turno.

Así que, fuerzo la sonrisa para que se note que no me están llevando presa y lo que consigo es que la policía me mire con cara extraña.

Con razón…

Se supone que ha desaparecido mi sobrina, y mis dientes deberían permanecer ocultos.

Los saludo y les doy las gracias por atendernos en una madrugada como esta.

Hablamos en inglés.

Ellos nos piden que los acompañemos sin más explicaciones, y nos llevan a una sala donde hay otros dos policías con cara de sueño, o empiezo a dudar de todo, porque son bastante inexpresivos y, lo que a mí me parece adormilado, es igual cabreado como una avispa frente a un matamoscas.

Nos ofrecen un café, que yo rechazo, pero mi escolta sí lo agradece.

Se va a arrepentir.

Ya he vivido en muchos sitios, y el tema del café es como el de la tortilla de patata de cada casa, que tiene un sabor diferente. Pues con los cafés sucede lo mismo. El de tu país te sabe a gloria bendita, y el de los demás son caldos repulsivos que, por cortesía, te bebes, pero preferirías un berberecho con más tierra que bicho.

Por fin nos cuentan algo.

Y es muy poco.

No saben nada.

Pero creen que en cuestión de unas dos horas tendremos algo, porque una patrulla ha ido a la zona donde da señal el teléfono de mi sobrina, que es justo en la aldea de Papá Noel.

Hablo con Dylan. Aunque son las cinco de la mañana, está despierto.

Me cuenta que mi hermana llamó por videollamada y que entre todos les mintieron, diciendo que Candela y yo habíamos salido para sacar al perro de Rachel.

Le digo que intente descansar, y nos despedimos.

Tres horas después, nos montamos en el vuelo a Rovaniemi sin tener noticias de mi sobrina, porque las carreteras están muy mal, y es posible que lleguemos nosotros antes.

No entiendo cómo, pero me he dormido, y ya estamos en Rovaniemi.

Los nervios acuden en estampida cuando accedemos al pequeño aeropuerto, que te incita a vivir la Navidad y a abrigarte porque apunta que fuera vamos a quedarnos sin pestañas del mismo frío.

Un policía vestido de calle viene hacia nosotros y lo que más me sorprende, no es que sepa que es policía sino cómo va uniformado. Lo más llamativo es su sonrisa.

Cuando le tenemos cerca, se nos presenta dándonos la mano.

Se llama Aleksi y habla un perfecto inglés.

—¿Se sabe algo ya de Candela, mi sobrina? —le pregunto estresada.

Aleksi nos vuelve a sonreír, y eso me infunde más calor que mil chocolates ardientes.

—Sí, tranquila. La hemos localizado, y no se va a creer dónde ha estado.

El aire me entra de golpe en los pulmones y las lágrimas con él.

—¿Dónde?

—En la casa de Papá Noel. Ha dormido con una de las elfas, porque se supone que Papá Noel tenía que trabajar esta noche, pero está bien. De todas formas, no estaba sola. Iba con un hombre.

—¿Un hombre? ¿Qué hombre?

—Ella ha dicho que es su tío…

—¿Su tío? ¡Imposible!

—Bueno, ahora lo veremos.

Nos montamos en un coche cuatro por cuatro para ir hacia la aldea y envío un mensaje a Dylan diciéndole que ya la hemos encontrado, y que está bien.

—Su sobrina es maravillosa —me dice en español una mujer más mayor que yo, vestida de elfa, con una voz tan fina y dulce que parece una niña.

Estamos en los adentros de la casa de Santa, en Laponia. En concreto, en la sala de descanso y comedor.

A veces, los actores tienen que dormir aquí y, viendo lo visto, contratan a verdaderos fanáticos navideños, porque lo tienen todo adornado al detalle y se respira magia hasta en el *backstage*.

—¿Sí? Pues yo la mataría, de verdad. El susto que nos has dado —le digo mientras contemplo a Candela reírse con un elfo, que la está disfrazando de uno de los suyos.

Cuando me ha visto, no sabía qué hacer la pobre cría. Si abrazarme o esconderse, pero yo tenía tantas ganas de verla, que he disipado sus dudas, corriendo hacia ella para abrazarla.

Me ha pedido perdón por el susto muchas veces, y alegaba que no se había dado cuenta de la magnitud de la trastada, hasta que no estuvo aquí y vio que no podía regresar a España. Porque mi sobrina es tan lista, como para convencer al vagabundo del barrio de que se duche, se arregle y viaje con ella a Finlandia, haciéndose pasar por un familiar, pero tan inmadura como para no entender que debía regresar.

Sí, ha viajado con el vagabundo del barrio, Félix.

Es un hombre mayor con el cerebro de un niño pequeño, de tanto alcohol que ha consumido en su vida, que nos ha prometido que la niña ha estado bien en todo momento.

¿De dónde sacó el dinero? De la tarjeta de mi hermana, que está tan a lo suyo, que no se dio ni cuenta del desfalco.

El asunto es que volaron, y llegaron a la aldea. Mi sobrina había concertado la visita y cuando entró para ver a Papa Noel, habló con él.

A todos les extrañó la imagen del supuesto padre, porque no iba del todo limpio y su aspecto era tan descuidado que no concordaba con un viaje VIP, como es España-Laponia.

La elfa le insistió, preguntándole cómo había venido, y Candela se echó a llorar y confesó la verdad.

Es por eso, por lo que decidieron que no saliera del recinto y avisó a las autoridades.

Yo no tengo forma de agradecerle a esa mujer su sexto sentido y la preocupación, pero como se ha descubierto como una de mis mayores *fans*, le he prometido invitarla a todos los estrenos de aquí a que muera una de las dos.

Un hombre vestido de Papá Noel viene hacia nosotros y saluda a Candela.

Ella le abraza como si le conociese de toda la vida.

Saco mi teléfono para conservar este momento.

Él le pregunta algo, y ella me señala.

Me acerco hasta ellos.

—Muchas gracias por todo —le digo.

—Nada, Amanda… Tenía que conocerla antes de irme a descansar. Ha sido una noche muy larga. Jo, jo, jo… —Me guiña un ojo.

—Claro. Sí. Por supuesto. Debe de estar agotado.

Me hago una foto con ellos, para que promocionen mi visita en su página, y no puedo más que regalarles mi imagen después de lo hecho, aunque me mate Michael.

—¿Sabes qué me pidió? —me pregunta Papá Noel, apartándose unos pasos de Candela.

—Ni idea, pero algo muy importante para venir hasta aquí —sospecho.

—Pues sí. Quiere que sus padres vuelvan a quererse. Solo me pidió eso.

Una estocada en el corazón me habría dolido menos.

La miro… Es para matarla y para comérsela a la vez.

Ella me ve y sonríe.

—Tía, pídele algo a Papá Noel… Aunque ya sea para el año que viene —se lamenta.

Nos reímos.

—Pídeme lo que quieras, y ya veré lo que puedo hacer. Jo, jo, jo…

—Ajá, déjame que piense… ¡Ya lo tengo! Que detengan de una vez a la persona que nos está haciendo la vida imposible. Con eso

tengo para el año que viene.

—Pues lo intentaremos. —Sonríe Santa.

En el aeropuerto de Helsinki, esperando a que salga nuestro vuelo de una vez, para regresar a casa, agotada y entumecida porque apenas he dormido una hora en dos días, escribo a Michael para darle las gracias por buscarme los vuelos tan pronto, y desearle Feliz Navidad.

No sé qué haría sin él. Es tan efectivo como un G.E.O.

Dylan a veces me reprocha que no sé hacer cosas por mí misma, y en esto le tengo que dar la razón.

En cuanto supe que Candela estaba en Finlandia, avisé a Michael para que me comprase los vuelos. Todo el tema de viajes, hoteles, vestuario…, me lo gestionan en su agencia, y yo me he hecho tan cómoda que no sabría ni cómo empezar.

Hace días vimos la película nueva de Jennifer Lopez, *Married me*, y salvando las distancias, me vi reflejada un poco en ella.

Yo delego toda la gestión administrativa, y voy a donde me dicen, sin cuestionarles.

Un pinchazo en mi agotada cabeza me hace quitarme las falsas gafas de pasta que me están molestando en el puente de la nariz.

Una pareja joven, que justo pasa a mi lado, se me queda mirando y ponen cara de alucinados.

Me han reconocido.

Cierro los ojos, haciéndome la dormida, para que les cueste más acercarse.

Una imagen me sobreviene. Es la de una mujer que me mira extrañada en el aeropuerto de Madrid, cuando Carlos y yo íbamos corriendo para lograr embarcar.

Un espasmo de incredulidad me sacude entera y si no es porque estoy sentada, me habría caído.

Inmediatamente llamo a Dylan.

—Hola, pequeña, ¿has montado ya en el avión? —me pregunta con voz rasposa. Es probable que estuviera durmiendo.

—¿Te he despertado?

—Un poco… Estaba en la siesta con Ava, pero tranquila. Te echo de menos. Vuelve ya que es Navidad.

—Dylan… —le interrumpo seria.

—¿Qué?

—La he visto. En el aeropuerto. Esta madrugada. Me crucé con ella, pero no me he dado cuenta hasta ahora.

—Vale —me responde con voz tranquila.

—¿Cómo que vale? —No me esperaba esta actitud serena.

—Ya lo sabía. Me ha avisado la inspectora hace un rato. Está en Madrid.

—¿Entonces?

—Entonces, todo va como esperábamos y seguimos con el plan.

—Dylan me da mucho miedo ese plan. Te la estás jugando…

—Amanda, sé que no me va a pasar nada… ¿Sabes qué? Las apuestas siempre nos sirven, cariño. Te apuesto las campanadas a que lo logramos, y el treinta y uno estamos ya tranquilos.

—Ojalá…

Capítulo 22
Puerta del Sol

Dylan

Todo listo.

Estoy nervioso, y a la vez deseoso de que esto acabe de una vez por todas.

Hay una furgoneta de Antena 3 apostada en la puerta. Es como si fueran del equipo del El Hormiguero, pero realmente solo han salido policías. Entre ellos está Aridane, la inspectora.

Ella va a hacerse pasar por Amanda, porque en constitución se parecen. Con el maquillaje, la misma peluca, que suele usar mi chica, y las gafas de pasta, hasta yo diría que es ella.

Yo no tengo sustituto.

Me lo ofrecieron, pero me he negado. En parte, porque me siento responsable de lo que está sucediendo, y porque llevo dos meses entrenando defensa propia, y ya no soy un total inútil.

Responsable, sí.

Porque era por mí por lo que llegaban las amenazas.

De repente, hace unos días, caí.

Pensando en la riada y en quién podía haber pinchado las ruedas, recordé algo que habíamos pasado todos por alto, y es que la maquilladora tardó, porque había venido su encargada.

Quizás lo desestimamos, porque siempre creímos que el acosador era un hombre. Si era una mujer, entonces las tornas podían cambiar, y el verdadero foco de su odio fuera yo.

La imagen de su silueta en los Emmys, caminando con la bandeja de copas, se refrescó de golpe en mi memoria.

Efectivamente, había sido una mujer y era alta.

Se me vino una persona a la cabeza, que podía encajar. Ella había estado en París, y la noche que salí con Bob y me besé con Mary.

Avisé a la inspectora y fuimos a hablar con la maquilladora para ver si podía darnos el contacto de la encargada.

Solo sabía el nombre de pila.

Buscamos en internet imágenes de la firma y allí, en una foto de una gala, apareció ella.

Sara.

Mi ex.

La que dejé para meterme en el *reality*, y luego,

probablemente, vendió unas fotos nuestras. Las que hicieron que Amanda me dejara la primera vez.

Me sentí tan estúpido…

Todo era por mi culpa.

Elaboramos el plan que nos ha llevado hasta este momento.

Ha sido impresionante el trabajo de Aridane y de su equipo.

Ellos consiguieron la entrevista en El Hormiguero y ensayamos varias veces para que pareciese casual, pero nada lo fue.

Todo estaba ensayado. Mi salida, lo que dije de que íbamos a casarnos y lo de las campanadas.

¿Por qué?

Para enrabiarla y así atraerla a nosotros.

Hoy es treinta de diciembre. Vamos a ir a la Puerta del Sol, al ensayo de las campanadas que cada vez se hace más famoso, y también hay gente.

Como no podíamos arriesgar la vida de los espontáneos, hay muchos policías limitando la entrada, y otros muchos dentro de la plaza.

Me resulta increíble el operativo que se ha formado en unos días.

No hay nada al azar.

Todos saben cómo es Sara.

A ella sí le dejarán acceder a la plaza, pero la excusa para denegar el acceso es que están grabando los de El Hormiguero.

Aridane me avisa de que hay que irse.

Voy hacia Amanda para despedirme.

Ella se quedará aquí, como si hubiera salido con nosotros. Apagaremos la luz al marchar y fingiremos que no hay nadie.

Cierto es que Amanda se queda solo con un escolta, ya que no veían necesario dejar más, porque podría llamar la atención de Sara, y a mí eso no me ha convencido nada, pero en las fechas en las que estamos es imposible encontrar gente profesional que no esté ocupada. Además, que si ella nos está vigilando, no entenderá que los escoltas que siempre la acompañan se queden en la casa.

Rachel, Ava, Candela y mis padres se han marchado a la casa de Jorge y Alicia para alejarse de todo este jaleo.

—En un rato te veo, pequeña.

Amanda me mira y resopla:

—Tengo mucho miedo, Dylan. Es muy lista…

—No tanto. Tú tranquila. No salgas de aquí. No enciendas la luz hasta dentro de un rato, como te ha dicho Aridane, y relájate. Va a salir todo bien, y van a pillar a esa loca. Mañana celebraremos el cumple de Ava y el final del año, con un motivo más para festejar.

Amanda está harta de discutirme que vaya, por lo que ya no

dice nada y me abraza con fuerza hasta que me tengo que ir.

—Te apuesto las campanadas que va a ir todo bien.

—Más te vale.

Llegamos a la Puerta del Sol y fingimos grabar escenas románticas en las que me toca besar y ser cariñoso con la inspectora, como si fuera Amanda, y se me hace como mascar arena.

Tengo la boca seca de los nervios y el frío tampoco ayuda.

—Creen que nos ha seguido —me dice fingiendo el alborozo propio de una pedida de mano en plena Puerta del Sol—. No la han visto entrar. Puede estar en algún balcón.

—¿No irá armada? —le pregunto con terror.

—Tranquilo. Eso que piensas no va a pasar.

—Me dice la que me ha obligado a ponerme un chaleco antibalas.

—Por protocolo. Esa mujer no va a ponerse a disparar a diestro y siniestro, Dylan.

—¿Por qué no?

—Porque no puede. Hay más policías que civiles. Si alguien sube a un balcón con un arma, le detendríamos antes de que desenfundara.

Le vuelven a hablar por el pinganillo.

—No la ven —me transmite lo que le acaban de informar. Mira el reloj—. Es pronto. No son ni las diez.

Capítulo 23
Un mensajero

Amanda

Hará media hora que se han ido y estoy atacada.

Carlos, mi escolta favorito, se ha quedado conmigo.

Decidimos encender la luz ya.

Carlos se queda en la cocina comiendo algo de proteínas y un puré, de esos típicos de deportistas, y yo bajo al gimnasio que tenemos en el sótano para correr en la cinta e intentar agotarme, y bajar esta ansiedad que me envía el miedo.

Es que por mucho que digan, está todo un poco improvisado, y Dylan quería aparentar seguridad delante de mí, pero lo conozco y ha dudado en muchos momentos.

Unos minutos después, suena el timbre de la puerta.

Miro el reloj. Son pasadas las nueve.

—¡Abro yo! —grita Carlos—. ¡Es un repartidor de Amazon!

«¡Por fin!», me alegro.

Serán los regalos que he encargado para el cumple de Ava de mañana, que estaba empezando a temer que no vendrían.

Vuelvo a encender la cinta para seguir corriendo, y esta vez enciendo Alexa para que suene la música a tope, y no tenga distracciones.

Corro con angustia, sin controlar la respiración.

De pronto, siento movimiento a mi alrededor y, cuando me quiero dar cuenta, veo una cara que me hace saltar todas las alarmas.

Intento brincar de la cinta hacia el lado contrario, pero se las apaña para tirar de mí.

Caigo sobre el suelo y, en el forcejeo, siento un pinchazo en el cuello.

Estoy perdida.

Lo sé antes de rodar por el precipicio del sueño.

Capítulo 24
Alex Chol

Alex Chol

Sé que han llegado a desconfiar de mí. Lo entreví en el subtexto, cuando Dylan me explicó de qué iba lo de la Puerta del Sol de hoy.

Y me da tanta vergüenza…

Porque eso es que han llegado a pensar que estoy tan loco como para amenazarlos.

¿Lo estoy?

No. Rotundamente no.

Y pienso que me creen.

Me entra el temblor de la muerte al ver como el mensajero sale con la misma caja enorme con la que ha accedido a la casa, transportándola con una plataforma, en la que deduzco que puede entrar perfectamente un cuerpo, y que no tiene sentido que salga con ella, una vez entregada.

Pero, como me quedan dudas, veo cómo, con mucho esfuerzo, la sube a la furgoneta.

No es para nada el mismo esfuerzo que necesitó para bajar la caja.

Se me acelera el corazón.

No sé qué hacer. Si seguir a la furgoneta o entrar en la casa para comprobar si están bien.

La furgoneta maniobra para salir y mi decisión brota por mis manos, acelerando la moto.

No me ha dado tiempo de avisar a nadie, pero es que yo no estaba preparado para esto.

¡Joder!

Dylan me pidió que si podía quedarme vigilando desde fuera, lejos de la casa, en la moto, porque no estaba convencido del todo de que Amanda se quedara con un único escolta.

Yo lo acepté, porque no pensé que fuera a pasar nada, y me alegró que confiará en mí.

«¡Mierda, mierda! ¡Yo no soy un maldito héroe! ¡Me cago en todo!».

La furgoneta va a toda prisa, sin importarle los radares y las multas, y yo la sigo como puedo.

Nunca había hecho esto.

Salimos de Madrid en la A2, dirección Alcalá de Henares. Por carretera me es más fácil perseguirlos.

Después de veinticinco minutos, veo un Corte Inglés, y la furgoneta empieza a callejear por un polígono… ¡Joder, esto me suena! Ya sé de qué. Es el Hotel Zouk. ¡Yo he estado aquí!

La furgoneta se detiene frente a uno de los parkings privados, y se le abre la puerta. Es el 122.

Ahora sí.

Llamo a Dylan con un estado de nervios paralizante, sumado al frío del puto diciembre, de forma que se me cae varias veces al suelo y no alcanzo a marcar el número.

Cuando por fin lo logro…

«¡No me lo coge! ¡Joder! ¡Joder! ¿Qué puñetas hago? ¡Que yo no soy un superhéroe! Pero… ¿Y si la está asesinando ahora mismo y yo aquí lamentándome de ser un cobarde? ¡Coño, ya! ¡Tira para dentro!».

Envío un mensaje de audio a Dylan, mientras entro por la recepción, y las dos recepcionistas me miran asombradas, porque no suelen ver la cara a los clientes.

Tampoco me la ven a mí, porque no me he quitado el casco.

—Perdone, ¿adónde va?

—Hola, sí… —Dudo si decirles la verdad o disimular para no perder tiempo—. Voy a la 122. Es que he aparcado la moto fuera.

—¿Quiere aparcarla dentro, señor? Podemos abrirle.

—No, gracias. No es necesario.

—Perfecto. Tercer pasillo a la derecha. Primera puerta.

—Gracias.

En el último momento, estoy por avisarles, pero me da la sensación de que voy a perder unos minutos que pueden ser decisivos para la vida de Amanda.

Llego a la puerta.

«¿Y qué hago? ¿Soltarle un puñetazo así, de primeras? Improvisa, Alex. Algo se te ocurrirá».

Me quito el casco y lo dejo a un lado.

Pongo la oreja en la puerta y no se oye nada.

Llamo con los nudillos.

—¿Sí? —Escucho la voz de una mujer.

«¡Joder! ¿Qué digo? ¿Qué digo?».

—¡Soy yo!

«¿Soy yo? ¿Soy yo? ¡Eres idiota! ¡Tenías que haber dicho servicio de habitaciones, pedazo melón!».

El cerrojo de la puerta se abre y veo la cara de la mujer que me enseñó Dylan en el móvil.

Es ella. Seguro.

Me sonríe con una mueca extraña. Boca abierta, pero dientes apretados, con movimientos lentos. Es de estos típicos de las personas que tienen más cocaína en sangre que oxígeno.

—¡Has tardado! —me reprende en inglés.

«¡Mal vamos, encima en inglés!».

—¿Eh? ¿Qué?

—¡Vamos! ¡No tenemos tiempo! ¡Pasa y quítate la ropa!

La miro y no veo ninguna señal en ella de que esté preocupada por mi aparición.

Está en ropa interior.

Espera, espera… ¿Por qué me tengo que quitar la mía? ¿Me habré equivocado de habitación y se piensa que soy un gigoló? Yo qué sé. El caso es que paso, y lo que encuentro me deja descompuesto.

Amanda está tirada en la cama y está totalmente desnuda.

—Está viva, ¿no? —pregunto en español, pero ella debe entenderme, porque me responde.

—¡Pues claro, idiota! ¿Por quién me tomas? ¡Son solo unas fotos! ¡Venga, desnúdate de una vez! —me apremia.

Hago lo que me obedece, pidiéndole a Dios que el que tuviera que venir, no lo haga, y que Dylan lea el mensaje.

—Eres muy guapo —me halaga cuando me tiene totalmente en cueros, y yo me cago vivo, porque ella se quita el sujetador, y yo no sé cuál es mi función hoy—. Vamos a colocarla.

Entre los dos posicionamos a Amanda sobre la almohada, que está tronchada, y entonces me pide que me ponga encima de mi amiga y la bese en el cuello, para después hacernos una foto desde atrás, como si fuera un *selfie*.

Tras esto, me dice que es mejor que haga yo las fotos.

Debe percibir mi nerviosismo, porque me lo pregunta.

Salgo por peteneras, alegando que no he hecho algo así en mi vida.

La loca de los puertos esta, orquesta un sinfín de posturas, que no quiero ni imaginar cuando las vean, y me pide que haga fotos de todas, como si estuviéramos filmando nuestra maratón de sexo.

Estoy tan incómodo y asustado, que no me he empalmado, y ella se da cuenta.

—¿Qué pasa? ¿No te pone la mujer más deseada del planeta?

—Soy más de hombres —miento, por no decirle que no me atraen los casi cadáveres.

Amanda hace una mueca y la señora pirada saca de su bolso una jeringa enorme con un líquido blanco, y se lo inyecta en el cuello.

Ni se lo ha pensado.

No he detectado ni rastro de duda, pena o resquemor.

Esta señora es una psicópata, y mi amiga vuelve a estar en coma.

Yo me he contenido las ganas de darle un manotazo, intentar agarrar la jeringa y clavársela a ella, pero estoy tan nervioso que hubiera sido imposible.

—Ahora los tres —alude, mientras se desviste del todo. Se pone una peluca y sube a la cama, para colocarse sobre Amanda, y a mí me sitúa detrás de ella.

Toma varias fotos más, pero como se ve que tiene prisa, termina la sesión del trío en breve, y yo, desde hoy, creo en Dios, porque iba a vomitar de los nervios.

Voy a ser menos creíble en las imágenes que el exnovio de Tamara Falcó, cuando dijo que la fiesta en la que se morrea con otra era de 2019.

—Pues ya está. Ayúdame a vestirla y a meterla en el coche, y ya puedes irte.

—¿Ya?

—Sí, claro. ¿A qué quieres esperar? ¿A que te firme un autógrafo? —bromea con un tono tan asqueroso que, aunque sea en inglés, me ha repugnado.

—No. Claro que no. Espera que me vista. Estoy incómodo.

—¿Ahora tienes vergüenza? —se burla de mí, y tiene tal cara de loca que no entiendo cómo no pita al cruzar los controles del aeropuerto.

Me pongo el pantalón ignorándola, y la ayudo a vestir a la bella durmiente.

Cuando vamos por el pantalón, escucho ruido.

Miro a la puerta y esta se abre de una patada.

—¡Quieta ahora mismo! —Escucho la voz de una mujer—. Todos al suelo.

Obedezco y me tumbo.

Es la policía.

Por fin.

Siento que mi angustia se desvanece como una bola de nieve al fuego, y se derrite a modo de lágrimas.

Lloro como un niño pequeño, totalmente descontrolado.

Hay mucha gente en la habitación.

Van hacia Amanda y la zarandean para despertarla.

Escucho como le preguntan a la loca que qué le ha puesto, pero ella solo se ríe.

Una mujer policía se acerca a mí, y me dice en bajo, mientras me pone unas esposas por la espalda.

—Gracias, Alex. Permanece aquí hasta que nos llevemos a la sospechosa. Dylan está fuera. Me ha dicho que te indique que tienes un amigo para siempre.

—Le ha pinchado algo blanco —le digo entre lágrimas. Es bochornoso—. Lo tiene en el bolso.

—Gracias.

Y vuelvo a llorar.

Capítulo 25
Responsable

Dylan

Son las diez de la mañana y estoy tan agotado que prefiero meterme en la cocina para intentar serenarme.

Cocinar siempre me ha relajado…

No he podido dormir.

Lo de anoche fue de las peores experiencias de mi vida.

Tener que esperar dentro de un coche y estarme quieto mientras su vida corría peligro, fue inexpresable.

Cuando vi salir a Amanda en una ambulancia sin responder a estímulos, mis rodillas flaquearon y casi caigo al suelo, hasta que alguien me dijo que solo estaba sedada y que sus constantes eran estables.

Cuando abrió los ojos, llegando a Urgencias, con una cara de felicidad maravillosa, y se dio cuenta de dónde estaba, se extrañó, porque parecía recién despertada de una siesta placentera, característica del propofol.

Le expliqué lo poco que sabía, porque hasta que no llegó Alex al hospital, no supimos, concretamente, qué había sucedido en esa habitación.

Sobre las cinco de la mañana, cuando dieron el alta a Amanda, nos marchamos todos para casa, incluido Alex, que estaba aún más atacado que yo, y se fue a la habitación de invitados.

Amanda cayó rendida y yo… Yo nada.

Tengo una bola en el estómago del tamaño de King Kong.

Debería estar contento. Ya está. Se acabó, pero ha sido todo por mi culpa.

Herí a una mujer, y ella se ha tomado la revancha.

Han pagado Michael, Amanda y Alex por mis mierdas.

Soy sensato, porque sé que no es justificable lo que ha hecho Sara, y que la única culpable es ella, pero yo soy el factor condicionante, y me abrasa por dentro.

Además, que si no es por Alex, ahora mismo habría por internet unas fotos de Amanda, totalmente desnuda, haciendo un trío.

Preparo una jarra de zumo y hago tortitas para un regimiento.

Entran Rachel y Ava en la cocina.

Las miro con cariño.

Mi amiga viene corriendo a por mí para preguntarme. Me

conoce, y sabe que me siento responsable.

—Mira, Dylan, no es la primera mujer a la que dejan. No me jodas. Estaba loca de atar. No te eches a los hombros las cargas de los demás. No eres policía. Si no es por ti, Alex no hubiera estado. Ellos creían que no corría peligro y, si no es porque tú lo dudaste, no estaríamos felices. Bueno, todos menos tú.

—Tampoco es eso. Sí, estoy contento… Ya se me pasará cuando duerma.

—Amanda está perfecta. Alex no ha hecho nada que no viera en sus escenas en la serie, y Sara está detenida. Hoy es el cumple de nuestra pequeña, y acaba este año que ha sido cuestionable, con un casi final emocionante, y espero que con las auténticas campanadas, sí le pongamos el broche final que merecéis. ¿O no?

La abrazo.

Rachel es uno de los pilares de mi vida. Ella sabe cómo sacarme de mis enroques.

Tiene razón: hoy va a ser un gran día.

A empujones, me lleva al sillón, y poniéndome música de la que usamos para Ava, caigo en un sueño, que espero sea reparador, porque hoy va a ser mucho hoy.

Comemos raciones en la terraza, con la chimenea encendida para que Ava y Candela puedan jugar en el patio, con el perrito de Rachel.

Será por los vinos o porque la niebla mental se me ha ido levantando a base de cafeína, que llevamos un rato riéndonos con Alex de todo lo que sucedió ayer, y lo que le tocó hacer.

En serio. Nadie corrió peligro gracias a él, y escucharlo narrar todo lo que se le pasó por la cabeza, cuando Sara le dijo que se desnudara, nos hace troncharnos de la risa.

Amanda me abraza feliz.

Ella también ha estado hablando conmigo hoy, para que no me lo tome como algo personal. Dejé a esa mujer hace un montón de años, y fue una relación de semanas. Si ella enloqueció, fue asunto suyo.

Hemos comprado una tarta de Peppa Pig, que le encanta a Ava, y todos, hasta Ricardo y sus hijos, que se han venido a la fiesta cumple-nochevieja, junto a Alex, que forma ya parte de la familia, cantamos el cumpleaños a mi niña.

—¡Ey! ¡Que falto yo! —Escucho en inglés una voz que me resulta muy familiar.

—¡Bob! —Voy hacia él para abrazarlo.

—No me podía perder el cumpleaños de la pequeña, que tiene por padres a mis mejores amigos —me anuncia.

Ahora sí que me siento muy bien, junto a esta nueva familia.

Hace un año mi pequeña niña nació y Amanda decidió quedarse conmigo para vivir el momento. A partir de ahí, ha sido una montaña rusa de cambios, de decisiones, de sustos y alegrías.

En definitiva, de vida.

Quiero a Amanda en mi camino, junto a mí. Quiero prepararle el café siempre, y desearle las buenas noches con besos. Quiero que sea mi mujer, y se lo voy a pedir oficialmente en unas horas.

Capítulo 26
Cambio de estado

Amanda

Quizás es el subidón de adrenalina, o que es muy pronto todavía para transitar por la emoción, pero no me siento nada afectada por lo que sucedió ayer.

Para mí, me pegué una siesta de esas que te saben a gloria, y desperté en una ambulancia.

Sé que no pasó nada raro, y que no me hizo daño porque Alex estuvo allí.

¿Quién me iba a decir hace unos meses con la tirria que le cogí, que le iba a estar tan agradecida? Él tenía razón: es buena persona. Se le fue de las manos mi rechazo, porque no estaba acostumbrado, y se comportó como un idiota, pero se dio cuenta, y lo ha intentado corregir desde entonces. Que Dylan confiara en él, para vigilar la casa anoche, también dice mucho.

Por fin se ha acabado.

Sara ha revelado ser la autora de todo.

Aridane nos lo ha confirmado, y, como ya se va a cerrar el caso, se ha venido con su familia a la fiesta de Nochevieja que estamos dando en nuestra casa nueva. Ha venido con sus tres hijas y con su marido Adrian, que, cuando le he visto, he alucinado porque este señor salía en los programas del corazón cuando yo era pequeña. Antes de irme a Nueva York.

También se han animado amigos del rodaje: Carlos, el director; Iván, Graciela, Alma, con su marido Lucas, y sus tres hijos. Ella es la enfermera con la que trabajó Dylan, y ha venido con una propuesta de trabajo bajo el brazo para este.

Y, tras la sorpresa de Bob, ha habido otra dos aún más impactantes.

La primera, Michael. ¡Michael y su mujer están aquí! En Madrid. Para pasar la Nochevieja con nosotros.

La segunda, ha sido también maravillosa. No me había dado cuenta de cuánto lo extrañaba hasta que lo he visto. Tanto, que me he puesto a llorar.

Ha venido Pet, mi vecino. Mi confidente, y mi amigo.

Estamos rodeados de amor, de buenas intenciones y de cariño. Solo hay que buscarlo y no soltarlo cuando lo encuentras.

La pena es que no esté mi hermana, pero al menos me alegra

saber que ya ha solucionado todo con Jorge, y que él ha decidido ser el padre de esos bebés. Sean de la raza que sean.

Le doy un sorbo a mi copa y miro a mi alrededor.

Cada persona que está aquí ha formado parte de este último capítulo de mi vida. Un año en el que todo ha cambiado. Sobre todo, por él.

Le busco con la mirada y me encuentro ese par de ojos azules clavados en los míos.

Nos sonreímos.

Dylan viene con paso lento hacia mí.

La música cambia y suena *Wild* de John Legend; esa canción que me recordaba a él.

Solo él tiene algo que consigue que me derrita, que el universo se pare y todo el ruido de alrededor se silencie.

Nada es tan trascendente como cuando él me mira así. Cómplice.

Cuando llega a mi lado, estira una mano para pedirme que bailemos juntos, y es delicioso, porque me canta las frases al oído.

Cierro los ojos y me dejo mecer por él, y la música.

Le quiero tanto que podía explotar.

—Eres especial, pequeña. Para mí y para todos nuestros amigos. Siempre me ha dado la sensación de que no te valoras lo suficiente como persona, y te prometo que no conozco a nadie tan entregado, tan persistente, tan respetuoso y confiable como tú, cariño. Estoy enamorado de cada centímetro de ti, y te lo diría a todas horas.

Le abrazo con fuerza, mientras seguimos bailando como respuesta, porque, si hablo, voy a echarme a llorar.

Él continúa:

—Desde ese día que te vi llegar vestida de novia, supe que era el hombre con más suerte del mundo, y que nunca más me volvería a casar. Me equivoqué, porque sí me quiero volver a casar. Deseo con todas mis ganas volverlo a hacer. Una y mil veces, si la novia eres tú.

»Amanda, quedan dos horas para que termine este 2022, y yo lo quiero cruzar contigo de mi mano. Siendo mi esposa. ¿Quieres casarte conmigo ahora mismo? Te informo que, aunque estás preciosa, hay un vestido para ti en tu habitación, si dices que sí.

Un manantial de felicidad me recorre el cuerpo por dentro.

Ahora entiendo que hayan venido todos.

Estaba preparado, y no me he dado ni cuenta.

Me separo para mirarlo, pero me cubro la cara, porque estoy tan sonrojada que parezco un gusiluz.

Nuestros invitados, que han formado un corro alrededor nuestra, silban, y yo cierro los ojos con fuerza para después abrirlos. Contemplo a un nervioso Dylan, que se arrodilla y me pone un anillo

precioso en el dedo, y grita para que todos lo oigan:

—Amanda, sin presión —bromea, y todos ríen. Hasta yo, que estoy atacada—. ¿Quieres casarte conmigo?

Me agacho y le digo al oído:

—Vale —le respondo, recordando nuestros primeros momentos.

—No me digas vale. Dime que sí —contesta, como sabía que iba a hacer.

Sonrío.

—Yo también me casaría mil veces contigo. Vayamos a por la segunda. ¡SÍ! —grito para que lo oigan todos, y el aplauso y los vítores nos envuelven en esta preciosa noche, que a ciencia cierta sé que no olvidaré jamás.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce…

¡Feliz Año Nuevo!

Termino de masticar las uvas y beso a Dylan entre lágrimas de felicidad.

—¡Feliz Año Nuevo, esposo!

—¡Feliz Año Nuevo, esposa! ¡Mis primeras uvas!

Un montón de brazos nos separan y comienza esa espiral de besos y abrazos emocionados, que cada año se enmarca en los primeros minutos del nuevo.

Busco a mi Candela, a mi pequeña, que está triste por la ausencia de sus padres, y a la vez muy feliz porque Dylan ya es su tío oficial.

Ava, en el carrito, y ella nos han traído los anillos, y nos ha casado… Una locura. ¡Pablo Motos!

No suelto a mi sobrina mientras saludamos a todos los invitados y los deseamos lo mejor para el año que entra.

Rachel, Pet, Michael…

La noche de hoy es la mejor de mi vida.

La música vuelve a sonar.

La fiesta continúa.

Voy con Dylan, que está hablando con el marido de Aridane y el de Alma, y están quedando para jugar al pádel la semana que viene.

En ese momento, aparece Rachel con su teléfono, acelerada como Speedy Gonzales.

—¡Amanda! Alguien tiene que contarte algo. Mira…

En su teléfono veo que es una videollamada, y descubro a mi

hermana y a Jorge con dos bebés en brazos.

Aturdida, cojo el móvil, mientras veo la cara de felicidad de los dos.

Candela y mis padres acuden al grito de Rachel, y juntos nos apartamos un poco de la fiesta para hablar con ellos, porque no oímos nada.

—Candela, cariño, ya han nacido tus hermanitos… —dice mi hermana emocionada.

—Mami, ¿tú estás bien? —le pregunta la niña asustada.

—Tu mamá está fenomenal. Lo ha hecho genial, y los enanos son unos jabatos. Ya hasta han comido su primer biberón en manos de su padre —responde Jorge por mi hermana, que está llorando sobrexcitada.

—Ha ido todo bien. No os hemos avisado, porque sabíamos que estabais de boda. Enhorabuena a los recién casados —consigue decir mi hermana.

—Ya lo celebraremos cuando vayamos, ¿eh? —dice Jorge.

—Pues claro, hermano —responde Dylan—, y enhorabuena a vosotros también, por esos enanos a los que voy a enseñar a jugar al básquet desde ya. Tanto fútbol, tanto fútbol…

—Alicia —le digo con la voz tomada—, ¿estás bien?

—Sí, Amanda, de verdad. Muy feliz. Son muy buenos, y preciosos. Mirad.

Jorge toma el móvil y nos enfoca primero a un bebé blanquito, dormidito en brazos de mi hermana, y luego orienta la cámara al que él lleva cogido, que es de piel oscura. Es tan tierno, que todos esgrimimos un ¡ayyy! de puro amor.

—Son los gemelos más diferentes y preciosos que he visto —les felicita mi madre, que hace meses que aceptó que podía tener un nieto de color.

—Enhorabuena, cariño —expresa mi padre—, y a ti Jorge. Son preciosos. Aprovechad ahora que no lloran para dormir…

Los padres de Dylan también se acercan y felicitan a mi hermana y a Jorge.

Cuando colgamos el teléfono, para que puedan descansar, atiendo a mi sobrina.

—¿Qué tal estás, mi chica?

—Bien, pero… Da igual —rectifica.

—Di, candela. Di. No te quedes con nada.

—No, que yo quería que fuesen como mamá y papá, y ahora nos va a mirar la gente.

—Candela, estoy segura de que, desde que ese bebé entre en casa, le vas a adorar, porque es tu hermano, y también que le vas a defender de los cinismos ajenos. Los padres de ese niño son los

mismos que los tuyos, y quien lo cuestione, es idiota y no merece tu atención. Porque un padre es el que está, y ahí yo no he visto a ningún otro.

—Y mi padre es el mejor —admite ella—. Han tenido mucha suerte. Los bebés y yo.

—Claro que sí. —La abrazo.

—¿Sabes qué, tía? Estoy deseando que vengan…

—Y yo, pequeña.

—¿Y para cuándo nosotros? —Escucho que me dice Dylan al oído.

Le miro asustada y le respondo:

—Para dentro de tres o cuatro bodas más.

Dylan se hace el ofendido, tocándose el corazón, y luego pone esa cara que conozco tan bien, y sé por dónde van a ir los derroteros antes de que hable con su tono divertido:

—¿Qué te apuestas?

Epílogo
Tachán…

—*And the Oscar goes to…*

Me va a dar un infarto como no lo diga ya.

Dylan me aprieta la mano con tanta fuerza, que a este paso me la arrancará.

Como por arte de magia, todo se detiene y echo atrás en el tiempo.

Ya queda lejos nuestra segunda boda.

Hace casi cuatro años. En una Nochevieja llena de magia, porque, además de casarnos por sorpresa, nacieron las fieras de mis sobrinos.

Unos niños con tanta vitalidad y alegría que nos tienen enamorados.

Marcos y Samuel. Unos trastos.

Como a todo, hay quien gana, y nació Aidan, nuestro hijo, que es más enérgico que ellos dos juntos, y por eso duerme como un lirón cuando conseguimos que se vaya a la cama.

Eso nos deja a Dylan y a mí tiempo para nosotros.

Normalmente caemos rendidos, todo hay que decirlo, pero hace tres meses nos vimos con ganas, y ya hemos encargado una hermanita; que a Dios le pido que sea más tranquilita o me planto desde ya. Diga lo que diga Dylan, que le gusta más un crío que al gestor de una escuela infantil.

Sigo totalmente rendida y enamorada de él.

No pude escoger mejor acompañante para esta aventura que es vivir.

Dylan es amor, y tiene para todos.

Se encarga y se preocupa por cada una de las personas que hay a su alrededor con una serenidad y un saber hacer impactante.

A los minutos de conocerle, ya todos lo adoran.

Ya habla mucho mejor español, aunque siempre conversa en inglés en casa, para que los niños sean bilingües.

Supimos ver que el deporte y los idiomas eran una buena mezcla, y montamos una escuela de baloncesto, y de otros deportes y artes, como la danza, con profesores nativos. Eso lo gestiona todo él. Incluso continúa impartiendo alguna clase cuando se le necesita.

Es increíble lo que ha logrado. Hasta hay becas para niños sin posibilidades, y el dinero sabes de dónde sale… Sí, de aquel que le

donó un narco, que no ha tocado más que para estos niños.

También sigue ejerciendo de enfermero de rodajes. Sobre todo, en los míos.

Alma y él montaron una agencia, y forman enfermeros para trabajar en un sector que estaba sin explotar. Por eso, en ocasiones va él. Cuando podemos compatibilizarlo con el cuidado de Aidan y Ava.

Aunque contamos con ayuda, nos gusta pasar con nuestros hijos el mayor tiempo posible.

El nacimiento de nuestro enano fue… terrible.

Dilaté como una mamá experimentada y no les dio tiempo a ponerme anestesia epidural.

Nada en el mundo puede doler tanto como darle la vida a un hijo, y cuando nació estaba tan agotada, que no viví ese momento tierno que esperaba.

Con el paso de los días, y cuando se me colocaron las hormonas en su sitio, le amé tanto o más que a su padre.

He podido compatibilizar el trabajo con mi familia bastante bien.

Trabajé en España, y este último año he rodado también en EE. UU., porque lo necesitaba.

Es distinto.

Aquí, en EE. UU., son superproducciones. El presupuesto es diez veces mayor, y se nota.

Michael me presentó el papel de esta película, de la que sabíamos que el director era Hagai Levi, y que me encantó en *Secretos de un matrimonio*, y no me lo pensé.

El rodaje fue intenso y maravilloso a la vez, y me ha llevado hasta aquí. A las puertas de un Óscar.

Pienso en lo que me ha dicho mi sobrina Candela:

—Tía, no estés nerviosa. Pase lo que pase, ya has llegado muy lejos. Así pensé yo el otro día, y, mira, me han seleccionado en la compañía de Víctor Ullate.

Candela, mi adolescente sobrina, a la que cada vez veo menos, porque entre las clases y el *ballet* anda más liada que yo. Aunque siempre que podemos nos vemos, y acabamos recordando nuestra Navidad con Papá Noel.

Por favor, que diga ya el nombre. Le ruego al cielo…

Epílogo II

—*And the Oscar goes to…*

No imaginé que me iba a poner tan nervioso.

Me considero un hombre con calma, y más ahora que ya me he acostumbrado al mundo de Amanda. Pero… ¡Joder! Es que mi mujer puede ganar un Oscar… ¿En qué estaba pensando para creer que iba a tomármelo con tranquilidad?

Todavía hay veces, como esta, que me digo qué narices hago yo aquí; viviendo esta vida, rodeada de lujos y éxitos, y me siento un poco estafador, porque no he hecho nada para que los fotógrafos me llamen como si yo fuera una estrella de cine.

Aunque me suelen respetar, y hago vida bastante normal.

Yo no me tengo que ocultar como mi mujer. Excepto en eventos y en galas, los *paparazzis* pasan de mí, y yo tan feliz.

Es sorprendente lo bien que lo lleva Amanda.

Lo ha incluido en su vida, y jamás se queja de ello.

Siempre vamos con tiempo a todos los sitios, por si alguien la reconoce y se tiene que parar, y si son *paparazzis*, les contesta amable y escueta, pero siempre con una sonrisa.

Por eso, la adoran y nos dejan en paz.

También es que nuestra vida es bastante aburrida para rellenar revistas. Cumpleaños, barbacoas, parques de bolas… y a mí, sin embargo, no me puede complacer más.

Me considero el hombre más afortunado del planeta.

Tengo salud, amor, un trabajo que me encanta y dos hijos, y otro en camino, que me adoran, y yo a ellos.

El nacimiento de Aidan fue otro momento de esos que sabes que nunca vas a olvidar.

Un hijo mío y de ella. De mi mujer —aunque es clavado a mí —.

Es un sueño hecho realidad.

Amanda…

La miro, y sé que su corazón late a más de cien, porque le noto el pulso con mi mano.

Sigue siendo una belleza fuera de lo común. Sobre todo, por su naturalidad. Su cara es de las más bonitas que hay en la gran pantalla y mantiene el mismo tipazo a base de esfuerzo y sacrificios. Sobre todo, después de Aidan.

Veo a Alex al otro lado de la mesa, observándola nervioso.

Se ha convertido en un actor tan famoso aquí, que lo han

invitado a los premios, aunque no estuviera nominado.

Viene acompañado de Laura, su novia enfermera.

Sí, se repite el tándem enfermeros-actores.

Amanda les presentó hace cuatro años. Ella atendió a Alicia cuando tuvo hipertensión en el embarazo. Mi mujer los preparó una cita a ciegas en casa, en la que saltó la chispa, y, desde entonces, son una de las parejas con más seguidores de Instagram.

Él y yo solemos entrenar juntos, y le considero más familia que amigo.

A otra que le ha cambiado mucho la vida es a mi amiga Rachel.

Sus ilustraciones han gustado tanto que incluso ha colaborado con varias galerías de arte, y ha expuesto varias obras, subastándose a muy buen precio.

Tiene más trabajo que horas, y sonríe a la vida porque está perfectamente sana.

Ella sigue sin pareja estable, porque su verdadero amor es Ava.

Y el mío, AMANDA.

Es una mujer con un talento impresionante. No existe nadie a quien admire más. Por cómo es con los demás y por lo buena que es en lo suyo.

Cuando veo sus películas, a veces hasta no la reconozco como mi mujer, porque incluso le cambia la voz. Se come a los personajes. Se desdobla.

Pero, cuando entra en casa, deja la fama a un lado, y se convierte en mi chica y en «mami». En una mujer calmada y divertida, que sigue sin saber cocinar, y a la que le encanta dormir abrazada, y cenar con amigos.

Y el sexo… Nuestra intimidad.

Desde aquella noche en que pronunciamos el «sí, quiero», no hemos vuelto a dudar de nosotros. De que una pareja con vidas tan diferentes pudiera encajar.

A veces cuesta. No todo es perfecto.

Ella dispone de muy poca libertad, porque no puede ir al parque con los niños o al teatro, o al cine, y en ocasiones se desespera, y yo también, pero solemos suplirlo con estrategias. Con planes a menor escala o donde sepamos que la gente no la va a abordar durante horas.

Pero entre nosotros, no hay dudas. Somos mejores juntos, y mucho más felices

La miro la tripa, donde guarda a un nuevo ser que es fruto de los dos.

Suspiro feliz.

Recuerdo cuando me reencontré con ella, tirada en el suelo, porque Bob la había atropellado, abriendo los ojos consternada, y la reconocí.

Me hice el ofendido por lo que nos había sucedido en el pasado.

Una parte de mí estaba muerta de miedo, porque sabía que me iba a volver a enamorar como la primera vez. Lo que no vaticiné, es que aquella primera vez solo fue un pestañeo.

El amor que profeso a esta mujer en la actualidad es del tamaño de un huracán, que hace tambalear mi propia existencia.

Ella es mi apuesta.

Y he ganado a la vida.

—¡Amanda Martín!

AHORA SÍ…
¡A VOLAR!
ADIÓS

Agradecimientos

Toca la hora de los agradecimientos y las despedidas, porque esta historia culmina aquí, y siento paz y pena.

Paz por haberlo logrado bajo plazos cortos, y pena porque estos personajes me han acompañado durante un año entero, y los voy a añorar.

Y ya, metidos en faena, he de agradecer primero al lector que ha llegado hasta aquí, porque me das la oportunidad de entretenerte entre toda la diversidad que hay. Es un honor que me escojas, y espero que te haya merecido la pena y te animes con otra de mis historias.

Gracias, como no podía ser menos, a mis editores por volver a confiar en mí.

Gracias a los amigos que me rodean, que me dan ideas tan fantásticas.

Gracias, Cristina, la mamá de Clau, por tus *outfits* tan estupendos, y por idear esa «doble» sorpresa.

Gracias, Laura, mi matrona favorita, porque el escrache es gracias a ti —Amanda no te lo agradece, pero yo sí—.

Gracias, Paqui Gracia, porque mientras me cuidas, me escuchas, y también me has propuesto varias cositas muy interesantes. Te deseo lo mejor en esta nueva etapa.

Gracias a mis compañeras de letras, Mónica Maier y Kate Danon. Siempre que os veo me motiváis, pero a ver si nos vemos más…

Gracias a mis compañeros de hospital.

Gracias, Eva Sánchez, por esa noche que te ofreciste a hacerme espontáneamente y me demostraste que eras aún mejor de lo que pensaba —te merecías salir en el libro—.

En mi faceta como enfermera es época de cambios, de traslados, de oposiciones y, si me permitís, quiero agradecerles a varios compañeros que se acaban de marchar, su paso por mi vida:

Gracias, Raquel Sánchez, por tu COMPAÑERISMO. Te voy a añorar mucho.

Gracias, Mario, por tu AYUDA y tus bromitas… «Eslomao».

Gracias Gema, por tu AMABILIDAD. Juntas vivimos momentos mágicos.

Gracias, Mar Sánchez, por tu SABIDURÍA elegante. Porque eres la mejor, y no presumes de ellos.

Gracias, Maika, por tu VITALIDAD. Te mereces que tu proyecto sea presente y mucho más grande en el futuro.

Gracias, NATALIA CAMARA, por tu COMPROMISO. Este cambio de aires te va a desmelenar perdida, y sé que te va a encantar. Te lo mereces.

Gracias, ANABEL, por tu ESPONTANEIDAD. Me he reído tanto contigo, que es imposible no añorarte.

Y a muchos más: Silvia Parra, Monina, Hermana, Víctor, Carolina Toledo… Os deseo lo mejor. Sois muy grandes.

Me dejo seguro a gente, pero voy a toda prisa. Siempre guardo los agradecimientos para el final.

¡Ah! Gracias a Ana Belén Rodríguez, por ser siempre la primera que me lee y me calma los nervios.

En un año suceden muchas cosas y, aunque a priori nada tengan que ver con el libro, todo lo que sea ayuda y alegría se plasma en mis letras. Por eso, ahora añado a un popurrí de amigos y familia que se merecen un huequito:

Gracias a los que os decidisteis a acompañarme en la feria del libro.

Gracias a la mejor peluquera, mi Olalla. La pelu de Olalla, si vas, repites, y así llevo yo casi veinte años.

Gracias a mi Laura Albarrán y a su familia por visitarme, y porque estuvimos rápidas para tener nuestros segundos de gloria en La 1.

Gracias, Raquel, mamá de Valeria, por esa pedazo piñata que me salvó la vida. Y a Lorena por ayudarme con la deco, y con todo… Se te echa de menos.

Gracias Miriam, mamá de Martina, por ayudarnos a cambiar de coche, y gracias a Felipe, mi vecino, porque te lo vendí con un lazo, y mucho más fácil de lo que pensaba.

Gracias a Rosi, mi vecina del pueblo, por leerme. Espero que estés repuesta pronto. Tu luz te ayudará. Estoy segura.

Gracias a todos mis amigos. Me alegráis la vida cuando me proponéis un plan.

Gracias a mi gran familia por acompañarme y apoyarme siempre.

Gracias a mis sobrinos por ser tan distintos, y hacer piña con Eire.

Gracias, Juan Pedro y Vero, por compraros una casita a arreglar. Lo estoy disfrutando yo mucho más que vosotros —porque yo no pago.

Gracias a mis suegros, por ayudarnos, incluso cuando acabamos de cambiar la rueda y hemos estado pachuchos. Mi hija no puede tener mejores abuelos locos.

Gracias a mis padres por serlo y cuidarme.

Gracias a mi pequeña de seis años, Eire, por ser el regalo de

mi vida e inspirarme cada noche cuando me pides el cuento. Cada vez voy viendo en ti más creatividad. Espero que te lleve a dónde desees, y estar yo ahí por si me necesitas.

Gracias a Dimas, mi Dimas, porque eres mi Dylan.